

Serie Vampiros Caballeros 1

Ocurrió
En Una
Mordida

LYDIA DARE

Él la mordió en un abrir y cerrar de ojos, si tan sólo ella lo hubiese dejado en libertad...

Está perdido, atrapado, condenado por toda la eternidad...

El rico, reconocido y no muerto caballero vampiro James Maitland, Lord Kettering, se teme condenado a una existencia fría y solitaria, atrapado durante décadas en un castillo abandonado. Entonces, la hermosa bruja escocesa Blaire Lindsay llega, y las cosas comienzan a calentarse considerablemente.

A menos que pueda persuadirla de que lo libere...

Blaire Lindsay se ríe de los chismes locales que rodean la casa ancestral de su madre, las inquietantes historias que se cuentan no pueden asustar a esta bruja nacida en batalla. Pero, cuando descubre al apuesto prisionero en las entrañas del castillo, Blaire no tiene ni idea de que ha desatado algo más que solo un hombre capaz de encender su corazón...

TRADUCCIÓN	CORRECCIÓN	EDICIÓN	REV. FINAL	DISEÑO
Denice	Vilma V.	Laurita	Chema	Magui

Traducido Para Libros Gratis Magui

Prólogo

La Posada Black Dragon, al sur de Edimburgo

Marzo de 1797

Alpina Lindsay soltó un suspiro de alivio. No había sido fácil localizar a un vampiro que ninguna de ellas había conocido antes; pero finalmente, después de noches de búsqueda, ¡allí estaba él! Ciertamente coincidía con la descripción que Fiona Macleod había visto en su visión.

Apoyándose contra la fachada de piedra de la vieja posada, Lord Kettering inhalaba profundamente el humo de su cigarro, mientras contemplaba la media luna sin prestar atención al resto del mundo.

Alpina fijos sus ojos en el caballero, que era de hecho guapo, atrevido, y más poderoso que cualquier cosa o persona que hubiese enfrentado alguna vez. La bebé en su vientre dio una patada y Alpina la protegió poniendo suavemente su mano sobre éste, mientras la advertencia de Fiona Macleod se repetía una vez más en su mente.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le susurró Bonnie Ferguson en su oído izquierdo.

Alpina cogió el ojo de Rosewyth Campbell y asintió, realmente no había otra opción, el hombre ante ellas tenía que ser detenido, de lo contrario, la vida y el futuro de su hija estarían en peligro. Y eso no lo permitiría.

A su derecha, la delicada mano de Moira Sinclair se deslizó para tomar la suya, recordándole que no estaba sola. Juntas podían frustrar el mal que Fiona había visto en su visión, juntas asegurarían el futuro de su hija.

Una rama se quebró bajo el pie de una de las brujas, y Kettering se puso alerta.

—¿Hola? —su ronco acento inglés cortó el aire de la noche.

Era ahora o nunca, Alpina no podía arriesgarse a que Kettering escapara. Se alejó de la niebla que hasta entonces la había ocultado a ella y al grupo de brujas, y jaló a Moira a su lado.

—Buenas noches, milord —de alguna manera logró manejar el miedo en su voz.

Una sonrisa encantadora se posó en el rostro del hombre, y sus dientes blancos brillaron a la luz de la luna.

—¡Es ahora! —lanzó al suelo lo que quedaba de su cigarro y se acercó a la pareja. Era todo un seductor, si alguna vez hubo alguno. —Exquisito, no sólo es una hermosa chica, sino dos.

—En realidad somos cinco —dijo la voz de Fiona en algún lugar dentro de la niebla.

—¡Cinco! —repitió Kettering abrumado.

En un abrir y cerrar de ojos el escudo brumoso de Moira se evaporó, y Kettering se encontró en medio de ellas. Las cinco brujas juntaron las manos, atrapándolo dentro de un círculo.

El inglés miró hacia cada una de ellas con la confusión impresa en su rostro, demasiado atractivo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por lo que sois —contestó Alpina. —No permitiremos que le hagas daño a nadie.

Él sacudió la cabeza.

—Nunca he hecho daño a nadie —profesó.

Fiona Macleod resopló ante eso.

—Yo he visto lo que sois y lo que seréis con mis propios ojos, milord, suplicamos que no lo niegue.

—¿Y quién eres tú? —preguntó.

—La Justicia —se burló Fiona, —por todas tus víctimas: del pasado, presente y futuro.

—¡Cadail, uilebheist. Caidil gu bràth! —la voz de Alpina sonó fuerte y clara.

—¡Cadail gu bràth, cadail gu bràth! —gritaban las demás.

El poder subió a través de las manos de Alpina quien se aferraba a Moira y a Bonnie dentro del círculo. Nunca había sentido una energía tan intensa. Las chispas surgieron de sus manos entrelazadas, pasando de un lado a otro del círculo, hasta

crear una estrella perfecta de cinco puntas. Los truenos se agrietaron sobre ellos, y Kettering soltó un grito de dolor. El suelo se estropeó y todo quedó en silencio.

Las cinco brujas se soltaron de las manos lentamente y se acercaron al hombre que estaba a sus pies. Si Alpina no lo conociera mejor, habría pensado que estaba muerto.

—Su creador lo buscará —predijo Fiona, —el caballero pasará por Edimburgo, Glasgow y Aberdeen.

—¿Pero no en Highlands? —preguntó Alpina, la respuesta era más importante que su siguiente aliento.

Fiona sonrió.

—No. Nadie lo encontrará en Briarcraig, pero tenemos que darnos prisa.

Alpina asintió con la cabeza, luego se arrodilló junto a Kettering, deseando haber podido hacer algo más que ponerlo en un profundo sueño; pero tendría que hacerlo.

—Como está encarcelado, así permanecerá su alma —dijo Fiona, mientras levantaba una de las manos de él para ver el anillo que llevaba; luego, se lo quitó del dedo y se lo arrojó a Alpina, que lo atrapó en el aire. El anillo brillaba, cálido y vibrante en la palma de su mano.

—Pero los vampiros no tienen alma —dijo Alpina con un movimiento de cabeza. —No hay vida en él.

—Como descendiente de Blodswell, él la tenía —Fiona señaló con el dedo al hombre sin vida a sus pies.

Todo el mundo conocía la historia de Blodswell. El cuento fue pasado de bruja a bruja, de la cuna a la tumba. Era una historia de verdadero heroísmo, era la razón por la que el anillo había sido obsequiado al caballero: como un mensaje de esperanza, una promesa para el futuro. Pero la profecía sólo podía cumplirse si el portador del anillo permanecía puro, porque sólo el amor podría curar su alma marchita.

—El anillo contiene lo que más aprecia —continuó Fiona. —Es su esencia y vínculo con su creador. Tómallo y vete. Si no te vas con él, buscará su poder y se despertará pronto.

Por primera vez en ese día, Alpina dudó de lo que habían hecho. Pero, Fiona lo había previsto; si no hacían aquello, el vampiro causaría estragos en sus vidas, y en la de su hija en particular.

Alpina se quedó atrás y observó cómo sus cuatro hermanas del aquelarre¹ hicieron un rápido trabajo para depositar el cuerpo del vampiro en el carruaje de Macleod e intercambiaban abrazos rápidos antes de que las cuatro se agolparan adentro también.

No se sentía bien dejar a sus hermanas expuestas a tal peligro.

—Si despierta, tendrías necesidad de mí —exclamó Alpina, mientras la carreta avanzaba.

—Tú tienes su corazón en la mano —respondió Fiona desde el interior de la carreta.
—Sin él, no es más que una concha vacía.

Una concha vacía, por alguna razón Alpina dudaba de eso. Sin embargo, cuanto más lejos iba el carruaje por el camino sinuoso, más perdía el brillo y su calor, el anillo. Encogiéndose de hombros, Alpina introdujo el anillo en una cuerda que llevaba alrededor del cuello. Nadie podría quitarle la reliquia, y el futuro de su hija sería preservado.

¹ Aquelarre: Cualquier reunión, asociación o ritual que agrupe a un grupo de brujas y brujos.

Capítulo 1

Veinte años después...

Casa de los Lindsay, Edimburgo

Enero de 1817

Blaire Lindsay tenía el deseo abrumador de lanzar una bola de fuego sobre la cabeza dura de su hermano mayor, y envolverlo en llamas. Desafortunadamente, Aiden tenía excelentes reflejos y una vida en esquivar sus golpes; además, ella sería la que limpiaría el desorden. No obstante, sus dedos le picaban para enviarlo volando a la habitación de al lado. ¿Cómo podía ser tan estúpido?

—¿Habéis perdido la cabeza? —le dijo.

—No soy un tonto, Blaire —respondió con paciencia, como si ella hubiera sido la que insistiera en que la familia se levantara un día de pleno invierno, saliera de Edimburgo y viajara a las Highlands hacia un lugar del que nunca había oído hablar.

Se acomodó en el diván raído frente a ella, sus ojos plateados esperanzados, y pasó una mano por su pelo oscuro

—Sólo quiero verlo ¿No puedes entenderlo?

Ella comprendía el deseo de su hermano por ver la supuesta herencia con sus propios ojos. Desde que Aiden había regresado de los campos de batalla en Bélgica, parecía diferente. El joven que una vez había sido rápido a sonreír era ahora sombrío y desapasionado; sin embargo, la idea del Castillo Briarcraig trajo de vuelta el brillo que una vez había tenido en sus ojos.

Pero, ella tenía deberes en Edimburgo y salir no estaba en sus planes. Blaire suspiró y jugó con el viejo anillo de su madre, que colgaba de un cordón alrededor del cuello.

—No es un buen momento, Aiden. Elspeth y Caitrin están en Inglaterra, alguien tiene que vigilar las cosas aquí en la ciudad.

Aiden rodó los ojos y extendió sus largas piernas frente a él.

—¿En cuántos problemas crees que Sorchá puede meterse? Estoy seguro de que Rhiannon puede mantener un ojo en la pequeña bruja mientras estamos lejos.

—No es por Sorchá que estoy preocupada. No es por nada, una buena idea dejar el aquelarre tan expuesto. Ya es bastante malo que sólo seamos tres.

—¡Cariño! —gimió Aiden. —Actúas como si nos marcháramos para siempre. Es sólo un pequeño viaje a Loch Calavie, estaremos de vuelta antes de que alguien se entere de que te has ido.

¿Un pequeño viaje a Loch Calavie? Nunca había oído hablar de tal lugar, y no tenía ningún sentido que Aiden hubiera heredado el supuesto castillo.

—Es probable que sea sólo un montón de rocas. Estoy segura de que se verá mejor en la primavera o incluso en el verano —dijo ella con esperanza de hacerlo recapacitar.

La respuesta de su hermano fue una mirada mordaz.

—No tengo nada, Blaire. Vendí mi comisión y volví a casa con sólo la ropa.

Y era verdad, había llegado a casa para encontrar que todo lo que él creía que era suyo había sido vendido para pagar a los acreedores de su difunto padre. A eso se refería él, aunque Aiden nunca lo dijo, Blaire sabía que él la culpaba. Pero Colin Lindsay había sido un borracho mucho antes de que ella naciera, y si su madre no lo había reformado en todos los años que estuvieron juntos, no había nada que Blaire hubiese podido hacer durante la ausencia de Aiden.

—Pero ahora tengo tierra, chica, un castillo. No quiero esperar hasta primavera para que pongas tus ojos en él. ¿No estás ni un poquito curiosa por verlo por ti misma?

En lo más mínimo, Blaire estaba feliz en Edimburgo, ella tenía su aquelarre y un propósito. Pero... Aiden no tenía ninguno. Sólo un pequeño viaje a Loch Calavie. Realmente no era tanto pedir, ¿verdad? A finales de invierno, viajando a través de las Tierras Altas, obviamente había perdido la cabeza por haberle permitido hablar de esta locura.

Los hombros de Blaire se inclinaron hacia delante.

—De acuerdo, Aiden, si es tan importante.

El rostro de Aiden se iluminó. Antes de que pudiera darle las gracias adecuadamente, alguien tocó en la puerta principal y al instante siguiente sonó como

si una manada de elefantes estuviera corriendo por los escalones. Brannock debía haber estado vigilando la calle.

– ¡Havers! ¿Por qué tiene él tanta prisa? –se quejó Aiden.

Blaire se encogió de hombros, luego se puso de pie.

–No lo sé, pero me propongo averiguarlo –cruzó el pequeño salón y, al llegar a la puerta, ésta se abrió por su propia cuenta.

Brannock, menor que Blaire por una década, entró corriendo en la habitación con el rostro ligeramente rojo.

–Rhi y Sorchá están aquí.

Detrás de él, sus dos hermanas menores entraron en la habitación. Aiden se levantó a su entrada e inclinó la cabeza.

–Ladies.

Blaire abrazó tanto a Rhiannon Sinclair como a Sorchá Ferguson, sorprendida al verlas en su casa ya que habían planeado encontrarse más tarde esa noche en la Silla de Arturo, lugar donde el aquelarre se reunía normalmente.

–¿Qué están haciendo aquí?

Una sonrisa iluminó el inocente rostro de Sorchá.

–Papá dijo que tenías una noticia emocionante, pero que él no nos diría de qué se trataba. Así que venimos hasta aquí para averiguarla.

La sonrisa indulgente que llevaba Rhiannon hacía evidente que Sorchá estaba detrás de esta visita improvisada. ¿Sin embargo... una noticia emocionante? Blaire sacudió la cabeza.

–No sé a qué se refieren.

Ambas chicas se sentaron en sillas iguales tapizadas cerca de Blaire, mientras que Aiden regresó a su lugar con Brannock, instalándose a su lado. Los ojos claros de su hermano menor bailaban exuberantes.

–Creo que ellas se refieren a la noticia de Aiden –dijo, balanceando sus piernas de un lado a otro.

El maldito castillo, ¿cómo había conseguido el señor Ferguson enterarse tan rápido? Aiden se sentó un poco más erguido, y Blaire pudo percibir el orgullo que debía estar fluyendo a través de sus venas. La mala suerte de los Lindsay había llegado a su fin; al menos eso es lo que leyó en su expresión.

–Sí –dijo con más intensidad de la que sentía. –Aiden es el orgulloso amo del Castillo Briarcraig. Vamos a ir a verlo mañana.

Sorcha suspiró melancólicamente.

–¿Castillo Briarcraig? Suena muy romántico.

Rhiannon y Blaire intercambiaron miradas. La bruja más joven en sus filas tendía a ser bastante ingenua, aunque de la manera más dulce. Era difícil no adorar al pequeño duende, y Blaire a veces deseaba tener un toque de la inocencia encantadora de Sorcha. ¿Podría fingir inocencia cuando las bolas de fuego descansaban bajo las yemas de sus dedos? Probablemente no mucho.

–Pensé que habías dicho que –dijo Brannock con el ceño fruncido, –ni los dragones salvajes podrían llevarte a Loch Calavie.

Blaire volvió la mirada hacia el muchacho.

–Los hermanos pequeños que escuchan por los agujeros de las cerraduras tendrán que ser disciplinados.

Su risa infantil resonó en la habitación. Brannock sabía que la amenaza no era verdadera. Blaire podía tener sangre de las brujas guerreras fluyendo a través de sus venas, pero había criado al muchacho sin la ayuda de su padre y quería a Brannock más allá que cualquier otra cosa.

–¿Realmente iremos a ver tu castillo, Aiden? –preguntó esperanzado.

Blaire no pudo evitar sonreír a su hermano menor, quien quería una aventura más que otra cosa.

–Sí, Brannock. Realmente, iremos a ver el castillo de Aiden.

El chico se puso de pie con un grito.

–¡¿Cuándo nos vamos?!

–¿No me has oído, muchacho? Mañana saldremos al amanecer –suspiró Blaire.
–De lo contrario, Aiden será un dolor en el culo hasta que vayamos –murmuró esto último, lo suficientemente bajo para que solo Sorcha y Rhiannon escucharan.

—Debimos haber tenido arreglado el carruaje antes de salir de Edimburgo —se quejó de nuevo Aiden.

Tener el carruaje reparado antes de su partida era un lujo que no podían permitirse. De hecho, era una maravilla que todavía tuvieran uno, viejo y arruinado como estaba. Si Sorchá no hubiera insistido en prestarles uno de los cocheros de los Ferguson, Blaire y Aiden habrían tenido que intercambiar turnos para conducir el carruaje y congelar sus traseros en vez de simplemente entumecerlos.

Blaire señaló con un dedo su pecho y dijo:

—No soy el que tenía tanta prisa —ella giró su dedo y apuntó con éste a Aiden, mientras se movía para acomodarse su dolorido trasero. —Eras tú el que tenía tanta prisa —se burló de su voz masculina diciendo: —"Tengo que ver mi castillo, o se levantará y se irá antes de llegar a Loch Calavie".

—¿Cómo has conseguido ser tan cruel, Blaire? —preguntó, con una sonrisa arrepentida colándose por un rincón de su boca. —Mamá era un alma amable, una buena mujer.

—Sí, y no me ha pasado ni un solo rasgo suyo —contestó Blaire con aire de suficiencia.

Luego volteó la palma de su mano hacia arriba y permitió a sus dedos disparar chispas, lo suficiente como para hacer un brillante espectáculo de luces dentro del coche

—Aparte de éste —le dijo a su hermano con una nueva sonrisa.

—Necesitas tener cuidado de hacer eso en el Castillo Briarcraig, Blaire —replicó Aiden. —A dónde vamos, no tienes a tu aquelarre para protegerte.

¿Realmente creía que necesitaba que le dijeran esas cosas? A pesar de que la edad moderna parecía haber llegado para quedarse, la gente todavía estaba un poco aprensiva con las brujas, y Blaire no tenía intención de ser quemada viva por un grupo de Highlanders sin educación. Rodó los ojos hacia el cielo.

—Oh, ¿crees que tropezaremos con un castillo lleno de sirvientes y hermosas cosas, Aiden? —resopló ella. —Es más probable que nos toque cargar un montón de rocas que se derrumbaron hace años. Entonces tendremos que hacer al pobre cochero voltearse y regresar a casa.

—Y trata de actuar como una dama, ¿puedes? —continuó como si no hubiera oído ni una palabra de lo que había dicho su hermana. —Tú no tienes lo que todo hombre anda buscando.

Blaire se inclinó y cubrió su mano con la suya.

—Odio informarte, pero no estoy hecha para usar enaguas y joyas bonitas. Soy una guerrera, Aiden, y mi cuerpo está diseñado para luchar.

—¿Luchar contra qué? —intervino Brannock.

—Yo puedo contra todo —ella se encogió de hombros, —cualquiera que sea el peligro que exista en el mundo: dragones, trolls o ingleses arrogantes.

Brannock se retorció en una carcajada, mientras Aiden lanzaba un suspiro dramático.

—El único peligro que has visto hasta ahora fue cuando Wallace Ferguson trató de besarte en los establos. Todavía no puedo creer que ennegreciste el ojo de ese gran zoquete, pesa tres veces más que tú.

—Bueno, él debió haber mantenido sus labios en su cara, en vez de intentar ponerlos en la mía —murmuró Blaire.

—Por favor, intenta ser una dama, ¿quieres? —suplicó Aiden, con la cara finalmente seria.

Blaire frunció el ceño. Le gustaría pensar que su hermano podía aceptarla como era después de todo este tiempo. Pero siempre trataba de convertirla en una chica de encajes y gafas, cuando la caza y el tiro recorrían su sangre. Era una pena que ese tipo de logros no fueran considerados altamente femeninos. Tal vez algún día encontraría a un hombre que pudiera aceptar que siempre lo haría mejor en las artes viriles, y que no temería a su fuerza y poder. Y tal vez todas las estrellas en el cielo se convertirían también en diamantes y en lluvia de pulseras y aretes, a través de su propio camino.

No, estaba condenada a vivir una existencia solitaria. Ella se rehusaba a soportar el tipo de vida que su madre había tenido, casándose con un hombre borracho y amargado que nunca podía aceptar sus regalos; ocultándole su verdadero yo, y muriendo un poco más cada día. Todos ellos habían sufrido por esa situación, y Blaire nunca volvería a vivir así. Estar sola no podría ser peor.

El coche golpeó un bulto, tan fuerte que Blaire saltó de su asiento para golpear su cabeza en el techo del carruaje. Ella gimió y presionó con su mano la hinchazón ofensiva que rápidamente creció en su cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Aiden, preocupado por su bienestar.

—Sí, estoy bien. Pero estaré más feliz cuando lleguemos, para poder estirar las piernas —alzó la cortina y miró por la pequeña ventana. —Mira eso Aiden —ella le dio un codazo en la pierna.

—¿Qué es? —preguntó mientras se sentaba adelante.

El dorado sol se ponía detrás de una gran estructura de piedra, y parecía un faro de luz que los guiaba a casa.

—Es el Castillo de Briarcraig —suspiró Aiden con asombro.

—¡Déjame ver! —gritó Brannock, mientras se abría camino entre ellos —¿Ése es tu castillo? —se sentó con un desagradable arrebató.

—Bueno, no es un montón de rocas —dijo Aiden brillantemente. —Por lo menos sigue en pie.

—Apenas —resaltó Brannock. Blaire le lanzó una mirada, y el muchacho inmediatamente se sentó y quitó el ceño de su rostro.

La estructura de piedra estaba rodeada por una pared baja de roca que se abría a un patio, y lo que podía haber sido jardines en algún momento estaba ahora cubierto de espesas enredaderas y malas hierbas, incluso en el invierno. Si regresaba en la primavera, Blaire tendría que llevar a Sorchá con ella. La bruja más joven podía encantar las plantas, animándolas a doblarse sin esfuerzo a su voluntad y haciendo con eso, por lo menos, que los exteriores se viesen más hospitalarios.

El castillo en sí era una monstruosidad enorme, probablemente nacido de la imaginación de un laico acaudalado. Pero incluso Blaire tuvo que admitir que se veía bastante bonito con la puesta del sol y el lago brillando en el fondo. Casi encantador por derecho propio.

Su carruaje hizo un ruido sordo en el camino lleno de baches, tras la quietud un poco ominosa después de tan largo viaje. Aiden salió rápidamente, seguido por Brannock, ninguno de los dos esperó para ayudar a Blaire a bajar del carruaje, y ella no esperaba que lo hicieran. Era perfectamente capaz de saltar bajo sus propias fuerzas.

La chica alargó y extendió los brazos sobre su cabeza para estirar su largo cuerpo. El que ella fuera media pulgada más alta que Aiden siempre había sido una fuente de discusión para su hermano mayor, y Aiden era más alto que el hombre promedio. Por eso Blaire se había acostumbrado a mirar hacia abajo a la mayoría de los hombres que conocía.

El bajo muro de piedra que rodeaba la propiedad tenía una puerta de hierro oxidada en el medio. Aiden dio un empujón rápido a la puerta y rápidamente se cayeron sus bisagras. Aun así, la mirada de una juvenil expectación nunca salía de su rostro.

–Es hermoso, ¿no es así, Blaire? –preguntó por encima de su hombro.

–Sí, tiene un poco de encanto –fue todo lo que pudo decir.

Capítulo 2

Aiden deslizó en la manecilla una llave pulida, pero la cerradura se negó a hacer clic. Meneó la llave muchas veces hasta que Blaire sintió que la rompería. Ella se aclaró la garganta y, cuando su hermano la miró por encima del hombro, levantó su ceja expectante.

—¿Te gustaría dármela, para que lo intente?

Él frunció el ceño, pero se la entregó de todos modos. Blaire miró la llave, parecía demasiado pequeña para la cerradura. Claramente no era para la puerta principal.

—¿De dónde la sacaste? No encaja.

—El señor MacDonald.

Ella se embolsó la llave y pasó rozando a Aiden, se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura que estaba oxidada por la falta de uso.

—Ábrete —susurró. Luego golpeó la empuñadura de la puerta y la giró.

—Tramposa —murmuró en voz baja Aiden.

Blaire le guiñó un ojo a Brannock, y los dos rieron cuando su hermano mayor atravesó la puerta, luego lo siguieron rápidamente. Tan pronto como el pie de Blaire se posó dentro del castillo, algo la hizo retroceder. En un momento había estado bien, y al instante siguiente sintió como si el aire fuese succionado de sus pulmones, el anillo que llevaba alrededor de su cuello parecía pesar repentinamente diez veces más y estaba cálido contra su piel.

—Tal vez no deberíamos ir muy adentro —advirtió. —Este lugar se siente... —dejó escapar su voz. Expresar sus propios temores no le serviría a nadie.

—No me digas que la gran bruja guerrera está asustada —se burló Aiden.

Maldito hermano. No debía dejar que él la incitara a hacer algo que no quería; pero, después de dos décadas juntos, él sabía exactamente qué decir para empujarla a hacer las cosas. Blaire respiró profundamente y presionó a sus sentidos, en la oscuridad, para estar alerta. Algo andaba muy lejos de estar bien.

Se había olvidado cualquier encanto que parecía poseer el exterior del castillo. Las telarañas se extendían desde un extremo del largo pasillo hasta el otro, llenando cada espacio abierto. Brannock estornudó y una abundante mota de polvo se esparció a su alrededor.

—¡Havers! —Blaire giró la palma de su mano hacia el cielo y una bola de fuego estalló, iluminando el camino.

Candelabros medievales bordeaban las paredes del corredor y ella lanzó su chispa en cada uno, dando un resplandor cálido al ambiente triste. Miró primero dentro de lo que debió haber sido una vez el gran salón. Las sábanas viejas cubrían los sofás, las mesas y las sillas, y capas de polvo y mugre cubrían las sábanas.

—Parece embrujado —murmuró Brannock detrás de ella, agarrándose de sus faldas.

Embrujado, la sola idea envió un escalofrío directo al alma de Blaire, que luego, sacudió la cabeza por pensar en algo tan estúpido.

—No existen los fantasmas, Bran.

—Mucha gente no cree que existen brujas —replicó su hermano pequeño.

Ella supuso que tenía razón, pero no lo admitiría frente al muchacho. Blaire jaló a su lado a Brannock y entró en el gran salón.

—Es sólo un montón de sábanas viejas —dijo ella y quitó la manta que cubría una silla desvencijada, esparciendo el polvo acumulado por años en la habitación, haciendo que ambos se apretaran el estómago mientras la tos tintineaba sus cuerpos.

Aiden entró en el gran salón, frunciendo el ceño.

—¿Están bien?

Blaire recuperó el aliento y sacudió la cabeza, secándose las lágrimas de los ojos.

—Este lugar es horrible.

Él agitó su brazo con negligencia en su dirección.

—Bueno, di algunas palabras mágicas y límpialo.

Ella le frunció el ceño.

—Esto no funciona de esa manera, y vosotros lo sabéis.

Aunque la verdad era, siendo mágica, que podía hacer un trabajo de limpieza mucho mejor que cualquiera que hicieran sus hermanos, no es que ella estuviese a punto de admitirlo, pero Aiden era tan altivo

—Tengo que usar mis poderes para el propósito por el cual se me dieron. Así que, si tienes un dragón o un demonio escondido en este lugar abandonado a su suerte, estaré feliz de pelear por ti.

El viento azotó el pasillo y cerró la puerta con fuerza detrás de ellos. Brannock casi golpea a Blaire mientras buscaba esconderse entre sus faldas.

—Bran —gimió ella, echando la cabeza hacia atrás en signo de derrota. —Es sólo un poco de viento.

Él tartamudeó al comenzar.

—Y-Yo... nunca he sentido al viento moverse así.

Ella tampoco lo había hecho, pero no lo reconocería. Aiden parecía casi tan temeroso como Brannock y no quería empeorar la situación; así que, cruzó hasta la puerta y dio un fuerte tirón, ésta se negó a moverse. Tiró una vez más y terminó cayendo al suelo; pero había logrado abrir la puerta. Aiden se levantó y se sacudió el polvo, sacó una vela de la pared y se la ofreció a Blaire.

—¿Te importaría?

—Nunca me ha importado mucho.

—Espero tener una hija como tú algún día, Blaire —gruñó él, mientras encendía su vela y empezaba a bajar por el pasillo.

—¿Dónde va Aiden? —lloró Brannock.

Blaire lo tranquilizó poniendo una mano sobre su espalda, pero sus dientes seguían chasqueando lo suficiente como para poder oírlos.

—A explorar, me imagino —dijo ella distraídamente, y volvió su atención a los muebles descubiertos.

Incluso después de años de maltrato, los sofás y las sillas parecían estar en condiciones mucho mejores que a las que estaban acostumbrados en Edimburgo. Qué extraño era ese lugar.

—¿Y si un monstruo se lo come? —presionó Brannock.

Blaire pasó su dedo por el manto que cubría la imponente chimenea de piedra e hizo una mueca. “Inmundicia”.

–Entonces ese monstruo tendrá un dolor de estómago horrible más tarde. Me imagino que no ha de ser muy sabroso.

–No es gracioso –dijo el más joven de los Lindsay.

–Ya sabes cuánto me gusta molestarte –Blaire le guiñó un ojo, con la esperanza de mejorar su estado emocional.

–B-Blaire –tartamudeó Brannock, dando un paso atrás y apuntando con su dedo en dirección a ella, toda la sangre de su cara parecía haber sido drenada.

–¿Qué ocurre, Bran? –preguntó Blaire.

–Estás b-brillando –gruño.

Blaire se miró a sí misma, y con certeza, el anillo de sello que normalmente llevaba alrededor de su cuello tenía un brillo definido.

–Sólo es la luz de los candelabros –dijo ella con un gesto de desprecio, –que se refleja en la piedra.

Pero era más que eso, y Blaire sabía muy bien que el resplandor no era benigno. Cogió el anillo y miró la piedra de color rubí, casi parecía burlarse de ella. Dejó caer la herencia de su madre dentro del vestido, donde descansó pesadamente contra su piel. Lo tocó distraídamente a través de la tela, estaba más cálido al tacto de lo que debería, especialmente en una habitación tan fría como esa. ¿Qué clase de lugar era ese? ¿Y por qué nunca había oído hablar de él antes?

–Ayúdame a doblar las sábanas, ¿quieres?

Hasta que ella tuviera una comprensión clara y firme de lo que estaba aconteciendo en Briarcraig, ella no quería preocupar a Brannock sin ninguna razón. Mantenerlo ocupado distraería su mente, al menos eso esperaba. Durante un tiempo, doblaron las sábanas y trataron de no inhalar el polvo que subía cada vez que tocaban un mueble. Un chasquido de la chimenea llamó la atención de Blaire y se dirigió hacia ella. Un momento después, un murciélago voló desde la abertura y ella maldijo suavemente mientras se agachaba para evitar a la criatura.

–Te oí –reconoció Aiden al entrar en la enorme habitación, cargando uno de sus baúles. –Las damas no maldicen.

–Entonces, es bueno que yo no sea una dama –dijo ella elegantemente, con una sonrisa en su rostro mientras se volvía hacia él. –¿Qué contraste abajo?

Aiden rió entre dientes.

–Una salida y un montón de habitaciones. Aunque esté sucio, al menos parece ser seguro –dijo un pisotón. –La estructura es sólida, así que al menos tengo algo sobre qué construir.

Blaire se tapó la mano para bostezar.

–¿Has encontrado alguna cama? Estoy exhausta.

–Sí, varios dormitorios en el piso de arriba están llenos de muebles cubiertos por sábanas. Escoge uno, cambia la ropa de cama, y entonces podrás dormir –él asintió, mirando hacia el baúl que ella sabía contenía sábanas frescas y varias sobrecamas. Dormir sería celestial.

–Mañana, tendré que limpiar –gimió ella.

–Mañana, hay mucho por hacer. ¿Estás lista para comer?

Ella meneó la cabeza.

–Estoy muy cansada. Me voy a la cama –Y se dirigió hacia el pasillo.

–Oh, Blaire –llamó Aiden.

Ella se volteó a ver

–Un vecino detenido por el cochero de Ferguson se dirigía hacia el pueblo...

Incluso los puñeteros cocheros son mejores que permanecer dentro del castillo.

–Deberíamos haber ido con él.

Aiden frunció el ceño.

–¿Asustada?

–Nada de eso –insistió ella, cruzando los brazos sobre el pecho.

–Bueno, de todos modos, el vecino...

–¿Seguro de que no estás delirando? –Blaire meneó la cabeza. –No he visto evidencia alguna de que alguien viva cerca de Briarcraig. ¿Quién sería lo suficientemente loco como para permanecer por estos lados?

–Bueno, la gente lo hace –insistió Aiden. –El señor Fyfe es el magistrado local y cuida ovejas en el valle. Él y sus hijas vieron el carruaje cuando estábamos llegando. Tal vez te agraden las chicas, son de tu edad.

Blaire le dirigió una mirada altiva a su hermano. Si estaba tratando de convencerla de que se quedara, estaba loco.

Aiden se aclaró la garganta.

—De todos modos, los invité a visitarnos mañana, una vez que tengamos todo instalado. Te haría bien el estar rodeada de algunas chicas normales para variar.

—¿Instalado todo? ¿Has visto bien tu castillo, Aiden? Se necesitaría un equipo de sirvientes para limpiar este lugar para mañana —dijo, ignorando el comentario sobre las muchachas normales, después de todo era bastante común viniendo de Aiden.

Él se encogió de hombros, era la imagen de un hombre despreocupado.

—Dejaremos al gran salón y a uno o dos salones pequeños arreglados para entonces.

—No vine aquí para entretener a los montañeses, Aiden Lindsay. Seguramente, no pensarás que me quedaré en este viejo castillo por más de una noche.

—Una noche o una quincena, no hay gran diferencia. Fyfe dice que los aldeanos piensan que el castillo está embrujado.

—¡Oh, qué tontería! —se burló Blaire, esperando que Brannock no volviera a ponerse nervioso después de oír tal cosa.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo el muchacho al mismo tiempo.

Perfecto. Nada que hacer ahora para minimizar el daño. Ella le dio unas palmaditas en el hombro mientras caminaba junto a él

—Si oyes algún lamento o chasquido de cadenas, Aiden, puedes venir y adentrarte bajo mis sábanas, voy a protegerte de todo lo que entra de golpe en la noche.

Luego se rió de la expresión horrorizada de su hermano.

—¿No puedes hablar seriamente ni un minuto? —regañó

Blaire se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? No le tengo miedo a fantasmas inexistentes.

Aiden murmuró algo entre dientes, y aunque Blaire no pudo distinguirlo estaba bastante segura de que estaba lejos de ser algo cortés.

—Mañana, necesitamos mirar alrededor e intentar descubrir qué es ese hedor —dijo ella, esperando que la charla sobre fantasmas hubiera terminado por esa noche. —Huele como si algo hubiera muerto aquí y nadie se hubiera tomado el tiempo de enterrarlo.

Aiden asintió distraídamente, aunque su mente miraba a kilómetros de distancia. Blaire se dirigió a la puerta, pero se detuvo para recoger una brazada de ropa de cama, y luego deslizarse rápidamente sobre sus talones, por el salón y el corredor mohoso, con Brannock. Se estremeció. Ahora que estaba aquí, no podía creer que hubiera dejado a Aiden involucrarla en todo esto. La casa de los Lindsay estaba lejos de ser un castillo, pero estaba limpia, cómoda y cerca de la gente que conocían.

Briarcraig era el lugar más aislado que había conocido jamás, diferente en todos los sentidos de Edimburgo. No podía imaginarse *vivir* aquí. Ella se estremeció ante la idea, Aiden era tonto si pensaba que incluso lo consideraría. Sólo el olor era suficiente para enloquecer.

Dobló en la esquina hacia donde creía que se hallaba la escalera; pero en vez de eso, encontró otro pasillo húmedo. Los ojos de Blaire contemplaron la triste escena, y se encogió, este no era el tipo de lugar donde uno querría estar perdido, así que, se dio la vuelta y volvió en la dirección por donde había venido.

Después de varios intentos por localizar la escalera, finalmente encontró el pasillo correcto y suspiró en señal de alivio.

—Me pregunto, ¿quién frecuenta este castillo? —comentó Brannock, mientras la seguía hacia uno de los dormitorios.

Notó que él no se había separado de ella más de dos pasos, mientras andaban y bajaban por el laberinto de pasillos.

—El único fantasma que atormentará estos salones serás tú —dijo, señalándole con el dedo, —si no vas a obtener el trabajo ayúdame con las camas.

—Me pregunto si fue asesinado.

Blaire puso los ojos en blanco, mientras le entregaba la mitad de la ropa de cama.

—Probablemente no, pero podrías ser la próxima víctima si sigues hablando de ello —se quejó.

—¿Crees qué es un buen fantasma o un mal fantasma? —preguntó por encima de su hombro.

—Bran —gimió ella.

Él siguió como si no hubiera dicho nada.

—Quizá el fantasma se muestre y me diga dónde ha enterrado un tesoro perdido hace mucho tiempo.

Blaire no pudo evitar reírse de la imagen que sus palabras trajeron a la mente. El muchacho se moría de hambre por una aventura propia, aunque tuviera miedo de morir.

—Si ves al fantasma, Bran, pídele que limpie un poco ¿de acuerdo?

Brannock resopló, y aunque Blaire no podía ver su rostro, estaba bastante segura de que él había rodado los ojos.

Capítulo 3

James Maitland, el barón Kettering, gimió. Se sentía como si alguien le hubiera echado sobre la cabeza un ancla y lo había dejado a su suerte para que muriera. Su sien pulsaba furiosamente, ¡Qué extraño! No podía recordar la última vez que había sentido dolor, siglos quizás, pero no podía recordar nada reciente.

Trató de abrir los ojos, pero sus párpados estaban demasiado pesados. Extraño, entonces notó que sus brazos y piernas no se movían ni siquiera su dedo meñique. ¿Qué diablos le había pasado? James concentró toda su energía en sus ojos, deseando que se abrieran; fue en vano. Estaba acostado sobre algo frío, algo húmedo; pero eso era todo lo que podía decir con certeza. Si pudiera recordar cómo había llegado hasta allí...

Esas malditas brujas. Un recuerdo pasó por su mente, cinco brujas lo habían abordado en las afueras de la posada, seguro debieron haber lanzado algún hechizo sobre él que inutilizara sus miembros. ¿Qué había dicho esa bruja? Algo sobre monstruos y hacer justicia por sus víctimas. Si James hubiera sido capaz de burlarse, lo habría hecho.

¡Víctimas! Qué tontería. Cualquier mujer que compartiera su vital sangre con él, disfrutaba de la experiencia tanto como el vampiro. Ni una sola vez en más de doscientos años había tomado algo que no se le ofrecía libremente; habían discutido ese punto con Blodswell, y era un código con el que vivían. Era lo acordado, y nunca decepcionaría a su creador.

¡Blodswell!

El alivio se apoderó de James. Blodswell, su viejo amigo, estaba seguro de que lo encontraría dondequiera que estuviera. Pondría las cosas en orden, y entonces esas cinco brujas no sabrían qué les había golpeado. Pensaron que era un monstruo ¿verdad? Les mostraría cómo era realmente un monstruo. Maldición, estar paralizado era una puñetera molestia.

—Estoy fuera de Edimburgo, la Posada Black Dragon. Necesito tu ayuda. Por favor, encuéntrame. Uno de tu maldito aquelarre me ha atacado.

Entonces un sonido llegó a sus oídos. El tap-tap de pasos y luego una risa infantil.

—¡Brannock Lindsay! —gritó una mujer. —No tengo tiempo para esas tonterías. Súbete en la cama, tenemos un día largo por delante mañana.

—Pero, Blaire —se quejó el niño, —sólo quiero atrapar al gatito primero.

—Sí. Siempre tienes algo que hacer primero; pero esta noche no tengo paciencia —bajo el volumen de su voz mientras gruñía; sin embargo, él podía oírla. —Sólo tú, Brannock, podrías hacer, tan pronto como llegamos, amistad con una bola de pelos roñosa. Tienes suerte de que no te haya arrancado los ojos.

—No es un gato malo, Blaire.

—No hay tal cosa como un buen gato —la voz femenina continuó gruñendo.

Contra su voluntad, James sintió que las comisuras de su boca empezaban a aparecer.

—Pero ¿y si está perdido y asustado? —Continuó el niño. —¿Y qué pasa si los fantasmas o monstruos se lo llevan?

—Estoy segura de que el gato puede encontrar un mejor lugar para esconderse en esta pila de rocas. Ahora, no te diré otra vez: Vete a tu cama.

Los sonidos se alejaron, y James estaba más confundido que nunca. ¿Pila de rocas? ¿Fantasmas? Qué extraña conversación. Ahora que lo pensaba, no oía los sonidos de una posada en funcionamiento, ni había padrinos de boda en el patio repitiendo historias desagradables ni había ningún sonido de los cocineros o de las meseras que corrían alrededor de las cocinas ni olía a comida recién horneada; ningún alboroto de borrachos en la taberna. No había nada más que extrañas conversaciones entre un muchacho y su hermana o niñera. ¿Dónde demonios estaban?

Pila de rocas. ¿Qué quería decir la muchacha? La cólera inundó a James, y luchó una vez más por abrir los ojos, abrir la boca, moverse una pulgada. Pero no sucedió nada, nunca había experimentado tanta tortura ni en su vida anterior ni en la actual. Una vez más, la cólera sobre aquella maldita brujería corría por sus venas. Cuando se liberara de esta trampa, no habría ningún lugar en todo el mundo donde esas cinco brujas estarían a salvo de él.

Justo cuando Blaire cerró los ojos, sonó un golpe en su puerta. Ella suspiró, ¿Acaso este día nunca terminaría?

—¿Sí?

La puerta se abrió.

—¿Blaire? —la pequeña voz de Brannock la precedió en la habitación.

—Bran —gimió ella —¿Qué estás haciendo fuera de la cama?

Se había tomado casi una hora para tranquilizarlo y que él se metiera debajo de la colcha, no creía tener fuerzas suficientes para comenzar el proceso.

—Estoy preocupado por el gatito.

El gato de nuevo. Blaire maldijo a ese animal por cruzarse esa noche en el camino de su hermano.

—El gato vive aquí, no hay razón para preocuparse por él. Intentaremos encontrarlo en la mañana.

El chico suspiró, y Blaire finalmente se sentó en la cama para mirarlo. El pequeño apretó firmemente la tela roja de Lindsay alrededor de sus hombros y se estremeció.

—Blaire, puedo... —su voz se apagó.

—¿Puedes qué?

—No quiero estar en mi habitación, creo que está embrujada.

Se veía tan patético así, tembloroso en la puerta, que se compadeció de él.

—¡De acuerdo! Puedes quedarte conmigo esta noche —antes de que terminara la frase, el pequeño se había lanzado a su cama. Ella no pudo evitar sonreírle al chico, y le revolvió el cabello. —Pero, mañana tendrás que quedarte en tu propio dormitorio.

Brannock rápidamente asintió con la cabeza, demostrando que estaba de acuerdo.

En un momento, se colocó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué piensas de Briarcraig? —preguntó el pequeño.

—Creo que nuestra labor aquí no será por mucho tiempo.

—¿Crees que mamá vivió aquí?

Blaire sacudió la cabeza.

–Mamá sólo vivió en Edimburgo.

Él suspiró melancólicamente.

–Vi un retrato que se parecía a la miniatura que papá tenía de ella.

–¿Un retrato?

–Mmm –jugó con el cordón que Blaire tenía alrededor de su cuello. –Pensé que tal vez fue... ¡Ay! –él quitó su mano de ella y se metió los dedos en la boca.

Blaire se quedó quieta.

–¿Qué pasó?

–Quema –le mostró alrededor de sus dedos.

–¿Quema? –Blaire miró al anillo que colgaba de su cuello.

No era su imaginación, la piedra estaba verdaderamente resplandeciente. Ella la tocó cautelosamente con el dedo, y aunque el anillo estaba más caliente de lo normal, no la quemó.

Brannock sacó los dedos de su boca.

–¿Qué hay de malo con esa cosa?

Blaire sacudió la cabeza.

–Honestamente, no tengo ni idea.

Si su madre no le hubiera dicho en su lecho de muerte que nunca se lo quitara del cuello, Blaire habría arrojado el anillo por la habitación. Pero lo mantendría a salvo, le había hecho una promesa a su madre. Podía a lo mejor, salvarle la vida un día. Pero, este se comportaba tan extraño que tenía más miedo de tenerlo en su persona.

Ella apartó el cordón de su hermano y luego inspeccionó su mano. Había una débil marca roja en su dedo índice, y presionó sus labios en el área.

–Ahora todo estará mejor.

Por el resplandor del anillo, vio a Brannock rodar los ojos.

–No soy un mocoso, Blaire.

Por supuesto que no. Era un muchacho fuerte y valiente que había saltado a su cama porque no quería enfrentarse solo a la noche. Ella le guiñó un ojo y sonrió.

–Trata de dormir un poco, ¿sí?

El muchacho se metió más profundo entre las sábanas y se quedó dormido en cuestión de segundos. Sin embargo, Blaire no fue tan afortunada, justo cuando sus ojos se cerraban, oyó un fuerte estallido viniendo de la planta baja.

—Maldito gato —murmuró, mientras se ponía de pie y golpeaba su almohada con frustración.

Entre los ronquidos que ya estaban saliendo de la boca de Brannock y los objetos que se caían cuando el gato corría por el comedor, Blaire sería increíblemente afortunada de dormir siquiera una hora.

Justo cuando el castillo quedó en silencio y el gato finalmente se acostó para descansar, un fuerte grito vino de las entrañas del castillo. Blaire miró rápidamente a Brannock, que aún dormía profundamente, su imaginación debía estar jugando con ella. De la nada, su hermano le dio una patada en la espinilla con toda su fuerza. Maldita sea, nunca llegaría a dormir a esta velocidad. Se deslizó por debajo de la colcha, se encogió de hombros en su envoltura, y luego salió por la puerta de la recámara.

El anillo alrededor de su cuello atrajo su atención momentáneamente, mientras el resplandor parecía desvanecerse y brillar con el ritmo de un corazón latiendo. Volvió a guardar el anillo debajo de su pijama y bajó las escaleras. Se preparó una taza de té relajante para ayudarse a dormir, eso era todo lo que necesitaba; debía haber un encantamiento para dormir.

Un cosquilleo comenzó primero en los dedos de los pies y de las manos de James. Gritó de dolor porque el hormigueo era más parecido a ser pinchado por cientos de afiladas agujas, a medida que sus miembros cobraron vida. No había sentido dolor en décadas; en realidad, en más de dos siglos. No desde que era humano. Pero ahora lo sentía, y no era demasiado agradable. Le gustaría pensar que tenía sangre corriendo hacia sus extremidades, pero eso era muy improbable. ¡Maldición! Estaba inusualmente sediento, sentía sed como ninguna de las veces anteriores. Necesitaba alimentarse, y lo necesitaba pronto.

Miró a su alrededor, inseguro de dónde estaba. La habitación oscura que lo sostenía estaba tan negra que ni siquiera podía ver su mano cuando finalmente pudo levantarla frente a su rostro. Probó mover sus extremidades con cautela cuando

lentamente cobraron vida. Parpadeó abriendo y cerrando los ojos; por supuesto, la oscuridad era todo lo que podía ver, pero se sentía tan bien abrirlos que era más de lo que podía hacer antes. Una mejora definitiva.

Deseó saber cómo había llegado hasta ese extraño lugar. Doblo las piernas y gruñó en voz alta mientras enderezaba su largo cuerpo; se apoyó contra la pared de piedra frígida detrás de él y apoyó su cabeza sobre sus rodillas.

Después de un tiempo, sus ojos comenzaron a adaptarse a la oscuridad circundante, y James sonrió cuando pudo distinguir una puerta. ¡Libertad! ¡Gracias Dios!

James se puso de pie, pero casi tropezó con su propio peso. Se agarró de la pared para estabilizarse. ¿Había sido drogado? Un pecado más para añadir a la lista creciente de injusticias que el aquelarre había hecho con él.

Con sus piernas débiles, James lentamente hizo su camino a través del suelo frío y agarró la manija de la puerta. Tiró, sólo para encontrarla cerrada con llave. Eso no debía sorprenderlo, pero fue igualmente desalentador. No es que una puerta cerrada pudiera mantenerlo atrapado, todo lo que tenía que hacer era sacarle las bisagras.

Tiró de la empuñadura, pero no se movió ni un centímetro. Golpeó su hombro contra la madera, pero ni siquiera oyó el ruido de una grieta formándose satisfactoriamente. Por Dios, ¿qué tan débil estaba? Entonces, el sonido más glorioso que había escuchado llegó a sus oídos. Unas pisadas se oyeron del piso de arriba. Miró hacia esa dirección.

—¿Hola? —dijo él. Los pasos se detuvieron. —¿Hola? —repitió, apoyando la cabeza en la puerta. Si él hablaba lo suficientemente fuerte, tal vez la persona podría oírlo. —¡Por favor! —gritó una última vez. —Estoy atrapado. ¡Por favor, déjame salir!

La débil voz de la chica que había escuchado antes le caía como lluvia en la oscuridad. Un chasquido y una maldición apenas audible llegaron a sus oídos, lo cual le hizo sonreír. La muchacha tenía un vocabulario interesante, le enseñaría algunas palabras más interesantes si le abría la puerta.

Entonces, una vez que la muchacha lo liberara, James volvería a su camino. Sintió su dedo anular y gruñó. Malditas brujas. Ojalá estuviera oscuro afuera, ya que viajar con la luz del día sería imposible, debido a que una de las endemoniadas mágicas aparentemente se había fugado con su anillo.

—Vamos —gritó desde su prisión. —Ven a buscarme, por favor.

Cuando los pasos disminuyeron, James pensó que se marchitaría y moriría. Cerró los ojos, deseando que continuara. No podía perder a la muchacha, no cuando estaba tan cerca de encontrarlo.

—Hola... —llamó, permitiendo que su voz se detuviera al final de la palabra, dibujándola como una canción. —¿Puedes oírme? —su garganta ardía con la fuerza de sus palabras. Él extendió una mano en la oscuridad, como si pudiera agarrar a quien se movía por encima de él. —¡Ayúdame! —dijo él.

Los pasos se detuvieron por completo.

—¡Por favor! —le rogó. —Sé que me puedes oír.

Los pasos de ella se movieron por el suelo otra vez, y más rápido. Si James tuviera todavía un corazón, habría saltado por el sonido.

—Eso es todo —susurró para sus adentros. —Ven por aquí...

Finalmente, los pasos lentos y medidos chocaron con los peldaños de piedra, el ruido resonaba en sus oídos.

—¡Hola! —gritó.

Se detuvieron de nuevo.

—¡No! Sigue viniendo. Estoy aquí, pero estoy atrapado.

Otro paso. Ella no retrocedió. *¡Gracias Dios!* Ella seguía acercándose a él. Un destello de luz se deslizó por debajo de la puerta, era casi doloroso para sus ojos; jadeó y los cubrió rápidamente. Luego, abrió un ojo y volvió la vista a la habitación, ahora podía ver mucho mejor desde el cálido resplandor que se deslizaba bajo la puerta.

Volvió a empujar la manija de la puerta, pero todavía se negaba a mover. Casi podía probar la libertad, hasta que le llegó el olor de la sangre que bombeaba dentro de las venas de la chica. Olía a dulce lavanda, tierra y fuerza. Quería probarla más que nada. James se dejó caer de estómago junto a la puerta y habló por debajo.

—Por favor, libérame —susurró él.

—¿Eres real?

El suave sonido escocés de sus palabras se movía a través de él como un trueno que rompe una noche llena de tormenta. Se estremeció. Las muchachas escocesas serían la muerte de él.

—Soy real.

—No lo creo.

De repente, ella le sonó extraña a sus oídos, como si estuviera en una especie de trance. El diminuto hilo de esperanza que había sostenido comenzó a desvanecerse.

Sin embargo, estaba tan cerca de la libertad que renunciar parecía temerario.

—Soy muy real, muchacha —le prometió, presionando todo su cuerpo contra la puerta. Si pudiera deslizarse debajo de ésta, lo haría. —Ponme en libertad y te mostraré.

James sintió que la puerta se movía un poco cuando ella tiró del otro lado.

—Está cerrada —dijo con nostalgia, como un sueño.

—Por supuesto que está cerrada. Te dije que estaba atrapado.

—Oh.

—¿Puedes buscar una llave?

¿Qué estaba mal con la muchacha? No parecía captar gran parte de lo que decía, ni la urgencia con que lo hacía. ¿Aquel aquelarre la había atrapado y drogado también? ¿Era ella también víctima de su traición?

—*Malditas Brujas* —escupió bajo su aliento.

Un grito ahogado resonó desde el otro lado de la puerta.

—¡Maldito fantasma! —contestó ella.

¡¿Fantasma?! Claramente la chica no estaba en su sano juicio.

—Señorita, solo debes encontrar la llave.

—Encuéntrela por sí mismo —le espetó.

¿Qué diablos le pasaba de repente? James soltó un suspiro.

—Por favor —le suplicó. Pero entonces ella se alejó de la puerta y la esperanza de James se desplomó una vez más. —¡No te vayas! —gritó.

—Los fantasmas no existen —susurró apenas, la valientemente chica, pero él oyó claramente sus palabras.

Sus cortados pasos regresaron por los peldaños de piedra. James maldijo entre dientes y le suplicó que regresara, pero ella no le contestó. La oyó moverse por el suelo por encima de él. Luego silencio. Había desaparecido tan pronto como había llegado.

¿Por qué había huido? ¿Qué había dicho ella? Intentó recordar sus palabras exactas. ¿Pensaba que era un fantasma? ¿Era eso lo que quería decir? Se burló de sí mismo. Era lo más alejado de un espectro inofensivo; pero, si ella así lo deseaba se convertiría en uno, hasta el momento en que ella lo liberase.

Capítulo 4

Blaire arrancó un trozo de pan y se lo metió a la boca. Echó una ojeada a la triste sala del comedor de Briarcraig, que no había mejorado mucho a la luz del día. Sus ojos estaban cansados y doloridos, y había un insistente golpeteo en su cabeza. El insomnio siempre tenía ese efecto en ella. No es que hubiera tenido muchas opciones la noche anterior.

Era culpa suya, por permitir que Brannock permaneciera con ella durante la noche. ¿Cómo podía haber olvidado que el chico pateaba cuando dormía? Ahora, seguro estaba cubierta de moretones a lo largo del costado izquierdo. La cereza en el pastel fue cuando él comenzó a roncar como un anciano, haciendo que la cama retumbara toda la noche. No, no había tenido opción sobre el insomnio, pero deseaba que éste no le hiciera sentirse tan confusa.

Sus sueños habían sido irregulares: Fantasmas atrapados y anillos brillantes. Aunque, el anillo no era un sueño ¿verdad? Tiró de la cuerda debajo de su vestido y sostuvo el anillo para inspeccionarlo. Bajo la luz del día, no parecía poseer el extraño resplandor de otro mundo que habían visto ayer. Si aún pesaba más, se había acostumbrado a la diferencia y no lo había notado ahora. Pasó la punta de su dedo a lo largo del relieve grabado al lado. El símbolo del valeroso soldado, pasado de una bruja guerrera a la siguiente, por generaciones. Nunca lo había visto comportarse tan extrañamente.

Fue una pena que Caitrin no estuviera allí. Como la vidente de su aquelarre, Cait entendería la situación solo con cerrar sus ojos y decir unas cuantas palabras mágicas. Pensar en su hermana bruja atrajo nuevamente su atención sobre el deseo de salir apuradamente hacia Edimburgo. Tal vez, le enviaría a su amiga una nota explicando su ausencia. En verdad, debería haberlo hecho antes de salir de su casa.

Blaire arrancó otro pedazo de pan y comenzó a componer la carta en su mente. Antes de que la terminara en sus pensamientos, Aiden entró en el comedor como si

fuera el dueño del lugar. Lo maldijo por estar tan bien descansado y con los ojos brillantes esa mañana.

–¿Por qué estás maldiciendo? –preguntó, deslizándose en un lugar junto a la mesa.

–Noche difícil –gruñó ella.

–¿En serio?... –Los ojos de Aiden se abrieron de sorpresa. –Yo dormí como un muerto ¿qué pasó? ¿La cama era incómoda? –rompió un pedazo de queso y lo mordió.

Ella se encogió de hombros.

–Brannock llamó a mi puerta anoche, asustado por la muerte de un fantasma y otras tonterías. Le dejé quedarse conmigo.

–¡Ah, mala suerte! –Aiden hizo una mueca. –El muchacho siempre da patadas.

–Lo sé muy bien –de alguna manera logró controlar un gruñido. –Pero su paranoia es contagiosa. Anoche tuve el sueño más extraño sobre un fantasma.

Los ojos plateados de Aiden se iluminaron.

–No pienso que hayas creído en fantasmas.

Ella sacudió su cabeza.

–A la luz del día, yo no creo en esas tonterías. Pero por una extraña razón el sueño se sentía tan real, Aiden. No puedo describirlo correctamente.

–Deberías volver a dormir un rato más. No te ves muy bien.

Blaire se rió.

–No soy una dama de ocio. –Además, tenemos mucho que hacer hoy.

–No hay prisa.

Por supuesto, él no tenía prisa. Aiden con mucho gusto pasaría el resto de sus días en el desmoronado castillo, que para Blaire, no era atractivo ni en lo más mínimo.

—Voy a escribir una nota rápida para Cait y luego, empezaré a trabajar en las habitaciones del primer piso.

Aiden suspiró.

—Si insistes.

—Bueno, no insistiría; pero tú prometiste entretener esta tarde a cierto granjero de ovejas.

Blaire se puso de pie y se secó la frente sudorosa con el dorso de la mano.

—No puedo creer que Aiden me haya convencido de venir a este asqueroso lugar —murmuró entre dientes, mientras llevaba un cubo con trapos y un trapeador sucio hasta la puerta. —¡Brannock! —gritó ella.

Inclinó la cabeza para escuchar el sonido de los pasos. Sabía que Aiden estaba ocupado con las tareas domésticas, pero el pequeño de los Lindsay debía ser constantemente guiado para que volviera a su tarea, que era la de limpiar los años de polvo que tenían en su interior los dormitorios principales. El niño estaba detrás cuando ella no quería que lo estuviera, pero no se encontraba en ninguna parte cuando había trabajo por hacer.

Blaire subió las escaleras de dos en dos y luego llamó a Brannock mientras caminaba por los pasillos.

—Aquí, Blaire —dijo por fin su voz tranquila.

Ella siguió el sonido que la llevó a un largo corredor adornado con una gran fila de retratos. Allá, al final, estaba Brannock sentado en el suelo y mirando el último cuadro de la galería.

—¿Tomando un descanso en medio del trabajo? —preguntó, acercándose a él, pero a medida que lo hacía, el aire de sus pulmones fue casi succionado. Su madre lucía orgullosa y confiada en el retrato final, sosteniendo una espada en sus manos.

—Dijiste que mamá nunca había vivido aquí, pero se parece mucho a la miniatura de papá.

Alpina Lindsay había muerto diez años atrás, pero Blaire nunca olvidaría la cara real de su madre. Sin duda, la miraba fijamente desde el retrato.

—Creo que tienes razón, Bran. Esa es mamá.

Él levantó la mirada sorprendido, y un tintineo de metal golpeó el suelo.

—¿Cómo llegó esto aquí?

Blaire deseaba saberlo.

—¿Tal vez visitó el castillo cuando era joven?

No es que tuviera sentido. Tendría que preguntarle de nuevo a Aiden lo que el abogado había dicho sobre el lugar. Tal vez, debió haber prestado atención la primera vez que le contó la historia. Volvió a mirar a su joven hermano y notó una pequeña pila de figuras de peltre.

—¿Qué has encontrado allí? —Señaló el suelo.

—Bruce estaba en un armario con las piezas —dijo Brannock distraídamente, mientras sus ojos se dirigían hacia los juguetes.

—¿Bruce? —repitió Blaire.

—Mi gato —respondió su hermano, arreglando ahora el juego de peltre en filas y círculos.

Blaire no pudo evitar la risita que se le escapó.

–¿Has llamado a tu gato Bruce?

Brannock se encogió de hombros.

–Él era el mejor guerrero de Escocia.

Ella se dejó caer de rodillas junto a su hermano y le despeinó el pelo.

–En efecto.

Aunque lo más probable, es que volvería a su tumba si supiese que su nombre era el homónimo de ese flacucho gato. Volvió los ojos al retrato y miró hacia el pasado

–¿Has estado viniendo aquí para mirar la pintura, mientras Aiden y yo hemos estado trabajando hasta desgastarnos los dedos?

–No te pongas furiosa, Blaire –le suplicó. –Yo...Yo solo quería verla. No puedes decir mucho de la miniatura. Ella luce tan fuerte y valiente en ese retrato.

Blaire le besó la cabeza.

–Ojalá la hubieras conocido también. Desearía que estuviera aquí con nosotros –lanzó un suspiro. Ella al menos había conocido a su madre, pero Brannock nunca tuvo esa oportunidad. –Puedes venir y ver el retrato todo lo que quieras, pero necesitamos tu ayuda también.

Brannock asintió con la cabeza.

–¡De acuerdo! ¿Puedo guardar mis juguetes primero?

Blaire le guiñó un ojo.

–Sí. Yo te ayudaré.

Él le tendió una pieza de peltre.

–Creo que ésta se parece a ti.

Blaire le quitó el objeto brillante y apretó el frío metal con su mano. De hecho, la figura era una mujer, el vestido que llevaba puesto lo confirmaba. Pero en su mano

sostenía un arco y una flecha. Blaire apretó el corazón, había visto una figura así antes, en la colección de Sorch. ¿Qué estaría haciendo algo así, aquí precisamente?

—Déjame ver las demás —dijo ella, mientras la inquietud se apoderaba de su ser.

Él recogió las piezas restantes y las dejó caer en su mano. Era extraño ver el set. Una muchacha se tapaba los ojos; otra, sostenía un relámpago en su mano como si lo hubiera arrebatado del cielo; otra, sostenía una flor extendida como un regalo, y la última muchacha sostenía un mortero y una maja.

—Humph —gruñó ella. Era un duplicado exacto del juego de Sorch. —De nuevo, ¿dónde has dicho que las encontraste?

—En el armario de una de las habitaciones. Bruce lo usaba como su casa.

—¿Puedes mostrarme? —dejó caer las figuras en su bolsillo.

Brannock asintió con la cabeza.

—No había nada más, no que pudiera ver.

Sin embargo, necesitaba verlo. Brannock la condujo a una de las tantas recámaras que había y abrió un antiguo armario. El interior era enorme y oscuro, casi lo suficientemente grande como para ser una pequeña habitación propia. Le dio una patada a una almohada que estaba en su camino, y supo con certeza que era la cama del gato. Una bola de fuego fue creada en la mano de Blaire para que pudieran ver dentro. Al fondo del gran armario, su llama resplandeció contra la cubierta de cobre de un oscuro cofre.

—¡Havers! —murmuró Blaire.

—Es como el cofre del tesoro de un pirata —Brannock tiró de sus faldas. —¿Podemos abrirlo?

Blaire se rió de su hermano hambriento de aventuras. Sin embargo, su emoción reflejaba la suya, si era completamente honesta consigo misma.

—Por supuesto.

Los dos se acercaron a la parte trasera del armario, Blaire bajó la llama para inspeccionar el cofre más a fondo. La cerradura de cobre brillaba como si hubiera sido construida recientemente. De hecho, tenía el mismo brillo que la llave que Aiden había recibido del abogado; la que no encajaba en la puerta principal.

—Bran, corre y ve a mi dormitorio. La llave del señor MacDonald está en mi tocador.

Su hermano hizo una mueca.

—¿Por qué no la abres con unas palabras mágicas?

Podía hacer eso, por supuesto, pero hacerlo no respondería su pregunta.

—Porque quiero saber si encaja. Ahora haz lo que te pido.

Brannock gruñó, pero se dirigió hacia la entrada del armario.

—No vayas a abrirlo sin mí.

—Es una promesa.

Blaire pasó el dedo por la cobertura del cobre. Qué extraño que el cofre conservara su brillo cuando todo lo demás en Briarcraig parecía polvoriento y apagado. El armario debía haberlo mantenido a salvo de los elementos, pero uno todavía pensaría que un poco de polvo se habría instalado en el cofre, especialmente si ese maldito gato había entrado y salido de ahí.

En menos de un minuto, Brannock volvió a entrar en el armario, jadeando, y cansado como si hubiera corrido una carrera. Su hermana nunca dejó de sorprenderse de lo rápido que podía ser cuando quería algo.

—Aquí —él entregó la llave para que Blaire la inspeccionara, todavía tratando de recuperar el aliento.

Blaire dio vuelta a la llave en su palma de manera que quedara hacia arriba, como si probara su peso.

—Mmm —de hecho, parecía ser del mismo cobre. Ella la deslizó en la cerradura y sonrió cuando oyó un clic muy satisfactorio.

Capítulo 5

Blaire jadeó.

—¿Qué hay dentro? —se quejaba Brannock, rebotando sobre sus talones mientras trataba de mirar por encima del hombro de su hermana. —¡Déjame ver!

Blaire se movió hacia un lado, permitiendo que la cálida luz de su llama iluminara el contenido del maletero. Ni siquiera podía hablar. Nunca en su vida había visto tanto dinero. No eran ni chelines ni peniques, sino verdaderas guineas doradas llenaban el cofre hasta el borde. Más de lo que podía contar, estaba segura.

—¡Es un tesoro! —gritó Brannock con la voz temblorosa.

—Sí —dijo a duras penas.

—¡Somos ricos! ¡Somos ricos!

El chico se apartó del armario y salió de la habitación antes de que Blaire pudiera pedirle que se detuviera.

—¡Somos ricos! ¡Somos ricos! —gritó por el pasillo y bajó las escaleras, su exuberancia borboteaba.

—¡Brannock! —le gritó después. —Espera.

—¡Aiden! —Gimió el chico. —¡Somos ricos!

Blaire persiguió a su hermano menor, casi tropezando en su búsqueda, con el último escalón de piedra. Se enderezó justo a tiempo para ver a Brannock meterse en el gran salón. Ese muchacho iba a ser su muerte de un modo u otro.

—¡Por el amor de Dios, Bran!

Blaire se detuvo en el umbral de la amplia sala para encontrar a Brannock dirigiéndose a Aiden, que estaba reclinado como un rey en el sofá. Desafortunadamente, su hermano mayor no estaba solo, frente a él, dos muchachas de cabellos dorados estaban sentadas en alegres y hogareñas sillas de respaldo alto, y un hombre mayor de carácter estoico estaba cerca de la flameante chimenea.

—¡Somos ricos! —exclamó Brannock.

—¡Brannock! —siseó Blaire.

Las dos chicas intercambiaron miradas mercenarias y luego volvieron su atención hacia Aiden.

—Capitán Lindsay —comenzó el primero. —¿Hemos llegado en un mal momento?

Aiden sacudió la cabeza e hizo un gesto a Blaire, todavía de pie en el pasillo.

—No en lo absoluto. Permítanme presentarle a mi hermana. Blaire, ellos son Miss Heather Fyfe, su hermana Miss Crissa Fyfe, y su padre, el señor Fyfe. Te dije que iban a hacernos una visita.

Ambas Miss Fyfe miraron a Blaire y de repente, ésta última, tuvo el impulso de retirarse.

—Un placer —mintió ella.

—Bueno, entra, entra —ordenó Aiden, mostrándole un lugar a su lado y haciéndole un gesto para que se acercara. —Le estaba contando a Miss Fyfe cómo te gusta coser.

En otras palabras, él había estado mintiendo entre dientes.

—No debiste haberlo dicho. En serio —Blaire forzó a su pie a dar un paso sobre el umbral y luego, con una sonrisa forzada, tomó el lugar al lado de su mentiroso hermano.

—¡Aiden! —Brannock le estampó su pie. —¿Me escucharás?

Su hermano mayor le lanzó una mirada mordaz.

—Ladies, mis disculpas. La institutriz del muchacho ha abandonado sus deberes.

¿Institutriz? Blaire casi se ahogó. ¿Qué cuentos de Banbury les había estado contando Aiden? ¿Y por qué le importaba de todos modos impresionar a las hermanas Fyfe de pelo dorado?

—Sí. Debería hablar con la señorita... Gulverness. Ha estado muy relajada últimamente.

—¿Gulverness? —preguntó la señorita Fyfe más joven. Blaire no estaba segura de qué era aquello en lo que se había metido. —¿Tú institutriz se llama Gulverness?

Blaire se enderezó, desafiando a la mujer a meterse en su mentira.

—Sí. Miss Gulverness. Creo que por eso escogió esta línea de trabajo, señorita... uh.

—Crissa —agregó la otra muchacha, sus ojos azules claros se estrecharon con sospecha.

—Sí, señorita Crissa. Creo que Miss Gulverness se convirtió en una institutriz porque el nombre le convenía. Al igual que un herrero llamado Smith. Nadie piensa en eso, ¿verdad?

La rubia ceja de Crissa Fyfe se arrugó.

—Supongo que no.

—Por supuesto que no —dijo Blaire.

—¿Por qué no vas a buscar a Miss Gulverness, Brannock? Yo me reuniré con vosotros más tarde —lo echó Aiden.

Brannock hizo un puchero, miró furioso a su hermano mayor, y luego salió de la habitación. Pobre muchacho, tenía noticias tan extraordinarias y estaba siendo obediente al tener que buscar a la inexistente señorita Gulverness para su castigo. Si Blaire no estuviera tan molesta con Aiden, se habría reído.

—Ahora —Aiden se movió en su asiento, —Blaire, estarás contenta de que la señorita Fyfe adore su aguja e hilo.

Así que, las muchachas se jactaban de sus logros ante el nuevo y guapo dueño del castillo local, ¿no era así? No es que Blaire pensara que Aiden fuera guapo, pero había oído de otros en Edimburgo lamentarse el hecho casi toda su vida. Y ahora las emprendedoras hermanas Fyfe acababan de oír a Brannock anunciar que eran "ricos". ¿Cómo diablos se desharían de la pareja ahora que Aiden era un capitán del Ejército apuesto y rico, en posesión de un castillo?

—¿No me digas? —preguntó con voz dulce y enfermiza. —Eso es fascinante, señorita Fyfe. ¿Aguja e hilo, dices?

Heather Fyfe entrecerró sus ojos verdes, viendo a Blaire de una manera muy calculadora.

—Le digo, señorita Lindsay, usted tiene —señaló la cabeza de Blaire, —algo en su cabello —Luego se estremeció por el efecto dramático.

La mano de Blaire voló hacia su cabello donde descubrió una telaraña bastante terca entrelazada en su pelo. ¡Havers! Eso era muy embarazoso bajo esas circunstancias.

—Mi hermana está tan emocionada de ver cada centímetro de Briarcraig que debe haber estado investigando un lugar que los criados todavía no han limpiado.

Los sirvientes significaban Blaire y Brannock.

—Oh, sí —aceptó rápidamente. —Hay muchos corredores y alcobas para ver.

—¿No tienes miedo del fantasma? —preguntó Crissa Fyfe, deslizándose hacia adelante en su asiento.

—No creo en los fantasmas —le informó Blaire.

—Blaire es una chica valiente —agregó Aiden.

—Bueno, capitán —dijo el señor Fyfe alejándose de la chimenea, hablando por primera vez desde que Blaire había entrado en la habitación. —mis chicas y yo mejor nos vamos. Espero que disfrute de su tiempo aquí en Strathcarron.

Ambas chicas miraron a su padre mientras Aiden se levantaba.

–Fue un placer reunirse con ambas. Espero que vuelvan a visitar a Blaire mientras estamos en la residencia.

Ni Heather ni Crissa Fyfe se volvieron para ver a Blaire, ya que estaban demasiado ocupadas moviendo sus pestañas para Aiden.

–Nos encantaría –dijo Heather Fyfe.

–Bueno, ¿por qué no nos acompañan a cenar mañana? –preguntó Aiden, ofreciendo su brazo a Heather. –Entonces podrán conocerse mejor.

Blaire resistió el impulso de apretar los dientes.

–No estoy segura de que los criados estén listos, Aiden. Hemos estado trabajando con los pobres hasta el cansancio.

Su hermano se despidió de ella, como si realmente tuvieran un castillo lleno de sirvientes.

–Una mujer tan tierna –dijo a Heather Fyfe.

Aiden era un idiota.

–Gracias, capitán –El señor Fyfe y su hija menor siguieron a Aiden desde el gran salón. –Veremos más adelante.

Blaire se reclinó contra el sofá, esperando a que el imbécil de su hermano mayor volviera de ver a los Fyfe irse. ¿Qué diablos le pasaba a Aiden? Ella suspiró.

No tuvo que esperar mucho tiempo, un momento después, su hermano entró en el gran salón con una sonrisa en su rostro.

–Fueron encantadores.

–Nuestra idea de "encantador" se diferencia salvajemente.

Él rodó los ojos.

–Así, también nuestras ideas de lo que constituye un nombre decente. ¿Gulverness? ¿Eso fue lo mejor que pudiste hacer?

No era el mejor nombre, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

–Por lo visto, mi talento para la mentira no está tan desarrollado como el tuyo.

Él todavía tenía la audacia de reír.

Blaire se levantó de su lugar.

–Tenemos que hablar, Aiden.

–Yo sé que podrás llevarte bien con las hermanas Fyfe. Sólo dales una oportunidad, eso es todo lo que te pido.

No le importaban las hermanas Fyfe.

–Aiden, tengo algo que decirte. Brannock y yo...

–¿Qué diablos le pasa a ese muchacho? ¿Dónde está? –lo vio dirigirse hacia la puerta. –¡Brannock! –gritó.

¡Havers! Conseguir la atención de aquel hombre se había vuelto imposible.

–¡Aiden Lindsay! –Ladró Blaire –¿Habéis de cerrar tu maldita boca un minuto y escucharme?

La frente de su hermano se arrugó.

–No hay razón para que me hables de esa manera.

Oh, había un montón de buenas razones para hablar con él de esa manera: arrastrar a todos a Highlands, invitar a las tontas Fyfe para la cena de mañana, la corriente de mentiras que había salido de su boca para impresionar al magistrado y a sus hijas; pero esto no se trataba de nada de eso, en este momento.

–Brannock y yo encontramos un cofre, Aiden. Está lleno de guineas.

–¿Guineas? –Aiden finalmente parecía interesado.

–Más de las que jamás he visto –confesó. –La llave del abogado abrió el cofre.

–¿En serio?

—Y hay más. Brannock encontró algunas figuras de peltre —sacó las piezas de su bolsillo y las dejó caer en la mano del mayor. —Míralas —ordenó Blaire.

Él se tomó su tiempo para observarlas, y el color de su cara drenó lejos.

—El Còig

—Exactamente —suspiró ella. —Y hay una galería de retratos, Aiden. Una pintura de mamá está entre la colección.

Aiden cayó sobre el sofá, pero no dijo nada. Se limitó a mirar fijamente las figuras de estaño en sus manos.

—Dime de nuevo lo que te dijo el abogado. ¿Cómo heredaste el castillo?

Lentamente, su mirada se alzó para encontrarse con la de su hermana.

—Fue de mamá —dijo finalmente. Su dote, su derecho de nacimiento. El hogar de las brujas nacidas en batalla. —¿Un cofre entero de guineas?

Pero eso no tenía sentido. Una vez más, el malestar se apoderó de Blaire.

—Mamá me lo habría contado, Aiden.

Él hizo una mueca. Eso no era un buen augurio. Exactamente. ¿Qué talento tenía Aiden para las mentiras?

—¿Qué es lo que no me estás diciendo? —ella se hundió en una silla frente a él.

Aiden se pasó una mano por el cabello oscuro.

—Honestamente, Blaire, yo no sabía —suspiró Aiden. —Recuerdo a Briarcraig desde que era niño. Por eso estaba tan emocionado de volver a verlo.

—¿Lo recuerdas? ¿Por qué demonios no me lo habías dicho?

Su hermano se encogió de hombros.

—No un cofre lleno de guineas —suspiró él. —Pero mamá y yo pasamos mucho tiempo aquí. Era un santuario para escapar de papá, él nunca vino con nosotros

—Aiden se encogió de hombros. —Luego dejamos de venir. Le pregunté a mamá por qué, y me dijo que nunca más debía mencionarlo.

—¿Qué edad tenías? ¿He venido aquí también?

Sacudió la cabeza.

—No, fue antes de que nacieras. Mamá te esperaba la última vez que nos fuimos.

Blaire miró a su alrededor, las paredes hechas jirones e intentó sacar la esencia de su madre de aquel lugar. ¿El hogar de las brujas nacidas en batalla? ¿Por qué no se lo había contado?

—Yo sólo era un muchacho, Blaire, yo no sabía nada. Durante mucho tiempo, pensé que este castillo era un espejismo de mi imaginación, de hecho, hasta que me reuní con el Señor MacDonald la semana pasada creí que solo era un sueño.

El abogado que había terminado de revisar los últimos papeles de su padre, el señor MacDonald, parecía contento de haber terminado con los Lindsays.

—¿Por qué no me contaste en Edimburgo?

Él bajó la cabeza.

—Supongo que fueron mis recuerdos, lo mejor de mi infancia, y no quería compartirlos. Me olvidé del retrato. Ella lo había encargado cuando sabía que estaba esperándote, jugaba en el lago mientras la pintaban, día tras día. Deberías ver el lugar en el verano, Blaire. Loch Calavie resplandece como brillantes diamantes bajo el sol.

Blaire apenas oyó sus palabras. Estaba sentada en el hogar ancestral de las brujas nacidas en batalla; su madre y su abuela y cada generación de brujas guerreras antes de eso. Por alguna razón, su madre nunca le habló del lugar. ¿Por qué? ¿Pensaba que Blaire no merecía su derecho de nacimiento? ¿Habría decepcionado a su madre de alguna manera?

Su mente giró con recuerdos, tratando de resolver el motivo. ¿Por qué su madre le había quitado el castillo? No tenía sentido. ¿Por eso su anillo había reaccionado tan extrañamente en su entrada? ¿Cómo si estuviera regresando a casa, a su lugar

legítimo? Desde entonces había vuelto a la normalidad. No más brillos, no más el radiante calor.

—¿Estás bien, Blaire? —ella levantó la vista y vio Aiden acercándosele. ¿Cuándo había dejado su asiento?

—Estoy bien —murmuró ella.

—No lo miras —su hermano frunció el ceño, la preocupación estaba grabada en su frente. Le tocó a la cabeza con su mano. —No dormiste bien, tal vez deberías tumbarte un rato.

Ella debía estar realmente mal si Aiden se preocupaba por su bienestar.

—No puedo entender por qué ella no me lo dijo. ¿Por qué dejaría de visitar este castillo? —Blaire miró a los ojos de su hermano buscando cualquier señal de engaño. —¿Ella te dijo que nunca debías mencionarme Briarcraig?

Aiden suspiró.

—Fue hace mucho tiempo, Blaire. Yo era tan joven que pensé que había imaginado el lugar. Cuando vi el nombre en un pedazo de papel en el escritorio del Señor MacDonald, no podía creer lo que escuchaba. Tuve que volver a verlo, ver si era lo que recordaba.

—¿Y es como antes?

—Una parte. ¿Me llevarás al cofre que encontraste con Bran?

Ella asintió.

—Está en un armario grande —Blaire se dirigió hacia el pasillo.

Aiden fue rápido sobre sus talones.

—¿Crees que hay otros guardarropas o cofres escondidos?

Blaire se encogió de hombros.

—No tengo ni idea sobre que pensar o creer sobre este lugar.

–Es cierto –concedió Aiden, mientras comenzaban a subir las escaleras, –me gustaría estar seguro, sin embargo. Quisiera buscar en el castillo incluso si tú y Bran no se quedan aquí un rato más.

Los dragones salvajes no podían arrastrar a Blaire lejos del castillo ahora. Era su derecho de nacimiento, y tenía la intención de descubrir todos los secretos de Briarcraig. Todas las cosas que su madre había olvidado decirle.

–Me imagino que con el dinero que encontramos, podrías comprar cien castillos diez veces más grandes. Si nos quedamos aquí un rato y distraemos a las hermanas Fyfe, probablemente deberíamos ir en busca de un verdadero personal.

Aiden suspiró melancólicamente.

–Un verdadero personal. Me gusta cómo suena.

Capítulo 6

James se apoyó contra el frío muro de piedra y enumeró sus cosas buenas. Ese era uno de los convenios por los que vivía: nunca entrar en cólera con alguien, recordar siempre que la vida es un regalo, no olvidar nunca el mundo de dónde venía ni sus reglas sociales, amar como si aún tuviera un corazón. Se burló de aquel último. Aunque había estado enamorado muchas veces durante los últimos doscientos años, no había encontrado una sola mujer a la que pudiera amar. Probablemente se centró en el hecho de que las mujeres tenían un propósito especial para él, aparte de ser compañeras en la vida eran una fuente de alimento. Siempre que se enamoraba de buena gana, lo hacía con cuidado.

Su creador siempre había subrayado que, aunque James era un depredador, viviendo de la sangre de los demás, todavía era un ser humano en algún profundo lugar de su ser. James no lo dudaba, pero tendría que encontrar a una mujer que se ofreciera a él, confiando implícitamente, antes de que pudiera amar a alguien. Esa señorita sería la persona a la que le contaría todos sus secretos, quien lo complementaría.

James saltó cuando oyó pasos rápidos acercándose poco a poco. Sólo podía significar que alguien venía en su dirección. La esperanza creció dentro de él cuando una luz dorada brilló a través de la grieta debajo de la puerta.

Ella había vuelto. ¡Gracias a Dios! Se acercó a la puerta para poder hablar con ella a través de la grieta.

—Déjame libre, muchacha.

—¿Qué eres?

Probablemente su peor pesadilla.

—¿Qué crees que soy?

–Un molesto Ingles –dijo en voz baja, pero la oyó de todos modos.

Una sonrisa burlona se formó en sus labios. Su aroma a lavanda limpia y tierra se deslizó a través de la grieta en la puerta. Se aclaró la garganta.

–Me han llamado de maneras peores.

–Te advertiré de una vez –casi podía verla en su mente, con las manos en las caderas y la cara llena de indignación: –Si le haces daño a mi familia, no tendré más remedio que matarte.

Buena suerte con eso.

–Prometo no herirte a ti ni a tu familia –lo decía en serio. Si lo dejaba libre, se pondría en marcha. Tenía algunas cosas que resolver después de todo.

Unos pasos pesados sonaron por los escalones y una voz masculina llamó:

–¿Qué estás haciendo aquí abajo, Blaire? ¿Encontraste algo más?

¿Un hombre? Tal vez era su marido. James no estaba seguro de por qué estaba perturbado por esa idea; tratar con los maridos había sido siempre una parte de su trabajo.

La cálida luz fue rápidamente removida. ¡Maldición, había estado tan cerca de la libertad! Si alguna vez salía de su celda, mataría al escocés simplemente por retrasar su liberación con su sola presencia.

–¡Dios mío, Aiden! –se quejó la muchacha. –Me hiciste bajar la guardia. ¿Te dije acerca de acercarte a hurtadillas?

–¿Qué estás haciendo? –preguntó el hombre nuevamente, ignorando la indignación en su voz. –No he tenido tiempo de buscar por aquí todavía. ¿Encontraste algo interesante?

–Quizás –murmuró ella, luego dijo con voz fuerte y clara, –Fosgladh, còmhla, fosgladh.

El suave chasquido de la cerradura rebotó en las paredes de la prisión de James. ¡Libertad! Él no se movió. Ni siquiera respiró, temeroso de que cualquier sonido

provocado de él hiciera que ella volviera a encerrarlo en la celda donde había despertado. ¿Había encontrado la evasiva clave? ¿O le habían liberado sus palabras? Ciertamente parecía esto último. Hasta que James supiera qué poderes tenía, era mejor ser cauteloso.

Un fuerte crujido sonó mientras empujaba la puerta. James retrocedió y trató de asumir un aire no amenazante. No era una tarea sencilla cuando lo que él realmente quería más que nada en el mundo, era atraer a la muchacha hacia sí, tomarla en sus brazos, y encantarle tan profundamente para que inclinara la cabeza hacia un lado y se ofreciera a sí misma para su deleite ... y el suyo propio. Se aseguraría de que lo disfrutara.

Dios mío, necesitaba alimentarse. Pronto.

La muchacha era hermosa: su cabello tan oscuro como una noche sin luna colgaba sobre sus hombros, haciéndola parecer tan inocente como un bebé recién nacido; sus ojos de plata brillaban con inteligencia. Hermosa, labios del color de las bayas maduras se estrechaban firmemente. Si él estuviese de pie cerca de ella, podría besar su frente con un solo movimiento de la cabeza, ella era tan alta.

No era parte del aquelarre que lo había encarcelado; él sabía eso, nunca olvidaría a esas cinco brujas. Aunque esta muchacha tenía muchas características en común con la del pelo azabache. ¿Serían hermanas?

—¿Quién demonios es éste? —dijo el escocés, que, con la misma mirada de plata aterrorizada, tomó aire.

Ella lo ignoró completamente y habló con James en su lugar.

—No se mueva —dijo, mientras formaba una bola de fuego en su palma.

¿Una bola de fuego en su palma? Casi se echó a reír, ella era definitivamente mágica. Había respondido a esa pregunta.

Sus ojos plateados lo miraban con recelo.

—No creía que fuera real.

—De carne y sangre —dijo en voz baja. Bueno, todavía no. Pero pronto. Casi podía probarla.

El escocés casi se cayó.

—¿Sabías que había un hombre viviendo en el sótano y no me lo dijiste, Blaire?
¿Has perdido la cabeza?

—Estar secuestrado en un viejo castillo apestoso conduciría a cualquiera directo a Bedlam. ¿No lo sabías, Aiden? —se detuvo brevemente, mientras su mirada bajaba por el cuerpo de James. —Y creo que encontramos la fuente del olor.

El escocés inhaló profundamente.

—Creo que estás en lo cierto —dijo él, mientras su rostro se arrugaba de disgusto.

James se rascó la barba que se alineaba en su mandíbula antes de mirarse a sí mismo. A la luz de la bola de fuego de la chica, que flotaba en espera de ser usada, podía ver claramente que estaba sucio. El polvo lo cubría en capas y volaba por sus ropas en olas visibles por la parpadeante luz del fuego. Se inclinó para sacudirse el polvo.

—Por favor, perdonad mi apariencia. Normalmente estoy más presentable de lo que me encuentro en este momento.

Le tendió una mano al hombre, con la esperanza de que la tomara como símbolo de amistad. El hombre, al que ella se refería como Aiden, miró a la chica como si le pidiera permiso. ¡Extraño! ¿Por qué necesitaría su permiso para ser sociable?

—Capitán Aiden Lindsay —comenzó él. Luego sacudió la cabeza con asombro, mientras estrechaba la mano de James. —¿Cómo terminó en mi sótano? —preguntó el hombre.

—Para ser sincero, no recuerdo cómo llegué aquí. Por cierto, ¿dónde estamos?

—En el castillo Briarcraig —dijo el escocés en voz baja. —¿No sabe cómo llegó a estar encerrado en las entrañas de mi castillo?

—No tengo ni la más remota idea —murmuró James. Aunque, sobrenaturalmente parecía que ese era el rasgo más dominante en su situación actual: no saber nada. —La última cosa que recuerdo fue de hace cinco años... —miró a la muchacha. —Mujeres —terminó. —Cinco mujeres que al parecer no gustaban mucho de mí.

Blaire se preparó a entrar, se sintió como una intrusa cuando los hombres comenzaron a hablar como si se reunieran en un salón de actos en lugar de una vieja bodega en un antiguo castillo de Highlands.

Le resultaba difícil apartar la mirada de la extraña mirada del desconocido. Sus ojos parecían negros en la luz parpadeante de su fuego, pero era difícil saberlo; sin embargo, era imposible no perderse en su cuerpo fuerte, con amplios hombros y músculos bien definidos. Incluso bajo la ropa extraña y mugrienta que llevaba puesta, Blaire podía ver que era más que un simple hombre. Pero qué era -aparte de estar fuera de moda- se le escapaba por completo.

Sin embargo, una cosa era cierta. El inglés era peligroso, su presencia en el castillo no tenía sentido. Había estado atrapado con magia, no se podía negar su fuerza sobre la cerradura que acababa de abrir. La pregunta era por qué.

Entró en la habitación y levantó su bola de fuego en el aire. No se veían más que paredes oscuras, piedra húmeda y oscuridad. ¿Cuánto tiempo llevaba él allí?

—¿De dónde viene? —interrumpió Aiden.

En lugar de contestar, el desconocido miró el fuego.

—Eso que tienes allí es un poco de buena magia —dijo.

Pero no veía curiosidad en su mirada. Nada de sorpresa. Cualquier hombre cuerdo estaría preocupado por una muchacha extraña que pudiera sostener una bola de fuego sobre su palma desnuda. Tal vez no estaba cuerdo en absoluto ni siquiera un poco. Su guardarropa, ciertamente, era un buen ejemplo de ello.

—Sí, a veces resulta útil —dijo Blaire. Respiró profundamente. —Una guerrera nunca vacila en saltar a la pelea. ¿Por qué le encerraron ellas?

—¿Ellas? —arqueó una ceja oscura.

—Las brujas. Casi dijo "brujas" antes. Y no está sorprendido por mi capacidad de mantener el fuego en la mano, lo que significa qué sabe lo que soy, y las que le atraparon aquí eran brujas también. Lo que quiero saber es por qué lo dejaron pudrirse en las entrañas de este castillo. ¿Qué tipo de ser es usted? ¿Y cuánto tiempo lleva aquí?

Él silbó suavemente.

—¿Sabes sobre la variedad de seres que existen, muchacha?

—Unos cuantos —señaló ella.

Había oído todo tipo de leyendas cuando era más joven, aunque nunca había creído esas historias. Hasta hace poco cuando Elspeth conoció a Benjamín Westfield, pensaba que las brujas eran la única anomalía que realmente existía. Sin embargo, ahora era bastante experta en Lycans². Más allá de eso, no estaba exactamente segura.

—Qué interesante —dijo él con su voz ronca y lenta. —Me gustaría hablar contigo.

Discutir, lo harían. El inglés fuera de moda no saldría de Briarcraig hasta que contestara sus preguntas, así que decidió qué hacer con él.

—Sí, después de que se bañe y se quite ese hedor, estaré feliz de entretenerle.

—¿Blaire? —le reprendió su hermano.

Ella frunció el ceño en respuesta. Aiden no sería de ayuda durante su interrogatorio.

—No hagas como si no pudieras olerlo. Hazles un favor a todos, y prepara un baño para nuestro huésped —dijo, enviando a Aiden la mirada más aguda que pudo.

Sin las miradas indiscretas de su hermano, podría forzar al inglés a decirle algunas verdades, en lugar de los comentarios evasivos que había hecho hasta entonces. Ella le hizo señales a Aiden para que se fuera.

—Vete, sigue tu camino.

² Lycan - se deriva de la palabra "Licántropo" la capacidad profesa o poder de un ser humano para transformar en un lobo, o para obtener características similares".

Aiden gruñó todo el camino hasta las escaleras, ella no podía distinguir todas las palabras, pero sabía que estaban lejos de ser corteses. Con su hermano ausente, por el momento, se volvió hacia su visitante no invitado.

Él cerró los ojos e inhaló profundamente. Blaire estaba casi temerosa de que él muriera en el acto, sólo por respirar demasiado su propio hedor. Pero una pequeña sonrisa curvó las comisuras de sus labios.

—Hueles como el paraíso, muchacha.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de usted. Y no cambie de tema ¿Qué es usted?

—Yo soy un hombre —dijo, colocando sus manos delante de él con las palmas hacia arriba, como si pudiera encontrar la respuesta a su alcance.

—Creo que eso es mentira. Estoy esperando la verdad —le animó mientras empezaba a mover su pie con impaciencia.

El inglés inclinó la cabeza hacia atrás y rió.

—¿Y qué quieres que te diga? Me estás mirando con tus propios ojos. ¿Qué crees que soy?

Esa era la pregunta, ¿no?

—¿Alguien que no tiene reflejo? —bromeó.

Frunció el ceño ante su respuesta.

—Me pondré en marcha en poco tiempo. Gracias por ordenar el baño.

—¿Tiene ropa de este siglo o viaja por el campo buscando máscaras que ocupar?

Las cejas del inglés se juntaron en confusión. Echó un vistazo a los sucios pantalones a la rodilla y sus botas de tacón alto que habían pasado de moda hace muchos años atrás.

—¡Dios mío! —murmuró James para sí.

¿Qué había dicho ella para provocar tal reacción?

–¿Debo pedirle perdón?

Pero él no dijo nada y simplemente negó con la cabeza.

Blaire frunció los labios. ¿Qué estaba ocultando? ¿Por qué la expresión de confusión en su rostro?

–¿Quién es usted?

Finalmente, sus ojos negros brillaron. Él bajó la cabeza.

–Kettering –respondió orgulloso. –Barón Kettering de Derbyshire.

Fuera lo que fuera, Lord Kettering de Derbyshire estaba lleno de orgullo inglés. Blaire se sorprendería si su ego entrara por la puerta. Ella se estremeció. El cielo la ayudaría cuando Aiden supiera que su huésped era un par del reino.

–Bien, milord, ¿por qué no me dice exactamente lo que hizo para que las otras brujas se enfadaran tanto con usted?

Una sonrisa pícaro iluminó sus labios y, a pesar de que su estado era de mal gusto, Blaire casi se quedó sin aliento ante lo guapo que era cuando sonreía. Casi. Una guerrera nunca permitiría que su enemigo viera debilidad en ella. Su desconcierto cuando sonreía era ciertamente una debilidad.

–Tú me tienes en desventaja, muchacha –respondió él, su voz estaba llena de seducción.

–¿Desventaja? –repitió ella ¡Maldita sea! ¿Su voz se quebró en esa palabra?

Kettering se acercó a ella. Sus ojos se oscurecieron, aunque ella no sabía cómo eso era posible.

–Tú sabes mi nombre, pero yo aún no sé el tuyo.

Blaire quería alejarse de él. En realidad, quería correr y no mirar hacia atrás. Sin embargo, ella simplemente enderezó su postura y plantó sus pies. Algo sobre Kettering definitivamente no estaba bien, incluyendo el hecho de que parecía haber salido de las páginas de un libro escrito dos o tres décadas antes. Sin embargo, ella no se retiraría. No le dejaría saber que él tenía algún efecto en ella.

–Blaire Lindsay –forzó su voz, que sonó suave y despreocupada.

La mirada del barón se deslizó hacia la escalera de piedra. Entonces sus ojos se estrecharon y centellearon, casi como si tuviera un secreto.

–No eres la esposa del capitán Lindsay. Definitivamente, no.

No habría podido evitar que un bufido escapara de ella si lo hubiese intentado.

–Me apena la mujer que termine con él.

Kettering sonrió de nuevo, y Blaire sintió que sus rodillas se debilitaban. ¿Qué le pasaba? Debilitamiento de las rodillas. No era de extrañar que su madre no le hablara de Briarcraig, era la bruja guerrera más inmerecida que había vivido jamás. Había conocido al hombre durante cinco minutos y estaba a punto de entregarse a sus pies a cambio de una sonrisa.

–¿Un hermano, entonces? –preguntó.

Blaire asintió con la cabeza, incapaz de hablar con coherencia cuando la miraba tan... ¿con avidez? ¿Era esa la mirada que tenía? Su atención pasó de sus labios a la base de su garganta y de su espalda. Los escalofríos recorrieron su espina dorsal.

–¿Blaire? –Brannock gritó desde lo alto de los escalones.

Nunca había estado tan contenta de oír a Brannock gritar a todo pulmón. Normalmente, ella habría reprobado su comportamiento, pero no esta vez. Esta vez pensó que podría besar al muchacho.

–¿Sí, Bran?

–Aiden dice que traigas a tu inglés al salón principal.

Kettering le ofreció su brazo.

–Vamos, ¿Señorita Lindsay?

Capítulo 7

James siguió a la señorita Lindsay y a su endiablado hermano pequeño por la oscura escalera y luego por un pasillo tras otro. El Castillo Briarcraig era un gran enredo de pasillos y escaleras, pero trató de prestar atención a su entorno para poder encontrar la salida si surgía la necesidad. Fue difícil con la encantadora señorita Lindsay caminando junto a él. El corazón de ella latía como un tambor de soldado dentro de su pecho, y casi podía oír la sangre que fluía a través de sus venas, como si le llamara.

El chico hablaba como una urraca y tiraba del brazo de su hermana. Aunque James trató de mantenerse al día con la conversación, el pesado acento irlandés que iba y venía no lo hizo fácil. El verdadero problema sin embargo era tratar de determinar dónde y, quizá lo más importante, en qué año estaba.

Las palabras de Blaire Lindsay todavía resonaban en su mente. Su ropa estaba tristemente fuera de moda. Debería haber notado las diferencias entre lo que estaba acostumbrado a usar y el atuendo del capitán Lindsay; pero no se había fijado en él, por estar concentrado en la encantadora bruja. Sin embargo, no había ignorado a la chica y sus comentarios cortantes sobre su ropa. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? ¿Cuánto tiempo había estado en ese sótano?

Tendría que solucionarlo de alguna manera. Ciertamente no podía preguntarle a la señorita Lindsay; ella ya era sospechosa por su propia naturaleza y aprovecharía cualquier oportunidad que él le ofreciera para descubrir algunas de sus debilidades. El chico, Brannock, parecía no dejar de hablar. Tal vez él podría aclararle la información que necesitaba.

Un dolor abrasador interrumpió su conspiración.

—¡Agh! —gritó, mientras se precipitaba hacia un rincón ensombrecido del pasillo, alejado del sol que amenazaba su propia existencia.

Se inclinó hacia adelante en un intento de bloquear el dolor, que afortunadamente se estaba desvaneciendo. ¡El maldito sol! Nunca había tenido que evitarlo. Hasta ahora, siempre había estado en posesión de su anillo. Tocó la almohadilla del pulgar contra el interior de su dedo anular, no solo había perdido el peso de la reliquia, sino también sus propiedades protectoras. Nunca se había sentido menos humano.

James hizo una mueca de dolor una última vez y levantó la vista para encontrar a Blaire y Brannock Lindsay ante él, con la preocupación y confusión evidente en sus rostros. Sacudió la cabeza, esperando encontrar el poder de hablar.

–El sol –murmuró, mientras enderezaba su retorcido cuerpo.

Después de todo, ¿qué más podía decirles? No podía caminar a través de la luz del sol, y no podía permanecer en el pasillo todo el día esperando la noche para seguir andando.

–Debo haberme acostumbrado a la oscuridad del sótano, porque el sol me lastima los ojos como nunca lo ha hecho antes.

Eso era cierto.

–Cierra las cortinas, Bran –ordenó la señorita Lindsay.

Cuando su hermano salió corriendo para cumplir con sus órdenes, se volvió hacia James. Sus ojos plateados lo examinaron de arriba a abajo. Blaire estaba segura de que iba a juntar el rompecabezas. Especialmente si estaba conectado de alguna manera con el maldito aquelarre de Blodswell. Y entonces, ¿qué haría con él? Ya era más débil de lo que había sido alguna vez. Bueno, al menos más débil de lo que había sido en esta vida.

–¿Cuánto tiempo lleva en el sótano? –preguntó, con la cabeza inclinada en ángulo mientras lo miraba de cerca y en silencio.

James sacudió la cabeza. Si tan sólo supiera la respuesta a esa pregunta.

–El tiempo es relativo, ¿no?

Afortunadamente, el pasillo se oscureció en ese momento y James se apresuró a seguir adelante, siguiendo al Lindsay más joven hacia un conjunto circular de escalones de piedra.

—No, el tiempo no es relativo —dijo la bruja detrás de él, caminando rápido para seguirlo. —Es el mismo todos los días: Sesenta segundos en un minuto, sesenta minutos en una hora, veinticuatro horas en un día.

James no respondió. ¿Qué podía decir? Ella estaba, por supuesto, en lo correcto.

—¿Cuánto más? —le preguntó él al muchacho.

—Casi llegamos —Brannock subió los escalones y bajó un pasillo más.

Menos de un minuto después, James se encontró parado en el umbral de una recámara de buen tamaño. El muchacho corrió hacia las cortinas y las cerró, y luego se volvió con una amplia sonrisa. Se hacía querer de una extraña manera. A James, bajo su pesar, le agradaba ese muchacho.

El capitán Lindsay estaba tirando un cubo lleno de agua en una bañera en medio de la habitación.

—Le traeré más agua caliente.

James asintió con la cabeza.

—Aprecio su generosidad, capitán.

El escocés inclinó la cabeza.

—Le encontraremos ropa limpia, y una vez que esté completamente presentable, me gustaría saber cómo terminó en mi sótano.

James sonrió. Tendría todo el tiempo del mundo, en su baño, para llegar a una historia plausible. La señorita Lindsay no podía creer ninguna palabra de su boca, pero haría lo que pudiera para convencer a sus hermanos, al menos por el momento. Al atardecer, se iría. Antes de eso, sin embargo, necesitaba descubrir dónde y en qué fecha se encontraba... y cómo demonios podría encontrar a Blodswell.

–Voy a buscar algo para que pueda usarlo –murmuró la bonita bruja, y luego ella se fue de la recámara. Un momento después, el capitán Lindsay siguió su partida.

James volvió su atención al más joven de los Lindsay y le guiñó un ojo al muchacho. Qué fortuito quedarse solo con el miembro más débil de la familia.

–Pareces ser un chico inteligente.

Brannock Lindsay sopló su pecho con orgullo.

–Gracias, señor.

–Muéstrame lo inteligente que eres, muchacho –se sentó en una vieja silla de respaldo alto y comenzó a tirar de su pie la bota de tacón alto. –¿Sabes quién es el rey de Inglaterra?

El chico frunció un poco el ceño ante la pregunta, y James trató de no dejar ir tan importante respuesta. ¿Estaba siendo demasiado obvio con esta táctica?

–¿Está tratando de engañarme?

Maldita sea. Estaba siendo demasiado obvio. James sacudió la cabeza, esperando dar un aire de indiferencia.

–Por supuesto que no, sólo es una simple pregunta. Siempre hay que estar preparado para esas cosas.

–Bueno –Brannock se sentó a los pies de James y torció la cara hacia arriba, –el Rey George III es nuestro monarca...

James suspiró aliviado. No podía haber sido encarcelado demasiado tiempo si George III todavía se sentaba en el trono de Inglaterra.

–Pero –continuó el muchacho, –puesto que el Príncipe Regente es el gobernante en función según la ley en curso, creo que está tratando de engañarme.

¿Gobernante? ¿Qué demonios quería decir el chico con eso? Su expresión debió de haberle dicho algo, porque Brannock se inclinó más cerca de él, con la preocupación en su rostro.

—¿Está usted bien, milord?

James forzó una sonrisa en sus labios.

—Eres realmente un chico listo, eres imposible de engañar —Ley en curso. Buen Dios. —Pero ¿puedes decirme por qué el príncipe regente es el gobernante en función? —preguntó como si ya supiera la respuesta a la pregunta.

El muchacho parecía tan sobrio como un vicario el domingo por la mañana.

—A causa de la locura del rey.

Locura. ¿George III estaba loco? James no debería sorprenderse por el hecho, había habido rumores de ese efecto durante muchos años, pero todavía era un poco chocante oírlo en voz alta.

—¿Y cuánto tiempo ha estado el príncipe regente en lugar de su padre? —continuó conversando.

Mientras tanto, su mente dio un brinco; el regente debía ser el príncipe de Gales. El inepto hijo mayor de George III, era perverso. ¿Cómo demonios estaba Inglaterra bajo el gobierno de ese patán?

Brannock se encogió de hombros.

—En la medida que puedo recordar.

Eso no fue útil en absoluto. Tal vez el muchacho no podía recordar tan atrás como la semana pasada.

—¿Qué edad tiene señor Brannock? —James se quitó su otra bota.

—Diez —respondió el muchacho. —Acabo de cumplir diez años.

—¿Eso significa que naciste...?

—Noviembre 20.

El año, maldita sea.

—¿De qué año? —esperaba mantener su frustración fuera de su voz. Él no obtendría ninguna información útil si perdía la paciencia.

El muchacho se rió.

—¿Está probando mis matemáticas ahora, señor?

—De hecho, sí.

—Nací en el año de nuestro señor 1806.

Y diez años después, James se encontraba sentado en algún lugar a finales de 1816. Había dormido casi veinte años. ¡Veinte puñeteros años! Una furia roja nubló su visión. Nunca en su vida olvidaría los rostros de las cinco brujas que lo habían atrapado. Pero si veía a una de ellas ahora, veinte años más tarde, ¿la reconocería?

La señorita Lindsay era su única pista sólida. Era una bruja, y sabía que las cinco que lo habían encarcelado eran también brujas. Si alguien podía llevarlo al maldito aquelarre, era Blaire Lindsay. ¿Cómo iba a conseguir su ayuda? Por supuesto, él ya sabía la respuesta a esa pregunta. Era de la misma manera que obtenía lo que necesitaba de cualquier mujer, la seduciría. Él sonrió para sus adentros. Con Miss Lindsay, disfrutaría tanto el viaje como el destino.

El capitán Lindsay atravesó la puerta con otro cubo de agua.

—Creo que solo unos cuantos más y estará listo, señor.

Blaire escuchó las salpicaduras de agua cuando Aiden llenó la bañera para el extraño. Ella sacudió la cabeza con consternación. No podía haber nada bueno en esta situación. Nada en absoluto. De hecho, podría ser muy, muy malo.

Kettering había sido encarcelado por el Còig, por su propio aquelarre. Incluso si una generación diferente de brujas había hecho aquello, la razón de su encarcelamiento seguía siendo motivo de preocupación. El grupo de cinco brujas

nunca haría tal elección a la ligera. Ni siquiera podía imaginar un escenario que inspirara a sus amigas a tomar tal acción. Debía de ser el peor tipo de villano imaginable, y la imaginación de Blaire era bastante vívida.

Buscó los baúles de Aiden para encontrar una toalla limpia, el jabón y el polvo dental. Por el hedor del barón, necesitaba todo eso y más. No podía evitar preguntarse si el feo olor se le iba a quitar. Tendría que encender un pequeño fuego en el emparrillado y quemar la ropa que estaba usando hasta ese momento.

Blaire escuchó el salpicadero de más baldes que se usaban para llenar la bañera de arriba, mientras que ella saqueaba el guardarropa de Aiden, eligiendo la ropa para el caballero. Un hombre de su estatura y clase probablemente estaba acostumbrado a vestir algo de mejor calidad, aunque cualquier cosa sería una mejora notable si lo comparaba con lo que estaba usando en ese momento. Pasó las ropas a Brannock y se las envió al barón.

Blaire caminaba de un lado a otro en la habitación, tratando de encontrar una solución a su dilema. Tenía que averiguar por qué ese hombre estaba encarcelado y luego continuar desde allí. Tenía una saludable preocupación por la seguridad no sólo de su familia, o la del aquelarre, sino por toda la humanidad.

Caminó hacia la habitación de invitados y escuchó atentamente la puerta. Más agua vertiéndose en la bañera. Cielos, uno pensaría que ya habría de haber terminado con esa tarea, pero aparentemente no. Bueno, no tenía sentido perder tiempo, tal vez podría obtener algunas respuestas de Kettering mientras esperaba a que su baño estuviera listo.

Blaire golpeó rápidamente la puerta cerrada y entró en la habitación débilmente iluminada.

Cuando lo hizo, se detuvo inmediatamente, incapaz de hacer otra cosa que chisporrotear mientras contemplaba el cuerpo desnudo y muy bien formado del barón Kettering. El hombre estaba parado en medio de la pequeña tina, con un cubo de agua en las manos con el que vertía agua lentamente sobre su cabeza. Tenía los ojos cerrados, el rostro elevado al suave aguacero, una sonrisa de puro placer se inclinaba por las comisuras de su boca. La espuma del jabón se deslizaba por su cuerpo, rodando lentamente sobre su pecho esculpido y bajando aún más. Blaire

jadeó en voz alta, pero, por alguna razón desconcertante, no pudo apartar su mirada del cuerpo desnudo del barón.

—Estás dejando entrar una corriente de aire —dijo súbitamente su voz, era ronca y profunda. Blaire levantó los ojos hasta su rostro mientras el calor se deslizaba por su cuenta.

No hizo ningún movimiento para cubrirse. En realidad, sería una lástima cubrir un cuerpo tan hermoso. El agua hizo brillar su piel, el resplandor de una vela era la única iluminación en la habitación. Una sola vela creaba sombras que jugaban a través de su piel. Sus hombros eran anchos, su pecho fuerte, sus caderas eran estrechas, y la boca de Blaire se abrió cuando vio el resto.

El barón salió de la bañera, extendió una mano, jaló la toalla que estaba encima de la cama, y la envolvió cómodamente alrededor de sus esbeltas caderas.

—Si sigues mirándome así, no seré responsable de mis acciones —le advirtió.

No había sonrisa en su rostro. Las bromas suaves que habían estado presentes anteriormente habían desaparecido por completo. ¿Qué la había llevado a entrar en la habitación del hombre? Blaire dio media vuelta rápidamente. Tan rápido que el borde de la puerta golpeó a un costado de su cabeza.

—¡Ouch! —gritó, mientras se agachaba para frotarla. —¡Lo siento! —exclamó ella. —Pensé que todavía estaba llenando la bañera. No creí que estuviera en... —se mordió la lengua en lugar de continuar.

—¿Desnudo? —le preguntó mientras avanzaba hacia ella. —¿Estás bien? —su voz hizo que su corazón saltara en un latido. —Estoy seguro de que no planeaste entrar y encontrarme en el baño... —hizo una pausa, su voz se profundizó, si eso era posible, —desnudo.

Sólo tenía que añadir esa última palabra. Sólo tenía que hacerlo.

—¡Por supuesto, no lo planeé! —siseó Blaire, levantando una mano para abanicar su cara enrojecida.

—Relájate, muchacha. Te creo —su voz era ahumada y profunda, y resonó en la piel de ella como una caricia, mientras su mano se alzaba sobre su hombro lentamente empujó la puerta cerrada.

En alguna parte en lo profundo de su mente, ella registró este pedacito de información, pero pasó por alto el peligro inminente. Su proximidad hizo que el pelo de su cuello se erizara. Su respiración, tan cerca de su oído, la hizo temblar.

Antes de que ella pudiera parpadear, le había dado vuelta sobre sus brazos, tirando de ella contra su cuerpo. Ni siquiera protestó. Ella ni siquiera hizo un sonido, aparte del jadeo ahogado que escapó de su garganta.

—Prometió que no me haría daño —dijo, aliviada de que su voz no temblara.

—¿Estoy lastimándote? —preguntó, mientras su mano se extendía sobre su espalda y sus dedos se abrían como abanicos. El olor limpio del polvo para los dientes, que él ya había utilizado, se burlaba de su nariz.

—No —susurró en respuesta.

Un brillo travieso iluminó los ojos de él.

—Prometí no hacerte daño. Nunca prometí no besarte.

Antes de que ella pudiera protestar, él reclamó su boca. Saboreando el poder, pecaminoso y dulce. Él la provocó suavemente para abrir un poco más su boca y poder entrar en ella. Blaire quería llorar de puro placer. Donde sus labios eran vacilantes, los de él eran intrépidos. Jugaba con ella como un gato con un ratón, llevándola a la tentación. Sus labios dejaron los suyos para viajar por su mejilla y luego por debajo de su oreja. Ella se sujetó a sus hombros para estabilizarse cuando él mordisqueó suavemente su cuello.

—¿Solo una pequeña probada, Miss Lindsay? —preguntó, su voz era un mero susurro en su oído.

—¿Qué...? —preguntó ella, el latido de su corazón sonaba en sus propios oídos, tan fuerte que no podía oír sus propios pensamientos, mucho menos sus palabras. Necesitaba desesperadamente conseguir controlarse a sí misma o estaría completamente perdida.

–¿Una pequeña probada de placer? Por favor, permíteme poseerte... –su voz se detuvo bruscamente. Sus manos se liberaron de su cintura.

Con un fuerte suspiro, levantó las manos hacia los lados.

–Una bastaría –murmuró. Sus ojos eran oscuros como la noche, traicionando el exceso de emociones que cruzaban su rostro. –Puedes dejar de apuntarme con tu daga, Miss Lindsay –continuó.

Su voz era mucho más tranquila de lo que ella imaginaba que sería cuando sacó el pequeño cuchillo de su escondite y lo interpuso entre sus cuerpos. Lo presionó hacia el lado de su virilidad, que se hinchó con bastante fuerza contra su vientre.

–No piense que me distrae, Kettering –dijo ella, feliz de oír que su voz era fuerte y compacta. No era lo que realmente sentía por dentro.

–No es un error, lo volveré a hacer, Miss Lindsay –gruñó el hombre.

–Espero que no –dijo, mientras se volvía hacia la puerta.

Ella alcanzó el mango y sacudió la puerta tan fuerte y con prisa que se golpeó en la cabeza otra vez. Luego, tropezó con sus propios pies mientras intentaba caminar fuera de la habitación. Cuando cerró la puerta tras ella, se sintió mortificada al descubrir que la falda de su vestido estaba atrapada entre la puerta y el marco de ésta. Ella le dio un sano tirón, dejándola libre.

–¡Maldito sea todo al infierno! –dijo bruscamente.

Una risita sonó desde el otro lado de la puerta, oscura y sedosa, tocándola como ningún otro sonido había hecho jamás.

Capítulo 8

James se rió entre dientes al oír a Miss Lindsay pisar el pasillo. Todavía no podía creer que la encantadora hechicera le hubiera sacado una daga y amenazado con ésta en un movimiento de la muñeca. Domarla sería gratificante en muchas maneras. Caminó por el suelo y recogió la ropa que le había dejado el muchacho. Pantalones de cuero marrón y una camisa blanca que se sentía suave al tacto.

Se puso la camisa por encima de la cabeza, pero no pudo pasarla por los hombros. Buen Dios. Si la camisa era tan apretada, no tendría cómo con los pantalones. Pero tenía que usar algo, si sólo tuviera el tiempo suficiente para encontrar algo un poco más adecuado. Abandonando la camisa, se puso los pantalones por encima de sus caderas. No tenía ninguna esperanza de sujetar los botones, y las piernas casi le llegaban hasta las rodillas. James se quitó la camisa y la sostuvo frente a sus regiones inferiores. Después de todo, no podía ir a pasear por el castillo exhibiéndose así, Miss Lindsay podría decidir usarlo para su práctica de tiro al blanco.

James abrió la puerta, y se encontró a Brannock Lindsay esperándolo en el pasillo.

—¿Queréis hacerme más preguntas para probarle lo inteligente que soy?

Entonces el chico notó la apariencia de James. Sus ojos se abrieron de sorpresa, y luego se dobló de risa, casi cayendo al suelo.

James le frunció el ceño al chico.

—No lo encuentro muy divertido.

La alegría de Brannock llegó a su hermana que, desde su propia recámara, se cubrió la boca con su mano para esconder su risita. James la fulminó con la mirada.

—¡Havers! —murmuró ella, con una seriedad simulada que James normalmente habría encontrado encantadora. —No se mueva —ordenó ella. ¡Entonces movió los dedos en su dirección al mismo tiempo que dijo: —¡Mòr!

Un segundo después, sus pantalones se expandieron. Las piernas se extendían hasta los tobillos y, si la chica no estuviera presente, tendría espacio para abrochar la parte superior. Incluso la camisa en sus manos parecía haber crecido más.

—Ahí, eso debería funcionar —dijo, poniendo sus manos contra sus faldas, aparentemente muy satisfecha de sí misma.

Uno nunca renunciaría a la oportunidad de obtener el favor de una mujer, James le guiñó un ojo. La adulación siempre funcionaba.

—Eres muy talentosa, Miss Lindsay.

Sus ojos plateados centellearon. A este ritmo, ella sería suya en cuestión de días. Casi podía probarla. Brannock parecía tener control sobre sí mismo ahora, y él asintió estando de acuerdo con el barón.

—Siempre ahorra dinero cuando ya no me queda la ropa. Pero ahora somos ricos.

—¡Brannock! —gritó su hermana. Luego volvió la mirada hacia James. —Siento mucho el tamaño —su voz ronca llegó a sus oídos. —Es más grande que Aiden. Era todo lo que teníamos a mano.

—¿Y mi ropa? —preguntó, caminando hacia la encantadora muchacha. —¿Qué has hecho con mi ropa?

—La queme —casi cantaba. —El olor las hizo muy difícil de recuperar. Espero que no tenga pronto una mascarada a la que asistir.

La única mascarada a la que asistiría era aquella en la que pretendía ser un barón perdido en busca de respuestas. Las respuestas deben ser condenadas. Estaba en busca de venganza. Después de seducir a Miss Lindsay para que renunciara a ese maldito aquelarre, encontraría a Blodswell y las cosas volverían a la normalidad. Después de asegurarse de que esas cinco enigmáticas brujas nunca volvieran a atacar a otro de su clase; después volvería a su vida.

—¿Y mi reloj de bolsillo?

Ella se encogió de hombros.

—¿Reloj de bolsillo?

¿Acaso iba a ser asaltado por todas las brujas de Escocia? Primero su anillo y ahora su maldito reloj, que era un regalo de la mismísima Reina Isabel.

—Sí —miró con recelo a la muchacha, que era demasiado atractiva para su propio bien. —Mi reloj estaba en el chaleco.

Ella negó con la cabeza como si estuviera hablando griego.

—No tengo ni idea de qué está hablando, Kettering.

Pequeña mentirosa. James podía verlo en sus ojos. Pero ¿qué diablos quería ella con su reloj?

—Mira que, o me lo devuelves Miss Lindsay, o yo...

—Frith —dijo ella, moviendo sus dedos hacia él.

James jadeó cuando su ropa volvió a su tamaño normal, apretándole como un torniquete.

—No me amenace, Kettering —dejó que su mirada lo recorriera. —No creo que quiera ver mis otros talentos.

—¿Blair? —el chico dejó salir un suspiro.

Ella nunca apartó los ojos de James.

—Brannock, ve a ver si la cena está lista.

—Pero, Blair... —protestó él.

—Haz lo que te digo —respondió ella con calma.

Dejando caer su cabeza como señal de derrota, el muchacho bajó por el pasillo.

James asintió con admiración ante su atrevimiento. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejar que se le escapara.

—Te sugiero que pongas mi ropa de vuelta a como la habías dejado, Miss Lindsay.

—¿O? —le preguntó. Sus delgadas cejas se elevaron como si esperara a que él la amenazara de nuevo.

James nunca había fallado a las expectativas de una dama.

—O dejaré caer la camisa que estoy sosteniendo.

Miss Lindsay tragó saliva, al parecer se había dado cuenta de que el pedazo de tela que llevaba delante de sus pantalones era lo único que lo mantenía decente. Por supuesto que ya lo había visto todo, ese día; tal vez quería echar otra mirada. James estaría feliz de obligarla si ese era el caso.

—Inténtelo y verá qué sucede —dijo, con la columna vertebral enderezándose ante él.

—¿Es un reto? ¿Cuántas dagas cargas contigo, Miss Lindsay?

—¿Blair? —el capitán Lindsay gritó antes de que ella pudiera responder. Sus pasos rápidos sonaban por los escalones.

Él trato de devolverle una sonrisa. ¿Podría el destino ser más amable? Ciertamente, ella no querría que su hermano mayor los encontrara en esta situación comprometedor.

—Bueno, ¿qué hay que hacer? ¿Debo dejar caer mi camisa? —sus dedos se movieron hacia abajo.

La cara de la chica brilló instantáneamente roja. Ella se apartó de él mientras murmuraba:

—Mòr —y movió la muñeca en su dirección. Al instante, la ropa que llevaba y la camisa en sus manos se enderezaron.

James le sonrió, aunque todavía tenía la cara viendo hacia otro lado.

—Muchas gracias, Miss Lindsay. Y espero mi reloj al final de la noche —se abrochó los pantalones, se puso la camisa por encima de la cabeza y se la metió.

En ese momento, el capitán Lindsay bajó el corredor hacia ellos.

—Blair —llamó de nuevo. —Brannock dijo que estabas peleando con Lord Kettering.

James sacudió la cabeza.

—Nada tan dramático, capitán. Todo está bien.

—Maravilloso —dijo el capitán mientras se acercaba a la pareja. —La cena está lista, milord, y estoy muriendo por saber cómo terminó en mi sótano.

—Como todo lo demás —murmuró la señorita Lindsay en voz baja.

James inclinó la cabeza hacia su anfitrión.

—Por supuesto, capitán. Mi memoria es algo irregular, pero quizás podamos juntar las piezas que recuerdo. Es un poco inconexo.

—Y, Blair —dijo el capitán, mientras miraba la apariencia desaliñada de su hermana. —Hazte ver presentable —el hombre desapareció de nuevo por las escaleras.

—Me gustaría que me hirvieran en un tazón de aceite burbujeante —murmuró la muchacha, mientras se volvía hacia su propia habitación, presumiblemente para hacerse presentable a pesar de sus protestas.

A él le gustaba bastante con su vestido casero, que aún estaba húmedo desde donde la había apretado contra su cuerpo desnudo y húmedo. Se endureció en respuesta. Cena. Tenía que encontrar la cena muy, muy pronto.

¡Estofado de cordero! Blaire casi gimió en voz alta. Qué cosa horrible. Sin embargo, fue culpa suya, el estofado de cordero era una comida común cuando Aiden estaba a cargo de las comidas. Se preguntó si podía aguantar hasta mañana sin comer algo. Mañana, irían al pueblo de Strathcarron y verían cómo contratar personal, tal vez habría una posada donde podría romper su ayuno en la mañana.

Blaire echó una ojeada a la mesa de su huésped, y el pequeño apetito que tenía se evaporó rápidamente. Los ojos oscuros de Kettering parecían penetrar en ella como si pudiera mirar en su alma, y, por un momento, se preguntó si de hecho poseía tal poder. ¿Por eso estaba atrapado en Briarcraig? ¿Podía ver en las almas de los demás? ¿Qué haría con un poder como ese? Algo nefasto, sin duda.

Miró cómo Kettering echaba una rápida ojeada a su propio cuenco antes de devolverle la atención. El reloj que había sacado de su ropa descansaba pesadamente en el bolsillo de ella. No tenía intención de robar esa cosa, en realidad no. Había pensado que podría darle alguna pista sobre el propósito de aquel hombre. Una pequeña ceremonia con la pieza bajo la luz de la luna podría decirle algo del hombre ante ella, lo maldecía por darse cuenta tan pronto que le hacía falta.

—Así que —dijo Aiden desde su puesto, al frente de la mesa, —todos estamos curiosos, milord, por saber cómo llegó a Briarcraig.

En el rostro del barón apareció una sonrisa.

—No sé exactamente cómo terminé en su sótano, capitán, pero puedo darle una conjetura. ¿Puedo preguntarle qué fecha es?

Aiden frunció el ceño.

—Enero 19.

Algo brilló en los ojos de Kettering, pero se fue tan pronto como apareció.

—Lo sospechaba —sacudió la cabeza. —¿Están familiarizados con Lord Totley?

¿Lord Totley? No lo creo. Blaire nunca había oído ese nombre. Sin embargo, los hermanos Lindsay estaban lejos del tipo de personas que se frotaba los codos con sus compañeros.

Aiden sacudió la cabeza.

—No lo creo.

Kettering suspiró.

—Bueno, aparentemente, debí haberme familiarizado con el hombre antes de que accediera a visitar su casa de campo en Roxburghshire. Es un amigo del Regente y siempre tiene una buena mano en las cartas, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Aiden, deslizándose hasta el borde de su asiento.

Kettering miró hacia adelante y hacia atrás entre Blaire y Brannock y se encogió.

—Es mejor que no se digan algunos vicios, capitán. Basta con decir, que el número de los invitados era un poco más desagradable que con el que uno podría esperar pasar el tiempo.

—¿Y las cinco mujeres? —preguntó Blaire, sin creer ni una palabra de su cuento de Banbury. —Lo mencionó inicialmente.

Kettering la miró brevemente y luego volvió su atención hacia Aiden.

—Creo que una o más de ellas pusieron algo en mi bebida una noche. Esas mujeres son mi último recuerdo antes de despertar aquí.

Blaire ni siquiera intentó suprimir un bufido.

—¿Y por qué iban a traerle aquí? ¿Había hecho algo que merecía cárcel?

Los ojos del barón volvieron a ella con una mirada tan ardiente que ella jadeó para respirar.

—Tengo toda mi vida, Miss Lindsay, siendo un caballero. Nadie ha pensado jamás que mereciera ser drogado y escondido en algún castillo. No estoy seguro de dónde estoy, para ser honesto.

—En Highlands —se apresuró a decir Brannock.

—¿Así que cinco mujeres le drogaron en Roxburghshire y le llevaron hasta Highlands en pleno invierno para disponer de usted en el castillo de mi hermano? —Blaire sacudió la cabeza, no tenía sentido. —¿De verdad espera que creamos eso?

Kettering sonrió.

—Oh, tengo la intención de encontrar a las mujeres en cuestión y determinar por qué me asaltaron de tal manera. Puedes estar segura, Miss Lindsay, de que encontraré la verdad.

Y esa frase fue la primera cosa sincera que había dicho, según Blaire. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, aunque no estaba segura de por qué.

—Dígame, ¿una de estas mujeres se parecía a mí? —Blaire cruzó los brazos bajo sus pechos con impaciencia. Cinco brujas. Sólo conocía un grupo con ese número.

—De hecho, Miss Lindsay, una de ellas tenía un parecido sorprendente contigo.

Sus ojos se estrecharon para verla. El corazón de Blaire comenzó a latir el doble de rápido de lo que podía admitir. Realmente era su madre la que buscaba. ¿Cómo era eso posible? Alpina Lindsay había muerto hace diez años. Ciertamente no podía haber estado encerrado en ese sótano durante una década. Sin embargo, su ropa era de otro tiempo, más de diez años si ella tuviera que adivinar.

—¿Podría saber dónde puedo encontrarla, esa bruja que se parece a ti? —la voz de Kettering irrumpió en sus pensamientos.

Brannock se inclinó hacia delante y abrió la boca. Blaire chasqueó los dedos, y su hermano se sentó con un resoplido. No podía permitir que el muchacho le dijera a Kettering que la bruja que buscaba ya no existía o nunca descubriría la verdadera razón por la que estaba encerrado en el sótano. Y hasta que supiera esa razón, no podía dejarlo ir. Era demasiado amenazador.

—No soy consciente de ninguna bruja que se parezca a mí. Simplemente tenía curiosidad. Pero haré lo que pueda para encontrar lo que busca.

—Te agradecería la ayuda —dijo él, mientras inclinaba la cabeza en su dirección.

—¿No le gusta la cena?

Desde que se había sentado en la mesa, simplemente había sumergido la cuchara en su estofado una y otra vez, pero aún no había tomado un solo bocado de éste. ¿No debería estarse muriendo de hambre? Incluso la cocina de Aiden tenía que ser mejor, que nada.

—Me encuentro un poco distraído, lo admito —dijo en voz baja, y luego se dirigió a Aiden para hablar, sin darle un mordisco a su plato.

El hombre había sido encerrado en el sótano, solo Dios sabía cuánto tiempo, ¿y él no procuraba comida? Eso no era normal. No era natural. ¿Realmente el hombre había pasado diez años o más sin sustento? Ella sacudió la cabeza ante la tonta noción, nadie podría sobrevivir tanto tiempo. Le faltaba algo importante. ¿Había algún tipo de fuente de alimento en el sótano? Tendría que echarle otra mirada a la habitación.

Con seguridad, busco el anillo alrededor de su cuello que estaba bajo su vestido, estaba cálido contra su piel. Justo cuando estaba buscando la reliquia, un ruido surgió en la puerta principal. El adornado aldabón de cobre que Blaire había visto antes golpeó fuertemente contra el roble.

—¿Quién demonios podría ser? —murmuró Aiden para sí mismo, mientras se limpiaba la boca, dejaba caer su servilleta en su plato y se ponía en pie.

—Yo abriré —Brannock se apartó de su asiento y bajó por el pasillo.

Una sonrisa cruzó la cara de lord Kettering. Era diferente a cualquiera que hubieran visto sus ojos desde que lo habían encontrado. No tenía malicia, ni temperamento, ni condescendencia, ni falta de confianza. Era simplemente placer.

—Eso es para mí —le explicó a Blaire cuando también se puso de pie. Ella lo siguió por el corredor hacia el gran salón, con Aiden rápidamente sobre sus talones.

—¿Alguien sabía que estaba aquí? —le gritó a su retirada.

¿Por qué no le había ayudado a escapar de la habitación antes? Kettering era de hecho un misterio que la enfurecía.

—Algunos lazos son difíciles de romper —murmuró, más para sí mismo que para ella. —¡Gracias al cielo!

Blaire tocó con un dedo su anillo oculto y jugueteó con él distraídamente mientras iba detrás del barón.

Cuando llegó al gran salón, se detuvo en seco. Pero Kettering no lo hizo. Él casi voló para ver al hombre que estaba en la entrada junto a su hermano. Los dos

hombres estrecharon las manos con fuerza, y casi parecía que ambos tomaran una larga y profunda respiración juntos.

—Dijo que buscaba a Lord Kettering —dijo Brannock con orgullo.

—¿Y conoces a quién has admitido en nuestra casa? —Blaire miró a su joven hermano con una ceja levantada.

—Perdóneme, capitán Lindsay —dijo Kettering después de toser ligeramente en su mano y se aclaró la garganta. ¿El hombre era emocional? Una mejor pregunta sería ¿cuál era el vínculo entre estos dos hombres? Ella lo descubriría también. —Este es mi amigo más antiguo y querido, Matthew Halkett, el conde de Blodswell.

Aiden extendió la mano.

—Un placer conocerle —dijo con cautela. Aiden tenía buenos instintos, aunque no fuera mágico. Por supuesto, sintió que algo andaba mal.

Blaire hizo un ruido. Un ruido muy poco femenino.

—¿Y la encantadora dama? —preguntó el conde, señalando a Blaire.

Su mirada oscura se deslizó a través de ella, perturbándola de la misma manera que Kettering, sin embargo, era diferente. Sólo ella no podía discernir la diferencia. Estaba allí, pero Blaire no podía nombrarla.

—Esta es la señorita Blaire Lindsay, la hermana del capitán.

El barón se acercó a ella mientras hablaba y aún más cerca cuando el conde se inclinó en su dirección. Blodswell levantó una ceja una fracción de segundo, sólo una fracción. Pero ella lo notó.

Entonces Kettering presentó a Brannock, quien se arregló bajo la atención.

—Nunca pensé que te encontraría —murmuró Blodswell en voz baja a Kettering, pero Blaire oyó la admisión de todos modos.

—También temí que no lo harías, viejo amigo, pero estoy feliz de verte —la camaradería entre los dos era real. Eso era obvio.

—Si todo está bien con tus amigos, tal vez podríamos pasear por un tiempo. Tengo algo que discutir contigo, James —dijo el conde. —Aunque detesto interrumpir la cena. Algo huele muy bien aquí —dijo, mientras inhalaba profundamente.

Su mirada oscura bailó a través de Blaire, haciéndola temblar. Kettering se acercó a ella y frunció el ceño. Que extraño... Era muy raro.

—El estofado de cordero de Aiden no es nada de lo que se puedan jactar —Brannock inhaló profundamente y luego gimió. —Ni siquiera huele apetecible, señor. Pero mañana vamos a conseguir algunos sirvientes.

—Sean bienvenidos a quedarse —dijo Aiden con vacilación, —para la cena.

Blaire le dio un puñetazo en el brazo.

—Invítalos a quedarse la noche —le susurró. —Ahora.

—¿Por qué diablos iba a...? —empezó a decir, hasta que ella pisoteó su empeine. Dolía. —Maldita sea, Blaire. ¿Qué pasa contigo?

El conde se acercó a la puerta y la abrió. Kettering se escabulló de la luz del sol con una mueca de dolor, moviéndose hacia las sombras como había hecho antes.

—Pensándolo bien —dijo el conde, cerrando la puerta, —tal vez podríamos pedirles privacidad en uno de los salones de su castillo. Sólo por un corto tiempo para que podamos acomodarnos.

—¡Aiden! —Blaire siseó de nuevo.

Si Aiden no les contestaba pronto, ella sobrepasaría los límites de propiedad y los invitaría ella misma. Maldita sea todo el infierno. No podía permitir que salieran de Briarcraig. No hasta que supiera por qué Kettering había quedado atrapado y encerrado. Miró al apuesto conde junto a su hermano, era tan peligroso como el barón, si no se equivocaba.

—¡Contéstales a ellos! —ella miró a su hermano. Aiden frunció los labios. ¿Hombre terco? Bien, ella tomaría el asunto en sus propias manos. —Nos encantaría tenerlos como nuestros huéspedes aquí en Briarcraig —espetó Blaire. —Voy a preparar otra habitación para el conde.

Blodswell se inclinó rápidamente.

—Sería un honor ser su invitado, Miss Lindsay.

Él se presentó finamente y fue sinceramente un caballero. Lo que sea que él fuera, ella no tenía ni idea. Pero ella planeaba averiguarlo.

Capítulo 9

—¿Dónde está el anillo? —fue la primera cosa que salió de la boca de Blodswell cuando finalmente se encontraron solos.

Habían hablado de inanidades todo el tiempo en que la bruja estuvo acechando en el pasillo para escuchar a escondidas. Ambos sabían que ella estaba allí, hasta que finalmente, su hermano la había regañado con severidad. La maldición que le lanzó en respuesta hizo sonreír a Matthew.

James levantó la mano y se frotó el dedo anular.

—No tengo idea. No estaba allí cuando desperté.

—Está cerca. Eso es obvio.

—¿Lo está? —James se dio la vuelta rápidamente para enfrentarse a él. —¿Cómo sabes eso?

—Nos conecta. Si se pierde, perdemos la conexión. Te perdí por veinte años, viejo amigo, pensaba que estabas muerto

—Puede que lo haya estado. Estuve dos décadas durmiendo, Matt, gracias a tu maldito aquelarre.

—¿Mi aquelarre? —Blodswell colocó una mano sobre su corazón y abrió la boca en un gesto de asombro. —¿Cuándo se convirtió el Còig³ en mi aquelarre? Lo último que oí fue que eran una entidad por sí mismas.

—Son una fuerza que hay que considerar —gruñó James. —Me atacaron.

³Còig: grupo o reunión de 5 en este caso brujas que se reúnen regularmente y forman un clan.

—¿Por qué harían tal cosa? No es que ellas tomen medidas a la ligera —sus ojos se estrecharon. —¿Qué hiciste? ¿Intentaste entrar a uno de ellos?

—Por supuesto que no —James se burló. —Yo estaba de pie fuera de una posada, cuidando mi propio negocio y disfrutando de un cigarro perfectamente exquisito.

—Una víctima acechada, en otras palabras —dijo Matthew con un movimiento de cabeza, —puesto que no tienes necesidad de inhalar.

No, James no tenía necesidad de inhalar, Matthew le había enseñado el pequeño truco de fumar. Los hacía parecer más humanos si adoptaban algunos de los hábitos más básicos del hombre.

—Puede que no necesite inhalarlo, pero todavía puedo probarlo —murmuró James.

Matthew le hizo un gesto de impaciencia.

—Esa no es la cuestión. Me gustaría escuchar tu historia, James.

Y James estaba listo para contársela a alguien en quien confiaba. La noche acababa de caer.

—¿Y tenías sed?

—Sí, supongo que sí. A propósito, una joven encantadora, que se parece mucho a Miss Lindsay, se acercó a mí. La noche estaba increíblemente cubierta por la niebla, había tanta que apenas podía ver mi mano delante de mí, pero, podía verla a ella. Muy claramente. En realidad, había dos de ellas.

—Un momento —dijo Matthew rápidamente. —¿Dices que una de ellas se parecía a Miss Lindsay? ¿La hermana del capitán? —hizo un gesto hacia el pasillo.

—Un parecido increíble —confirmó James. —Los ojos plateados, el pelo negro.

Matthew frunció el ceño.

—Sigue.

—Bueno —dijo James con los dedos, —así como si nada la niebla se levantó, y había cinco de ellas. Entonces lo siguiente que recuerdo, es que me desperté encerrado en

un sótano húmedo de este castillo, que creo que está en algún lugar en Highland, Escocia.

—En medio de la nada —confirmó Matthew. Su oscura mirada recorrió a James.
—¿No has estado afuera todavía?

James levantó la mano y una vez más señaló la ausencia de su anillo.

—Nunca he sido suicida.

—No, no lo eres —Una pequeña sonrisa curvó los labios de Matthew. —Dime, ¿te has alimentado? Estás muy pálido.

—Todavía no —James tiró de su chaleco.

—Pero la encantadora Miss Lindsay... —comenzó Matthew.

—Es una inocente —gruñó James.

Incluso se sorprendió por la cantidad de mordiscos que estaban presentes detrás de su gruñido. ¿Qué le importaba de dónde venía su próxima comida? Y la mujer había sido una espina en su costado desde que lo había liberado. Sin embargo, ella lo había liberado y tenía los ojos de plata más hermosos que había visto.

—Con que es así, ¿verdad? —una esquina de la boca de Matthew se alzó cuando él giró y ajustó una pintura torcida en la pared.

—Vete al diablo, Matt —respondió James, pero no pudo mantener la sonrisa en su cara mejor que la de Matthew. Blodswell pudo leerlo. Diablos, podía sentirlo.

—El Còig es un grupo benévolo, James. Ellas no actúan a la ligera, y no tientan al destino. Todo lo que hacen se hace con propósito. No puedo pensar en ninguna razón por la que te encarcelaran y robaran el anillo. Hay algo que no sabemos.

Aunque lo que hubiera, James no tenía ni idea. Él chasqueó la lengua mientras daba vueltas en su mente.

—¿Miss Lindsay tiene poderes? —preguntó de pronto Matthew. —¿Has visto alguna evidencia de que sea mágica?

Ella no hizo ningún esfuerzo para ocultar el hecho.

–Bolas de fuego en su propia mano. Ella oculta dagas sobre su persona y las maneja con cautela y propósito.

–¿Cómo diablos lo sabes?

–Porque casi me ha herido con una cuando tuve el valor de besarla.

Y ahí estaba lo esencial del asunto. Matthew silbó suavemente.

–Ella es un medio para un fin. Nada más. La necesito para encontrar a las otras brujas –necesitaba averiguar por qué habían robado veinte años de su vida.

Matthew cruzó los brazos sobre su pecho.

–Siento decepcionarte, pero si Miss Lindsay tiene poderes verificables, ¿y tú dices que sí? –esperó un gesto de James. –Entonces, las brujas que buscas no se pueden encontrar.

La declaración de Matthew no tenía ni un poco de sentido. No podía saberlo.

–¿Perdón?

–Sólo puede existir un Còig.

–Gracias a Dios –murmuró James. Ellas eran una amenaza. No podía imaginar más de un aquelarre malicioso suelto.

–Los poderes pasan de la madre a la hija mayor, aunque no totalmente hasta la muerte de la primera.

James gimió en voz alta.

–¿Estás diciendo que las brujas que me encarcelaron están... muertas?

–Más que probable, todas ellas –confirmó Matthew. –A menos que me equivoque, ya he conocido a su vidente actual, una señorita Macleod. Una chica impresionante, como su madre. Sus poderes eran increíblemente fuertes, y con una bestia que merece consideración.

Nada de esto tenía sentido para James, pero él escuchó y asintió con la cabeza para que su creador continuara.

—Es sólo así cuando el aquelarre está completo —explicó Matthew. —No es una mezcla de una generación con la siguiente, sino solo con las mujeres que se supone deben estar unidas. De hecho, cuando la primera bruja muere, las otras a menudo no están muy lejos de partir.

Qué horrible noticia. James frotó una mano por su rostro.

—Nunca sabré por qué lo hicieron entonces.

Matthew se encogió de hombros.

—No necesariamente. Miss Lindsay puede rellenar los detalles que faltan. Una generación de brujas entrena a la siguiente.

—Pero la muchacha actúa como si no supiera nada.

¿Estaba actuando? No parecía de ese tipo. El subterfugio no parecía estar en su naturaleza; ella era mucho más directa que eso.

—Las apariencias pueden ser engañosas, amigo mío. Estoy seguro de que no esperabas que su hermosa madre fuera todo lo que era cuando la encontraste.

—Obviamente —resopló James.

—Necesitamos alimentarte, o pronto te marchitarás como una flor en un vaso.

—Mis opciones son un poco limitadas en este momento —una vez más levantó la mano y movió los dedos hacia su amigo. —Entonces, ¿cazaremos esta noche? ¿Cuándo la oscuridad caiga?

—Vi algunas ovejas en el valle.

James hizo una mueca. La carne de cordero ya estaba lo suficientemente mal en el estofado. Todavía no podía digerir el horrible olor de la cocina del capitán Lindsay.

—¿Un becerro moteado?

Sería mejor que las ovejas.

–Miss Lindsay tenía un aroma seductor –murmuró Matthew.

–Ella no está en el menú.

–Algo me dice que puedes añadir fácilmente "no todavía" al final de esa declaración y que seguiría siendo verdad.

–Hoy terminaré con Miss Lindsay. Averigua lo que sabe, y luego podemos irnos a Inglaterra tan pronto como hayamos cenado –se volvió hacia la puerta para salir de la habitación, pero Matthew suspiró y agarró el hombro de su amigo.

–Veo dos problemas con tu plan, James –ese suspiro no fue un buen augurio para las ambiciones de James.

–¿Cuáles son? –Matthew era casi tan malo como las brujas con sus enigmas y declaraciones abiertas.

–Tu anillo está cerca. Sin él, estás condenado a una vida de oscuridad. Hay que encontrarlo.

–No tienes otros, ¿verdad? –James tenía la fuerte esperanza de que así fuera.

–Sabes que no tengo otro. Me dieron tres. Tres veces bendecidos y todo eso.

–Uno de los cuales desperdiciaste en Sarah.

Si sólo pudiera ponerle las manos encima. Pero para hacerlo, tendría que cruzar el mismo camino que ella, y la vida en la oscuridad era preferible.

–No se desperdició, no en el momento de todos modos. Y todo estuvo perfectamente bien durante décadas y décadas hasta que finalmente le rompiste el corazón.

James se burló.

–Uno debe tener un corazón para que se pueda romper.

Matthew lanzó un suspiro innecesario.

–Otra vez con lo mismo, ¿no?

A James tampoco le gustó el argumento. Matthew insistía en que todavía tenían corazones, pero James no estaba de acuerdo. El asunto había sido discutido hasta morir, y ninguno de ellos cambiaría de opinión.

—No, no ahora. Yo ya no lo tengo en mí.

Matthew asintió con la cabeza, con expresión de alivio en su rostro.

—Pero hablando de Sarah, ella es tu segundo problema.

Siempre había sido un problema. Pero eso no era lo que Matthew quería decir, James estaba seguro.

—¿Cómo dices?

—Si puedo sentirte, James, ella también.

—Ella vendrá aquí y causará estragos en cualquier persona en la vecindad —James se golpeó con el talón de la mano en la frente por frustración. ¿Nunca estaría libre de la vengativa moza?

—El infierno no tiene furia y todo eso —Matthew respondió a su pregunta no formulada. —Y hay otro problema.

—¿Pensé que dijiste que había solo dos problemas? —James no sabía cuánto más podía aguantar. Sarah, por el amor de Dios. —Uno más hacen tres.

Matthew sacó un pedazo de pelusa de su chaqueta.

—Bueno, en realidad los dos últimos están conectados. ¿Te habrás olvidado de que Sarah se había metido con Padrig Trevelyan antes de tu pequeña siesta?

James honestamente intentó no pensar en ninguno de ellos. Nunca más.

—Todavía están en los bolsillos del otro. Estarán viajando juntos.

James se estremeció. Tal vez sería mejor volver a dormir por otra década o dos.

—Demasiado tarde para detenerlos, supongo.

—Por supuesto. No la he visto en años, pero todavía puedo sentirla lo suficientemente bien. Ella viene en esta dirección.

Y traía consigo al vampiro que más deseaba vengarse del conocido James. Sacudió la cabeza. Si alguien debía haber sido encarcelado, Padrig Trevelyan era el que las cinco brujas debían haber capturado y ocultado para siempre. Él era una criatura que no mataba por sustento o supervivencia sino para arruinar tantas vidas como él pudiese tocar. Se maldijo de nuevo por haber creado tal monstruo.

—Pero como ella y Trevelyan están juntos, sólo pueden viajar de noche. Así que tenemos un poco de tiempo para encontrar tu anillo y desaparecer.

—¿Supongo que ninguno de los dos ha decidido que me odian menos desde que me he desvanecido? —pensaba mucho, pero sabía que no podía evitar preguntar.

Matthew sacudió la cabeza.

—Lo siento, viejo amigo. Más molesto era que alguien más se hubiera atrevido a ponerle fin a tu existencia antes de que tuvieran ellos la oportunidad.

Perfecto. Su siesta de dos décadas no había hecho nada para resolver sus problemas. Estaba exactamente donde empezó cuando ese maldito aquelarre lo había encontrado, excepto que ahora no tenía su anillo.

Blaire caminaba de un lado a otro de su habitación, escuchando los sonidos de los aposentos de sus invitados. Pero no había escuchado a ninguno durante la última hora. Los dos caballeros habían salido. ¿Quién salía por la noche durante el invierno en las ingratas Highlands? Sólo el viento era suficiente para congelar a un hombre. Nada de lo que hicieron los dos tenía un poco de sentido. Se sopló el pelo que caía sobre sus ojos con frustración. ¡Qué no daría por tener a sus hermanas del aquelarre con ella! Juntas podían resolver este misterio.

Pero no estaban allí, y no vendrían a ayudarla. Elspeth estaba en Hampshire, y Cait estaba con ella o de regreso a Edimburgo. A lo sumo, podía pedir a Rhiannon y

Sorcha que la atendieran, pero a menos que las cinco estuvieran juntas, no serviría para nada. No tenía el poder de depender solo de ella.

Estaba sola en esto, y nunca se había sentido tan impotente. ¿Por qué su madre y las demás capturaron a Kettering? Tenía que haber una razón. Dado que el anterior Còig aparentemente había hecho algo de esta magnitud, ¿por qué no lo sabía? ¿Por qué su madre no había transmitido el conocimiento y la información como lo había hecho con todo lo demás?

Bueno, ella no sabía de hecho que su madre había pasado todo, ¿verdad? Blaire ni siquiera sabía que Briarcraig existía, hace quince días. Sin embargo, era el asiento ancestral de las brujas nacidas en batalla. Su derecho de nacimiento. ¿Qué más tenía su madre guardado en secreto, y por qué? ¿Cómo iba a saber qué hacer si no sabía a qué se enfrentaba?

Blaire se sentó en el borde de su cama y tiró el reloj de oro de Kettering del bolsillo. Era una hermosa pieza con un grifo adornado grabado en el estuche. Pasó los dedos sobre la bestia real, símbolo del valeroso soldado. Al cabo de un momento, abrió la tapa con bisagras y miró la esfera adornada con rubíes, tan roja que parecía sangre en la blanca cara.

Había robado el reloj del hombre. ¿Qué diablos estaba pensando? No podía realizar una ceremonia de descubrimiento sola. Necesitaría de las demás para tener éxito. Sin embargo, si no se aventuraba a nada, no se ganaba nada.

Blaire dejó caer el reloj en su cama y luego se movió a través de la habitación para abrir su baúl. Ella tiró unas cuantas camisas viejas y un cuaderno hecho jirones fuera del camino, luego recuperó un pequeño caldero negro. En sus manos y rodillas, ella buscó alrededor de la parte inferior procurando los ingredientes necesarios y comenzó a recoger pequeñas botellas de vidrio.

Alfalfa. No. Lo echó a un lado.

Ron. Ella negó con la cabeza, buscando otra botella.

Hojas de arrayán. Ella gruñó, nunca había sido el miembro más paciente del aquelarre.

Semillas de granada: Perfecto. Ya tenemos una y faltan dos.

Después de vaciar el contenido del maletero, finalmente tenía todo lo que necesitaba. Ella vertió un poco de agua de su cántaro, en el caldero, y luego agregó las semillas de granada y una cantidad saludable de hierbas secas de bruja y pimienta seca. Blaire encendió una vela de cera de abejas y goteó la cera sobre el borde del caldero.

Pasó las manos sobre su vestido y dudó de que Elspeth hubiera podido hacerlo mejor. Ni más, ni menos. Colgó el caldero en un mango sobre el fuego de su chimenea y se plantó junto a él.

—"Lorg freagair timcheall Kettering" —ella cantó, mientras sumergía la cadena de oro del barón en el caldero, dejando que se vinculara con el brebaje. —"Lorg freagair timcheall Kettering". "Lorg freagair timcheall Kettering" —con su mano libre, dejó caer una piedra de luna en la mezcla, que burbujeaba. Su corazón se elevó. Ella todavía podría obtener sus respuestas.

Cuando un destello de luz iluminó la habitación, Blaire tiró el reloj de bolsillo a su cama, envolvió un trapo alrededor de su mano y sacó el caldero del fuego. Lo colocó en su lecho y miró dentro. Pero ninguna visión apareció, y ninguna respuesta salió a su mente. Todo lo que le quedaba era una mezcla que parecía repugnantemente como una tina de sangre.

¡Condenado infierno! Cruzó la habitación, levantó la ventana, suprimió un escalofrío del aire helado, arrojó el contenido del caldero al suelo y se maldijo por ser una tonta. Sabía que la ceremonia no funcionaría si estaba sola, pero ¿qué otra opción tenía? No era como si Kettering le dijera todos sus secretos.

Justo en ese momento oyó que las voces de los dos ingleses se filtraban por el pasillo mientras aparentemente los dos se dirigían a sus habitaciones prestadas. Entonces, los pasos de ellos se desaceleraron fuera de su puerta.

—¿Has oído eso? —preguntó Kettering. Si no hubiera presionado su oído contra la puerta, habría perdido sus comentarios por completo.

—¿Sangre? ¿En la habitación de Miss Lindsay? —contestó el conde con una pregunta suya.

—Ellos aún no están aquí. Los sentirías, ¿verdad? —otro murmullo rápido de Blodswell que no pudo distinguir. —Entonces, ¿qué es ese olor? —preguntó Kettering.

Ciertamente, no podían oler su brebaje. Fue simplemente por casualidad que el conde pensó que había sangre en su habitación. ¿Quién podría oler sangre? De todos modos, ¿cómo era la sangre? Había cazado durante años y con frecuencia se encontraba vistiendo a los animales. Sin embargo, no podía recordar ningún olor fuerte que viniera de la sangre. Era muy improbable que Kettering pudiera identificar un olor así, especialmente a través de su puerta cerrada.

Antes de que pudiera dar un paso, su puerta se abrió de par en par. Se vio obligada a esquivarla para evitar ser golpeada en la prisa de Kettering para entrar en sus aposentos. Ella aterrizó en el fondo con un gruñido.

—¿Qué diablos...? —Blaire se quejó al ponerse en pie. Sacudió su bata y se envolvió de manera que sus piernas estuvieran cubiertas y espolvoreando sus manos.

Kettering se detuvo a unos centímetros de ella y le tomó de la barbilla hasta que encontró sus ojos. Como una boba, se congeló. Los poderes que fuesen debían quitarle sus habilidades sobrenaturales, las que ella recibió simplemente por nacer en batalla, porque ella estaba completamente y totalmente indigna. Eso era bastante obvio. Reprimió una maldición.

—¿Está todo bien? —preguntó Kettering, su voz resonando sobre ella como una caricia.

Blaire sacudió la barbilla de su agarre.

—Claro que lo estoy. ¿Por qué no lo estaría? —notó al conde, mientras levantaba una mano y apretaba suavemente el hombro de Kettering. El barón se relajó, pero no mucho.

—Te alcanzo en un momento —dijo Kettering en voz baja a su amigo, sin apartar aún la mirada de su persona.

De no conocerlo mejor, habría vuelto a pensar que podía mirar directamente a su alma. Los ojos oscuros del hombre eran los más intensos que había visto jamás, y Blaire luchó contra un estremecimiento.

Vagamente notó cuando Blodswell salió de la habitación, se despidió rápidamente desde la puerta y desapareció por el pasillo. Su atención se centró en el hombre que todavía se paraba demasiado cerca, para su gusto, de su persona.

Capítulo 10

James miró hacia los ojos más brillantes que había visto en su vida, y se esforzó por mantener la concentración. Tarea en la que él desafortunadamente falló.

—¿Hay algún motivo para estar en mi habitación, señor? —preguntó la fascinante bruja, inclinando la cabeza.

Ella casi temblaba allí de pie frente a él, así que no estaba tan tranquila como parecía. Para un observador casual, ella habría tenido éxito en su deseo de mostrar desinterés. Pero Miss Lindsay era muy despierta y lista.

—Pensé que podía haber un problema —dijo, mientras retrocedía y permitía que su mirada se deslizara por su cuerpo. —¿No estás herida?

Ella extendió las dos manos.

—No, que yo me haya dado cuenta —le espetó.

Él tomó la mano de la chica y la giró en su palma, buscando heridas. Había oído sangre, él estaba seguro de ello. Nunca confundió el olor cobrizo de tan vivificante esencia; sin embargo, parecía estar ilesa. Ella sacó su mano de la suya, entonces él buscó su otra mano, pero Blaire la escondió detrás de su espalda y dio un paso lejos de él.

—¿Me estás escondiendo algo, Miss Lindsay? —preguntó. —Si estás lesionada, puedo ser capaz de ayudarte. Parece que tus hermanos están durmiendo.

—No tengo miedo de despertar a mis hermanos si necesito ayuda —ella se echó el pelo por encima del hombro, donde colgó como una cortina oscura en su espalda.

James no quería más que enterrar su cara en tan espesa melena e inhalar su aroma. Sacudió esos pensamientos errantes. Él pensaba que una comida como la

que acababa de disfrutar habría calmado esa sed insaciable por la chica. Al parecer, estaba equivocado.

—¿Por qué sigues despierta? —preguntó en voz baja.

—Puedo hacerle la misma pregunta —dijo sin vacilar.

No pudo resistir la sonrisa que su comentario le provocó, pero torció un dedo y tiró de su nariz, con la esperanza de que no notara las comisuras de sus labios elevarse. Apreciaba su perspicacia, pero no era necesario que ella lo supiera.

—Estaba afuera con Blodswell —explicó, observando su rostro mientras hablaba.

Bajó la voz, suavizó su expresión, e intentó encantarle. Pero ella no estaba colaborando. Ella giró su cara hacia otra dirección, los bordes de su bata de vestir rotaron alrededor de sus piernas. James casi gimió en voz alta.

—Fuimos a dar un paseo.

La joven se volvió para mirarlo rápidamente. Cada movimiento mostraba un buen pedazo de sus tobillos ¿Desde cuándo los tobillos se volvieron tan eróticos para él?

—¿Adonde fueron? —preguntó, con las cejas juntas.

—Simplemente anduvimos por el lago. ¿Acaso importa? —le preguntó con toda claridad. Si no podía encantarle, tal vez su franqueza pudiera apartar de ella ese olor a persecución.

—Sólo curiosidad —respondió ella, mientras se dejaba caer en una silla y metía las piernas debajo de sí, bueno, casi, el dedo gordo de su pie derecho salía de debajo de su dobladillo.

James tuvo por un instante el absurdo deseo de besarla. Sí, era oficial. Había perdido su maldita cabeza. Se pasó una mano por la frente e intentó borrar aquellos locos pensamientos. Si Blodswell se enteraba, James nunca escucharía el final de aquello.

—¿Por lo menos lo pasó bien? —preguntó ella en voz baja, apoyando la barbilla en el talón de su mano. Se veía absolutamente adorable.

—No he visto a Blodswell en mucho tiempo. Así que sí, fue muy agradable volverle a ver. Gracias por permitirle que se quedara esta noche.

Ella agitó una mano en el aire.

—Un día, una quincena... Quédense todo el tiempo que quieran. Ambos —se detuvo brevemente y luego le sonrió. —Por favor —le pidió, por último.

—Eres un enigma, milady —murmuró para sí.

Sus cejas se alzaron mientras ella sonreía.

—No creo que las mujeres tengan que ser criaturas fáciles de entender. Simplemente estoy manteniendo mi último trato de negociación.

Él se rió entre dientes. La bruja podía hacerle reír, algo que necesitaba ahora con su mente enfocada en tantos problemas. Había algo en esa mujer, algo mágico, y no era el hecho de que ella fuera una bruja. Él la miró durante un largo tiempo, mientras se sumergía en sus impresionantes ojos plateados y su deliciosa figura. Cuando ella se aclaró la garganta, sacudió la cabeza, recuperando la compostura.

—Te diré buenas noches —dijo entonces.

—¿Eso es una pregunta ¿O una declaración de un hecho? —preguntó la bruja mientras se levantaba.

Ella era una pequeña descarada.

—¿Estás segura de estar bien? —preguntó James de nuevo.

Sabía que había oído sangre, era inconfundible. Y no quería irse, quería tomar su lugar en esa silla y tirar de ella en su regazo. La joven levantó los brazos hacia los lados y suspiró pesadamente.

—¿Necesita encontrar heridas en mi persona para que pueda descansar?

James se endureció inmediatamente con solo pensar en recorrer sus manos por todo el cuerpo de Miss Lindsay.

—Confiaba en que me dijeras si necesitabas ayuda —le dijo.

–¿Y ahora? –preguntó en voz baja.

–No, en realidad ya no –se burló. –Pero sonaba bien en mi cabeza antes de que saliera por mi boca.

Se apartó de ella para ocultar la evidencia de su deseo. A pesar de su bravuconería, él pondría en alarma la vida de la pequeña inocente si ella tenía idea de lo mucho que la quería. Cuando él se volvió para mirarla, su mirada inmediatamente aterrizó en la cama, y en su reloj de bolsillo, que se extendía sobre su colcha.

–Ese es mi reloj –dijo, mientras se acercaba a la cama y lo tomaba.

–Sí, lo encontré cuando estaba lavando –dijo rápidamente.

–¿No deberías hacer que alguien más lave por ti? –No estaba muy seguro de dónde provenía.

Era una pequeña descarada, que claramente tomaba sus propias decisiones; pero todavía había un aire de orgullo en ella. Tal vez no fuera una dama típica, pero era una dama de igual manera. Una que no debía ser reducida a hacer las tareas domésticas.

–Tengo entendido en la más alta autoridad que los Lindsay son bastante ricos, después de todo.

Su declaración tuvo el efecto satisfactorio de hacerla tartamudear.

–S- sí, bueno, iremos a contratar personal mañana. Pero por ahora me tiene a mí.

–Me gustaría tenerte conmigo –también le gustaría que le devolviera el reloj. Se volvió hacia su cama y recogió el objeto con sus manos. La cadena estaba cubierta de algo, y casi dejó caer su propia herencia. –¿Qué diablos tiene? –gruñó.

James se dio la vuelta para mirarla, listo para estrangularla si había arruinado su reloj. Lo había tenido durante siglos y edades, más de una vida, por supuesto.

Miss Lindsay lo arrancó de su mano y comenzó a limpiarlo con un paño suave, frotando hasta que brillara más resplandeciente que cualquier sol que pudiera recordar.

—Estaba limpiándolo para usted. Me ha atrapado mientras lo hacía —secó la cadena y luego se lo pasó a él.

Se apartó de ella y giró la pestaña, abriendo el reloj para estar seguro de que estaba en el mismo estado de cuando ella se lo había robado. Y es que, él sabía que ella lo había tomado. No tenía ni idea.

Un mechón de su pelo cayó sobre su antebrazo, mientras se inclinaba sobre él mirando la cara abierta del reloj. James casi gimió en voz alta. En vez de eso, él simplemente alzó las cejas hacia ella y trató de parecer divertido. Más que eso, estaba excitado. Muy excitado.

—¿Hay algo que quieras ver, Miss Lindsay?

Tenía el coraje de sonrojarse. El color se filtró en sus mejillas. ¿Podría ser más encantadora?

—Sólo estaba admirando su reloj —murmuró. —No me había dado cuenta de que tenía una inscripción. ¿Qué es lo que dice? —una de sus manos estaba tendida sobre su espalda, donde se estabilizaba para inclinarse alrededor de él. Sentiría ese contacto durante días. Años, probablemente.

—La curiosidad mató al gato, sabes —bromeó, tratando de sonar despreocupado.

Sus ojos lo miraron con recelo.

—¿Su reloj tiene una cita de Shakespeare?

Era tan inteligente como hermosa. Se volvió y le pellizco la nariz, lo que le provocó una carcajada.

—Shakespeare lo llevó a cabo. Ben Johnson lo escribió —treinta años después de que James naciera. ¿Qué pensaría ella si conociera su edad?

—¿Eso es lo que está escrito en su reloj? ¿La curiosidad mató al gato? —tenía que darle crédito por ser tenaz.

—No, no es eso —respondió bruscamente mientras cerraba el reloj y lo volvía a meter en el bolsillo de su chaleco.

El peso pesado de ella se sentía bien. Ella murmuró algo así como que era un hombre insoportable. Él se rió entre dientes, mientras cruzaba los brazos y se apoyaba contra el poste de su cama.

–Supongo que debería irme. El amanecer llegará antes de que nos demos cuenta. ¿No has dormido en absoluto, Miss Lindsay?

–Sí, sus botas de tacón me despertaron cuando volvió a casa.

–¡Embustera! –acusó.

Ella se irguió.

–No me he acostumbrado a los nuevos dormitorios –dijo mientras señalaba su habitación.

–Estoy seguro de que tu nuevo personal se asegurará de que todo sea de tu agrado mañana.

Ella resopló y sacudió la cabeza, su pelo negro balanceándose sobre su espalda en una masa gloriosa.

–Si somos capaces de encontrar a alguien que quiera venir con nosotros.

Oh, encontrarían a alguien, no tenía ninguna duda. Ella no dejaba nada a medias, y si tenía la intención de traer servidumbre a Briarcraig, lo conseguiría antes del almuerzo.

–Me gustas, Miss Lindsay –exclamó. Luego renegó. ¿De dónde demonios venía eso? Casi podía oír a Blodswell cacareando en su cabeza.

Ella cruzó los brazos bajo sus pechos.

–¿A sí?

Un paso le trajo de pies a cabeza con ella.

–Sí –lo dijo en voz alta y clara. Y sabía que era la verdad. Levantó una mano para cubrirle la mejilla. –¿Cuántas dagas llevas debajo de esa bata?

Su voz tembló un poco cuando respondió:

—¿Por qué está tan preocupado por lo que hay bajo mi bata, lord Kettering? Uno podría pensar que le gustaría inspeccionar mi cuerpo.

—Oh, me gustaría, y mucho, debes llamarme James. ¿Puedo llamarte Blaire?

—Eso sería muy inapropiado —le recordó, pero no lo empujó ni lo atacó con dardos ni lanzas. Ni siquiera un puntero afilado.

—¿Y la propiedad es algo de lo que te preocupas? ¿Es eso antes o después de que maldices como un hombre? —su mirada dejó la suya, y él inmediatamente quiso corregir sus palabras. La chica estaba positivamente encantada, le gustaba su maldición.

Quería escuchar más de ella, de hecho, él la disfrutaría en particular entremezclada con un jadeo o dos de placer.

—¿Cómo lo haces? preguntó finalmente.

—¿Hacer qué? —ella cruzó los brazos sobre el pecho, obviamente molesta con él. Bien. Para ella era más seguro así.

—Saber cómo parecer tan hermosa en el exterior, y con tanta fuerza y propósito en el interior.

Antes de que pudiera responder, se inclinó para tocar sus labios y juntarlos con los suyos. Ella se congeló, sus labios se apretaban mutuamente. Abrió los ojos brevemente, sólo para encontrarla mirándolo, sus labios seguían fruncidos. Él rió entre sus labios y la atrajo hacia él con los brazos alrededor de su cintura. Ella se acercó a él sin ninguna reserva y lo dejó acercarse lo suficiente para que sus pechos presionaran contra el de él, lo suficientemente cerca como para que sus piernas se enredaran en su bata nocturna.

—Señor Kettering —protestó suavemente cuando su mano se deslizó por su espalda y tomó su trasero, casi como si tuviera su propio libre albedrío. Pero ella no se alejó Debería haberse alejado.

—James —susurró él, mientras levantaba su boca brevemente de la de ella.

Esta vez, cuando inclinó la cabeza, ella apartó sus labios con suaves codazos, y luego se alejó. Se tambaleó sobre sus pies, pero él usó su estabilidad como excusa

para tirar de ella más cerca de él. Él la atraería hacia sí, si podía. Lo que daría porque ella quisiera atraerlo de igual manera.

El latido del corazón de la bruja comenzó a saltar como si hubiera corrido una gran distancia, las respiraciones suaves que le escapaban de la nariz le hacían cosquillas a él en la mejilla cuando ella se inclinó para besarlo más profundamente. La bruja no le tenía miedo, eso era obvio. Tal vez debería.

Un breve interludio fue suficiente para mostrar su deseo por ella, no tan largo como para asustarla. No era suficiente para saciar su sed por ella, pero lo sería por ahora. Se echó hacia atrás, miró hacia abajo en la interminable profundidad de sus ojos, y se obligó a liberar a la pequeña inocente. La chica se tambaleó un poco sobre sus pies cuando él la dejó ir, y una de sus manos aterrizó en su pecho.

—Pobre de mí —susurró.

—Buenas noches, Miss Lindsay —dijo mientras se volvía y salía de la habitación.

Caminó rápidamente hacia su dormitorio y no se sorprendió al ver a Blodswell sentado en una silla junto a su cartel con una enorme sonrisa.

—Oh, creo que ahora estás en problemas —se regocijó el hombre. Casi brillaba de júbilo. Lo malo era que el maldito salvaje estaba cien por cien en lo correcto.

—Vete al diablo —gruñó James.

—Tú difícilmente serías el primero en desear que estuviera ahí. El pobre diablo estará esperando para siempre —rió Matthew entre dientes. —Ahora, ¿por qué no me cuentas todo sobre Miss Lindsay?

James frotó una mano por su rostro.

—Ya te he dicho todo lo que sé de la muchacha —aunque había olvidado decirle a Matthew cómo le afectaba. Eso no era, particularmente, asunto de su amigo.

—Venga ahora —comentó Matthew. —Te he conocido toda tu vida. No pienses que puedes ocultármelo. Te conozco muy bien.

Demasiado bien, de hecho. Matthew era dueño de la finca cercana a la suya en Derbyshire. Había sido un amigo del padre de James hace siglos. Incluso había

enseñado a James cómo luchar con espadas cuando era un niño, aunque en ese momento James no tenía idea de que el conde era tan competente con el arma debido a haber sido realmente un caballero en las Cruzadas. Pero lo más importante, Matthew había estado allí cuando James más lo necesitaba, por ejemplo, la noche en que había sido atacado por los salteadores de caminos y abandonado a una muerte segura. Y él habría muerto si Matthew no hubiera venido en su ayuda, si no hubiera facilitado para James la vida después de la muerte.

Lanzó un suspiro.

—No sé qué decirte. Algo sobre ella me llama. Eso es todo.

La sonrisa de Matthew se desvaneció, sólo para ser reemplazada por una expresión sombría.

—¿Te llama?

—Sólo quiero estar cerca de ella —no podía explicarlo mejor. Se sentía como un muchacho adolescente. Él frotó su mano contra su frente.

Su amigo asintió con la cabeza.

—Desarrollar un apego por los seres humanos ocurre en ocasiones.

—¿Te ha pasado a ti? —preguntó James, aunque sabía la respuesta. Matthew cuidaba de todas las criaturas y era el más leal de todos los hombres, pero nunca había tenido un lazo con alguien. No en más de seiscientos años.

—Siempre hay un futuro —de los cuales ambos tenían un suministro interminable. Matthew se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta. —¿Puedo ofrecerte una sugerencia?

—Por supuesto.

—Un apego por una de las brujas no es sabio. Encántala y hazlo con ella.

James se estremeció.

—¿Cuál es el significado de esa mirada?

Podía decirle lo malo. Matthew no terminaría hasta que supiera toda la verdad.

–Lo intenté.

–¿Cómo dices? –Su amigo se acercó a él.

–Dijiste que la encantara. Lo intenté esta misma noche y no funcionó.

–Bueno, eso es algo de lo que nunca había oído hablar –Matthew frunció el ceño con profunda preocupación. –Me pregunto...

La forma en que su amigo dijo esas dos palabras envió un escalofrío helado por la columna vertebral de James.

–¿Te preguntas qué?

Matthew sacudió la cabeza.

–Me pregunto qué clase de hechizos el Còig podría haber lanzado sobre ti en tu estado de hibernación.

–¿Impedirme de ser capaz de encantar a alguien? –si James tuviera que respirar, todo el aire habría salido de sus pulmones.

Las brujas habían dicho algo sobre sus víctimas, ¿no? ¿Estaban tratando de nivelar el campo de juego? ¿Qué más podían haber hecho mientras dormía?

De nuevo, si un hechizo lo desarmara...

–Tal vez Miss Lindsay podría ser persuadida a restaurar mis habilidades.

Matthew movió levemente la cabeza.

–Ella no es tu curandera. Pero incluso si lo fuera, no estás enfermo. Tu incapacidad de encantar a otros es el resultado de la magia, no de una ocurrencia natural.

Lo que lo llevó de nuevo a Blaire Lindsay. Entonces la magia puede revertir el hechizo.

Su amigo sonrió débilmente como si fuera un tonto.

–Si las cinco te hicieron esto, te tomará hacer que las cinco lo deshagan. Miss Lindsay sola no es suficiente.

El aquelarre entero. Las hijas de las cinco mujeres que lo habían agredido. Se sintió un poco hueco ante la perspectiva.

–Entonces, la haremos llevarnos a ellas. No puedo andar hasta el final de los tiempos incapaz de encantar a los humanos. Me moriré de hambre, o me hará tomar una dieta indecorosa de becerro moteado y ovejas.

Todavía no podía deshacerse del sabor horrible en su boca. El sustento era sustento después de todo, pero no podía imaginar vivir con esas cosas para siempre. Matthew asintió con la cabeza.

–Pero primero necesitaremos tu anillo. Está por aquí, en algún lado. Tenemos que encontrarlo.

Capítulo 11

El sol de la mañana se filtraba a través de las ventanas biseladas de Blaire. Ella abrió un ojo para mirar acusadoramente la luz, como si ésta fuera la única responsable de su falta de sueño. Pero, por desgracia, no tenía a quien culpar sino a sí misma. Y a él. No debía olvidarlo.

James. Le había pedido que lo llamara James. Ella negó con la cabeza ante su propia estupidez. ¡En efecto, James! ¡Lord Kettering la había besado! ¿Cómo esperaba que ella durmiera después de ese beso? Por breve que hubiese sido, lo había sentido hasta los pies, como un estallido de calor que le recorría todo el cuerpo dejándola sin aliento tras de él. Y luego, había desaparecido antes de que pudiera recuperar la compostura y apropiadamente abofetearlo por eso.

Blaire gimió de nuevo. ¿Por qué había permitido tales libertades? Aunque no creía poder haberlo detenido. Sentía en lo más profundo de su ser un sentimiento susurrándole que no había querido detenerlo. Peor aún, lo había revivido en su mente toda la noche. Sus labios fuertes y esculpidos presionándose suavemente contra los suyos.

Ella se dio vuelta a un costado y estrelló un puño contra la almohada. ¡Qué completa idiota había resultado ser!

—Imbécil —era la palabra correcta en tantos niveles.

No solo había permitido tales libertades a un hombre que apenas conocía, sino que, lo poco que sabía de él no era nada tranquilizador. Era peligroso. Era una especie de villano, o nunca hubiera estado encarcelado allí. Su madre había ayudado a atrapar al hombre, por el amor de Dios, y ahora ella le había dejado que la besara. Sin dudas, era una idiota.

Lo inteligente sería mantenerse lo más lejos posible del hombre, ya que no parecía tener autocontrol en lo que a él concernía. Pero eso era imposible. Si se

mantenía lejos de él, no podría saber por qué había estado encerrado en el castillo. Y no podía dejarlo ir a pasear por Highlands hasta saber exactamente con quién o con qué estaba tratando. Qué enigma. Eso era entonces. Simplemente tenía que controlarse a sí misma, no había otra forma de obtener las respuestas que necesitaba. La sangre de generaciones de brujas nacidas en batalla, que habían venido antes de ella, corría por sus venas. Habían sido fuertes, ella podía ser fuerte también y no importaba como, no podía permitir que la besara de nuevo. Nunca más.

Su mente se reinventó, se levantó de la cama, abrió su guardarropa y tomó el vestido más oscuro que tenía. Lana gris, no era atrayente en lo más mínimo. Kettering no querría besar a una mujer con un vestido como ese. Le recordaría a una lavandera. El vestido gris era perfecto. Blaire se vistió rápidamente y se arregló el cabello en un simple moño que no le era del todo favorecedor. Eso debería estar bien. Ella parecía una institutriz empobrecida. ¡Espléndido!

Finalmente estaba lista para comenzar el día con entusiasmo, a pesar de su falta de sueño, pero necesitaba desesperadamente encontrar las respuestas a sus preguntas. Abrió la puerta, dio un paso atrás y jadeó.

De pie ante ella, esperándola al parecer, estaba Lord Kettering quien sostenía a Bruce, el gato salvaje, en sus brazos.

—Buenos días —canturreó, su profunda voz tocó su alma.

Blaire se negó tal efecto. Ella era fuerte. Por lo menos ella iba a serlo hoy.

—¿Qué está haciendo con esa bestia?

—Estaba escondido en mi armario. Pensé que podría pertenecerte a ti.

—No. Me refería a qué está haciendo con la bestia, toda acurrucada en sus brazos de esa manera. Él es salvaje.

Aunque Bruce no parecía muy salvaje en aquel momento. De hecho, miraba a los ojos de Kettering con una mirada llena de adoración.

–Algunos seres me encuentran bastante encantador, en caso de que no lo supieras –dijo lentamente, las comisuras de sus labios se convirtieron en una sonrisa, mientras apoyaba su peso contra el quicio de la puerta.

–No tenía ni idea –murmuró.

Oh, ella lo sabía. Ella sabía que ese hombre era hipnótico. El pobre Bruce parecía casi tan atontado como ella misma.

–Algunas criaturas no son tan brillantes –ella apoyó su dedo índice en su barbilla y fingió pensar en ello. –¿Serán ciegas? ¿Sordas? –lanzó en buena medida.

El hombre tuvo la gracia de reírse.

–¿Planea decirme que le gustó, otra vez Lord Kettering? –si su indecente atuendo no lo desconectaba, tal vez lo haría su frivolidad.

–Pensé que ya habíamos pasado del Lord Kettering, Blaire. Te pedí que me llamaras James.

Acarició la cabeza de Bruce, y el gato se inclinó hacia él. Le faltaba la mitad de la oreja izquierda, pero Kettering aún le canturreaba como si fuera la bestia más hermosa.

–Sí, lo hizo. No lo puedo aceptar –ella empujó su hombro para sacarlo del cuarto y luego cerró la puerta detrás de ella.

–¿Dónde vas con tanta prisa? –preguntó Kettering detrás de ella. El hombre se movía a su mismo ritmo.

–Desayuno –murmuró.

Él flotaba como un mosquito. Lo que hizo que quisiera golpearlo.

–Entonces, ¿cuáles son tus planes?

Ella giró rápidamente para mirarlo. Tan rápido que él casi colisionó con su persona. Kettering extendió la mano para atraparla, dejando caer a Bruce al suelo. El gato le lanzó una mirada tóxica. Ella golpeó suavemente al felino con el pie para ahuyentarlo, y consiguió un silbido y arañazos.

–¡Gato maldito! –siseó en respuesta.

–¿Tus planes, Blaire? –preguntó de nuevo Kettering.

–Me dirijo a la aldea de Strathcarron para contratar a cualquier empleado que se pueda encontrar. ¿Por qué estás tan interesado en mis planes, James? –preguntó, y luego hizo una mueca de dolor al darse cuenta de que había usado su primer nombre.

No podía rondar en su cabeza a altas horas de la madrugada y no salir de su boca en algún momento, supuso.

–El sonido de mi nombre en tus labios es uno de los más dulces que he escuchado, querida niña –extendió la mano para acariciarle la cara, pero ella apartó su mano.

En realidad, ella quería ser como Bruce y apoyarse en él. Y casi se atrapó a sí misma cerrando sus ojos mientras lo hacía. Ella alejó esos pensamientos.

–No te acostumbres a eso –le lanzó, mientras apartaba su brazo. –Agghh... digo, no se acostumbre...

–Me gusta tu cabello así –dijo mientras tomaba su mano y la apretaba suavemente, sus ojos buscaban los suyos.

Ahora estaba segura. El hombre era un tonto o estaba confundido. Levantó la mano para tocarle la frente con el dorso de la mano, como lo haría si Brannock estuviera febril.

–¿Está enfermo, Lord Kettering? –ella tomó su rostro entre sus manos y miró sus ojos negros como la noche. No estaban inyectados de sangre, y se veía bien. No estaba confuso. –¿O la locura corre en su familia? –ella puso sus manos en las caderas y lo fulminó con la mirada. ¡Que se fuera al Hades! Kettering seguía usando esa sonrisa molesta.

–¿Crees que soy tonto porque me gusta tu cabello? –él tomó el cuello de ella contra su palma, y movió su pulgar hacia su clavícula. –Me gusta la forma en que muestras tu cuello –se inclinó y dijo muy en voz baja para su oído. –Tan grácil y fuerte. Tu pulso pega en la base de tu garganta, creo que está latiendo como un

tambor en este momento. De hecho, puedo verlo —él tocó con sus labios a un costado de la garganta de Blaire.

Ella tragó saliva.

—Ha perdido el juicio, Kettering

Él levantó los labios lo suficiente para susurrarle la palabra James. Blaire apretó la mandíbula y luchó contra el revoloteo en su vientre.

—Estás por perder tu puñetera mano, Kettering, si no la quitas de mi trasero.

¿Demonios cómo había ocurrido eso? En un momento, estaba tratando de encantar a la bruja, al siguiente, su mano estaba en su pequeño y hermoso trasero mientras él la abrazaba y comenzaba a devorarla entera. Sin embargo, él no la había cautivado en absoluto, al menos no en la forma en que lo había intentado.

Oh, James la había afectado, pero estaba en un nivel muy primario. La bruja estaba excitada. Él podía asegurarlo por la forma en que su corazón latía a un ritmo desbocado; la forma en que su pulso saltaba bajo la delicada piel en la base de su cuello. Pero él no la había dejado en trance en absoluto.

James se congeló. Su mano que suavemente amasaba su trasero detuvo su movimiento. Blaire alargó su mano detrás de ella y tomó su muñeca entre sus manos, retirando la de él de sus nalgas. Sintió una tremenda sensación de pérdida en ese acto, como ese lastimoso gato podría sentirse si alguien le robara un jugoso ratón.

Él estaba duro contra su vientre y ella sabía que lo tomaría en cuenta si se demoraba. Ella era inocente, por amor a la piedad. James dio un paso atrás, se inclinó rápidamente hacia ella para decirle:

—Miss Lindsay —mientras la dejaba allí, parada en el pasillo.

Ella murmuró algo que sonaba como una maldición entre tartamudeos... Él debía mantener las manos quietas antes de que se le ocurriera cortárselas por atrevidas. James negó con la cabeza, recordando los eventos que acababan de suceder, mientras regresaba rápidamente a su habitación. Había hecho contacto visual, había establecido contacto con sus manos, una conexión poderosa cuando trataba de encantar a alguien. Luego, la había acariciado hasta estar seguro de que tenía su atención. Cada vez que lo hacía, la mujer en cuestión caía a sus pies si él lo requería, lista para doblar su cuello y lista para... cualquier otra cosa que él deseara.

Pero no esta vez. No con ella. Él había tocado con sus labios la piel de la chica. Y ahí fue cuando se perdió. La bruja, de alguna manera lo había puesto en trance a él. Maldijo por lo bajo, mientras caminaba hacia su habitación.

—Estoy casi avergonzado de llamarte mi creación —dijo Matthew en voz baja, desde su asiento al lado de la cama.

James se detuvo y lo fulminó con la mirada.

—¿En mi habitación otra vez?

—Bueno, yo estaba en el pasillo —Matthew suspiró. —Luego, tropecé contigo y Miss Lindsay, cuando le suplicabas que te llamara James.

James cruzó los brazos sobre su pecho. Ya era lo suficientemente malo que no pudiera encantar a Blaire, pero tener a Matthew como testigo de tal derrota era más que un poco vergonzoso.

Su amigo se levantó de su asiento.

—Entonces, supongo que no funcionó, o estarías de mejor humor —cruzó la habitación y le dio una palmada en la espalda a James. —No te preocupes. Lograremos que todo esté en orden.

—Eso espero. No me siento como yo —lo cual fue un eufemismo.

Una pequeña sonrisa apareció en la cara de Matthew.

—¿Mis oídos me engañan o la muchacha realmente amenazó con cortarte las extremidades?

James contuvo un gemido.

—Ella es formidable.

Matthew se rió.

—Ciertamente elegiste a una mujer inusual con quien formar una fijación. En el futuro, podrías considerar una dama más maleable.

Pero una dama más maleable no parecía remotamente atractiva. James amaba el fuego y el desplante de Blaire, combinado con sus sonrojos inocentes y la forma en que se calentaba al tocarla. Pero preferiría no entrar en detalles con su viejo amigo.

—Vamos a centrarnos en encontrar mi anillo, ¿de acuerdo?

—Cómo desees —lo aplacó Matthew.

James frunció el ceño.

—Miss Lindsay se dirige al pueblo para contratar personal para el castillo. Ella ya sospecha de mí. Deberíamos esperar hasta que ella se vaya antes de que empecemos a desgarrar el lugar.

—Está bien —estuvo de acuerdo su creador.

¿Dónde se busca un anillo en un castillo de ese tamaño? Debía tener un millón de escondites diferentes, y esos eran los que salían al aire libre. Un agujero de clero detrás de una chimenea falsa o una librería sería casi imposible de encontrar.

—Desearía que Brannock viniera con nosotros —se quejó Blaire, mientras el carruaje seguía su marcha.

Pero el niño había insistido en perseguir a ese maldito felino, y no tenían más remedio que dejarlo.

–El muchacho estará bien –respondió Aiden con desdén. Luego la atravesó con una penetrante mirada. –Lo que no me gusta es que esos ingleses se queden en mi castillo. Estoy esperando que me digas por qué insististe en eso.

Si le contaba a Aiden la verdad, que su madre había atrapado a Kettering hace una década atrás, su hermano pensaría que estaba fuera de sí. Nadie podría sobrevivir tanto tiempo sin comida ni bebida. No era posible. Pero de algún modo sí lo era, y necesitaba averiguar exactamente cómo había sobrevivido Kettering y, lo que es más importante, por qué su madre lo había encarcelado.

Un viento aullante sacudió al carruaje de un lado a otro, lo que hizo que Blaire se separara de su ensueño, y acercara la manta escocesa a sus hombros. Al otro lado de ella, Aiden cruzó los brazos sobre su pecho. Él claramente quería una respuesta, y no iba a ser distraído de su deseo hasta que la obtuviera. Maldita sea su persistencia Lindsay.

Blaire adoptó la más complaciente sonrisa que pudo, aunque no estaba segura de poder lograrlo.

–Es la mitad del invierno. No puedes dejarlos ir con el frío de Highlands.

Aiden resopló.

–Blodswell tiene un buen transporte para viajar, un par de botas para sus pies y una o dos mantas de regazo, estarán perfectamente bien.

Y él lo decía en serio. Blaire no podía dejar que eso sucediera.

–No seas imprudente –protestó ella.

Aiden desenrolló sus brazos y se inclinó hacia adelante en su banco, mirándola a los ojos con los mismos, suaves y grises, ojos de él.

–Dime la verdad, Blaire.

–Quiero que Kettering me corteje –soltó, antes de pensarlo. Luego agregó con voz más suave. –Creo que él pretende eso.

O al menos eso era lo que pensaría si un hombre normal la hubiera besado, como lo había hecho el barón la noche anterior. Si una mota de polvo hubiera caído sobre

Aiden, se habría derrumbado en una pila en el suelo del carruaje. Como fuera, su boca y sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Perdón? ¿Cómo fue?

Bueno, tenía que hacerlo funcionar ahora, ¿no?

—Creo que él sería un buen compañero para mí.

—Sí —Aiden sacudió la cabeza. —Un buen partido. Pero, los señores ingleses no se casan con chicas escocesas sin conexiones, Blaire.

Ella suspiró y miró por la ventana para evitar los ojos de él que siempre lo sabían todo.

—Bueno, los acaudalados terratenientes escoceses no se casan con hijas de pastores, pero las hermanas Fyfe claramente han establecido sus límites contigo.

—No soy realmente rico —comenzó y luego tartamudeó. —B-Bueno, supongo que ahora lo soy, pero no lo era antes de ayer.

—Ciertamente presentaste una actuación para las chicas, tratando de convencerlas de ese hecho. Siervos e institutrices. Si Bran y yo no hubiéramos descubierto ese baúl habríamos tenido que trabajar con nuestras manos para preparar la cena y hacer que el maldito castillo luciera presentable para las emprendedoras señoritas Fyfe.

Aiden gruñó algo en voz baja, y Blaire volvió su atención a su hermano mayor.

—¿Dijiste algo?

—Dije —apretó entre dientes: —Eran muchachas agradables, y me gustaría que trataras de ser un poco más como ellas.

Blaire puso los ojos en blanco.

—El día que pase mi tiempo con agujas e hilos será el día en que puedan admitirme en Bedlam. No sé cuántas veces he de decirte que no soy la clase de muchachas de encaje y vestidos elegantes. Y nunca lo seré. Es más, creo que a

Kettering le gusta eso de mí. Sólo desearía que mi hermano mayor también lo hiciera.

—¿Kettering? —Aiden se pasó una mano por el pelo, mientras la miraba como si le hubiera brotado una segunda cabeza. —No puedes hablar en serio. Tú no sabes en qué piensa un hombre.

—Eres el único, Aiden, que me ha estado pidiendo que pruebe y capte la atención de un hombre. Eso es todo lo que estoy tratando de hacer.

—Blaire.

Ella deseaba tanto poder llorar con solo pensarlo, tal como Sorcha hacía. Parpadeó rápidamente, había visto a la bruja más joven en su aquelarre hacer eso muchas veces. Apparentemente era lo suficientemente buena.

—¿Vas a llorar? —Aiden se recostó contra los cojines, completamente consternado.

Blaire negó con la cabeza y se acurrucó más debajo de su tartán esperando que no pudiera ver a través de su artimaña.

—Aiden, prométeme que no echarás a Kettering ni a Blodswell de Briarcraig. O nunca tendré la oportunidad de ver si algo podría suceder en todo esto.

En ese momento, el carruaje retumbó hasta detenerse. Aiden frunció el ceño un poco mientras buscaba la puerta.

—No los echaré. De todas formas, no todavía, si es tan importante para ti.

Ella no confiaba en su propia voz para disimular el engaño, entonces asintió con la cabeza.

—Solo, no llores, ¿de acuerdo?

Blaire asintió de nuevo.

Aiden abrió la portezuela y salió a la brillante luz del sol de Highland. Blaire siguió su ejemplo. Se tapó los ojos con la mano para contemplar el pueblo soñoliento que tenían ante ellos. Strathcarron parecía desolado, no tan desolado como Briarcraig, pero triste de la misma manera. Las autoridades debían haber golpeado fuerte a la

región. Por supuesto, habían golpeado duramente a la mayoría de Escocia. Viviendo en Edimburgo, los Lindsays no se habían visto muy afectados; pero habían visto una afluencia de escoceses que buscaban trabajo y refugio en la ciudad, y todas esas personas provenían de pueblos como ese.

Aiden señaló una pequeña taberna o posada al final de la calle.

—Por qué no comienzas allá, yo me dirigiré a los herreros.

Era un lugar tan bueno como cualquiera. Blaire comenzó a bajar por la calle congelada, aferrando su tartán más cerca de sus hombros. Un viento helado proveniente de un lago en el extremo sur del pueblo amenazó con congelarla en cada paso que daba. Ella se estremeció y aumentó la velocidad hasta que llegó a la seguridad de la taberna.

Blaire se apresuró dentro del edificio. Un pequeño grupo de lugareños estaba sentado alrededor de un par de lúgubres mesas; sus bocas se abrieron cuando sus ojos se posaron sobre ella, y un hombre dejó caer su cerveza sobre su regazo. Aparentemente nunca era demasiado temprano para comenzar a beber en Strathcarron. Por otra parte, una cerveza podría mantener lejos el frío en los huesos.

Sonrió tentativamente a los hombres reunidos a quienes había tomado por sorpresa.

—Buenas.

Un hombre bajo y rubicundo empujó su asiento hacia atrás y se puso en pie.

—Hola, milady. ¿Está buscando a alguien?

Un viejo a su lado se echó a reír.

—Podría ser yo ese alguien.

Blaire dio un paso adelante, ignorando el último comentario.

—Estoy buscando a alguien. Un gran número de personas. Mi hermano, el capitán Lindsay, heredó el castillo de Briarcraig, y esperamos contratar en la zona.

—Madre de Dios —los ojos del viejo se llenaron de horror.

–¿Briarcraig? –otro murmullo.

El hombre de rostro rubicundo sacudió la cabeza.

–Nadie se acerca al castillo, muchacha. El lugar está embrujado.

Tontos supersticiosos escoceses. Blaire ahogó una risa con los dedos.

–Oh, vamos –comenzó de nuevo. –He dormido en el castillo las últimas dos noches y no he visto ni escuchado ninguna evidencia de fantasmas. Seguramente, los grandes montañeses no son escrupulosos por un par de viejos cuentos.

Nadie dijo una palabra. Tenía que ser lo más incómodo que había visto alguna vez.

–¿O creéis que una muchacha de las tierras bajas es más valiente que la mayoría de vosotros? –ella incitó a los aldeanos.

–Contratar en la zona local, ¿dices? –un hombre joven, de rostro liso, se levantó de una de las mesas cercanas. –Qué puestos está buscando llenar, Miss... Lindsay, ¿verdad?

Blaire asintió con la cabeza al hombre más joven del grupo.

–Así es. Y necesitamos de... bueno, todo. Doncellas, lacayos, mayordomo, cocinera, ama de llaves, uno o dos mozos para la caballeriza.

–Soy Malcolm, y mi Glenna y yo estaríamos felices por la oportunidad –y lo decía en serio. Blaire podía ver un poco de optimismo en sus ojos.

Su corazón se elevó como si tuviera alas. Con la cantidad que había ingresado Aiden podían ayudar a otros que lo necesitaban. Las personas de estas partes podrían amasar alguna buena fortuna ellos mismos.

–¿Pueden estar para esta tarde?

–Sí –Malcolm asintió. –Y mi madre puede cocinar.

–¡Estupendo! –Blaire sonrió en la gran taberna. No más del estofado de cordero de Aiden. El rostro liso de Malcolm se estaba convirtiendo rápidamente en su Highlander favorito. –¿Alguien más?

Detrás de ella, la puerta se abrió de nuevo trayendo consigo el aire helado de Highland, que casi la había helado hasta los huesos. Blaire miró por encima del hombro y no debió sorprenderse al ver a Aiden parado en el umbral.

–El herrero no está allí.

El rostro rubicundo se acercó a su hermano.

–Soy Hamish. ¿Necesitas mis servicios, muchacho?

–¿Es el herrero? –los ojos de Aiden se agrandaron.

Claramente no había esperado que el herrero estuviera bebiendo tan temprano en el día, y no en su lugar de trabajo. Pero esto no era Edimburgo, en absoluto.

–Sí. ¿Y tú eres?

–Capitán Lindsay –la mirada de Aiden atravesó la habitación, absorbiendo todo.

–Bueno, capitán –comenzó el anciano. –¿Realmente tiene los fondos para el personal de ese castillo maldito?

Cientos de veces, al menos. Aiden asintió con la cabeza.

–Siempre y cuando haya hombres y mujeres buscando remuneración honesta por un trabajo honesto y bien hecho. El castillo ha estado vacío durante tanto tiempo que hay mucho por hacer.

–Eso –dijo Malcolm con orgullo, hinchando su pecho, –no será un problema, Capitán.

Capítulo 12

Blaire condujo a una tropa de nuevas sirvientas por el umbral del gran salón. Reunir a los sirvientes necesarios no había sido tan difícil como había pensado originalmente. Tan pronto como los aldeanos se dieron cuenta de que Aiden y su dinero eran reales, los temores sobre los castillos embrujados se evaporaron como la niebla del lago.

Después de una rápida dispersión de tareas, Blaire llevó a la señora Fraser hacia las cocinas, aliviada de que la madre de Malcolm hubiera aceptado presentarse como cocinera, incluso le había prometido que podría preparar la cena para todos sus invitados esa misma noche. La mujer mayor dejó ver la confianza en sus habilidades y Blaire creyó cada palabra de su boca.

Cuando llegaron a las cocinas, Brannock irrumpió por la puerta y entró, metiéndose directamente bajo Blaire. Ella jadeó y lo sacó de su escondite, sorprendida por su aspecto desaliñado y los rasguños que le estropeaban el cuello y los brazos.

—¿Qué diablos te pasó?

El más joven de los Lindsay se encogió de hombros, como si no tuviera idea de lo que estaba pasando.

—Estaba esperando reunirme con el personal que Aiden dijo que contrató.

—¿Estás diciéndome que Aiden te vio así, todo cubierto de rasguños, y él no hizo nada al respecto?

Las heridas parecían hinchadas e irritadas, volviéndose más rojas cada minuto.

—Oh eso —Brannock bajó la mirada hacia sus propios brazos. —No tenía rasguños para entonces.

–Brannock Lindsay, ¿qué hiciste exactamente?

–A Bruce le gusta la nueva casa que hice para él. Eso es todo, Blaire.

Ese maldito gato.

–Brannock –comenzó, pero la nueva cocinera levantó su mano, silenciando las palabras de Blaire.

–Siempre he dicho, Miss Lindsay –dijo la Señora Fraser, –que los muchachos no sienten los golpes y rasguños de la misma manera que nosotros. Mis hijos podrían haber perdido piernas o brazos, y se hubieran mantenido haciendo lo que les interesaba.

Blaire compartió una mirada de conmiseración con la nueva sirvienta y sacudió la cabeza.

–¿No es más fácil a medida que envejecen?

–Ojalá pudiera decirle que sí –respondió la mujer mayor encogiéndose de hombros, –pero estaría mintiendo. Eso sí, agarran la fiebre pensarán que el mundo está llegando a su fin –ella miró a Brannock. –Ven, muchacho. Iremos por un ungüento para tus heridas.

La boca de Brannock se abrió cuando la cocinera comenzó a remolcarlo hacia el gran salón, y Blaire se rió. Nunca había visto al niño ser manipulado tan rápido.

–Blaire, ¿sabes por qué Lord Kettering se arrastra sobre sus manos y rodillas en el sótano? –llamó Brannock, tratando de liberarse del agarre de la cocinera.

–¿Arrastrándose sobre sus manos y rodillas? –repitió Blaire, acechando hacia la escalera de los sirvientes que conducía al nivel inferior.

¿Qué demonios estaba haciendo el barón de rodillas en el sótano? Había explorado la habitación de arriba abajo buscando pistas sobre el hombre. ¿Se había perdido algo? ¿Qué estaba buscando? Casi tropezó sobre sus pasos en la prisa por llegar a Kettering. Dobló una esquina, y antes de que ella pudiera detenerse, Blaire chocó directamente con la espalda de Lord Blodswell que bloqueaba el sótano, de su vista.

El conde giró en un instante y evitó que se cayera.

—¿Está del todo bien, Miss Lindsay? —él la apartó de sí.

Ella no le prestó atención, pero estiró el cuello para ver alrededor de sus anchos hombros, esperando encontrar a Kettering. ¿Qué estaba buscando? Blodswell, sin embargo, estaba de nuevo en su camino, continuaba bloqueando su vista.

Un momento después, el barón Kettering estaba al lado de su amigo, con una expresión de preocupación en su cara fuerte y atractiva.

—¿Blaire?

—¿Qué estáis haciendo aquí? —ella se calló, por falta de algo inteligente que decir.

Una leve sonrisa apareció en la cara de Kettering.

—¿Es posible que me hayas extrañado, Miss Lindsay?

Sus brillantes ojos oscuros la desarmaron por completo.

—¿Tuviste suerte en Strathcarron?

Blaire hizo un gesto hacia la bodega vacía.

—¿Tuvo suerte allí, miLord?

Aiden eligió ese momento para llamar desde la parte superior de la escalera.

—¿Hay una velada en mi bodega?

Blodswell dio un paso alrededor de Blaire y comenzó a caminar.

—Ah, capitán, es un placer verle esta tarde. Esperaba hablar con usted.

—¿Conmigo? —murmuró Aiden.

—Sí. Estoy bastante impresionado con su propiedad, al menos con lo que he visto. ¿Puedo imponerle que me la muestre? Adoro el estilo medieval.

Aiden gruñó algo ininteligible pero finalmente dijo:

–Muy bien. ¿Dónde le gustaría comenzar?

–Oh –dijo Blodswell, cuando subió los escalones, –creo que me gustaría ver la biblioteca, Capitán. Siempre se encuentran las cosas más fascinantes en las bibliotecas, ¿no está de acuerdo?

Blaire no podía recordar la última vez que su hermano abrió un libro. Sin mencionar que la biblioteca de Briarcraig se encontraba en un estado de horrible deterioro. Se habría reído de la situación si no se hubiera dado cuenta de que estaba inesperadamente, una vez más, a sola con James. De repente, él parecía ocupar la mayor parte del espacio en los pequeños confines. Cuando él se acercó a ella, el olor cítrico de la loción de afeitar y de un cigarro recién fumado la envolvió. Tenía que dejar de cerrar los ojos y simplemente disfrutar de su aroma.

Fuerte. Se suponía que debía ser fuerte hoy.

–¿Qué estás haciendo aquí abajo? –ella enderezó los hombros y lo miró a los ojos.

Él la miró durante mucho tiempo, y ella tuvo la extraña sensación de que estaba mirando su cuello. Qué lugar tan extraño para que se fijaran en él los ojos de un hombre. Pero él también había mencionado su cuello esa mañana, ¿no?

–Yo he perdido algo, y pensé que tal vez lo había dejado aquí.

Nada estaba en la habitación. Lo había buscado más de una vez.

–¿Qué estás buscando? Tal vez yo lo he encontrado.

–¿Cómo mi reloj de bolsillo?

Sabía que un sonrojo le manchaba las mejillas. No, no como su reloj de bolsillo. Fuera lo que fuese lo que había perdido esta vez, ella no lo había tomado.

–Podría echarle una mano –ofreció.

Una sonrisa encantadora adornó su rostro, y Blaire sintió que el calor la inundaba.

–¿Realmente me ayudarías, Blaire, si te lo preguntara?

¿Buscar lo que fuese que había perdido? ¿La oportunidad de descubrir sus secretos? Ella asintió.

—¡Mmm! Me pregunto si... —sus ojos adquirieron un brillo lejano.

Blaire no estaba del todo segura de que hablaran de lo mismo.

—Estaré feliz de ayudarte a encontrar lo que hayas perdido, James.

—¿Y si te quiero a ti más de lo que estoy buscando? ¿Entonces qué, Blaire?
—preguntó, mientras daba un paso hacia ella. —¿Todavía serías tan amable?

Su intención había sido desarmarla, eliminar algo de la vigilancia que lo acompañaba constantemente. Pero James se encontró tan desarmado. Ella lo miraba con esos brillantes ojos grises abiertos y confiados, y James no deseaba nada más que tomarla entre sus brazos.

Sin embargo, ella se apartó de él después de un momento.

—¿Qué es lo que estás buscando? —preguntó ella. Escuchó el pequeño temblor en su voz, la vacilación.

Su espalda se puso rígida. Obviamente, ella también lo había escuchado. Inicialmente, había estado buscando una manera de encantarla. Pero una vez más, fue él quien de repente se desarmó por completo.

—Blaire —comenzó suavemente, mientras se paraba detrás de ella.

Él flotaba a una pulgada de su cuerpo, sabiendo muy bien que, si empujaba demasiado lejos, no llegaría a inhalar su aroma, a disfrutarla.

—James —susurró suavemente, todavía de espaldas a él.

Luego su cuerpo se apoyó en el de él, casi como si un imán la atrajera hacia aquel hombre. Ella encajaba. Su frente se acurrucó al lado de su barbilla, su espalda contra su pecho.

Él deslizó una de sus manos alrededor de su cintura, donde abrió sus dedos de par en par y jaló su trasero aún más fuerte hacia sí. Dios, ella olía tan bien, se sentía muy bien. Con su mano libre, apartó a un lado los diminutos mechones de cabello negro azabache que habían escapado del nudo de su cuello para caer sobre sus hombros. Y luego colocó sus labios contra su tierna piel.

Sabía a todas las cosas que había olvidado porque había pasado tanto tiempo sin probarlas, como las tartas recién horneadas, como el azúcar en el té. Olía a la luz del sol y al aire limpio después de una lluvia de primavera. Su jadeo sonó como el viento en el invierno, silencioso pero cortante. Se veía tan delicada como una flor en primavera, pero sentía en sus brazos un cuerpo firme, caliente y humano. Que encontraba placer con el de él.

Casi maldijo en voz alta cuando sus incisivos descendieron. Simplemente no podía evitarlo, su cuerpo asociaba todos los placeres de la carne con una comida, el máximo intercambio de uno mismo. Pero si lo supiera, no estaría tan caliente ni dispuesta. No había duda en la mente de James de que estaba en sus brazos porque quería estar allí, en lugar de porque él le hubiese encantado. Le gustaba, ella también lo quería. Casi podía saborear su deseo.

Ella levantó su mano para que cubriera su vientre, pero no para apartarla como temió momentáneamente. En cambio, tomó sus dedos con los suyos y los junto con fuerza. Su mano se sacudió ligeramente cuando inclinó la cabeza hacia un lado por la insistencia de sus labios inquisitivos. Él gimió contra su piel, sus incisivos raspando suavemente la piel sensible.

James luchó contra su instinto más básico para quitárselo; luchó todo el tiempo que pudo. Él podría brindarle placer. No le causaría dolor. Él sellaría su boca sobre su punto de pulso, tomaría todo su placer dentro de sí mismo, y le daría el suyo a cambio. Sería maravilloso. Él la mordió con los dientes, luego chupó suavemente. Un prelude de lo que vendría.

—James —gritó, mientras giraba en su abrazo, sus brazos se elevaban para rodearle el cuello.

Sus labios buscaron los suyos. Levantó la cabeza por un momento y tomó su ofrecimiento, atrapando suavemente sus labios y luego mordiéndole con ternura. El sabor metálico del cobre inundó su lengua y se congeló. ¿Qué había hecho?

James tomó su rostro entre sus manos y la miró. Sus ojos eran charcos limpios de plata, oscuros como un día cargado de tormentas. Con los ojos medio cerrados de placer, apenas lo veía.

—No te detengas —susurró ella, sus labios buscaban los suyos nuevamente.

La había mordido lo suficiente para extraerle sangre, ¿y ella quería más?

—¿Te he hecho daño? —él respiró contra sus labios.

Ella sacudió la cabeza rápidamente, afirmando lo negativo.

—Lo siento —dijo, —no tenía la intención de hacer eso. Al menos no ahí. No así.

—¿Me ves cómo alguien que puedas romper, James? —susurró ella, con una sonrisa subiendo las esquinas de sus labios hinchados por el beso.

Una pequeña gota de sangre le cayó en la boca, y él se inclinó para besarla, para atraerla hacia sí mismo.

—Pareces alguien que quiere ser amada —admitió James.

Eso la hizo retroceder.

—Esto no tiene nada que ver con el amor.

—¿No? —probablemente parecía el peor tipo de idiota, pero según su experiencia las mujeres querían ser amadas.

Eso hacía que sus conquistas fueran más fáciles de conducir.

—Fue solo un beso —dijo, mientras salía de su abrazo.

James sintió la pérdida de inmediato. Alargó la mano para atraerla hacia él. Pero ella se alejó un poco más y luego alzó las manos para meter los mechones perdidos en un moño suelto. Pasos pesados sonaron en las escaleras, sobre ellos.

–¡Blaire! –el menor de los Lindsay bramó desde la parte superior de la escalera de los sirvientes.

Su hermana salió de la habitación y le gritó:

–¿Qué quieres, Brannock? –suspiró ella.

¿Estaba decepcionada? ¿Por él? ¿De que su breve interludio había terminado? Jamás había sentido James emociones tan contradictorias, no desde que era un muchacho adolescente.

–¡Nunca creerás quién está aquí! –el chico volvió a llamar.

Blaire se puso en marcha. Pero James no iba a dejarla ir sola. Él la siguió por detrás, tan de cerca que su vista hasta el final de la escalera era su pequeño y dulce trasero. Ella ignoró su presencia. Cuando llegaron a la cocina, Brannock estaba parado en la parte superior.

–¿Quién es, Bran? –ella preguntó con un suspiro.

–¿Qué te pasó en el cuello, Blaire? –preguntó el chico. –¿Necesitas algo de ungüento de la señora Fraser?

–¿En el cuello? –murmuró, tapándose el cuello con la palma de la mano. Sus ojos frenéticos se encontraron con James.

Él la giró hacia él y suavemente descubrió su cuello. Había dejado una marca amorosa púrpura sobre su piel. Brillaba como un faro luminoso en una noche clara. Él era un maldito idiota. James rápidamente tiró de los alfileres de su cabello, dejándolo caer sobre sus hombros, y luego sacó un poco de él para cubrir sus marcas.

–Parece que esa araña te mordió después de todo, Miss Lindsay –dijo para apaciguar a Brannock, que miraba con preocupación. –Estoy tan contento de haber estado allí para matarla por ti.

Brannock resopló.

–¿Blaire necesitando de un hombre para matar una araña? Me parece difícil creer.

Blaire apartó su hombro.

—Cuidado con tus modales, Bran —susurró ella. —Y ya no deberías andar por ahí bramando. ¿Qué pensará la servidumbre?

—Lo siento —murmuró el chico, aunque él miraba distante.

—Ahora, ¿por qué estabas gritando? ¿Dijiste que alguien había llegado aquí?

El chico casi rebotó con el borde de sus pies.

—Nunca adivinarás de quién se trata.

—Oh, por amor de Dios. Por favor, dime que no son esas imbéciles de las Fyfe.

Puso los ojos en blanco, lo que hizo que James le devolviera una sonrisa. Sorprendentemente, no tenía ni idea de lo encantadora que era.

—No —su hermano negó con la cabeza. —Nunca adivinarás quién es.

—Si no me dices quién, ¿me dirás al menos dónde está nuestro invitado?

—Está en el gran salón. Le dije que te llamaría. Y no es un secreto, solo quería que adivinaras otra vez.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Quieres que lo adivine otra vez? ¿No crees que alguna vez lo resolveré?

Brannock rebotó sobre sus pies.

Blaire suspiró, pero había devoción en sus ojos.

—Bueno, ¿es Wellington llegando para otorgar un premio por la valentía de Aiden en Quatre Bras?

El niño se atragantó con una carcajada y sacudió la cabeza.

—¿Elspeth, Caitrin y las demás?

De nuevo, el muchacho negó con la cabeza.

—Por el amor de Dios, ¿quién es, Brannock? —preguntó James, dándose cuenta, tan pronto como salieron las palabras de su boca, que su tono era demasiado agudo

El muchacho se puso serio y miró a su hermana.

—Es el señor MacQuarrie.

Blaire parecía desconcertada.

—¿Alec MacQuarrie está aquí? ¿Por qué vendría a Briarcraig? —ella bajo rápido por el pasillo con su hermano como estopa.

¿Quién demonios era Alec MacQuarrie? James siguió de cerca a ambos hermanos. Pero se quedó corto, sintiendo un pequeño dolor en el pecho cuando vio a Blaire volar a los brazos de otro hombre, justo en el interior del gran salón.

El caballero de cabello oscuro la atrapó junto a él, con una enorme sonrisa en la cara. James trató de aplacar sus sentimientos de inminente destrucción.

El hombre era alto, sus ojos brillaban con algo que James había perdido décadas atrás: un alma bondadosa. Ésta brillaba con cada movimiento que el hombre hacía, desde su improvisado abrazo con Blaire hasta el revolvimiento de cabellos a Brannock.

A James no le gustaba. Ni un poquito; de hecho, si no quitaba el brazo de los hombros de Blaire, James se lo quitaría. Fuera de su cuerpo, de hecho. James dio un paso hacia ellos.

—¡MacQuarrie! —el capitán gritó detrás, cuando él y Matthew entraron en el gran salón. El capitán se precipitó hacia adelante, su voz llena de amigable camaradería. —¿Qué te trae a Briarcraig?

—Es una historia bastante larga, en realidad —el hombre lo evadió, su mirada se deslizó sobre James y Matthew de una manera muy peculiar.

El recién llegado aparentemente tenía un secreto, algo que no quería que todos supieran. James tosió en su mano, lo que le valió un ceño fruncido de Matthew. ¿Blodswell creía que solo se quedaría parado mientras alguien ponía sus manos sobre Blaire? ¿Sin siquiera saber la identidad del hombre? Que ridículo.

—Creo que nos hemos visto anteriormente —Matthew habló desde su lado.

¿Ellos ya se habían visto? ¿Qué diablos?

—¡¿Blodswell?! —preguntó el hombre, la sorpresa iluminó su rostro. —Qué casualidad.

—Estaba viajando con una mujer la última vez que le vi —comentó Matthew.

Aquel maldito MacQuarrie asintió y miró a Blaire.

—Estaba con Caitrin.

Las cejas de Blaire se unieron, pero ella aplastó el gesto cuando él parpadeó con fuerza. Oh, eso no era bueno, sea lo que fuera. Una furia roja nubló la visión de James.

Blaire intervino:

—Lord Kettering me gustaría que conociera a Alec MacQuarrie, un querido amigo de Edimburgo.

—Me encantaría conocerlo, si pudiera quitar su brazo de alrededor de tus hombros el tiempo suficiente para estrechar mi mano.

Una risa tintineante, que no era ni un poco genuina, escapó de los labios de Blaire. MacQuarrie no quitó el brazo de los hombros de la joven, pero él trató de tomar la mano de James de todos modos. James quiso quitársela de encima, pero la apretó contra la suya.

—Encantado de conocerle —murmuró.

—MiLord —contestó el escocés, mirándolo con desconfianza.

Los celos burbujeaban dentro de James como el vapor en una olla de hierro fundido.

—Kettering, permíteles algo de privacidad, ¿puedes? Tengo algo que me gustaría mostrarte.

La mano de Matthew sobre su hombro no respaldó ningún argumento. Si James no tuviera tanto respeto por su creador, se habría negado.

Se inclinó ligeramente hacia Blaire y giró sobre sus talones.

—¿Qué diablos es eso malditamente importante que quieres mostrarme? —siseó, mientras caminaban por el pasillo.

—No es una maldita cosa —respondió Matthew calmadamente. —Solo quería evitar que golpearas al pobre hombre. No sería conveniente a tu propósito eliminarlo de Briarcraig, de todos modos, no de momento. El sol está alto en el cielo, ¿o lo has olvidado?

Frustrado, James se pasó una mano por el pelo. ¿Quién diablos era ese MacQuarrie y por qué había venido desde Edimburgo? Metió a Matthew en la sala más cercana y espantó a una sirvienta de la habitación. Tan pronto como estuvieron solos, fulminó con la mirada a su creador.

—Muy bien, déjame saber. ¿Dónde conociste a MacQuarrie? ¿Y qué sabes de él?

Matthew inclinó la cabeza hacia un lado, con un pequeño ceño fruncido en su rostro.

—No te estás comportando como tú en lo más mínimo. ¿Esto se debe a Miss Lindsay? ¿O hay algo más que está mal contigo?

—¡MacQuarrie! —gritó James, su paciencia goteaba como arena en un reloj de arena.

—Muy bien —Matthew negó con la cabeza y luego se deslizó en una vieja silla de respaldo alto. —Estaba cerca de la frontera y tropecé con la compañera de viaje del señor MacQuarrie, la señorita Macleod, o más bien se topó conmigo. ¿Recuerdas que la mencioné, la actual vidente del aquelarre?

Una de las otras brujas. James se frotó la sien. ¿Era tan importante? Luego se acordó del resto de la historia de Matthew.

—¿Dijiste que la vidente mantenía una compañía peligrosa? Y acababa de dejar a Blaire con su guardaespaldas.

Él comenzó a caminar hacia la puerta.

–¡Espera! –ordenó Matthew. Luego hizo un gesto hacia un viejo sofá raído.
–Siéntate antes de volverte loco.

–Pero dijiste...

–No me refería a MacQuarrie –su amigo suspiro. –La bestia de Miss Macleod no estaba con ella cuando cruzamos nuestros caminos. Pero vi evidencia de la criatura en su cuello.

–¿Uno de nosotros? –James finalmente se dejó caer en el asiento frente a su amigo.

Matthew sacudió la cabeza.

–No. Algo diferente. La marca no era una de las nuestras. No estoy seguro de qué era.

–¿Pero tienes una idea?

–Si tuviera que adivinar, diría que era de un Lycan.

¿Un Lycan? ¡El aquelarre se estaba juntando con hombres lobo!

–¿Y MacQuarrie?

–Inofensivo –proporcionó Matthew. –Un erudito, ¿lo creerías? Me contó la historia de Sir Matthew Halkett, el primer conde de Blodswell. En realidad, un buen conocedor.

Entonces, todo lo que tenía era que MacQuarrie se mostraba poético acerca de las hazañas de valentía de Matthew para ganarse al conde a su favor. James le frunció el ceño a su amigo. Vampiro traidor.

–¡Basta! MacQuarrie no es tu problema –continuó Matthew, nivelando su mirada con una más seria sobre James. –¿Tuviste suerte con Miss Lindsay?

El mejor tipo de suerte. James se recordó abrazándola contra él, el sabor de ella en su lengua. Aunque no estaba ansioso por divulgar tales cosas a Matthew.

–¿Miss Lindsay?

El conde lo miró como si fuera la criatura más inepta.

–Arrastré afuera al capitán Lindsay para que pudieras hacer que te ayudara a encontrar el anillo. ¿Algo de eso te suena familiar?

Por supuesto, eso es lo que quería decir, pero el dulce aroma de Blaire había borrado todo propósito de su mente.

–No tuve oportunidad de preguntar.

Matthew se inclinó hacia adelante en su asiento.

–Nunca te he visto perder la cabeza así, James. Y vas a necesitarla, vamos a buscar tu anillo antes de que lleguen Sarah y Trevelyan.

Sarah Reese y Padrig Trevelyan. ¿Cómo pudo haberlos olvidado? Porque Blaire hacía que se olvidara de todo excepto de ella. Blaire... El pánico se disparó a través de James.

–No podemos irnos.

Matthew suspiró impaciente.

–Sé que has desarrollado una fijación por la chica, pero...

–¿Qué crees que hará Trevelyan si llega aquí para encontrarse con que hemos partido?

Matthew cayó en cuenta.

–Los Lindsays y todos los demás en Briarcraig...

–No podemos irnos –repitió James. –No dejaré a todos aquí para que se enfrenten solos, a esos dos.

Capítulo 13

Cuando James y el conde abandonaron el gran salón, el aliento salió de los pulmones de Blaire. Volvió la mirada hacia Alec MacQuarrie, aún no podía creer que estuviera a su lado, con su brazo colgando sobre los hombros de ella. Tenerlo allí era surrealista en muchas maneras. Había lugares en los que se esperaba encontrar a Alec, como en un acogedor estudio, una biblioteca bien iluminada o persiguiendo las faldas de Caitrin. Sin embargo, verlo en Briarcraig parecía completamente fuera de lugar.

Ella se deslizó de su agarre.

—¿Dijiste algo sobre Cait?

¿Le había sucedido algo a su amiga? El pulso de Blaire comenzó a correr por tal pensamiento. Alec se estremeció un poco y luego miró a los otros dos hermanos.

—Necesito hablar contigo.

¡Ay de mí!, era peor de lo que había pensado. Blaire se aferró a su corazón.

—¿Qué pasa, MacQuarrie? Sólo dímelo.

Se encontró con sus ojos, pero se dirigió a Aiden.

—Lindsay, ¿te importaría darme un momento con tu hermana?

—Sea lo que sea, MacQuarrie —comenzó Aiden, —nosotros, los Lindsay, no tenemos secretos el uno del otro.

Blaire asintió con la cabeza.

—Solo dínos qué está mal.

Frunció el ceño.

—¿Sin secretos?

—Ninguno —confirmó.

Bueno, ella no le había contado a Aiden la verdad acerca de James, pero ese era un asunto completamente diferente de lo que fuera esto.

—¿Saben lo que eres? —le susurró.

Una mejor pregunta sería, ¿cómo sabía Alec qué era ella?

—¿Y qué soy yo?

—Caitrin confesó la verdad sobre eso.

Eso no tenía ni un poco de sentido. Los miembros del aquelarre no discutían sus poderes ni admitían ser brujas excepto a sus propias familias. Simplemente no era algo que hacían. De lo contrario, era demasiado peligroso. Pero, al parecer, Cait le había contado todo a MacQuarrie.

—¿Finalmente aceptó tu propuesta? —Eso fue lo único que Blaire podía inventar para explicar su repentino descubrimiento.

Pero tan pronto como las palabras salieron de sus labios, supo que estaba equivocada. El pobre Alec parecía haber sido golpeado en el estómago. Se las arregló para negar con la cabeza.

—Entonces no sé a qué te refieres.

Alec suspiró.

—Sabes exactamente de qué estoy hablando, Blaire Lindsay. Lo único que me sorprende es que no me di cuenta antes. El aquelarre estaba frente a mis propias narices durante años, y nunca lo deduje. Tú con tu tiro al arco y espada; Elspeth y su toque curativo; nunca entendí a Rhiannon, solo tenía la sensación de salir de una especie de tormenta cuando estaba con ella; Sorcha y sus plantas, y Caitrin...

Una vez más esa mirada, como si hubiera perdido a su mejor amiga en el mundo.

—¿Algo ha sucedido con Cait?

¿Por qué el hombre estaba tan tenso? Ella nunca había profesado tener mucha paciencia, pero las pausas de MacQuarrie eran suficientes para volverla loca.

Él enderezó los hombros, pero el ceño fruncido se posó en su rostro.

—Estoy seguro de que está feliz en su nuevo título. Al menos ella me aseguró que lo estaría.

—¿Su nuevo título?

Inclinó la cabeza con un fuerte asentimiento.

—Sí. Me fui antes de la boda, pero estoy seguro de que ahora es la condesa de Brimsworth —Respiró profundamente y se concentró en Blaire. —Pero no es por eso por lo que estoy aquí, muchacha. Cait me envió, ya ves...

—¿Quién diablos es Brimsworth?

Rastreando en su cerebro, no podía recordar haber escuchado ese nombre, ni siquiera algo similar. ¿Cait se había casado con un extraño? ¿En los pocos días que Blaire se había ido? Ella no podía creerlo. De hecho, pensó que podría desmayarse, algo que nunca había hecho en su vida

—Siempre pensé que se casaría contigo.

—Yo también —dijo en voz baja.

—¿Quién es este hombre?

Alec suspiró.

—Brimsworth es un hombre que conoció en Inglaterra, alguien que heredó de un marqués rico, evidentemente. Pero, sinceramente, Blaire, prefiero no discutir esa situación en particular si no te molesta. Esa no es la razón por la que me envió.

Aiden dio un paso adelante y sostuvo a Blaire con la mano, aunque sus ojos nunca dejaron a MacQuarrie.

—¿Por qué estás aquí? ¿Y por qué Caitrin te confió la verdad a ti?

Sin importar sus diferencias, los Lindsay se apoyaban mutuamente, y por el momento estaba muy agradecida con su hermano mayor.

—Cait tuvo una visión —Alec se centró en Blaire. —Estás en peligro. Me envió a avisarte.

—¿En peligro? —repitió Aiden, claramente preocupado.

—¿Qué visión? —Blaire presionó para que siguiera. —¿Qué vio ella?

MacQuarrie sacudió la cabeza como si él mismo no lo creyera.

—Un monstruo —admitió. —Ella dijo que era un monstruo de ojos negros que venía por ti. Un monstruo sin vida. No sé más que eso. Dijo que las visiones no siempre son claras, pero estaba casi histérica con lo que sea que haya visto.

Debía haberla aterrorizado bastante si eso hizo que le confiara el secreto de la existencia de su aquelarre a MacQuarrie. Ojos negros, una visión de James apareció en su mente, pero apartó la idea. No estaba segura de lo que era él, pero nunca la lastimaría. Al menos no lo creía capaz. Él podría besarla hasta la locura, pero el hombre estaba vivo. Ella estaba bastante segura de que algunas partes de él lo estaban, en cualquier caso. Un rubor subió por sus mejillas ante la idea.

James casi arrastró a Matthew de habitación en habitación en su búsqueda por el anillo perdido. Se trasladaron de salón en salón, de la cocina a la sala de descanso, de la biblioteca a la mazmorra y en todos los dormitorios en los que tropezaron. Su anillo no estaba en ninguna parte. Habían doblado las camas, habían arrastrado los armarios y golpeado en las paredes buscando aberturas secretas. Asustaron a una de las nuevas criadas hasta la muerte, o casi. Afortunadamente, Matthew todavía poseía su habilidad para encantar a los humanos, o habría conducido a toda la casa sobre sus cabezas.

Justo cuando el sol comenzaba a hundirse en el cielo, James finalmente se puso de pie en el piso de la última habitación, se sacudió el polvo y suspiró pesadamente.

—No está aquí —se quejó.

—Tiene que estar —insistió Matthew en voz baja. —Está por aquí, en algún lado. Si no fuera así, no habría podido sentir tu presencia. No habrías despertado.

Se volvieron para caminar por el largo pasillo que conducía a sus propias recámaras.

—¿Cuándo, exactamente, comenzaste a sentir mi presencia? —preguntó James.

—Supongo que fue cuando te despertaste —dijo Matthew encogiéndose de hombros. Luego se volvió hacia James rápidamente y se detuvo. —Por supuesto, fue cuando te despertaste.

—No entiendo.

Y no lo entendía, ni nada de aquello. Si este desorden se volvía más enredado, James nunca encontraría su anillo, nunca volvería a ver la luz del sol.

—Dormiste durante casi dos décadas, ¿correcto?

James pudo ver la historia desenrollarse en la mente de Matthew.

—Supongo que sí —dijo lentamente, comenzando a comprender por donde iba. —Me desperté cuando llegaron los Lindsays —le dio vueltas en su mente. ¡Qué idiota había sido! —Cuando llegó mi anillo —gruñó.

—No puedo pensar otra manera en que pudiera haber sucedido —estuvo de acuerdo Matthew. —Los anillos nos unen. El mío me permite sentirte y viceversa. La única forma en que no te sentiría, sería si hubiera una gran distancia entre tú y el anillo.

—¿Tal como la distancia entre el Castillo de Briarcraig y Edimburgo?

La distancia entre la residencia de la bruja y la prisión de él. La distancia entre su cómodo hogar y las húmedas paredes de la bodega donde había perdido veinte años de su vida, después de la muerte.

—Evidentemente —Matthew parecía realmente sorprendido por su propio descubrimiento, —tendría sentido.

¿Sentido? Nada tenía sentido. Por qué lo habían atacado. Por qué había sido encerrado. Por qué le quitaron el anillo. Nada de eso.

—¿Dónde podría estar? —preguntó, más a sí mismo que a Matthew.

Habían buscado en el castillo de arriba a abajo, incluso en las habitaciones de la casa ocupadas por los Lindsays.

—Los establos, tal vez —sugirió su amigo. —No hemos mirado afuera.

Bueno, eso era cierto. Aún tenían una extensa superficie para buscar. Pero algo sobre aquello no se sentía bien. ¿Por qué los Lindsays volverían a Briarcraig, trayendo consigo la llave que libraría a James, y luego la dejarían en la propiedad sin vigilancia alguna?

No lo harían, por supuesto. Estaría protegida, y ¿quién mejor para protegerla que una bruja nacida en batalla? Una sensación de hundimiento golpeó a James directamente en el estómago.

—¿Dijiste que las madres entrenaban a sus hijas, la próxima generación?

Matthew confirmó esto con un gesto de asentimiento.

—Entonces ella debe tenerlo.

Ella debió haberlo sabido todo ese tiempo. ¿Pero qué juego estaba jugando con él? James intentaría descubrirlo. Salió furioso de la habitación mohosa y caminó por el pasillo hacia la escalera redondeada, ignorando las advertencias de Matthew de que se detuviera y pensara. Había estado pensando lo suficiente, todo el día de rodillas buscando algo que nunca encontraría porque ella lo había tenido todo ese tiempo.

James escuchó su risa tintineante en el nivel principal, y él la siguió por los peldaños y hacia un pequeño salón al final de un pasillo. Furioso, abrió la puerta y estalló adentro. Todos se quedaron en silencio. Un viejo con el pelo blanco y tenue, y dos muchachas de cabello dorado estaban frente a Blaire y al tal MacQuarrie. Todos miraron a James como si le hubiesen brotado cuernos y una cola bifurcada.

—Blair —James ni siquiera trató de esconder el gruñido en su voz. —Necesito decirte algo, si no te importa.

Un cálido fuego ardía en el hogar, iluminando la habitación cálidamente, pero James solo podía sentir el frío en la mirada de Blaire Lindsay. Bueno, maldita sea. No le importaba lo que pensara de sus modales en ese momento.

Cuando se levantó de su lugar en el diván, el señor MacQuarrie también se puso de pie.

—Ah, Kettering —el intruso comenzó suavemente, —nos preguntábamos a dónde había ido.

James ni siquiera le echó una mirada al hombre. Solo tenía ojos para la bruja guerrera que hizo un gesto a los recién llegados.

—Lord Kettering, permítame presentarle a nuestros vecinos el señor Fyfe, el magistrado local, y sus hijas, Miss Heather Fyfe y Miss Crissa. Y este es —señaló con la mano hacia James, —el Barón Kettering de Derbyshire.

Ambas chicas suspiraron a la mención de su título, y una de ellas realmente gorjeó.

—Un placer —gruñó. —Y ahora, Miss Lindsay, tendré esa conversación.

—Ah, pero la cena espera —intervino MacQuarrie.

Cena de hecho. James alzó a Blaire su mirada más mordaz. Si ella no le entregaba su anillo, pronto la cenaría a ella. Las reglas de Matthew podrían irse al demonio.

—Por qué no escolta a las chicas lindas al comedor y le dice al capitán que pronto volveremos.

MacQuarrie alzó los hombros y se mantuvo firme.

—Dadas las circunstancias, milord, creo que sería mejor para todos entrar juntos.

Blaire frunció el ceño como si estuviera trabajando en un problema aritmético difícil en su cabeza. Luego se encontró con los ojos de MacQuarrie.

—Está bien, Alec. Estoy segura de que Lord Kettering y yo estaremos pronto detrás de ti.

James apenas logró resoplar.

—Pero, Blaire —continuó MacQuarrie, —no creo que sea sabio...

—¡Cielos! —Ella se rió, aunque sonaba hueca para los oídos de James.
—Ciertamente puedo cuidarme, como bien sabes.

Eso pareció apaciguar al escocés que estaba interfiriendo, e inclinó ligeramente la cabeza antes de ofrecerle su brazo a una de las chicas de cabello dorado, la que gorjeó. Luego ordenó a los Fyfe que salieran del salón, aunque fuera un poco a regañadientes.

Blaire cruzó los brazos sobre su pecho y frunció el ceño a James. ¿Ella estaba molesta con él?

—¿Qué crees que estás haciendo, pisoteando alrededor y dando órdenes? ¿Actuando como el señor de la mansión? A mí no me agradan esas chicas, pero la forma en que te comportas es inexcusable.

Lo último que James quería era escuchar un regaño por su comportamiento. Estaba más allá de la palidez, considerando todo lo que su aquelarre le había hecho. Antes de que pudiera detenerse, atravesó el salón y la apoyó contra la pared del fondo. Ignoró el jadeo que escapó de ella y la tomó por la barbilla para que tuviera que mirarlo a los ojos.

—Quiero mi anillo, y no esperaré más por eso.

—¿Anillo? —balbuceó ella.

Sus inocentes ojos grises lo miraban con asombro. Debajo de ese hermoso exterior yacía una bruja. Una muy astuta.

—No me creas tonto, Blaire. Yo sé que lo tienes, y lo quiero de vuelta. ¡Ahora!

Ella empujó su pecho con una fuerza que nunca había encontrado en una mujer, y retrocedió unos pasos. James avanzó hacia ella, pero una bola de fuego se revivió en la palma de ella y parecía preparada para envolverlo en llamas. Él se detuvo a unos centímetros, justo cuando ella tiró de su brazo hacia atrás para arrojar su fuego, y él dio un paso atrás.

–Yo no sé de qué hablas, Kettering, pero esta velada ya es lo suficientemente difícil sin que la empeores.

Mentirosa. Él la fulminó con la mirada mientras trataba de descubrir cómo desarmarla.

–Pensaste en distraerme con tus bonitos ojos y tu cabello sedoso, y casi funcionó. Pero necesito mi anillo para seguir adelante con mi vida, y nada me hará olvidar esto.

Blaire solo pudo mirarlo. No tenía ni idea de por qué estaba tan enojado. Parecía furioso y, por un breve instante, la advertencia de Cait resonó en su mente. Un monstruo con ojos negros. Seguramente no podía ser James. ¡No podía ser él! Aunque, por el momento, no parecía remotamente como el James que había conocido en los últimos días. Apenas se parecía al hombre que era, tan fácil de sonreír y que la besaba hasta que su mente le diera vueltas. Parecía alguien completamente diferente. Alguien peligroso.

–Por mi honor, Kettering, no tengo ni idea de qué se trata.

–Mi anillo –gritó, moviendo los dedos de su mano derecha. –Sé que lo tienes.

–Creo que te has despedido de tus sentidos, milord. Encontré tu reloj de bolsillo, pero no tengo puestos mis ojos en tu anillo. Yo ni siquiera sé cómo se ve. Te ofrecí ayuda, pero no me dijiste nada.

–No juegues conmigo –él caminó hacia ella, y Blaire levantó su bola de fuego más alto para que no olvidara el poder que ella tenía. –Sabes que tu madre y las otras me atacaron. ¡Niégalo!

Ella no podía. Blaire sacudió la cabeza.

–Lo sospechaba, y me gustaría mucho saber por qué.

—¿Sospechabas? —resopló. —Tengo en claro que una generación de brujas entrena a la siguiente. Lo que significa que sabes exactamente por qué me atacaron. Tú sabes por qué me escondieron lejos en este castillo de mala muerte. Y tienes mi puñetero anillo.

Blaire casi pierde el aliento por el poder de sus palabras. Ella no sabía nada de eso, y el hecho casi la había puesto de rodillas. ¿Por qué no tenía ella sus respuestas? ¿Por qué su madre no la preparó para este momento? Lo que sí sabía era que ella tenía razón sobre él; él había admitido tanto. Su madre lo había atrapado. Él mismo lo había dicho.

—¿Qué eres? —preguntó, asegurándose de que su voz permaneciera igual. Ni un temblor escaparía de sus labios, no si ella podía evitarlo.

Kettering se rió entre dientes, aunque no se podía detectar ninguna alegría en el sonido.

—Tú también lo sabes. ¿No es así, mi pequeña y bonita bruja?

Nadie la había llamado bonita. ¿Por qué el primer hombre que lo hacía tenía que actuar como si la admisión fuera dolorosa para su alma?

—Lo que sé es que eres un inglés sospechoso y ensimismado.

Una risa amarga se le escapó a él.

—¿Sospechoso? Supongo que uno se convierte en tal cosa después de estar encerrado durante dos décadas.

¿Dos décadas? Casi el doble del tiempo que sospechaba. Kettering había estado allí en Briarcraig toda su vida y, sin embargo, su madre nunca le dijo ni una palabra. Si hubiera atrapado al Barón justo antes de su muerte y se hubiera olvidado de mencionárselo, Blaire podría entenderlo, pero durante veinte años. Su madre podría haberle dicho la verdad del asunto en cualquier momento; sin embargo, ella no lo había hecho. La habitación comenzó a girar un poco y Blaire luchó por mantener su compostura. Ella se apartó del barón y se dirigió hacia la puerta.

—Ni siquiera pienses en huir de mí —Kettering avanzó hacia ella de nuevo.

Pero Blaire no le prestó atención. Llegó primero a la puerta, subió corriendo las escaleras y bajó por el pasillo hasta su dormitorio. Empujó una silla de madera bajo el mango, aunque dudaba que mantuviera al Barón fuera, si quería entrar a su habitación. Blaire se paseaba en la habitación, de un lado a otro. Nada de esto tenía sentido. Entonces, ¿qué sabía ella?

Uno: Briarcraig era el hogar de las brujas guerreras.

Dos: su madre había dejado de visitar el lugar antes de que Blaire naciera y le había prohibido a Aiden hablar de él cuando era niño.

Tres: la propiedad solo había resurgido después de la muerte de su padre cuando el meticuloso Aiden la había conseguido a sugerencia del señor Ferguson, buscando por cada rincón y grieta salir de su deuda. Si el abogado no hubiese tropezado con Briarcraig, el castillo podría haber permanecido intacto durante décadas, quizás incluso siglos.

Cuatro: James Maitland, Barón Kettering, lo que sea que fuera, había estado encerrado en esa pequeña celda durante dos décadas, presumiblemente para ser sellado hasta el fin de los tiempos. Al menos, así parecía por el momento.

Y cinco: después de veinte años en una pequeña celda, Kettering no se veía peor por el desgaste. De hecho, parecía saludable, vigoroso y fuerte. Y guapo. Ella eliminó mentalmente lo último de su lista. Independientemente de su perfección física, no parecía remotamente como un hombre que pudiera haber vivido semejante calvario, y mucho menos verse tan sano y cordial después. Lo que la trajo de vuelta a su pregunta original: ¿qué era exactamente él?

Un golpe sonó en su puerta, provocando un suspiro de Blaire.

—Aiden te está esperando para cenar —la voz de Brannock se filtró en la habitación. —Y los Fyfe también.

Blaire alzó los hombros. Fuera lo que fuese Kettering, no dejaría que él la persiguiera ni le permitiría poner en peligro las vidas de los demás.

—Solo un momento, Bran, y estaré allí.

James había visto a Blaire escapar a su habitación, inadvertida desde las sombras del corredor. No estaba seguro de qué pensar sobre su actuación en el salón, si era una actuación. En ese momento, él había estado tan furioso, pero al mirar hacia atrás, aparentemente se sentía inquieta por la insistencia de que tenía su anillo.

Sin embargo, no le parecía posible que ella no lo supiera, no por lo que Matthew había dicho sobre la práctica de los clanes. Ella parecía tan sincera en sus conversaciones. Incluso ahora, él quería creerle; quería creer que ella no estaba jugando con él como lo habían hecho sus predecesoras, que la conexión entre ellos era tan real para ella como lo era para él. No tenía dudas de que estaba desarrollando sentimientos por la bruja. Pero no estaba seguro de qué hacer con ellos.

¿Cómo iba a saber la verdad?

—Uno pensaría que después de muchos años de conocernos, prestarías atención a mis consejos —dijo Matthew a su lado.

James ni siquiera había notado la aproximación de Blodswell. Al parecer, él no era él mismo de muchas maneras diferentes. La bruja había lanzado su encanto sobre él, ya fuera que ella lo hubiese hecho a propósito o no.

—Nunca esperé ver a una bruja nacida en batalla retirarse así —dijo Matthew —¿Qué has hecho?

—¿Cuántas brujas nacidas en batalla has conocido? —James arrojó a su creador. —¿Y qué te hace pensar que he hecho algo?

Matthew se rascó la sien.

—Oh, tal vez la forma en que la encantadora Miss Lindsay salió huyendo de ti, corriendo por las escaleras como si los sabuesos del infierno estuvieran mordisqueando sus pies.

Tal vez lo estaban.

–Ella no admitió tener el anillo. Y no puedo distinguir la verdad entre los hechos y la ficción.

Se había apegado demasiado a la chica. Tanto que no podía seguir siendo objetivo.

–Escucha –murmuró Matthew. –Ella parecía sincera y realmente molesta por tus acusaciones.

De hecho, ella lo había estado. Por eso estaba tan confuso.

James se dio cuenta de que Matthew ni siquiera había respondido a su pregunta.

–¿Cuántas brujas nacidas en batalla has conocido en tu vida? No has respondido a mi pregunta.

–Varias. Pero solo conocí bien a una de ellas. La conocí durante las Cruzadas, aunque no tenía idea de lo que era en ese momento. Luchó a mi lado como un hombre hasta que ella fue herida y su artillugio quedó expuesto. Me encontré con ella y una cuchilla que le habría quitado su vida –inhaló profundamente y frunció las cejas, como si estuviera cavando por uno o dos recuerdos. Así fue como fui bendecido tres veces –ante la confundida expresión de James, aclaró. –Tres anillos. Tres veces bendito.

Matthew inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera escuchando algo.

–¿Qué pasa? –James necesitaba saberlo.

–Están en esta área –Matthew apretó los dientes.

–¿Quiénes?

Antes de que pudiera responder, pasos rápidos sonaron en el pasillo.

–Lo discutiremos más tarde –dijo Matthew, aunque realmente aquello le preocupaba a James en ese momento.

Brannock Lindsay patinó por el pasillo, su respiración se convirtió en jadeos.

–Oh, ahí están ustedes. Aiden dijo que les dijera que la cena está lista, todos los están esperando.

Matthew extendió la mano y alborotó el cabello del muchacho. Luego metió la mano en su bolsillo, sacó una moneda y la giró con su pulgar para que volara por el aire, directamente en la mano de Brannock. Era una lástima que Matthew nunca tuviera hijos propios, habría sido un gran padre.

–¡Gracias! –El muchacho chilló mientras giraba sobre sus talones. –¡Necesito ver a Aiden!

Matthew se volvió hacia James y le habló como si todavía tuviera poder de mando.

–¿Por qué no escoltas a Miss Lindsay a la cena? Sé un caballero, por el amor de Dios.

Matthew sonrió con una sonrisa que hizo gemir a James. Un caballero. Lo último que quería era ser un caballero cuando estaba con Miss Lindsay. Él quería pegarla a la pared y besarla o, pegarla al suelo y obligarla a contarle todos sus secretos... besándola hasta que fuera completamente sumisa. Era un idiota, un completo y absoluto idiota. Se frotó una mano por la cara con frustración, pero de todos modos caminó hacia la escalera sinuosa.

Llamó suavemente a la puerta de Miss Lindsay.

–Dije que estaré allí en un momento, Bran –respondió Blaire.

James se inclinó cerca de la rendija entre el quicio de la puerta, y dijo suavemente:

–No es Brannock –se armó de valor. –Permíteme acompañarte a cenar.

¿No era eso lo que Matthew le había dicho que hiciera? ¿Ser un caballero? No había olvidado cómo, simplemente lo olvidaba siempre que estaba solo con Miss Lindsay.

–Puedo encontrar mi propio camino hacia el comedor. Este es mi castillo después de todo. Su presencia no es necesaria, Kettering.

James apoyó la frente contra la puerta.

—Pero necesito la tuya, Blaire. La necesito terriblemente —continuó hablando suavemente con ella, esperando que su tono aliviara en parte su enojo. —No soy el mismo, como podrás ver.

La puerta se abrió con tanta fuerza que James tropezó hacia dentro. Blaire se colocó a un lado y le permitió estabilizarse, moviendo nada más que sus cejas mientras observaba sus movimientos torpes. James no había sido torpe en años. ¿Qué tenía esta mujer que lo confundía tanto?

Él tomó su mano para colocarla sobre su brazo. Matthew había dicho que fuera un caballero. Maldito Matthew. Ella sacó la mano y cruzó los brazos debajo de sus pechos. Él le frunció el ceño fuertemente.

—¿Siempre te ves tan complaciente cuando estás jugando al gallardo y apuesto caballero?

Nunca actuaba como un gallardo caballero. El solo lo era generalmente.

—Estoy contento porque tengo una chica hermosa, que podría permitirme acompañarla a cenar si recuerdo cómo actuar adecuadamente —se aclaró la garganta. —Mis disculpas, Blaire, por mi comportamiento anterior.

—De repente, ¿no estás tan decidido a encontrar tus joyas? —ella preguntó con escepticismo.

La punta de su zapatilla comenzó a golpear contra el suelo.

—No es joyería —James suspiró. —Es un anillo. —Me lo robaron, si debes saberlo. Y creo que tu madre te lo pasó a ti como la siguiente en la línea de las brujas nacidas en batalla.

Ella comenzó a hablar, pero él levantó sus manos para detenerla.

—Dices que no lo hizo. Pero no sé qué creer. Mis instintos son generalmente precisos; no ahora, aparentemente.

Blaire lo fulminó con la mirada, tanto como para calmarla con sus maneras caballerosas. Casi se rió de lo absurdo que era.

–¿Qué eres? –preguntó, con voz fuerte y clara.

–¿Estás segura de que quieres saber qué soy, Blaire? –preguntó, mirando su rostro de cerca. Ella apenas parpadeó.

–Creo que tengo derecho de saber qué eres. Si voy a ayudarte a encontrar tu anillo, necesitaré todos los detalles que puedas darme.

Él quería decírselo. Necesitaba confiar en ella tanto como necesitaba sangre para sobrevivir. James miró a la hermosa bruja frente a él y esperaba que no cometiera el mayor error de su vida. Se acercó a ella, preparado para desnudar su alma; y ella lo miró con recelo.

–Muy bien. Permíteme esta concesión –dijo rápidamente, antes de que pudiera cambiar de opinión. –Y te mostraré lo que soy. ¿Estás de acuerdo? Prometo no lastimarte.

–¿Planeas que te broten alas y volar lejos, James? Porque, sinceramente, eso es lo único que me sorprendería en este momento.

Ella era adorable cuando era sarcástica y cuando estaba enojada. Y cuando le vencía con pasión. James permitió que sus pensamientos se perdieran en lo último. Si estaba un poco excitado, haría que sus incisivos descendieran más rápido.

–¿Puedo? –preguntó, mientras se acercaba a ella y la estrechaba entre sus brazos.

Ella se acercó a él con cautela. Aun así, ella vino a él. James inhaló su aroma, absorbió su calor, y sintió el dulce recuerdo de su vivificante sangre. Luego dio un paso hacia atrás y le sonrió. Los ojos de Blaire se agrandaron hasta el punto en que él sentía, casi seguro, que los orbes plateados volarían de su cabeza. Luego se cubrió la boca y se echó a reír.

¿Esa era su reacción?

–No es una buena idea reírse de un vampiro, Blaire. En verdad, no lo es.

Capítulo 14

¿Vampiro?

La boca de Blaire se abrió. Ella no había querido reírse, en realidad no. Estaba tan sorprendida que el sonido se le había escapado. Nunca en un millón de años había esperado ver aparecer colmillos en la boca de James. Colmillos por el amor de Dios. ¿Y un vampiro? Ella había oído hablar de ellos, por supuesto. Por lo que valiera la pena, su madre por lo menos le había hablado de vampiros, monstruos inmortales que bebían de la sangre de otros para sobrevivir. Criaturas parasitarias que rondaban en la noche y atacaban a sus víctimas antes de drenarles su fuerza vital.

Los vampiros debían ser temidos y evitados a toda costa. Después de todo, eran indestructibles. Sin embargo, el Còig había tenido por uno de ellos una gran estima hace mucho tiempo, o al menos eso contaban las historias. Era un noble caballero que había luchado junto a una bruja guerrera, ambos habían seguido a Richard de Lionheart a la batalla. Ella siempre había atribuido la historia de los vampiros a las leyendas, como los dragones que respiraban fuego o los trolls que vivían bajo los puentes.

James cruzó los brazos sobre su pecho. Él no era una leyenda, sino un hombre de carne y...

—Nunca te he visto perder la palabra.

Ella nunca había estado así antes, no es que pudiera recordar de todos modos.

—¿No creo que fueras un caballero en la Tercera Cruzada? —incluso mientras le preguntaba, sabía que no.

Si hubiera sido ese caballero benevolente de la leyenda, su madre y las demás nunca lo habrían capturado. Los ojos del barón se estrecharon sobre ella.

—Entonces lo sabes.

¿Qué sabía ella? ¿Qué era un vampiro? ¿Por qué estuvo prisionero durante dos décadas? ¿La ubicación de su anillo tan importante? Blaire sacudió la cabeza.

—No sé qué me estás preguntando.

—No me tomes por tonto, Blaire —un ceño frunció su rostro demasiado hermoso.
—No tengo paciencia para eso.

—¿Por qué habéis de hablar en enigmas? No sé qué estás preguntándome. Solo habla claro, ¿quieres?

James le dio la espalda. Cruzó la habitación y se apoyó contra su chimenea, mirando las llamas. Todavía no decía nada.

Blaire pensó que su cabeza podría explotar. ¿Por qué él le hacía preguntas repetidas veces, actuaba como si supiera las respuestas y luego no respondía a ninguna de sus preguntas a cambio? Pisoteó la habitación tras él. En algún lugar en el fondo de su mente, pensó que antagonizar a un vampiro enojado podría no ser la mejor idea. Pero ella había soportado toda la evasión con la que le trataba. Antes de que ella lo alcanzara, giró sobre sus talones tan rápido que perdió el equilibrio mirándolo.

James la arrastró a sus brazos, lo que evitó que cayera al suelo. Ella miró sus ojos negros como la noche y se sintió completamente perdida ante él. Incluso sabiendo lo que era, no tenía miedo. No de él, solo a que él la liberara.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, su voz sin aliento para sus propios oídos.

—Más de lo que debería —James bajó la cabeza y suavemente tocó sus labios con los suyos.

Pero la presión no fue suficiente. Blaire se apretó aún más cerca de él y le rodeó el cuello con los brazos. Él pasó su lengua por la costura de sus labios, y ella los abrió alegremente para él, dándole la bienvenida en su boca. Él sabía a puro, a peligro y a pecado. No se cansaba de él, si solo la atrajese más cerca.

Como si pudiera escuchar sus pensamientos, James gimió y la aferró con más fuerza hacia él, sus dedos tan maravillosamente extendidos a través de su espalda. Luego, su mano bajó, por debajo de su trasero, y el corazón de Blaire saltó en un

latido. Un escalofrío le tocó las pantorrillas, y se dio cuenta de que James estaba recogiendo sus faldas entre las manos. En ese momento, no le importaba nada más que la tocara y la besara.

Un golpe impaciente rompió el hechizo.

–Vete al infierno, Blaire –gritó Aiden desde el pasillo. –¿Cuánto tiempo demorarás en venir a cenar? –golpeó de nuevo. –Nuestros invitados están esperando.

James liberó lentamente las faldas de Blaire y se alejó un paso. Parecía tan perdido como se sentía, pero no había tiempo para discutirlo. Un golpe más y Aiden probablemente golpearía la puerta desde sus goznes. Lo último que necesitaba era que su hermano irracional encontrara a James en su habitación.

–Sólo un momento –llamó ella.

–Lo siento –gruñó Aiden desde el otro lado de la puerta. –Sé que no somos de los niveles más altos de la sociedad, Blaire, pero esto está más allá, incluso, de que puedas mantener a los Fyfe y a Alec esperándote.

–Dije que estaría en un momento.

Los ojos de Blaire buscaban a James, pero él ahora miraba al suelo. ¿Por qué no la miraba? Rezó para que no se arrepintiera de lo que estaba sucediendo entre ellos. Ella no sabía cómo podía interpretar eso.

–Sí, lo dijiste hace diez minutos.

–No me he sentido como yo misma, Aiden. Un poco de paciencia sería lo más bonito de tu parte.

–¿Y a mí que me importa? –se quejó su hermano. –Ya sea que vengas o no, estoy cansado de suplicar por tu asistencia.

Tan pronto como Aiden pisó el pasillo, la mirada de James se alzó para encontrarse con la de ella. La intensidad de su mirada oscura le quitó el aliento a Blaire.

–Deberías ir a cenar –dijo en voz baja.

Ella extendió su mano hacia él.

—¡Ven conmigo!

Una sonrisa autocrítica se posó en su rostro, y esta vez Blaire no encontró sorprendentemente sus incisivos alargados. Por el contrario, todo sobre él era tremendamente atractivo, y no quería alejarse de él.

—Sería mejor si te excusaras por Blodswell y por mí.

—¿¡Blodswell!? —repitió Blaire, su corazón se encogió.

Pero, por supuesto, ¡Blodswell! Era un viejo amigo de James. Él debía ser un vampiro también. No había otra explicación para su presencia en Briarcraig, o su falta de sorpresa en que su amigo no hubiera envejecido en dos décadas. No era uno, sino dos vampiros que estaban bajo su techo y, sin embargo, Blaire no estaba preocupada en lo más mínimo.

—Deberías venir, o Aiden se preguntará por qué no estás en la cena. Además, hay invitados.

—Se preguntará más cosas, si sus otros dos invitados no tocan un bocado de su comida. Vamos, Blaire. Necesitas comer. Te esperaré aquí cuando hayas terminado —la voz de James retumbó sobre ella como una caricia.

Sacudió la cabeza tercamente. No estaba segura de sí era porque su plan era ridículo o, porque simplemente no lo quería fuera de su vista.

—Aiden está tratando tan duro por impresionar a esas imbéciles sin cerebro que no le prestará la menor atención a tu plato. Lo prometo.

James asintió con la cabeza. Sus colmillos se retiraron, y él le ofreció su brazo.

—Lo que quieras, querida.

Juntos descendieron los escalones y encontraron a Blodswell esperándolos fuera del comedor.

—Me alegra que ambos pudieran hacerlo.

Las mejillas de Blaire se calentaron. Tenía una buena idea de que el conde sabía exactamente qué los había demorado.

–Siento llegar tarde.

Blodswell sonrió amablemente.

–Guarde sus disculpas para el Capitán, muchacha. No me debe ninguna explicación.

Los tres entraron en el comedor, lo que provocó que varios pares de ojos aterrizaran sobre ellos. Blaire se aclaró la garganta.

–Discúlpeme. Fui detenida.

Aiden la fulminó con la mirada, aunque optó por ignorarla. Se instaló en un lugar vacío junto a Alec.

–Ah, mi culpa completamente –se disculpó James, mientras se deslizaba en la silla al otro lado de Blaire.

Blodswell se sentó frente a ellos, junto a Crissa Fyfe, de ojos fríos, que se veía extraordinariamente satisfecha de su buena fortuna. Los lacayos sirvieron vino en sus copas, y Blaire notó que el joven de rostro fresco, Malcolm Fraser, le dedicaba una cálida sonrisa en el proceso. Respiró profundamente. Conseguirían pasar esa noche. No podría durar para siempre, después de todo.

–Perdonen nuestra tardanza –dijo Blodswell sin problemas. –Permítanme presentarme, soy el conde de Blodswell, y mi querido amigo aquí es Lord Kettering. Generalmente somos más puntuales, pero las circunstancias lo impidieron esta noche.

Heather Fyfe gorjeó desde su lugar junto a Aiden. Blaire podía ver la alegría en los ojos verdes de la chica mercenaria. Un rico capitán junto a ella, dos señores ingleses y un escocés acomodado asistiendo a cenar. Probablemente estaba pellizcándose debajo de la mesa para asegurarse de que no había soñado toda la noche.

Crissa Fyfe estrechó sus ojos azules sobre Blaire a través de la mesa.

–¿Alguien más se unirá a nosotros? ¿Miss Gulverness, tal vez?

—¿Gulverness? —murmuró James, pero Blaire lo pateó debajo de la mesa.

—Me temo que Miss Gulverness ya no está con nosotros. Mi hermano tuvo que dejarla ir esta mañana justo antes de entrar en Strathcarron.

—Sí —Miss Fyfe miró alrededor de la habitación, a los lacayos que estaban cerca de las puertas. —Reconozco muchas de estas caras. Pensé que habíais llegado a Briarcraig con vuestro personal de Edimburgo.

Alec frunció el ceño a su lado, y Blaire hizo una mueca. Engañar a los Fyfe era una cosa, pero Alec sabía el verdadero estado de sus finanzas, o al menos lo hacía antes de que hubieran tropezado con la fortuna de Aiden.

—Bueno —la voz de Aiden bajó por la mesa, —llegamos con un personal bastante pobre, pero los enviamos de vuelta a la casa de la ciudad, cuando Miss Gulverness se marchó. Y como tenemos la intención de mantener a Briarcraig trabajando durante todo el año, pensamos que es mejor seguir adelante y contratar a nivel local.

—Bien por ustedes —el señor Fyfe estuvo de acuerdo. —Muy admirable. Esta área ha sido duramente afectada. Será bueno para todos que el castillo de Briarcraig haya regresado a su antigua gloria.

Aiden se arregló ante la alabanza, y Blaire trató de no rodar los ojos. Su idiota hermano debía tener ojos para Heather Fyfe, o no llegaría a tales extremos para impresionar a la muchacha. Blaire deslizó una mirada de soslayo a James a su lado. Él no le estaba contando cuentos de Banbury, ¿verdad? Ella creía que no. El hombre había confesado ser un vampiro e incluso le mostró sus colmillos. Algo sobre esa honestidad de pronto hizo que su corazón se calentara.

Alec echó un vistazo al otro lado de la mesa, al conde de Blodswell.

—Cuando Miss Macleod y yo nos encontramos con usted en Inglaterra, no tenía ni idea de que estuviera familiarizado con los Lindsays.

—Nuestra relación es nueva, Sr. MacQuarrie; aunque estoy feliz por eso. Miss Lindsay es un diamante entre varias imitaciones, ¿no está de acuerdo?

—Blaire es de hecho, una en un millón.

Al final de la mesa, la frente de Aiden se mostraba confusa, lo que Blaire tomó como una pregunta sobre si todavía preferiría a James o al conde, después de ese último intercambio. Ella no se había lanzado realmente a conquistar a ninguno de los dos, pero después de los besos abrasadores de James casi podía sentir que se estaba enamorando de él. Esa tarde ella le había dicho que su conexión no era amor, pero tal vez estaba equivocada. O tal vez ella era una tonta. Un vampiro, por el amor de Dios. Un vampiro que su madre había ayudado a capturar. Aparentemente estaba perdiendo la cabeza.

Los lacayos comenzaron a servir sopa de gallina en sus cuencos, por lo que Blaire estaba extraordinariamente agradecida. En primer lugar, las hermanas Fyfe estarían ocupadas con la comida, por lo que no tendría que escuchar ninguna de sus inmundicias. En segundo lugar, la cena olía delicioso. La señora Fraser debía ser un genio en la cocina. Después de un año de la cocina de Aiden o de sus propios fracasos, la sopa prometía ser el paraíso.

Junto a ella y al otro lado de la mesa, James y Blodswell llevaban cucharas vacías a sus labios. La astucia de comer con los demás era tan práctica que ella nunca se habría dado cuenta de su subterfugio, si no hubiera sabido buscarlo. Alguna descarada impertinencia dentro de Blaire hizo que mirara al vampiro a su lado y le preguntara:

—¿Es todo lo que le gusta, milord?

Una ceja negra se elevó con alegría.

—De hecho, muchacha, me gusta todo lo que veo. No puedo esperar a probar lo que tienes para ofrecer.

Al otro lado de la mesa, Blodswell se atragantó. Probablemente debía haberse sentido avergonzada por las palabras de James, pero en cambio estaba mareada por la sugerencia y el centelleo en sus ojos negros.

—Bueno, espero que lo disfrute.

—Estoy seguro de que lo haré.

Crissa Fyfe movió las pestañas en dirección a Blodswell.

—¿Cuánto tiempo pretende permanecer en Strathcarron?

El conde sonrió a la muchacha a su lado.

—No mucho. Pasaré la temporada en Londres, Miss Crissa.

—¿Londres? —la chica suspiró con nostalgia. —Siempre he querido ir a Londres.

—¿En serio? —Heather Fyfe dirigió una mirada hacia su hermana menor. —Siempre he querido conocer Edimburgo —luego, inclinó la cabeza hacia Aiden. —¿Me contará sobre su hogar, capitán? Encuentro las tierras bajas tan fascinantes.

Blaire apenas logró mover los ojos. El conde de Blodswell golpeó el costado de su cuenco con una cuchara, atrapando la atención de Blaire y James. Luego, señaló levemente con la cabeza hacia la izquierda, en dirección a la puerta principal, pero lo que intentaba indicar era algo que Blaire no entendía.

Alguien se aclaró la garganta, y Blaire miró sobre su hombro para encontrar al nuevo mayordomo, cuyo nombre se le escapó por el momento, parado justo en el interior del comedor.

—Capitán Lindsay, hay algunas personas en el gran salón...

Las piernas de la silla de Blodswell rozaron el suelo, mientras se levantaba de su lugar.

—Creo que esa gente está aquí para ver a Kettering y a mí persona.

Blaire parpadeó sorprendida ante el conde. ¿Quién más sabría encontrarlos allí entre todos los lugares? Antes de que pudiera hacer la pregunta, James también se puso en pie de un salto.

—Disculpe, capitán.

James miró a Blaire y negó con la cabeza.

—Quédate aquí —dijo en silencio.

¡Como un infierno! Blaire también se levantó de la mesa.

—Solo veré a los nuevos visitantes, Aiden.

Su hermano frunció el ceño y James gruñó, pero ella no les prestó ninguna atención mientras pasaba junto al nuevo mayordomo y por el pasillo con dos vampiros pisándoles los talones.

—Blaire —siseó James. —Regresa. Esto es muy peligroso.

¿Peligroso? Echó un vistazo por encima del hombro al barón.

—Soy perfectamente capaz de manejar el peligro, James.

—No es así —advirtió cuando doblaron la esquina. —Espera solo un momento. Hay algo que debo explicarte.

Giró sobre sus talones para mirar al hombre. Las líneas de preocupación le estropeaban la cara, y una sensación de mal presentimiento se posó en la boca de su estómago. Algo estaba terriblemente mal.

—Jamie, ¿eres tú? —una voz femenina se filtró por el pasillo.

—¿Jamie? —repitió Blaire ¿A quién exactamente le pertenecía esa voz?

James hizo una mueca de dolor y agarró el brazo de Blaire con su mano.

—¡Baja la voz! No digas nada.

—¿Que no diga nada? —susurró ella.

¿Era todo lo que tenía intención de contarle? Si era así, estaba tristemente cometiendo un error.

—Y no los mires a los ojos —murmuró James.

Antes de que pudiera exigir saber qué sucedía, una mujer sorprendente salió del gran salón.

—¡Ah, ahí estás! —la voz de la extraña flotó por el pasillo una vez más.

Bonitos mechones marrones ondeaban escandalosamente sobre los hombros de la mujer, casi relucientes por el cálido resplandor de los apliques. El cabello en la parte posterior del cuello de Blaire se paró cuando los ojos oscuros de la extraña la atravesaron.

La mano de James se acomodó en la espalda de Blaire.

—¿Por qué no regresas con tus invitados, muchacha? —le susurró al oído.

¿Y no enterarse qué era lo que exactamente estaba pasando? ¿Dejarlo con esa mujer? Blaire negó con la cabeza.

—Aiden lo tiene bien controlado. ¿Por qué no me presentas a tu amiga?

—Ven aquí —dirigió una voz suave e incorpórea desde el interior del gran salón.

Blaire no esperó a James para tratar de disuadirla de nuevo. En cambio, ella se tranquilizó y comenzó a caminar hacia el umbral. La mujer se hizo a un lado para dejarla pasar, aunque James estaba directamente detrás de ella.

Recostado en el sofá, un hombre extraordinariamente guapo parecía pensar que era César en su trono. Había algo tan innatamente peligroso sobre el hombre que el instinto natural de Blaire era hundirlo en una bola de llamas. Juntó sus manos ante ella para evitar que una chispa se saliera por instinto. La cara del hombre la miró con confusión.

—Perdónenos por llamar tan tarde —dijo arrastrando las palabras.

Sus palabras melódicas fluyeron sobre Blaire como un almíbar espeso, cubierto con algo que podría atar fácilmente a su ingenio. James tocó su cintura en ese momento, arrastrándola hacia la realidad. Luego la hizo girar lentamente, todo el tiempo haciendo que pareciera que ella era una complaciente participante, hasta que él la había empujado suavemente detrás de su persona. ¡Peligro! Él le había advertido, ¿o no? Y ella no había escuchado. James logró colocarla entre él y Blodswell, Blaire ni siquiera se dio cuenta de que seguía allí hasta que el conde le tocó el brazo. La pareja casi vibró con el desafío que presentaron los recién llegados. Lo que ella no daría por saber lo que estaba pasando.

James inclinó ligeramente la cabeza para saludar.

—Ha sido una era, Trevelyan.

La mujer entró en la habitación con tal gracia que Blaire casi juró que la extraña estaba flotando. Sus ojos se posaron sobre James, mientras se deslizaba detrás de Trevelyan, bajando su brazo hacia su hombro.

—Ciertamente. Ha sido demasiado tiempo, Jamie.

Una sonrisa que era obviamente falsa se rompió en la cara de James.

—Sarah, te ves encantadora como siempre. No me puedo imaginar qué te ha traído a Highlands.

—¿No puedes...? —una frente esbelta y condescendiente se alzó.

Trevelyan se inclinó en su asiento, ignorando el intercambio. La confianza casi se desprendía del hombre en oleadas.

—Por un tiempo, Miss Reese y yo pensamos que alguna tragedia debía haberte sobrepasado.

Miss Reese arrojó su cabello oscuro y ondulado sobre sus hombros, haciendo que pareciera como si se acabara de tumbar sobre la cama.

—Me sobrecogió la preocupación por ti —su tono nítido contradecía la cómoda camaradería que uno podría encontrar en sus palabras.

La mente de Blaire giró en confusión. ¿Quiénes eran esos vampiros intrusos y qué demonios querían? Oh, no tenía ninguna duda en su mente de que los dos nuevos visitantes eran criaturas de la noche. Si sus ojos oscuros no eran una pista suficiente, era obvio por sus palabras que los cuatro se habían conocido durante muchos años, incluso siglos. Un escalofrío le recorrió la espalda.

¿Cómo podría conseguir que estas peligrosas criaturas abandonaran Briarcraig sin hacer que Aiden se diera cuenta de sus presencias? Sin poner en peligro ninguna de las vidas en la cena de su hermano o de sus recién contratados sirvientes. En ese momento, deseaba desesperadamente la fuerza de su aquelarre. ¿Cómo podría ella proteger a todos por sí misma? Simplemente no parecía posible. Solo había una de ella, después de todo.

Blodswell deslizó a Blaire aún más atrás para dar él un paso adelante.

—Miss Reese —comenzó suavemente, —déjeme quitarle el abrigo si planea quedarse.

La mujer echó la cabeza hacia atrás y se rió ligeramente.

–¿Tomando abrigos? Oh, qué cambio de circunstancia, Blodswell.

–Todos somos iguales aquí –respondió el conde. –No hay necesidad de tanta ceremonia.

En esa declaración, la mujer miró a Blaire.

–No todos somos iguales. Creo que estás empezando a ser un poco senil en tu vejez, Matthew.

El conde se rió.

–Encantadora como siempre, Sarah.

¿Sarah? Blaire odió ese nombre al instante. Cuando Blodswell se acercó a la intrusa pareja vampírica, James agarró la mano de Blaire y la apretó con alivio, lo que fue sorprendentemente reconfortante. Ella no estaba necesariamente sola, ¿verdad? James estaba a su lado ¿y Blodswell...? Bueno, el conde parecía dedicado a James. Eso era algo. Ojalá que no fuera igualmente dedicado a la otra pareja. De ser así, no podía contar con él. Tenía tantas preguntas y ninguna respuesta.

Blaire pellizcó el brazo de James para llamar su atención.

–¿Qué...? –comenzó, con la voz más baja posible.

Pero él negó con la cabeza, sus ojos le imploraban que dejara de hablar, y él la apretó con más fuerza contra su costado. Perfecto. Los puñeteros vampiros aparentemente tenían una audición superior, y no podía pedirle a James nada que los demás no pudieran escuchar por casualidad. Tal vez, si ella pudiera tenerlo solo con ella, lo suficiente para que los demás no pudieran oírla por un momento, podría descubrir con qué estaban tratando.

–¿Alguien se preocupa por el té? –Blaire preguntó, mientras la inspiración le llegaba a la mente.

Podría pedirle a James ir a la cocina con ella. No era la mejor solución, solo lo mejor que se le ocurrió en ese momento.

El señor Trevelyan sonrió, y Sarah Reese soltó una carcajada, un sonido sin verdadero placer y lleno de desprecio.

–¡Cielos! –la mujer se llevó una mano al pecho. –Ella no ha estado con ustedes mucho tiempo, ¿verdad?

James gruñó al lado de Blaire.

–Algunas criaturas son simplemente más hospitalarias que otras.

La sonrisa en la cara de la mujer desapareció, y una furiosa llamarada encendió sus ojos.

–¿Hospitalarias? –ella casi escupió.

–Oye, oye –calmó Blodswell, dando un paso hacia la hembra vampírica. –Ha pasado tanto tiempo. ¿No podemos tener una conversación agradable sin arrastrar el pasado?

–Ah –comenzó Trevelyan, levantándose de su lugar en el sofá, –pero el pasado es todo lo que tenemos, ¿no es así, Blodswell?

Su voz tenía una ligera cualidad musical, y Blaire intentó definir su acento. No era del todo inglés; era algo más. ¿Galés, quizás?

El conde sacudió la cabeza.

–Tendré que estar en desacuerdo. Todos, cada uno de nosotros, tenemos un futuro también, señor Trevelyan.

–Tal vez, no todos –respondió Sarah Reese, acomodándose en el asiento que su compañero había dejado.

–Me temo que hemos sido mal educados. Miss Lindsay, ¿verdad? –preguntó el señor Trevelyan, cruzando el espacio hacia Blaire en solo dos zancadas.

James deslizó su brazo alrededor de la cintura de Blaire, asegurándola a él.

–Eso es lo suficientemente cerca, Trevelyan.

El hombre se echó a reír.

–Durante décadas castigaste mi falta de decoro, Kettering. ¿Y ahora que trato de ser hospitalario, no me permitirás conocer a tu pequeño juguete?

—El hecho de que la veas como un juguete es razón suficiente para levantar la guardia. No es necesario que la conozcas. Está bajo mi protección, y eso es todo lo que necesitas saber.

Los ojos de Blaire brillaron por volver a ver a James. ¿Su protección? ¿Se dio cuenta de lo que acababa de decir? Una sonrisa malvada se extendió por la cara de Trevelyan.

—Y cuando te hayas ido, ¿quién la protegerá entonces? —las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa de odio. —¡Mmm! Y algo me dice que aún no la has poseído.

¿Poseerla? James soltó a Blaire y se dirigió hacia Trevelyan con una expresión asesina iluminando sus ojos, hasta que Blodswell se aclaró la garganta con una sutil advertencia.

—Venga ahora —comenzó el conde, —nadie se irá. Y Miss Lindsay y su familia también están bajo mi protección.

Si los ojos negro carbón de Trevelyan no se hubieran centrado en ella, Blaire habría suspirado de alivio. Blodswell era claramente aliado de James, y eso la hizo sentirse mejor sobre sus circunstancias. Solo deseaba saber cuáles eran esas circunstancias.

—Caballero gallardo hasta el final, ¿eh? —preguntó Trevelyan.

¿Caballero gallardo? Los ojos de Blaire se dispararon hacia Blodswell. ¿Había sido caballero? ¿Había sido el caballero de la leyenda? Más preguntas que no se contestarían hasta que pudiera tener a James solo para ella.

—El final no está aquí —sonrió Blodswell. —Aún no, de todas formas, y ciertamente no esta noche. Su pequeño desacuerdo entre ustedes ha durado lo suficiente. ¿No creéis que sea hora de que se acabe?

—Exactamente lo que he planeado —respondió Trevelyan.

—¿Blaire? —Brannock gritó desde el pasillo.

Ella aspiró el aliento.

—¿Es eso un niño? —Sarah Reese se levantó de su lugar. —Oh, qué delicioso —sus incisivos salieron a la luz, lo que confirmó la sospecha de Blaire de que la mujer era en realidad un vampiro.

Antes de que pudiera reaccionar, James empujó a Blaire a los brazos de Blodswell y, en un abrir y cerrar de ojos, tenía a Sarah Reese por la garganta. Se había movido tan rápido que tenía un aspecto borroso.

—No le tocarás ni un pelo de la cabeza —amenazó James. —Todo el mundo dentro de estos muros es mío.

—¡Cielos!

Brannock eligió ese momento para ingresar al gran salón. Sus ojos plateados se abrieron al ver a James con sus manos alrededor del cuello de una mujer extraña. Blodswell liberó a Blaire para que pudiera abrazar a su hermanito. Aun así, el conde se movió sobre ellos protectoramente.

—Bran —silbó Blaire. —¿Qué estás haciendo aquí?

Él tragó saliva. Brannock estaba tan perdido como Blaire. Pero incluso él parecía comprender la gravedad de la situación.

—Aiden me envió a ver qué hacías —le susurró.

Trevelyan se rió con entusiasmo, lo que no tenía ningún sentido. La situación no tenía nada de gracioso. Ella y Brannock estaban aterrorizados. James aún sostenía a la compañera de Trevelyan por la garganta. ¿Cómo podía reírse? ¿Estaba loco el hombre?

—Blodswell tiene razón. Por ahora —anunció Trevelyan como si fuera el rey. —Libera a Sarah, y nos pondremos en marcha.

James dejó caer su mano, aunque se mantuvo firme, mirando a la mujer que tenía delante.

—No vuelvan.

Sarah Reese echó la cabeza hacia atrás majestuosamente, y su largo cabello rebotó sobre sus hombros. Dio un paso alrededor del barón y hacia su compañero. Luego miró a James.

—No tienes ningún poder sobre mí, sobre ninguno de nosotros, y creo que estoy disfrutando bastante de Highlands.

Antes de que alguien pudiera responder, otra mancha de color se vislumbró, mientras Trevelyan y Sarah pasaban junto a ellos por la puerta de entrada de Briarcraig. Brannock se aferró con fuerza a la mano de Blaire.

—¿Viste sus dientes? —preguntó. —Se parecían a los del perro de los Ferguson. Largos y puntiagudos —Se estremeció dramáticamente.

—Si —Blaire le apretó el hombro. Luego se irguió y se encontró con la mirada de James al otro lado de la habitación. —Dile a Aiden que estaré allí en un minuto. Primero necesito hablar con Lord Kettering.

James negó con la cabeza.

—Vuelve a la cena, Blaire. Hablaremos una vez que todos tus invitados se hayan ido. Nuestra conversación será larga.

Capítulo 15

Blaire siguió a Brannock por el pasillo hacia el comedor. Su hermano menor se detuvo a medio paso y miró a Blaire, confundido y con un poco de miedo, aún evidente en su rostro.

—¿Quiénes eran esas personas, Blaire? —preguntó Brannock.

Ella no tenía idea de qué decir. “Bueno, no estoy segura, Bran; pero creo que eran vampiros malvados, no debes confundirlos con los buenos vampiros, o al menos creo que son buenos vampiros, que actualmente están en nuestra gran sala”. No, eso no podía decirlo.

—Alguien que lord Kettering conoció hace mucho tiempo —dijo ella en cambio.

—No me gustan —Brannock se estremeció. —Esa mujer, ella se ve malvada.

Mala y viciosa, de hecho. Blaire no podía dejar que Brannock volviera a entrar en el comedor con esos espantosos pensamientos llenándole la cabeza. Ella se pasó una mano por la frente.

—Estoy segura de que no volveremos a ver a la pareja —Y rezó porque eso fuese verdad. —No te preocupes. Nunca dejaría que te hicieran ningún daño.

—Sus dientes... —Brannock dejó escapar su voz.

Sus dientes. Los mismos dientes puntiagudos que eran tan similares a los de James. Blaire frunció el ceño a su hermano.

—No deberías juzgar a las personas por su apariencia, Bran.

—Ah, Miss Lindsay —Malcolm Fraser entró al corredor desde el comedor. —Estoy tan feliz de haberle encontrado. El siguiente platillo necesita ser servido. ¿Sabe si hay otros invitados?

Blaire sacudió la cabeza.

—No, Malcolm. De hecho, solo Brannock y yo regresaremos.

–Muy bien, mi lady –El nuevo lacayo asintió y luego abrió la puerta del comedor.
–Veré que el próximo platillo salga de inmediato.

Blaire dirigió a Brannock de regreso a su asiento y se deslizó, una vez más, en su lugar junto a Alec MacQuarrie.

–¿Todo está bien? –preguntó Aiden, frunciendo el ceño.

Nada estaba bien, ninguna maldita cosa. Blaire sonrió y asintió.

–Por supuesto –mintió. –Solo pensé que sería mejor dejar que Kettering y Blodswell se volvieran a familiarizar con sus amigos.

Le lanzó una mirada a Brannock, dejando en claro que ninguna contradicción sería apreciada.

–¿Invitaste a todos a cenar? Tenemos mucha comida.

La risa histórica burbujeaba dentro de Blaire, pero ella la apaciguó. Invitar a Sarah Reese y al señor Trevelyan a cenar era lo último que cualquier persona cuerda haría. Ella meneó la cabeza.

–Ya cenaron –Luego miró alrededor de la mesa a los invitados de su hermano.
–Lamento mucho toda la confusión y las interrupciones en esta cena.

–No pienses en eso, chica –Alec sonrió en su dirección, aunque la mirada no llegó a sus ojos. –Mientras todo esté bien.

Pero no todo estaba bien para Alec. El corazón de Blaire se agitó por su viejo amigo. Para alguien que no lo conociera, Alec parecía ser un caballero que poseía todas las fortunas de la vida. Pero él no era esa clase de hombre, nunca más, si alguna vez lo había sido. Después de todo, nunca había poseído verdaderamente a Cait, ¿o sí?

–Recibí una carta de Elspeth un par de días antes de venir a Briarcraig.

Alec asintió.

–Vi a Benjamín y Elspeth hace algún tiempo en Londres. Parecía que les iba muy bien.

Blaire se encogió de hombros.

—¿Sabes si la familia de Benjamín estaba de acuerdo? Sabía que estaba ansiosa por conocerlos.

Los lacayos comenzaron a colocar platos de salmón en salsa de Whisky delante de todos los invitados, y Blaire respiró aliviada. La comida olía maravillosamente. Cuanto más rápido todos terminaran con sus comidas, más rápido podrían irse. Ese no era el pensamiento más hospitalario, pero terminar con esa comida era una tortura cuando todo lo que realmente quería era obtener respuestas de James Maitland.

—Elspeth no tiene nada de qué preocuparse —confesó Alec tan pronto como se sirvió la mesa. —Los Westfields la adorarán. Después de todo —sus cálidos ojos castaños centellearon, —ella soporta a Benjamín. Estoy seguro de que Blackmoor hará que la chica se convierta en una santa.

Blaire se rió.

—No es tan malo.

No es que alguna vez hubiera soñado acudir a la defensa de Benjamín Westfield. Cuando conoció al Lycan por primera vez, le disgustó instantáneamente; aunque, con toda sinceridad, a ella realmente no le había gustado el hecho de que él viniera a robarse a una de sus hermanas del aquelarre. Pero en los últimos meses, había aprendido a aceptarlo, e incluso había llegado a agradarle el Lycan, aunque no tenía la intención de admitirlo frente a éste.

—Finalmente te ganó, ¿verdad?

Blaire se encogió de hombros.

—Él cree en ti.

—De hecho, sí —aceptó Alec, antes de probar el plato principal.

La señora Fraser era un sueño hecho realidad. Dondequiera que la cocinera hubiera aprendido sus habilidades, Blaire estaba eternamente agradecida. El salmón literalmente desapareció de su tenedor, los sabores eran como nada que Blaire hubiera probado antes. Afortunadamente, la cena tuvo el mismo efecto en sus invitados, y Blaire no tuvo que soportar casi nada la conversación. Después de terminar una porción de bollos negros para el postre, los hombres estaban listos para levantarse de la mesa.

Blaire se levantó de su asiento y fingió una sonrisa para las hermanas Fyfe.

—¿Les importaría unirse a mí para el té?

Heather y Crissa se levantaron de sus sillas. Murmuraron algunas palabras de despedida a los caballeros y luego siguieron a Blaire por uno de los pasillos, hacia un alegre salón amarillo.

—Estábamos tan contentos de que pudieran acompañarnos a cenar —dijo Blaire, tan pronto como les entregaba a las hermanas una taza de té.

Heather se sentó en un sofá dorado y sus ojos verdes miraron con recelo a Blaire.

—Me da la sensación de que algo extraño está pasando por aquí, Miss Lindsay.

Eso era un eufemismo, y no uno que Blaire fuera a confirmar.

—¿En serio?, y yo pensé que estabas tan concentrada en mi hermano que no tenías tiempo para preocuparte por nada más.

Crissa Fyfe se rió. Heather le lanzó a su hermana una mirada sofocante.

—No creo que mi interés haya sido tan notable, Miss Lindsay.

—Y, sin embargo, lo he notado, Miss Fyfe —entonces, claramente está equivocada.

Esta vez, Crissa contuvo su risa.

Heather respiró hondo, y luego sus hombros se inclinaron hacia adelante.

—¿He sido tan obvia?

Algo más que eso. Blaire se encogió de hombros.

—Él es un hombre, Miss Fyfe. Probablemente debería golpearle en la cabeza para que se dé cuenta. Son un montón de cabezas huecas.

Crissa frunció el ceño ante eso y luego tomó un largo sorbo de su té.

—¿Cómo sabe tanto de los hombres, Miss Lindsay?

—He crecido con Aiden. Yo sé cómo piensa.

Eso pareció tener sentido para la niña, y ella asintió en respuesta.

—¿Eso es todo? ¿Tiene que saber cómo piensan?

–¿Qué me pregunta exactamente, Miss Crissa?

La niña más joven se mordió el labio inferior, pero luego continuó.

–En la cena, tenía la atención de todos los hombres. Lord Kettering, Lord Blodswell, el señor MacQuarrie. ¿Es porque sabe cómo piensan?

Blaire tomó un sorbo de su propio té para darse tiempo a responder. ¿Qué iba a decirles respecto a eso? Alec solo estaba atento porque creía que un monstruo estaba detrás de ella; mientras que James era un monstruo, pero no creía que se tratara de él; Blodswell, simplemente la estaba vigilando. No, pensarían que había perdido la razón. Y tal vez, tendrían razón.

–Los conozco desde hace mucho tiempo –mintió. –En cierto modo, son como mis hermanos.

–¿Qué puede decirme sobre el capitán Lindsay? –los ojos verdes de Heather Fyfe le suplicaron a Blaire que le diera algo útil. –¿Cómo consigo su atención?

Blaire estaba bastante segura de que la chica ya la tenía, pero decidió ofrecer un poco de ayuda de todos modos. Después de todo, si Aiden estaba ocupado pensando en Heather Fyfe, podría no prestar demasiada atención a los vampiros que invadían su residencia.

–Tiene un buen diente –ofreció. –¿Hornea bien, Miss Fyfe?

Crissa se rió nuevamente.

–Ella es terrible –luego se puso nerviosa ante la mirada escurridiza de su hermana. –Pero, yo soy lo suficientemente competente. Veré qué puedo hacer por ella –Crissa golpeó a Blaire con la mirada. –Todos ellos son como sus hermanos, ¿dice?

Blaire asintió.

–Sí.

La muchacha sonrió.

–Entonces, ¿qué puede decirme sobre Lord Kettering?

¡Qué él es mío! Blaire se atragantó con su propia lengua. ¿Por qué había dicho algo tan estúpido? Todos son como hermanos, en cierto modo, qué cosa ridícula la que había dicho.

—¿Tiene un buen diente, también? —preguntó Crissa, con la esperanza llenando sus ojos azules.

Sí, tenía dos de ellos. Aunque al verlos, probablemente enviaría a ambas hermanas Fyfe a buscar refugio. Blaire respiró profundamente y devolvió con mucha calma su taza al platillo. Dar una idea de la pequeña mente de Aiden era una cosa, pero ¿James? No iba a darle ni un poco de información útil. Blaire negó con la cabeza.

—Confía en mí, no querrás enfocar tu atención en Lord Kettering.

—¿Por qué no?

—Es un poco ogro —mintió Blaire. Entonces la inspiración le golpeó. De hecho, ella podía decir la verdad, o parte de ella de todos modos. —Sé que se veía apuesto durante la cena, pero se sabe que se va constantemente sin bañarse. Bastante repugnante, para ser honesta.

La joven rubia levantó la nariz.

—¿De verdad? Parecía tan... aseado.

—De hecho, tuvimos que quemar un conjunto de su ropa para deshacernos del olor.

Antes de que ella pudiera continuar llenando la oreja de Crissa Fyfe con anécdotas poco completas sobre James, la puerta del salón se abrió, y Aiden, el señor Fyfe y Alec se reunieron con ellas. Mmm No se habían ido terriblemente lejos. Tal vez su hermano no podía soportar separarse de Heather Fyfe por más tiempo del necesario.

Mientras Aiden se dirigía hacia las hermanas Fyfe, Blaire se encontró en compañía de Alec.

—Creo que tu hermano está un poco enamorado de Miss Fyfe —confesó suavemente.

Blaire se rió.

–Sí. Y ella definitivamente le ha puesto el ojo encima a él.

Alec suspiró.

–Bueno, entonces les deseo la mejor de las suertes. Funciona mucho mejor cuando la chica regresa tus afectos.

Cualquier tonto podría ver el dolor que padecía Alec. Pobre hombre. Blaire todavía no podía creer que Cait se hubiera casado con un extraño. Sin embargo, nunca había visto que Cait hiciera algo sin razón alguna. Si su amiga se había casado con Brimsworth, ella debía haberlo visto venir, debía saber que él era su destino. Pero, aun así, ver a Alec sufrir, le rompía el corazón. Blaire tomó la mano de Alec y la apretó contra la suya.

–Lo siento, ojalá tuviera algo más por ofrecerte que mis condolencias.

Alec bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas.

–Siempre decía que no era para mí.

Entonces, ella no lo era; pero Blaire no podía decir esas palabras, no cuando se veía tan desamparado.

–Cait siempre podía conducirlo a uno hasta el borde de la locura –Ella se rió, con la esperanza de animarlo un poco. –La pobre Sorchá le ha pedido desde el año pasado que le cuente lo que el futuro le depara, pero Cait no le dice ni una palabra. Rhiannon perdió la esperanza, hace mucho tiempo, de que le dé, aunque sea una pista.

Los cálidos ojos marrones de Alec se centraron en Blaire.

–¿Ella no le dirá a ninguna de ustedes su futuro?

Blaire sacudió la cabeza.

–Hacerlo podría poner en peligro el curso natural de los eventos. No es justo que le preguntemos; pero, aun así, te hace preguntarte que ve ella en tu futuro. ¿Es bueno? ¿Es malo? ¿Es algo que nunca habrías adivinado? Algo así como un gran vampiro atrapado, por ejemplo.

–¿No sería reconfortante saberlo? –susurró Alec.

Blaire se encogió de hombros.

–Tal vez, pero si no es lo que estás esperando, también puede ser desalentador.

–¿Y ella siempre tiene razón? ¿Acaso un vidente nunca se ha equivocado?

–No estoy segura –Blaire soltó la mano de Alec y cruzó los brazos por su cintura.

–¿Qué significa eso?

Blaire sacudió la cabeza.

La madre de Cait había estado equivocada al menos una vez, por lo que podía suponer, o había mentido sobre su visión. Ninguna de las dos opciones era algo reconfortante.

–Demasiado conocimiento sobre tu futuro es peligroso. Confiar demasiado en una visión es peligroso. Lo mejor es vivir tu vida de la manera que crees que debería ser vivida.

Alec se irguió. Claramente no podía entender todo esto.

–Entonces, ¿qué sentido tiene ver el futuro?

–Bueno, a veces el curso natural de los eventos necesita un poco de ayuda.

¿Fue eso lo que el aquelarre anterior había hecho con James? ¿Qué habían visto de él que las inspiraría a encerrarlo? La imagen de Sarah Reese y el señor Trevelyan volvió a aparecer en su mente. ¿Qué pasaría si la razón por la que James estuvo atrapado, tuviera algo que ver con la pareja malévola que había conocido esa misma noche? James Maitland tenía mucho que explicar sobre esa situación.

Debió haber fruncido el ceño al mirarlo, porque Alec se acercó más.

–¿Algo más ronda por tu mente, Blaire? –preguntó él, con la mirada llena de preocupación.

Blaire frunció el ceño.

–Estaba pensando en Kettering.

Ella debió sonar tan atontada como Heather Fyfe. Con toda honestidad, probablemente lo estaba. Pero por el momento, su preocupación primordial le hacía preguntarse en qué tipo de peligro estaban ella y sus hermanos a causa del vampiro.

Alec suspiró.

—¿Por qué no vas a verlo?

—Porque Aiden me asesinaría lentamente si abandono a sus invitados otra vez.

Con un gesto de la cabeza, Alec señalo hacia donde se encontraban Aiden y Heather Fyfe sentados, uno al lado del otro en el sofá, hablando en voz baja.

—No puedo imaginar que se dé cuenta de tu ausencia, Blaire. Y puedo entretener a Miss Crissa. Nadie quedará desatendido.

Ella le sonrió de nuevo.

—Realmente eres maravilloso, Alec.

Él le guiñó un ojo.

—Vete.

—Si Aiden pregunta dónde he ido, ¿le dirás que me he retirado antes?

Lo último que quería, era que su hermano interrumpiera el interrogatorio con su huésped vampiro. Alec negó con la cabeza.

—Realmente es una pena que no te sientas bien, Blaire. Tal vez deberías retirarte un poco temprano esta noche.

Si no estuvieran en una habitación llena de invitados, ella le habría besado la mejilla.

James caminaba de un lado a otro del gran salón mientras esperaba que Blaire volviera de sus responsabilidades sociales. Mientras tanto, Matthew holgazaneaba en un sofá como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. ¿Cómo podía estar tan relajado? ¿Tal facilidad surgía de vivir seiscientos cincuenta años?

—Siéntate —dijo su creador. —Hacer un camino en la alfombra no te servirá de nada.

James le frunció el ceño a su amigo y aumentó el ritmo. Como mínimo, Matthew podría ayudarlo a pensar en un plan. De todas las opciones en el mundo, ¿qué iban a

hacer ellos? Después de todo, no tenían muchas opciones. Estaban conectados con Sarah y, aunque no deseaban estar tan cerca, ella y Trevelyan no se retirarían tan pronto.

Blaire irrumpió de nuevo en la habitación y cerró la puerta de golpe detrás de ella.

—¡Está bien, me lo vas a explicar, Kettering! —dijo ella con severidad.

La furia la hacía mucho más hermosa. Apartó distraídamente esa idea. James se pasó una mano por la cara y soltó un suspiro.

—Por supuesto, lo haré —dijo lentamente. —Aunque no creas ni una palabra de lo que te diga.

—Estoy esperando —Ella sopló el cabello que caía delante de sus ojos con una impaciente ráfaga de aliento.

Blodswell se inclinó hacia adelante en su asiento.

—Bueno, esas dos personas... —comenzó.

Pero Blaire levantó su dedo índice y dijo:

—Dije Kettering —Luego giró hacia James. —Ahora comienza.

James vio como Matthew cortaba la sonrisa y la miraba con renovado respeto. No era frecuente que una chica se enfrentara a un vampiro que tenía siglos de antigüedad.

—Todos estamos conectados de una forma extraña, Blaire —comenzó James, no muy seguro por dónde comenzar su historia. Echó un vistazo a Blodswell. —Es su culpa, pero eso no viene al caso.

Estaba mascullando ahora. Lo sabía, lo estaba; pero maldita sea, no sabía cómo explicar la situación, así que tenía sentido.

—Ella te llamó Jamie. ¿Qué era ella para ti? —La mirada plateada de Blaire era tan brillante que era casi doloroso mirarla a los ojos. Pero se obligó a hacerlo. —¿Una amante? —presionó.

—Nada tan grandioso —murmuró James.

—¿No tan grandioso como una amante? Entonces, ¿ella era una puta?

Ella solo era eso. Una puta

—¿Sí? —Lo hizo. ¿Qué sabía Blaire de esas cosas?

—¿Me estás preguntando? ¿O respondiendo? —Su pie comenzó a golpear con impaciencia el suelo. —Maldita sea, es como sacarles los dientes para obtener la verdad de ustedes los vampiros —gruñó.

Bueno, no era el tipo de cosas que a un hombre le gustara admitir ante la mujer que le importaba, ¿o sí? Aun así, tenía que decírselo. Ella estaba en peligro por su culpa. James se paró en alto, listo para terminar con todo esto.

—Hace mucho tiempo, Sarah era una prostituta, que conocí por un corto lapso cuando estaba viva durante su primera vida. ¿Lo entiendes? —Él la miró a la cara, intentando calibrar su reacción.

Blodswell todavía estaba sentado en silencio en la habitación, como si todo eso fuera un escenario y él, el público.

Blaire miraba con impaciencia a James.

—Sí, lo entiendo. Querías una revolcada, y conociste a una joven ramera. ¿Cómo se volvió tan apegada a ti?

Ella nunca dejaría de sorprenderlo.

—Ella fue herida por uno de mi clase. Fue culpa mía, entonces, tomé la decisión de salvarla. Ella parecía una chica dulce en ese momento. Pero estaba equivocado.

—Ambos lo estábamos, muchacho —dijo Blodswell en voz baja, se levantó de su lugar y se acercó para apretar el hombro de James. —Tener una mujer con nosotros ayudaba con el ardid —explicó a Blaire.

—Entonces Matthew le dio un anillo —soltó James. Lo estaba haciendo tan mal.

—Mi error agravó el suyo —dijo el conde lentamente, mientras levantaba su mano y señalaba el anillo que llevaba puesto.

—Nuestros anillos simbolizan la vida. Nuestros corazones. La capacidad para amar. Nos permiten libertad para movernos como lo hacen los humanos, sin ser detectados. Fueron regalos de tu aquelarre hace siglos.

–Mi aquellarre –respiró Blaire, mientras se hundía en una silla y ponía una mano sobre su pecho, como si sintiera algo debajo de su vestido. Él la había visto hacerlo antes.

–Tres anillos. Tres veces bendito, después de haber salvado la vida de una bruja guerrera en la batalla. Fue mi recompensa.

–Eres el caballero –susurró.

Matthew asintió.

–Sí, en carne, por así decirlo. Le di uno de los anillos a James y otro a Sarah, después de que se unió a nosotros. Pero su corazón había desaparecido antes de que su vida fuera tomada. Por lo tanto, ella obtiene poco beneficio del anillo; aunque sí la conecta con nosotros.

–¡Mi familia! –Blaire se veía afectada. –Tendremos que irnos de aquí. Regresar a Edimburgo a la primera luz del día.

–Es demasiado tarde para eso, Blaire –dijo James. Aunque, incluso para sus propios oídos, sonaba como una sentencia de muerte. –Ellos los seguirán. Simplemente porque me preocupo por ti.

–No fuiste muy bueno en ocultar ese pequeño hecho –resopló Blodswell.

Blaire dejó caer su cabeza entre sus manos y gruñó de frustración.

–¡No lo entiendo!

Él se acercó a ella y la apartó de su asiento.

–Me preocupo por ti –La boca de Blaire se abrió ligeramente cuando sus ojos bailaron por el rostro de él. –Y ella finalmente se quedó sin habla –se rió James.

Ella lo golpeó con demasiada delicadeza en un costado. Él no pudo devolverle el ataque por el dolor que le provocó. Su bruja era fuerte; él le reconocería eso.

–Desafortunadamente, Trevelyan sabe que me preocupo por ti. También lo hace Sarah. Por eso estaba tan molesta por tu misma existencia. Todavía está un poco celosa.

–¿Sobre ustedes?

James asintió una vez.

—¿Y cuánto tiempo hace que estuviste juntos? —preguntó ella en voz baja, casi como si no quisiera saberlo.

—Varias vidas —susurró, mientras trazaba un dedo por su mandíbula.

—Me disculparé —murmuró Blodswell, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Ya es hora —le lanzó James.

—¿Sabes que solo hay una forma? —preguntó Matthew con un alzamiento de cejas.

Sí, lo sabía. James asintió con fuerza.

—¿Hay solo una forma de qué? —Blaire le gritó a Blodswell que se retirara. Luego se concentró nuevamente en James. —Sácalo, Kettering —Ella lo golpeó de nuevo.— Déjame escuchar todo.

—Si dejas de tratar de hacerme daño físico, te lo diré, pequeña bruja —gruñó, mientras frotaba la zona ofendida.

—¿Se supone que eso es un insulto? Y no soy pequeña —Ella se puso más en alto, llegando a su barbilla.

—Lo eres para mí —James se rió. Se obligó a sí mismo a calmarse cuando no se rió con él. Ella tenía derecho a estar preocupada. —Blodswell y yo podemos protegerlos a todos. ¡Y lo haremos!

—¿Por qué me imagino que la palabra "sin embargo" le sigue a eso? —murmuró ella.

—Sin embargo —dijo él en voz alta, —Sarah y Trevelyan saben que me preocupo por ti —Los ojos de Blaire se suavizaron momentáneamente. —Eso significa que serás su primer objetivo. Y luego, seguirán los otros.

—No estoy preocupada por mí misma —insistió Blaire. —Pero Brannock... Ella lo quería. Lo pude ver.

Sí, de hecho, y el recuerdo hizo temblar a James. Apartó el pensamiento y le colocó un mechón de pelo caído detrás del lóbulo de su oreja.

—Él estará a salvo, y estoy lo suficientemente preocupado por todos nosotros —dijo, mientras se inclinaba para besarla ligeramente en la punta de la nariz. James

respiró hondo. —Pero la única manera de protegerte es para mí, poseerte por primera vez. De lo contrario, no se detendrán hasta que te hayan destruido.

—¿Poseerme? —graznó ella, —¿Quieres decir como para cenar?

Él rió. Su bruja lo hacía reír más que nadie, en décadas.

—Pues bien: sí y no.

—¿Otra vez con los acertijos? Si, ¿quieres tenerme para cenar? O no, ¿no me quieres para cenar?

—Quiero tenerte para todo —dijo en voz baja. —Pero, especialmente para la cena, como tú lo dijiste, con tanta delicadeza.

Él retorció su nariz, lo que hizo que ella hiciera una mueca.

—¿Me convertirás en un vampiro? —susurró ella, mostrando el primer y obvio temor que alguna vez exhibió frente a él. —¿Es así cómo crees que me protegerás?

—No —se rió. James se inclinó y colocó sus labios a un lado de su cuello. —Esto no funciona de esa manera. Simplemente te marcaré como mía y te poseeré, como tú me poseerás. Ayudará a protegerte.

—¿Cómo voy a poseerte? —sus ojos se movieron de un lugar a otro, en su confusión.

—Placer —dijo en voz baja junto a su oreja. —Es más, o menos una experiencia sexual.

—¿Quieres decir en el sentido bíblico? —su voz se agitó un poco.

—¿Bíblico? —preguntó, alzando la cabeza. —No estoy seguro de que esa sea la expresión correcta. Pero creo que sé a dónde se dirigen tus pensamientos.

—Tomarás mi inocencia —aclaró rápidamente.

Y ella no se veía triste al respecto. De hecho, parecía emocionada. Su corazón comenzó a latir más rápido, él podía oírlo en su cabeza, como el galope de un caballo fugitivo. No pudo evitar sonreír ante su entusiasmo.

—Tentador como es, Blaire, no sería honorable.

Darle placer y tomarse un poco para él era una cosa, pero James nunca podría tomar su inocencia. Los hombres de carne y hueso podían ofrecerle más de lo que él podía, y él nunca le quitaría el futuro. Ella lo sorprendió, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello y tocando sus labios con los propios.

—¿Y tú eres honorable? —susurró ella.

Él siempre había tratado de serlo, aunque ahora se le estaba haciendo demasiado difícil. Sería más fácil si ella no confiara tanto en él, si su honor no fuera puesto a prueba. James presionó una mano hacia donde su corazón solía estar, cuando un repentino destello de dolor lo golpeó desprevenidamente. No había sentido tanto dolor en mucho tiempo.

—¿Estás bien? —Ella dio un paso hacia adelante como para inspeccionarlo.

James luchó con el dolor y tomó sus manos entre las suyas, llevándolas a sus labios una por una y besándolas suavemente.

—Nunca he estado mejor que ahora —mintió. Gracias a Dios ella lo creyó; pudo ver el alivio cruzar su rostro.

—¿Cuándo? —preguntó ella. —¿Cuándo lo haremos? Tendremos que hacerlo pronto.

—Tenemos horas todavía. Antes del alba. No volverán esta noche.

—Mis hermanos y los demás...—comenzó ella.

—Blodswell está cerca, vigilándolos. Puedo sentir su presencia —Él la besó rápidamente y luego se apartó de ella. No quería nada más que devorarla. —Entonces, por ahora, ve a tu dormitorio y descansa un poco.

—¿Descansar? —repitió ella. —¿Adónde irás?

A contar los minutos hasta que pudiera unirse a ella.

—Me gustaría revisar el perímetro, asegurarme de que todo esté bien y de que el capitán Lindsay esté en su propia cama, y profundamente dormido antes de unirme a ti.

—Oh, por supuesto —Blaire se sonrojó, haciendo que luciera encantadora. —Bueno, entonces, supongo que te esperaré —Ella sonrió nerviosa y luego salió corriendo de la habitación.

Capítulo 16

Blaire subió los escalones que conducían a su dormitorio. Ella no tuvo que correr, James ni siquiera la seguía; pero necesitaba estar sola. Cayó sobre su cama y pensó en la situación en la que se encontraba. Al entrar a su habitación, arrojó su chispa a un par de velas junto a la cama y respiró por primera vez en la noche.

Su mano fue hacia el cordón alrededor de su cuello. Ella tiró del anillo en el interior de su vestido y lo sopesó en su mano. No había necesidad de inspeccionarlo; lo había visto toda su vida. Sin embargo, no podía evitar hacerlo. Parecía idéntico al anillo que el conde de Blodswell llevaba en la mano derecha, ¿era este el anillo que James buscaba? ¡No podía ser! Simplemente no podía. Había sido el anillo de su madre y el anillo de cada bruja nacida en batalla antes que ella. ¿No era así?

Blaire cerró su mano alrededor del anillo. La verdad era que ya no sabía qué creer. Podría ser el anillo de James, o simplemente podría ser un anillo similar al de Blodswell. El propio conde admitió que los anillos provenían de su aquelarre, ¿por qué su anillo debía verse diferente? La similitud entre los dos no significaba nada, en realidad no. Su madre le había dicho que nunca se quitara el anillo, que le salvaría la vida algún día. ¿Qué hacer? ¿Mostrárselo a James y dejar que él le dijera si era o no el que buscaba? ¿O meterlo dentro de su baúl? Blaire sacudió la cabeza.

Esa no parecía la respuesta. Su madre le había rogado que nunca se lo quitara del cuello.

Suspiró, luego se quitó las zapatillas y se dejó caer en la cama, mirando el dosel. ¿Cuándo la vida se volvió tan complicada? Hace quince días no había sufrido ninguna de sus preocupaciones actuales. Su mayor problema había sido encontrar los fondos suficientes para pagarle al carnicero o asegurarse de que Brannock estuviera estudiando su aritmética. Los anillos místicos y las venganzas de los vampiros estaban muy lejos de los asuntos domésticos normales.

Luego estaba el asunto de la visión de Cait. La advertencia de Alec resonó una vez más en sus oídos. Cait lo había enviado desde Edimburgo para protegerla, incluso había confiado la verdad sobre su aquelarre al hombre para mantener a Blaire a

salvo. ¿A quién había visto Cait en su visión? ¿Fue a Sarah Reese o al señor Trevelyan a quienes había visto la bruja clarividente? ¿O fue a James? Kettering estaba muerto, o al menos era un no-muerto. Si Cait se refería a él, ciertamente tendría razón. ¿Pero un monstruo? Blaire no podía imaginar que alguien se refiriera a James de esa manera; por el contrario, era un verdadero caballero. Uno honorable. No obstante, el Còig anterior lo había atrapado por alguna razón. Maldecía a su madre por no confiarle todo a ella

El rostro toscamente atractivo de James apareció en su mente, pero Blaire deshecho la imagen. No podía permitirse perder la razón por James. Ella necesitaba mantener su cabeza clara, pero eso parecía casi imposible cada vez que ella estaba en su presencia. ¿Sería aún más difícil, después de que él la marcará como suya? Su cara se calentó al pensar en eso. ¿Qué quería hacer con ella esa noche?

Darle placer, había dicho. ¡Que el cielo la ayude! ¿Viviría lo que él había planeado para ella? Ella se giró a un lado y abrazó una almohada contra su pecho. Preguntas tras preguntas aparecían en la mente de Blaire. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar por él? La paciencia nunca había sido su fuerte. Aunque, por el momento, se sintió aliviada de que aún no hubiera llegado a la habitación.

¿Y qué clase de bruja guerrera la había criado? ¿No debería ser un poco más valiente que eso? Si solo supiera qué esperar, aliviaría diez veces su ansiedad. Preguntas tras preguntas aparecían en la mente de Blaire. ¿Qué esperaría de ella? ¿Debería saber qué hacer? ¿Vendría naturalmente? ¿Y qué debería usar? ¿El vestido que había usado para cenar o su bata para dormir?

Se sentó, y el anillo golpeó contra su pecho. El anillo, suspiró Blaire. No estaba muy segura de qué hacer con él en ese momento. ¿Mostrárselo a James o esconderlo? Finalmente, lo arrojó por encima del hombro para que cayera por su espalda. Ella se preocuparía por el anillo mañana, después de saber con qué estaba lidiando. Después de todo, no estaba completamente segura de que fuera el anillo de James.

Blaire se levantó de su lugar y comenzó a caminar por el piso. El tiempo pasaba volando. Ella realmente debería cambiarse. Cruzó la habitación hasta su guardarropa, se quitó el vestido y se puso su bata. Luego se dejó caer en la cama para esperar su destino. Cerró los ojos e inhaló profundamente, luego exhaló con la misma lentitud. Si él no llegaba pronto, ella sería un manojo de nervios insaciables cuando llegara.

Saltó de nuevo, cuando dio su primer paso por la habitación, el suave toque en la puerta la sacó de sus tumultuosos pensamientos.

James entró y cerró la puerta suavemente detrás de él.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella rápidamente.

—Me dejaste hace unos momentos, Blaire —le recordó con una sonrisa. —Pero cuando escuché que empezabas a caminar, sabía qué harías un surco en el piso si no aparecía pronto.

—¿Estás seguro de que esto es lo mejor? De verdad funcionará, James. Soy una bruja nacida en batalla. Puedo inventarme algo para protegerme a mí y a mi familia.

—Tal vez puedas —él asintió con indulgencia. Luego, cruzó la sala en un instante, inclinando la barbilla hacia arriba. —Pero, quiero poseerte más que a cualquier cosa deseada en mi vida, Blaire. Permíteme un momento de egoísmo con el disfraz de mantenerte a salvo.

Él la quería. ¿De verdad la quería?

—¿Me quieres, James? ¿O lo harías con cualquier chica bonita?

Él gruñó ligeramente, su agarre la apretó casi imperceptiblemente.

—Si quisiera a cualquier muchacha, podría haber ido a buscarme una tan pronto como me despertaste, Blaire. Pero te he querido tanto que solo tomé el sustento de fuentes no humanas desde que volví a la vida.

—No lo entiendo —su cabeza estaba dándole vueltas.

—Si hubiera deseado alguna chica, podría haber encantado a una fácilmente y poseerla. Sin embargo, no lo haré con otra que no seas tú —él se alejó rápidamente de ella.

Blaire tiró bruscamente de su manga.

—¡James!

Él se volvió hacia ella lentamente, sus ojos negros como la noche revelaban más de lo que sus palabras jamás podrían. Sus colmillos se habían distendido y jugaban con su labio inferior. Blaire dio un paso atrás.

—Tienes dos opciones, amor —la provocó, mientras daba un paso en su dirección.

—¿Y esas son? —su voz se agitó un poco.

Él sonrió. Por supuesto, se dio cuenta.

—Puedo meterte en la cama y darte un buen vaso de leche caliente para ayudarte a relajarte. Incluso podría contarte una historia.

Ella golpeó su pecho.

—No te burles de mí.

Él la obligó a retroceder con sus pasos hasta que la parte posterior de sus rodillas golpeó la cama y ella no tuvo más remedio que sentarse. Fue una sensación extraña lo que le permitió tener ese poder sobre ella.

—Vuelve escurridiza —dijo.

Ella ni siquiera lo pensó dos veces antes de removerse en la cama, dejándole espacio para que él se sentara a su lado.

—¿Debo quedarme aquí quieta?

—¿Sabes cómo quedarte quieta?

Él se rió entre dientes. El maldito hombre se echó a reír, mientras se quitaba una de sus botas y la dejaba caer al suelo.

—No eres gracioso —gruñó.

Su otra bota cayó al suelo cuando dijo:

—No quiero que te tumbes debajo de mí, sólida como una piedra. Oh, no —sus ojos negros centellearon. —Me gusta que mi presa todavía se mueva.

—Diablos, me he convertido en presa —gruñó.

—¿Dónde aprendiste a maldecir como a un hombre? —preguntó, con una sonrisa pegada en su bonita boca.

—Nací para luchar. No es probable que me encuentres practicando mis modales en el salón, antes que afilando mi espada —ella lo miró. —Soy plenamente consciente de que, para la mayoría de los hombres, esto resulta ser muy poco atractivo. Pero nunca pude ayudarme en esa tarea. ¿Te molesta?

—Lo encuentro encantador.

–Podría decirte que intentaré actuar como una dama, pero estaría mintiendo.

–Te prefiero tal como eres –se encogió de hombros, tan cómodo como si estuvieran discutiendo del clima.

–¿A qué voy a saber? –preguntó con una voz de niña pequeña.

Ella nunca había tenido miedo antes en su vida. Pero la sola idea de que James hundiera los colmillos en su piel, la hacía sentir temerosa y alerta al mismo tiempo.

–Al cielo, apostarí.

–No eres gracioso en lo más mínimo, James. Estoy hablando en serio. Es mi carne de la que hablamos.

–Y es una carne encantadora –dijo, mientras deslizaba sus dedos por su antebrazo expuesto y luego, volvía a descansar debajo del puño con volantes en su codo.

–¿Es ahí donde me morderás?

Ella movió su muñeca para poder ver las venas azules que descansaban justo debajo de la superficie.

–Probablemente no –dijo distraídamente, mientras se llevaba la muñeca a la boca e inhalaba profundamente. Su aliento le hacía cosquillas en su piel sensible.

–¡James! –lo empujó hacia ella, pero él, solo se rió en respuesta.

–Todo a su debido tiempo, Blaire. Ten paciencia, amor.

–¿Qué estamos esperando? Estoy aquí. Tú estás aquí. Vamos a seguir con esto.

–¿Siempre eres tan impaciente?

–Probablemente.

–Si no estuviera aquí para demorarte, chuparías todo el placer del momento.

–No soy el que va a chupar algo aquí, James.

Su mirada se oscureció perceptiblemente.

Si James tenía que esperar un momento más para saborearla, perdería el poco control que le quedaba. El olor a lavanda de ella, combinado con el sonido de su sangre que latía dentro de las venas, fue suficiente para avergonzarse por completo. Después de todo, habían pasado décadas desde que había poseído a una mujer.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó la chica, mientras tiraba de su manga, exponiendo su muñeca para él otra vez. Ella se la tendió. —¿Es esto lo que quieres?

—¿Por qué tienes tanta prisa? —preguntó él, mientras ocultaba un mechón de su cabello negro detrás de la oreja.

—¿Se supone que se debe hacer lentamente? Tienes que decirme si hago algo mal. Nunca he sido comida antes.

—No podrías hacer nada mal.

Él se rió entre dientes, Ella era absolutamente perfecta. Su rápido ingenio le hacía reír, su inteligencia era como un afrodisíaco y su olor hacía que se le hiciera agua la boca.

—No me harás daño, ¿o sí? —preguntó ella en voz baja, mientras se inclinaba hacia él.

—Haré mi mejor esfuerzo para no lastimarte. Han pasado décadas desde que tuve sangre humana fresca —Se detuvo brevemente para buscar su hermoso rostro. Tan confiado. Tan perfecto. Por no hablar de la belleza de este.

James bajó la cabeza y presionó sus labios en un lado de su cuello. Él estaba en lo correcto. Ella sabía al cielo.

—Dime cómo será, James —dijo suavemente, mientras su mano se acercaba para agarrarle la parte posterior de su cuello. El pulso en la base de la garganta aceleró.

Él la levantó con suavidad y la enderezó en el centro de la cama, luego trepó lentamente sobre sus manos y rodillas hacia ella y la rodeó. Ella lo miró con sus suaves y ansiosos ojos grises, sus pestañas oscuras barriendo sus mejillas como fanáticas.

James tocó sus labios con los suyos, con la intención de darle un beso reconfortante, uno destinado a mostrar su afecto. Pero Blaire bajó su cabeza hacia la suya, cuando él se había levantado de encima de ella y se movió en su beso.

–Si vuelves a hacer eso, te echaré toda la culpa cuando esto vaya mal –gruñó.

–Dijiste que querías a tu presa moviéndose –bromeó.

Presionó su rostro contra su cuello e inhaló.

–Nunca esperarías que te tumbes debajo de mí.

James tiró de los cordones de su bata, exponiendo el cuello de la chica a su mirada. Ella movió su cuerpo para permitirle un mejor acceso.

–Tal vez tengas que quitarte esto –murmuró, pero observó su expresión.

–¿Por qué? –sus ojos se abrieron de par en par.

–Necesito encontrar el mejor lugar para morderte. Y tienes lugares para elegir, ahí abajo.

Una pobre excusa que conocía. Probablemente le habría ido mejor si hubiese dicho "porque quiero verte desnuda", ahora lo miraba como si estuviera hablando en lenguas.

–James –preguntó vacilante.

–Sí. Amor.

–¿Estás planeando solo tomar mi sangre y no mi inocencia?

–Ese es mi plan.

Sería muy difícil, pero lo haría. Su principal objetivo era mantenerla a salvo. Sus propias necesidades eran secundarias. James estudió el costado de su cuello por un momento, y frunció el ceño.

–Si te muerdo ahí, dejaré una marca.

Ella cubrió el área de forma protectora.

–Entonces, ¿otras personas lo sabrían? –chilló ella, y se sentó rápidamente.

—Sí, pero solo si lo hago ahí. Puedo morderte ahí abajo —apuntó hacia debajo de su cintura, —y nadie lo sabrá nunca. Aparte de nosotros dos.

“Y lo pensaré día y noche. Me temo que nunca olvidaré el sabor de Blaire Lindsay”, pensó James.

—¿Dónde es ahí abajo? —su voz tembló.

—Te lo mostraré —le aseguró. Tiró del borde de su bata. —¿Puedo quitarte esto?

—¡No! —carraspeó ella.

—No hay necesidad de estar inquieta —dijo suavemente.

—¿Cómo diablos te sentirías si supieras que vas a ser comida, y luego descubres que serás una comida desnuda?

James se inclinó rápidamente y la besó. Si él le permitía más tiempo para pensar en su situación, el sol se levantaría y la noche se perdería. Blaire estaría perdida para él.

Ella le devolvió el beso vacilante.

—Eso es todo, Blaire —le canturreó, mientras le besaba por el costado de su cuello, abrasando suavemente con sus dientes, que todavía estaban distendidos.

Él tiró del cuello de su camisón hasta que expuso el relieve de su pecho. Un pezón estaba atrapado por la tela ofensiva donde presionaba insistentemente, como si estuviera ansiando su toque.

—Blaire —gruñó. —No puedo llegar a ti si estás completamente cubierta.

Blaire levantó su trasero de la cama el tiempo suficiente como para tirar de su bata debajo de ella y pasársela por encima de la cabeza. James se recostó y la devoró con la mirada. Nunca había visto a una mujer más perfecta. Su Blaire no sintió la necesidad de cubrir su cuerpo en lo más mínimo, de hecho, parecía que se enorgullecía de tener toda su atención.

James se agachó y se quitó los pantalones. Tendría que estar ciega para no ver la longitud de él presionando insistentemente contra la tela.

—Quítatelos —dijo ella.

Sugerencia peligrosa era esa, James no pudo evitar seguir su petición. En cuestión de segundos, se sentó frente a ella tan desnudo como lo estaba su compañera, su longitud sobresalía ante ella. Ella la alcanzó, pero él agarró sus manos.

—No, esta noche.

James la presionó contra la cama y se detuvo encima de ella, su cuerpo caliente y duro en una posición en la que podía abrumarla por completo. En cualquier otra situación, ella probablemente hubiera luchado por salir de ahí. ¿Confiaba en el hombre que estaba a punto de poseerla?

—James —suspiró, mientras él lamía su pezón con el mayor cuidado.

Introdujo la puntita en su boca y con su mano exploraba el resto de su cuerpo. Pronto estaría suplicando si no hacía algo para aliviar el ardor que estaba creando dentro de ella. Él podía notarlo.

—En interés de la unión completa —dijo rápidamente, —voy a morderte aquí abajo.

Su mano se deslizó por su vientre y hacia sus rizos, donde su pulgar comenzó el movimiento más delicioso que la hizo arquearse contra él.

—¿Ahí?

Se apoyó sobre sus codos y lo miró.

James se deslizó entre sus muslos hasta quedar sobre su lugar más secreto, acariciando suavemente.

—Más —lloró la chica, mientras sus manos se deslizaban por el cabello del vampiro; justo antes de que James presionara sus labios en su centro. —¡Maldita sea! —dijo ella. —Por favor, James —suplicó ella.

James lamió ligeramente sobre ese pequeño punto, que la empujó salvajemente, y cerró suavemente la boca sobre él para atraer profundamente su carne.

Los talones de Blaire se clavaron en la cama mientras se arqueaba contra su boca, completamente avergonzada de su desnudez. Sin avergonzarse de sus acciones, maldijo con fluidez cuando se acercó más y más a la cúspide.

Él reemplazó su boca con el pulgar y giró su cabeza dentro del muslo interno de la bruja, donde lamió lentamente sobre su piel. James lamía su suave carne, mientras su pulgar continuaba con su lento tormento. Seguía las indicaciones del cuerpo de

Blaire, el arco de sus caderas, los sonidos de placer que le salían de los labios, el tirón de sus manos en su pelo y el agarre de sus uñas sobre los hombros desnudos de él.

Cuando la bruja finalmente se tensó, con el placer estallando en su interior, James mordió la suave carne de su muslo, atrayendo la esencia de su vida dentro de él rápidamente, bebiéndola, listo para ahogarse en ella. Él poseyó su placer en sí mismo. Y le dio el suyo a cambio.

—¡James! —llamó ella, cuando él alcanzaba su propio apogeo como un muchacho adolescente contra la ropa de cama.

Por supuesto, ella lo había sentido. Justo cuando él había sentido su placer dentro de sí mismo, había sentido el suyo dentro de ella.

Blaire gritó tan fuerte, que temía levantar al resto de la familia de sus camas. James ralentizó su pulgar y disminuyó la presión de su boca contra su piel hasta que rompió el agarre. Luego, lamió suavemente la herida para cerrar los dos pequeños pinchazos en su piel.

El vampiro se arrastró lentamente por su cuerpo, mirándola, esperando que su adoración por ella reluciera en su mirada. Blaire levantó una mano temblorosa para limpiar suavemente la comisura de su boca, donde su sangre se había derramado sobre la juntura de los labios.

—Dado que esa es tu primera comida en décadas, te perdonaré por estar un poco desaliñado.

Se echó a reír ligeramente, su cuerpo retumbaba de alegría bajo el hombre. James se volteó de espaldas a su lado y luego, la hizo rodar para descansar encima de él. Ella lo miró, con una mirada soñadora en los ojos.

—Entonces, ¿cómo estuve?

James se lamió los labios y sonrió.

—Eres una pequeña y sabrosa brujita.

En verdad, ella era más de lo que él podía haber esperado; más de lo que siempre había deseado; más de lo que merecía. Ella era Blaire. Su Blaire.

James suspiró, sabiendo que la idea era fantástica. Si solo pudiera ser suya en todos los sentidos, hasta el fin del mundo; pero no era posible. El tiempo era fugaz,

lo sabía bastante bien. Sin embargo, no podía evitar desear más. Si pudiera tenerla siempre, vivir por la eternidad no parecería tan solitario; aunque siempre para un vampiro y siempre para un humano significaba dos cosas muy diferentes. Una rápida punzada de dolor latió dentro de su pecho, y James tomó aire con sorpresa. ¿Qué demonios estaba mal con él?

—¿Estás bien? —la preocupación nubló los ojos grises de Blaire mientras lo miraba.

—No es nada —mintió una vez más.

Ella tenía suficiente de qué preocuparse con Sarah y Trevelyan acechando cerca; no le daría nada más de que preocuparse, sobre todo cuando no deberían estar disfrutando juntos de ese momento.

—Solo reaccioné a mi primer sorbo de sangre humana en años.

Una sonrisa aliviada iluminó su rostro.

—Me asustaste —ella lo besó suavemente en el pecho.

A decir verdad, estaba un poco asustado. Tenía que estar lo más fuerte posible cuando se enfrentara a sus enemigos y este extraño dolor no era un buen augurio. Con suerte, Blodswell sabría qué hacer con esta desafortunada complicación. James la instó a acurrucarse junto a él, y la cubrió con su brazo protectoramente sobre la cintura.

—Intenta dormir un poco, amor. Tenemos un largo día por delante, mañana.

Sorprendentemente, ella hizo caso a su consejo y al poco tiempo estaba profundamente dormida, al igual que él.

Los ojos de James se abrieron de golpe. Todavía estaba oscuro. Probablemente se había quedado dormido por unos minutos; al menos esperaba que fueran solo unos minutos. Se desplegó a sí mismo de los brazos de Blaire y escondió la colcha sobre su ligera forma. No importaba qué tan fuerte fuera a la luz del día, por la noche era tan frágil como cualquier flor.

Desde el umbral, James contempló la suave respiración que subía y bajaba del cuerpo dormido de Blaire. Ella era nada menos que la perfección. Lo último que quería hacer era dejarla; pero necesitaba respuestas y esperaba más allá de toda esperanza, de que Matthew tuviera algo que decirle. Salió silenciosamente de su habitación y cerró la puerta. Se dio la vuelta y dio un paso hacia atrás con sorpresa.

–¿Y qué? –comenzó el capitán Lindsay. –¿Qué estaba haciendo en la habitación de mi hermana, tan tarde en la noche?

Capítulo 17

Si James todavía tuviera pulso, sus venas estarían palpitando descontroladamente. Tal como estaba, su boca se abrió, pero solo por un breve momento. Fingió una sonrisa agradable y dio un paso hacia el capitán.

—¿Ésta es la habitación de Miss Lindsay?

Los ojos claros de Aiden Lindsay lo miraron peligrosamente con recelo. Si James fuese humano, habría temido por su vida.

—Sí, y acaba de salir del interior. Entonces, imagino que esto no es información nueva para usted, Lord Kettering.

—Está tan oscuro allí, que no pude ver ni mi mano frente a la cara. Estaba buscando la habitación de Lord Blodswell y debo haberme perdido.

—¿Perdido? —repitió incrédulo el escocés. —Me parece difícil creer. Ahora, me gustaría saber la verdad, milord, o puede tomar sus cosas y a su noble amigo, y salir de mi castillo.

¿Y dejar a los Lindsay expuestos a Sarah y Trevelyan? ¿Salir sin su anillo? ¿Irse sin Blaire? James todavía podía saborearla en su lengua, y lo último que permitiría era que Aiden Lindsay lo arrojara de Briarcraig.

—La verdad, Capitán, me perdí buscando al conde. ¿Ciertamente, no está desafiando mi honor?

Lindsay resopló.

—¿Honor, dice? ¿Sería ese el mismo honor que me mostró cuando cenó en mi mesa esta noche, llegó tarde y partió temprano? ¿O el mismo honor que mostró cuando conoció al señor MacQuarrie y le gruñó como una bestia? ¿O el mismo honor que muestra cada vez que mi hermana está a su vista, como si quisiera comérsela entera?

James apretó los dientes. Pero el capitán no mostraba ninguna señal de que reconociera la amenaza, que sin duda estaba saliendo de James en oleadas.

—Luché con honor en Quatre Bras. Comprendo el significado de la palabra, mejor que un inglés adinerado que nunca ha mostrado su honor de ninguna manera. Entonces no piense intimidarme, Kettering. Con mis años en el ejército, apostaré que mi tiro es más seguro que el suyo —Lindsay cruzó sus brazos sobre su pecho, y aunque era más bajo que James por varios centímetros, la ira se podía ver relucir en sus ojos. —Conozco el tipo de hombre que es usted.

—¿De verdad? —cortó James.

—Sí —el capitán asintió una vez. —Serví en el ejército con muchos hombres que pensaban poder tener una noche de placer con quien quisieran, sin consecuencias. Y Blaire no puede actuar así, es una dama. Una a la que usted no puede tratar a la ligera. Si cree que la usará de cualquier manera, le arrancaré el corazón directamente de su pecho.

Tendría tiempo de encontrarlo, no es que James pudiera decirlo.

—No hay necesidad de amenazas, Capitán. Tengo un gran respeto por Miss Lindsay.

—¿A sí? —el hombre hizo un gesto hacia la puerta cerrada de Blaire, a espaldas de James. —Porque acabo de verlo salir de la alcoba de mi hermana, y sé muy bien que ha estado allí por bastante tiempo. Por lo tanto, si tiene el mayor respeto por ella, ¿tengo la esperanza de que llegue una oferta de matrimonio mañana por la mañana?

¿Matrimonio? El deseo de tener a Blaire se elevó dentro de James. Tenerla con él por el resto de su vida sería un regalo que apreciaría por toda la eternidad. Pero no podía pedirle un sacrificio así; no sería justo. Un pensamiento molesto en el fondo de su mente le decía que no sería un sacrificio si la convertía, pero sacudió el pensamiento tan pronto como entró en su mente. Había visto pasar a sus padres y a todos sus seres queridos de este mundo al otro. Él no deseaba eso con ella.

—Espero que no —Aiden Lindsay se irguió, alcanzando apenas el hombro de James. —Quiero que se haya ido no más amanezca.

Maldecía a ese maldito aquelarre por quitarle su poder para encantar a los humanos. Sería muy útil en ese momento. Aun así, un intento más no podría empeorar las cosas. James miró a Aiden Lindsay. Se concentró intensamente en las pupilas del capitán, buscando el alma del hombre.

—Nunca me vio esta noche.

Toda la expresión en el rostro de Lindsay se desvaneció, y James sonrió para sí mismo. Que golpe de suerte. Él todavía podría hacerlo. ¡Gracias a Dios! El poder del aquelarre debía haber desaparecido.

—Ahora vuelva directamente a la cama y lo veré en la mañana.

—Por la mañana —murmuró el capitán, mientras giraba por el pasillo oscuro.

El alivio se apoderó de James, pero fue solo por un momento. A pesar de lo emocionado que estaba por tener su poder de encantamiento de vuelta, todavía no sabía qué causaba el dolor que había sentido esa noche. Eso lo preocupaba más que nada. Matthew, sería mejor que tuviera algunas malditas respuestas.

Asaltó la recámara de su creador sin llamar. El vampiro apenas levantó la vista del libro que estaba leyendo, pero muy casualmente, muy tranquilamente dijo:

—Espero que las cosas hayan ido bien con Miss Lindsay.

—Sabes malditamente bien que así fue —gruñó James.

Matthew finalmente levantó la vista de las páginas de su libro y levantó una ceja hacia James. Matthew era su creador, podía sentir cada emoción fuerte que James tuviera; si sentía ira, Matthew también la sentía; si experimentaba tristeza, Matthew también tenía una sensación de melancolía; si experimentaba un placer extremo como el que había tenido con Blaire, Matthew era muy consciente de ello.

Matthew volteó su libro y lo dejó descansar sobre su rodilla.

—Y, sin embargo, estás de mal humor. ¿A qué se debe?

James comenzó a caminar. Matthew simplemente cruzó sus manos frente a él y esperó.

—No estoy de mal humor —murmuró James.

—Sí, cualquiera que intente llevar un agujero en su cuerpo, realmente esconden un corazón jovial.

Matthew suspiró dramáticamente, lo que hizo que James quisiera poner los ojos en blanco ya que el hombre ni siquiera tenía que respirar para sobrevivir

—¿Por qué no sigues adelante y me dices cuál es el problema? Entonces podremos resolverlo.

–Me temo que mi problema no puede resolverse fácilmente.

Matthew no dijo ni una palabra. Simplemente lo miró con curiosidad.

–Me temo que quiero más de Miss Lindsay de lo que puedo tener –se quejó James en voz baja.

–¿Cómo dices? –preguntó Matthew, mientras se acomodaba en su asiento.

–Lo juro, Matthew, ¡es casi como si tuviera un corazón! –soltó James finalmente. –No me he sentido así en años; décadas. Desde hace mucho, mucho tiempo. No desde que morí.

–¿Te estás enamorando de Miss Lindsay?

Matthew tenía la mirada más incrédula en su rostro.

–¡No lo sé! –gritó James.

–¿Podrías tranquilizarte? –reprendió Matthew. –Despertarás a todo el castillo.

–Oh, Aiden Lindsay simplemente me sorprendió saliendo de la habitación de Blaire, por cierto –admitió James.

–¿Oh? –dijo Matthew.

–¿Eso es todo? ¿Oh? ¿Eso es todo lo que obtengo? Eres alguna especie de mentor.

–Nunca me he enamorado –dijo Matthew en voz baja. –Es difícil para mí aconsejarte sobre algo por lo que no he pasado. Lo siento.

–No es amor –se burló James.

Matthew evitó su mirada.

–Te olvidas de que pude sentir una pequeña porción de lo que experimentaste.

–Lo cual no es apropiado. Un hombre debería poder tener algunos secretos.

–Estoy completamente de acuerdo –dijo Matthew. El vampiro parecía, casi, demasiado calmado.

–Sigo teniendo este dolor dentro de mi pecho.

–¿Dolor? –finalmente, obtuvo la atención de Matthew.

—Eso es lo que dije —repitió James, mientras giraba para enfrentar a Matthew.

Él parecía perplejo.

—No experimentamos dolor de corazón, anhelo; la capacidad para amar. Es uno de los sacrificios de tener vida eterna —él se encontró con la mirada de James.
—Permíteme hacerte una pregunta.

—Como si pudiera detenerte —respondió James.

—¿Dejarías la vida eterna por un corazón? ¿Por la capacidad de amar? ¿Por Miss Lindsay?

James se frotó los ojos con las manos y gimió.

—Sin dudarlo ni una vez —finalmente dijo en voz baja. —Aunque no hay necesidad de desear tal cosa, ¿verdad? —añadió en voz baja.

—No, me temo que no.

Blaire extendió un brazo sobre su cabeza y lentamente se despertó, bajo la luz de la luna entrando por su ventana. Ella había tenido el sueño más maravilloso sobre James y no estaba lista para enfrentar el mundo, prefería darle vueltas a su sueño mentalmente. Rodó hacia un lado y se sobresaltó cuando sintió la fría presión de la ropa de cama contra su piel desnuda. ¿Su piel desnuda? Ella nunca había dormido sin camisón, ni una sola vez en su vida.

Blaire levantó el borde de la colcha para confirmar que, de hecho, estaba completamente desnuda. ¡Cielos! ¿Era su sueño real? Con dedos temblorosos, tocó el interior de su muslo, que todavía estaba un poco dolorido, justo donde James había perforado su piel.

No fue un sueño. Sin aliento, ella se enderezó, agarró la colcha contra su pecho y buscó en la habitación signos de su vampiro. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al recordar lo que habían hecho la noche anterior; era un escalofrío delicioso que hizo que sus dedos se acurrucaran por su propia voluntad.

Con piernas temblorosas, cruzó la habitación y se colocó el primer vestido que tocó. El sol todavía estaba a una o dos horas de hacer su aparición en el cielo. Ella tenía tiempo de hacer los preparativos para proteger a su familia de Reese y el señor Trevelyan. ¿No había dicho James que estaría protegida una vez que la poseyera? Y ciertamente lo había hecho. Su vientre se revolvió ante el recuerdo de eso. Definitivamente la había poseído por completo.

Blaire se deslizó silenciosamente por su habitación, bajó los escalones de piedra y salió por la puerta principal. El viento del lago se precipitó a su alrededor, frío y húmedo. Solo le tomaría un momento. Un hechizo de protección protegería a Briarcraig y a sus habitantes. Para hacerlo, necesitaba marcar los cinco puntos de la formación estelar alrededor de la propiedad. Una marca por cada fuerza dentro del Còig; las marcas formarían una barrera sólida contra aquellos que desearán hacerles daño.

El único sonido que escuchaba Blaire era el suave chapoteo del agua helada en el lago. La niebla fría y húmeda se elevaba del suelo cuando se metió más en la oscuridad de la noche. Localizó un buen lugar para grabar el primer punto de la estrella de cinco puntas, en un enorme roble que estaba en la parte posterior de la propiedad. Levantó su dedo, y con una llama a fuego lento, grabó una estrella en el árbol centenario. Una por cada una de las brujas. Cuatro más por hacer.

Una ramita estalló detrás de ella. Blaire giró y se puso en cuclillas para protegerse, buscando en la oscuridad.

—¿Quién está ahí? —gritó ella.

Sarah Reese salió de la niebla y se puso dentro de su alcance visual.

—No tenía idea de que fueras tan talentosa —dijo, mientras señalaba con la cabeza hacia el diseño aún humeante.

Entonces ella había visto ese poquito de poder. Blaire podría mostrarle más que eso, especialmente si la vampira volvía a mirar a Brannock como lo había hecho la noche anterior. Una bola de fuego se encendió sobre su palma, el paso de una mano a otra.

—Probablemente hay muchas cosas que no sabes sobre mí —respondió Blaire en voz baja.

–Aparentemente –la vampira femenina asintió concordando con ella, mientras se acercaba a la bruja. Blaire pudo ver a la mujer conspirando, midiéndola e intentando descubrir cómo desarmarla.

Naturalmente, Sarah Reese sería verdaderamente sorprendida si pensaba intentar algo tan temerario. Aun así, una parte de Blaire esperaba que lo intentara, mientras ansiaba la oportunidad de destruir a la ex amante de James. ¿Cómo matar a un vampiro?

–Estoy sorprendida de verte todavía en la propiedad de Briarcraig.

La mujer se rió, aunque no emanaba ningún humor.

–En estos días solo escucho mi propio consejo, Miss Lindsay. Esos dos pueden encontrar a alguien más para mandar de acá para allá.

–¿Qué quieres? –preguntó Blaire.

¿Y dónde estaba Trevelyan? Dudaba que se separaran a menudo, así que miró por encima del hombro, buscando al intimidante vampiro.

–¿Dónde está James? –respondió Sarah, mientras jugueteaba con una rama que había recogido del suelo, girándola dentro de las yemas de sus dedos.

–No estoy segura de dónde está en este momento. Tal vez te gustaría volver y buscarlo a la luz del día. Puedes salir a la luz, ¿no? ¿Desde qué tienes un anillo?

Los ojos de la vampira se estrecharon, y Blaire sintió una satisfacción inmediata.

–James te habla con mucha confianza –dijo bruscamente.

Blaire siguió presionando.

–Y apostaría que es por eso por lo que estás sola. Porque tu cohorte en travesuras no puede salir a la luz del día –ella miró hacia el cielo, –y el sol saldrá en cualquier momento.

–Chica inteligente –masculló Sarah, pero Blaire casi podía sentir la ira que irradiaba en sus palabras.

–Si creen que pueden tomarme fácilmente, tienen una idea equivocada de quién soy, Miss Reese.

Blaire giró su mano ahuecada, haciendo que la bola de fuego girara sobre su palma como si fuera a ser desatada por un niño precoz. Captó la atención de Sarah de inmediato, justo como Blaire había planeado.

—Tengo la sensación, Miss Lindsay —dijo con calma, —de que matarla valdría la pena, aunque me queme —sus ojos oscuros se estrecharon mientras miraba la bola de fuego.

—De lo que no te das cuenta es de que ya me han poseído —se burló Blaire, y luego observó atentamente si había alguna reacción. —Por lo que escuché, pierdes gran parte del impulso una vez que otra persona ha sido reclamada por otro vampiro —permitió que una pequeña sonrisa cruzara sus labios. —Ya me marcó, lo ves.

La furia se elevó dentro de la otra mujer. Era una furia diferente a cualquiera que Blaire hubiera sentido alguna vez. Contó mentalmente las armas que tenía cerca: una daga en su bota, un cuchillo en su bolsillo, un dardo en su cabello. No era suficiente. No lo suficiente como para matarla; aunque ciertamente podría intentarlo. Posiblemente mutilarla.

—Es posible que tu sangre no me tiene de la misma forma en que lo hizo más temprano, pero eso no significa que no tenga en mí el poder de drenar cada gota de tu cuerpo —ella hablaba con tanta frialdad, con tal odio, que un escalofrío recorrió la columna vertebral de Blaire.

Aun así, Blaire nunca había retrocedido en una pelea, y no estaba dispuesta a empezar, no permitiría que esa vampira sin corazón y chupadora de sangre arruinara su récord.

—Interesante, ¿no es así? —preguntó, mientras arrojaba la bola de fuego a la mano opuesta y luego enviaba la mitad de vuelta.

Ahora ella tenía dos, ya listas para el ataque; listas por si ella se movía.

—Me encantan las llamas. Mira cómo están impregnadas de tonalidades como el morado y el dorado. Tan bonita, pero muy caliente. Uno podría pensar que las llamas perderían algo de su belleza, desde que su único combustible es mi odio hacia ti.

—Odio es una palabra muy fuerte —respondió Sarah, su sonrisa helada desapareció de su rostro como una grieta en un espejo. Estaba allí un momento y al siguiente ya no.

—Y, sin embargo, tan precisa —se burló Blaire. —No sé qué fue lo que causó la animosidad entre Kettering, Blodswell y tú, pero eso no le concierne a mi familia. Briarcraig le pertenece a mi hermano, y aunque no puedo evitar que visites Highlands, tendré que pedirte que te mantengas alejada de la propiedad de los Lindsay.

Los ojos oscuros de Sarah la miraron con recelo, y Blaire pensó que tal vez había provocado demasiado a la vampira. Observó el área boscosa y supo que, si corría, Sarah estaría sobre ella antes de que pudiera dar un paso.

La vampira sonrió ampliamente. Blaire casi dejó caer las bolas de fuego, que arrojó cuando vio descender los incisivos de Sarah. La vista era escalofriante, no del todo como se había sentido cuando James había hecho lo mismo.

—Dime algo —exigió Sarah, —¿Jamie mintió y te dijo que la única forma de salvarte era poseyéndote primero?

¿Mentira? ¿Era todo mentira? No, no lo era. ¡No podía ser!

La vampira continuó:

—Probablemente, te dijo que la única forma de salvarte de mí era que él te reclamara como propia. Luego, te quitó toda la ropa y puso su boca en los lugares más íntimos, antes de que perforara la piel de tu muslo y bebiera tu fuerza vital —ella negó con la cabeza suavemente como si estuviera tratando con un niño ignorante. —Lo he estado viendo usar ese truco durante años.

Él había hecho exactamente eso. El corazón de Blaire se contrajo, ¿fue toda una mentira? ¿De verdad? ¿Había sido tonta al confiar en él? Su madre lo había mantenido cautivo, después de todo. Tal vez, había una razón por la que ella lo había encarcelado en el sótano. ¿Él representaba más riesgos de lo que Blaire había supuesto?

Blaire se dio la vuelta para adentrarse más en el bosque. Si solo dependía de ella, entonces ella sola tenía el futuro de Aiden y Brannock en sus manos, y mantenerlos a salvo era su máxima prioridad. Y si había algo que ella podía hacer, era alejar a la mujer del castillo, más lejos de aquellos que amaba. Podía ser que no fuese capaz de matarla, pero haría lo que pudiera para proteger a su familia; aun si moría en el intento.

—¿Qué puedes hacer con tus llamas? —preguntó Sarah en voz baja. —Aparte de tirarlas al aire como bolas de billar.

—Veamos —comenzó Blaire. —Puedo iluminar el camino frente a nosotras.

—Y lo estás haciendo bastante bien.

—Puedo iniciar un incendio si tenemos frío.

—Es bueno saberlo.

—Puedo matarte —dijo en el mismo tono amable.

—No lo creo —la vampira negó con la cabeza lentamente.

—Sería un error subestimarme.

—No hay duda de que lo sería —Sarah dejó de caminar y se volvió hacia ella. —Pero no importa qué tan lejos trates de alejarme de tu casa, puedo regresar en cuestión de segundos y matarlos a todos.

—Gracias por mantenerme informada —respondió Blaire, con el mismo tono dulce y enfermizo que había usado antes. —Dime, ¿alguna vez has visto fuego dentro de un torbellino?

Ella meneó la cabeza.

—No puedo decir que lo haya hecho.

—Es una lástima.

Blaire se llevó una mano cerca de su boca, dejó que la llama se hundiera para quedar como la de una vela, cerró los ojos y sopló suavemente. Casi al instante, el gruñido de Sarah se encontró con sus oídos. Luego, un grito de dolor.

Los ojos de Blaire se abrieron para encontrar justo lo que sospechaba. A Sarah parada en medio de un círculo giratorio de llamas que volaban alrededor de ella, como el viento atrapado dentro de una cueva. Si se movía una pulgada hacia la izquierda o hacia la derecha, se quemaría. Desafortunadamente, el fuego se extinguiría en un par de horas; pero le daría a Blaire tiempo suficiente para reunir a sus hermanos y partir hacia Edimburgo.

—Todos los buenos vampiros deberían tener la oportunidad de ver tal espectáculo.

Blaire se sacudió las manos, extinguendo la última llama. Ella estaba bastante orgullosa de este pequeño truco. Rhiannon, su hermana del aquelarre que controlaba el clima, le había ayudado a perfeccionarlo durante meses; enseñándole exactamente la velocidad adecuada para hacer estallar la llama, y de qué manera girar la mano para iniciar el efecto de remolino.

—Te olvidaste de una cosa, Miss Lindsay —llamó Sarah desde el infierno giratorio.

—¿De qué se trata? —preguntó en respuesta, Blaire.

¿Se le había escapado algo? Ella creía que no. Sarah no podría escapar hasta que su fuego se extinguiera. Y no tenía intención de dejar que eso ocurriera pronto.

—Olvidaste que los vampiros pueden sanar —respondió Sarah, mientras atravesaba el chisporroteante fuego.

Sus faldas ardían con una llama blanca, mientras las lenguas ardientes lamían las mangas de su vestido. Aunque se movió con determinación, su mueca le decía a Blaire que sentía dolor por las llamas que quemaban su piel, y eso era algo satisfactorio. Hubiera sido mejor, sin embargo, si el fuego hubiese mantenido prisionera a la mujer. No había nada que hacer ahora, salvo escapar y esperar que las heridas de Sarah la mantuvieran fuera de la persecución.

Blaire giró para correr, pero Sarah -todavía cubierta de llamas- estaba sobre ella de inmediato. El fuego de Blaire no podía lastimar a la bruja; era una extensión de ella, después de todo. Las llamas se apagaron tan pronto como Sarah la tocó; tan pronto como sus brazos envolvieron a Blaire y le inmovilizaron las manos tras la espalda; tan pronto como los dientes de Sarah se posaron sobre el cuello de la bruja.

¡Tonta! Ella había quedado atrapada por su propia arrogancia. Sus hermanas del aquelarre siempre habían dicho que eso podía pasar algún día.

—Puede que no tenga el deseo de complacerte, pero la idea de matarte es irresistible —el olor de la carne chamuscada de Sarah quemó la nariz de Blaire.

Blaire pateó y trató de morder, arrojó su cabeza hacia la nariz de la vampira con la esperanza de aplastarla; pero Sarah esquivó todos sus golpes. La maldecía, ella era fuerte; no había ni una pizca de suavidad en su agarre. ¿Por qué James no le había mencionado cuán fuertes podían ser realmente los de su clase?

Sarah giró el brazo de Blaire detrás de su espalda, empujándolo dolorosamente hasta que Blaire pensó que se rompería en dos; la bruja finalmente dejó escapar un gemido. Maldecía su percepción tan humana del dolor. Sarah le apartó el pelo del hombro, miró su cuello y bajó la cabeza.

De repente, Blaire sintió un golpe en el costado, un duro golpe que la separó a ella y a Sarah. Cayó de espaldas, mientras la vampira se apartaba de ella. Blaire se puso de pie y encendió una bola de fuego que brillaba en su mano.

¡James!

Su cabello negro brillaba a la luz de las llamas, sus ojos escudriñaban su cuerpo. Él le tendió una mano.

—Ven aquí, Blaire.

Sin siquiera pensar, colocó su mano libre en la suya. Su frío agarre se cerró alrededor de sus dedos mientras la acercaba a su lado. ¿Pero era allí donde pertenecía? ¿Realmente podía confiar en él? Sus emociones eran demasiado confusas para saberlo con certeza.

—Acabas de cometer un grave error, Sarah.

El tono acerado de la voz de James hizo que el cabello de Blaire se erizara. Ella nunca había escuchado a nadie tan enojado. Sarah se encogió de hombros sin arrepentimiento, con el fantasma de una sonrisa en los labios.

—Me gusta su temple.

Mala elección de palabras. James saltó hacia Sarah tan rápido que su movimiento era borroso, y luego, ambos desaparecieron por los recovecos más oscuros del bosque. Todo el aire contenido en los pulmones de Blaire salió rápidamente. Por unos segundos ella había estado entre los dos vampiros y al momento siguiente, estaba sola en el bosque silencioso. Ni siquiera podía escucharlos en ningún lado.

—¡James! —llamó ella, pero no hubo respuesta, nada más que la brisa helada que sacudía las ramas desnudas de los árboles cercanos. —¡James!

Ella se detuvo, tratando de recuperar la orientación. Ni siquiera estaba segura de dónde habían ido. ¿Cómo podría ayudarlo si no sabía qué dirección tomar? Entonces la respuesta le llegó de un golpe.

¡Blodswell! James dijo que los dos estaban conectados. Que podían percibirse el uno al otro. Blaire se agarró las faldas y salió corriendo hacia el castillo. El aire helado de la mañana le picaba en los pulmones, mientras se impulsaba por el bosque más rápido de lo que nunca había ido. Pero no había tiempo que perder.

Justo cuando entró en el claro Blaire vio al conde de Blodswell, y casi se tambalea del alivio. Menos de un segundo después, el vampiro estaba delante de ella evitando que cayera al suelo.

—James —jadeó, tratando de recuperar el aliento —Y-y Miss Reese.

El caballero asintió como si entendiera.

—Está bien, Miss Lindsay —él gentilmente la dirigió hacia la entrada del castillo. —Sé dónde encontrarlo. Vuelva adentro —en un instante, ya se había ido.

Blaire parpadeó en la oscuridad detrás de él. Era como si Blodswell nunca hubiera estado allí. La velocidad con la que aquellas criaturas se movían era increíble. ¿Cómo podría uno seguirles la pista?

Ella tomó aire y se dijo a sí misma que todo estaría bien. Blodswell no parecía preocupado; en cambio, parecía seguro. Esa comprensión la hizo relajarse un poco; aunque quería terminar su hechizo de protección, tenía que asegurarse de que James estuviera bien primero. Seguir las órdenes de los demás nunca fue algo que hubiera hecho con facilidad, pero en ese caso, Blodswell probablemente tenía razón. Debería volver al castillo hasta que su vampiro regresara.

Mientras se apresuraba hacia Briarcraig, Blaire notó un destello de luz en el horizonte. El amanecer. Se quedó sin aliento en la garganta y agarró el anillo de su madre a través de su pesado vestido de lana. Tenía que habérselo dado a James, anoche cuando tuvo oportunidad. Podría ser que no fuese su anillo, pero también podría serlo; y si lo era, lo necesitaría ahora más que nunca. Si él no sobrevivía a la mañana, ella nunca se lo perdonaría a sí misma.

Un cálido y dorado resplandor brilló en el lago, y el corazón de Blaire se hundió al verlo.

Capítulo 18

James sostuvo el abrigo de Sarah en sus manos y miró a su antigua amante. Nunca había tenido tanto miedo como cuando la había visto casi perforar el cuello de Blaire con sus dientes, casi destruir a la mujer que -de alguna manera- había llegado a significar tanto para él. Todo el sentido de la razón y la decencia habían desaparecido de su alma en ese momento. Todavía no se sentía como él mismo, y cuanto más miraba a Sarah Reese, más se enojaba.

—Dejarás a Miss Lindsay fuera de esto —dijo con desprecio. —Esto no tiene nada que ver con ella.

Y era verdad. Su disputa con Sarah se había librado mucho antes de que Blaire naciera, mucho antes de que su madre o abuela hubieran nacido siquiera, para ese asunto.

—Oh, me gustaría disentir, Jamie —se burló de él, un destello malvado brilló en sus ojos. —Olvidas desde cuánto tiempo te conozco. Vi cómo le mirabas el trasero.

Lo cual no cambiaba las cosas. Blaire no tenía nada que ver con Sarah.

—El cómo la miro no es de tu incumbencia.

Ella se inclinó más cerca de él, hasta que sus labios rozaron un lado de su mandíbula.

—Oh, es muy de mi incumbencia. Me hiciste promesas.

James resopló.

—No hice tal cosa.

No era la primera vez que tenían esta discusión.

—Sin duda lo hiciste —su voz se elevó con indignación. —Me prometiste la vida que siempre había deseado, una familia.

—Éramos una familia. Tú, Matthew y yo. Simplemente no fue suficiente para ti.

Ella resopló y luego se soltó del agarre.

—Esa no era una familia. Era un arreglo —escupió la última palabra como si fuera una maldición. —Nunca me dijiste tus votos; nunca prometiste abandonar todo lo demás —Dio una patada a un montón de tierra, pero debajo de todo, James sabía que estaba hirviendo por dentro. —Eso es obvio —finalmente confesó. —Sin embargo, ¿harías eso tan fácilmente con esa humana? ¿Con esa Miss Lindsay?

De alguna manera, él nunca había esperado preocuparse tanto por alguien; de formas que él no sabía que era capaz de hacer. Pero revelar todo eso a Sarah sería un error muy grave.

—Como de costumbre, no sabes de lo que estás hablando. Le debo una deuda a Miss Lindsay. Eso es todo.

—¿Una deuda?

Eso era bastante cierto. Todavía estaría atrapado en esa húmeda bodega si Blaire no lo hubiese liberado.

—Estaba en un problema, y ella me ayudó. Entonces, ella y su familia están bajo mi protección.

Sarah se burló.

—Debes pensar que soy una tonta para creer esas tonterías.

James se encogió de hombros.

—Cree lo que quieras. Siempre te creas tus propias percepciones.

En ese momento, un dolor punzante golpeó el brazo de James. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que la luz del amanecer se había filtrado a través de los árboles para aterrizar sobre él. Rápidamente se movió a un área más oscura en el bosque, pero no podía quedarse allí mucho tiempo. Una mirada de confusión iluminó los ojos de Sarah, y luego se agrandaron de alegría.

—¿Has perdido tu anillo, Jamie?

No dijo nada, pero apretó los dientes, buscando en el área el lugar más oscuro que pudiese encontrar. ¿Cuánto tiempo podría permanecer al aire libre? ¿Cuán brillante resplandecía el sol? ¿Habría algún lugar seguro para esconderse?

–Qué tontería haberlo perdido –Sarah se reía burlándose de él. –Deberías tener una esposa para que recordara esas cosas por ti. Es una pena que nunca me hayas ofrecido el puesto –suspiró con nostalgia. –Bueno, vivimos y aprendemos.

El sol se hizo cada vez más brillante, y James se vio obligado a cerrar los ojos para bloquear la luz. Sobre sus manos y rodillas se arrastró cerca de una fila de arbustos pesados, esperando que eso lo ayudara a protegerse del sol naciente.

Sarah se arrodilló a su lado y susurró:

–Disfruta del amanecer. Parece ser un día glorioso –luego se fue, dejándolo sufrir solo.

Un dolor abrasador recorrió su cuerpo, y James se encorvó en una bola. Un fuerte sonido resonó en sus oídos hasta que no pudo oír nada en absoluto. Finalmente, después de lo que pareció una vida, una fría sombra de oscuridad lo envolvió. Él pudo emitir un suspiro de alivio y luego, la voz tranquilizadora de Matthew se escuchó:

–Oh, James, ¿qué harías sin mí?

–Por favor dime que no dejaste a los Lindsays sin protección –espetó James, mientras acercaba su brazo más cerca de su cuerpo para aprovechar al máximo la sombra de Matthew.

–Sarah no ha regresado al castillo, lo sabría si lo hubiera hecho; además, creo que tienes asuntos más apremiantes de los que preocuparte en este momento –le recordó Matthew. –Por ejemplo, sobrevivir al amanecer.

Eso era.

–Si me muevo rápidamente, podría regresar a Briarcraig. Tal vez –dijo James, reflexionando en su mente.

Lo convertiría en cenizas y en más dolor de lo que nadie habría de experimentar jamás, pero lo haría si eso significaba volver a Blaire. No le gustaba dejarla sin protección, sin importar dónde creía Matthew que Sarah se hubiese ido.

–Tal vez, si tuvieras una capa grande y una sombrilla –agregó Matthew, mientras se rascaba la barbilla. –Por alguna razón, no veo a Miss Lindsay como alguien que posea una sombrilla.

–Lo sé, ¿no es grandioso? –dijo James, una sonrisa finalmente cruzó sus labios.

–Oh, joven amor –murmuró Matthew. –Casi repugnante en su intensidad.

–Celos –James no pudo evitar sonreír.

Matthew se rió.

–Oh, celoso de hecho –se quitó su abrigo largo y lo colocó sobre un árbol cercano, bloqueando el sol. Luego arrojó su chaqueta a James. –Mantente cubierto hasta que regrese.

–Te he dicho que no soy suicida –se quejó James.

El comentario le valió una sonrisa de su creador.

–¿En serio? Fuiste tras Sarah justo antes del amanecer. Podrías engañarme.

Y dada la misma situación, lo habría hecho de nuevo; de lo contrario, Blaire estaría sin vida.

–¿Puedes criticarme más tarde? La situación ya es demasiado incómoda, si no lo sabes.

Después de un rápido movimiento de cabeza, Matthew desapareció; y aunque pareció una eternidad, tuvo que ser menos de cinco minutos cuando el conde regresó con una gran colcha de lana.

–Esto debería funcionar.

Después de asegurarse de que el material cubriera completamente a James, los dos regresaron por el bosque a Briarcraig. Con cuidado de mantener los ojos cerrados, James permitió que su creador lo guiara a lo largo del camino y lo mantuviera en las sombras tanto como fuera posible.

James deseaba ver a Blaire. No podía esperar para correr hacia ella, para abrazarla. Para asegurarse de una manera muy básica que ella estaba bien.

–Casi llegamos –dijo Matthew, mientras sus botas se movían de la suave tierra a la grava rocosa.

Pero James no necesitaba que le dijera eso; podía sentir la presencia de ella muy cerca. En el instante siguiente, estuvo a punto de ser derribado, derribado por Blaire cuando su aroma a lavanda lo cubrió. Ella llenó su rostro con una lluvia de besos.

—Oh, estoy tan contenta de que estés a salvo. Estaba muy preocupada. Y luego salió el sol.

—Lo cual estoy consiguiendo evitar, que abraza en carne viva al pobre James —dijo Matthew en algún lugar por encima de ellos. —¿Podemos trasladar esta reunión al castillo, Miss Lindsay?

—¡Oh! —Blaire se puso de pie. —Lo siento mucho, no pensé...

James inmediatamente perdió el glorioso peso de ella, que lo presionaba contra el suelo.

—Estoy seguro —la voz de Matthew contenía más que un toque de diversión—, que a Kettering no le importa su exuberancia, querida.

James logró evitar gruñirle a su creador cuando el conde lo ayudó a ponerse de pie; no es que realmente tuviese razones para estar enojado con el hombre. De hecho, le debía la vida. Pero por el momento, prefería que Matthew no lo salvara de Blaire; cada vez que ella quisiera arrojarle en sus brazos, él estaba más que dispuesto a tenerla entre ellos.

—Puedes quejarte más tarde —susurró Matthew.

Maldito sea ese hombre por poder leerlo tan bien. Blaire tiró de la mano de James sobre la suya y lo arrastró por el camino corto hacia el castillo, a través de la entrada del jardín. Una vez dentro de Briarcraig, James arrojó la colcha de lana y atrajo a Blaire a sus brazos. Quería pasar sus manos sobre ella y asegurarse de que estaba completamente ilesa después de su encuentro con Sarah. Lo cual le recordó que...

—¿Has perdido la cabeza?

Ella retrocedió para verlo bien.

—No estaba pensando en el sol. Lo siento.

Sacudió la cabeza y se alegró de que Blodswell se hubiera arreglado para desaparecer en algún lugar.

—No estoy hablando del sol, Blaire. Sabías que Sarah y Trevelyan estaban al acecho. ¿Por qué diablos te fuiste sola esta mañana? ¿No sabes lo que podría haberte sucedido?

Ella irguió la espalda.

—No soy una niña indefensa, James.

No, ella era peor. Una indefensa y abandonada niña al menos sabría que estaba indefensa.

—Y, sin embargo, Sarah te tenía por el cuello. Un segundo más, Blaire, solo un segundo más, y te habría perdido; tu familia y tu aquelarre también te habrían perdido.

Ella tuvo el buen sentido de tragar saliva, y por un momento, James se sintió como un canalla por acostarse con ella. Pero fue por su propio bien. Ella podía ser parte de un poderoso aquelarre; pero justo allí, en ese momento, ella era una bruja solitaria, una que no podía manejar vampiros como Sarah o Trevelyan por sí misma. Cuanto más rápido lo entendiera, mejor sería para todos.

—Solo estaba lanzando un hechizo de protección —su bonita ceja se frunció. —Dijiste que después de poseerme estaría a salvo. Y...

—Más segura —subrayó la última sílaba. —No puedes arriesgarte, Blaire. No con los dos alrededor.

—Bueno, claramente no creía tener oportunidad, James —ella cruzó los brazos sobre su pecho. —Solo estaba tratando de proteger a mi familia.

James negó con la cabeza. Si fuera una criatura viviente, ella le habría quitado diez años a su vida.

—Te dije que Blodswell y yo los protegeríamos a todos. ¿Tienes tan poca fe en mí?

Blaire miró al vampiro. Después de las cosas que Sarah Reese le había contado, ¿todavía tenía fe en James? Era posible que la mujer estuviera mintiendo. Pero ¿cómo sabía Reese, palabra por palabra, lo que James le había hecho a Blaire; a menos que usara la misma treta una y otra vez?

—No estoy acostumbrada a poner mi confianza en nadie más que en los miembros de mi aquelarre o mis hermanos.

Parecía como si ella lo hubiese golpeado. Después de un momento, pareció encontrar voz.

—Lo siento, pensé que estábamos más cerca que eso. Pensé que teníamos una conexión.

—¿Y con cuántas mujeres has tenido una conexión? —soltó ella, antes de poder contenerse.

Los ojos de James se oscurecieron, al color de una noche sin luna.

—¿Cómo dices?

Perfecto. ¿Qué iba a decir ella ahora? Blaire había estado tan feliz de que él estuviera a salvo, llena de alegría y alivio. ¿Por qué tenía que arruinarlo reprendiéndole tan pronto como la vio? Ella se encogió de hombros en respuesta e intentó maniobrar alrededor del corpulento inglés, pero él la tomó del brazo con facilidad.

—Respóndeme, Blaire.

Ella lo miró a los ojos y enderezó su columna vertebral. No estaba segura de si podía confiar en él; pero no era una cobarde.

—Miss Reese me contó, James.

—¿Te contó que cosa, exactamente?

¿Iba a obligarla a decirle las malditas palabras? Ella suspiró. Muy bien.

—Ella me contó cómo has estado usando la misma artimaña de "la única manera de mantenerte a salvo es reclamarte como mía", durante décadas o más.

Un músculo en su mandíbula hizo tictac. Bueno, eso no era una buena señal de inocencia, ¿verdad? Blaire tragó un poco sus nervios y continuó.

—Y ella sabía exactamente en dónde me mordiste; ella lo describió en detalle —el calor subió por sus mejillas.

—Así que de eso se trata, ¿verdad? —él liberó su mano. —Sarah Reese estuvo a punto de matarte esta mañana, ¿y, sin embargo, tomarías su palabra sobre la mía?

El vientre de Blaire se retorció ante sus palabras. ¿Por qué tenía que decirlo así?

—Arriesgue mi propia vida para salvarte de ella, ¿y tú crees en esa mujer por encima de mí?

—Entonces, ¿cómo lo sabía? —presionó Blaire.

—¿Has considerado lo que te dije como la verdad? ¿Que la mejor manera de mantenerte a salvo era que te reclamara como mía? Y si eso es cierto, si yo no soy el mentiroso que parece pensar que soy, ¿por qué Sarah sabría la verdad de eso también? ¿Por qué Sarah sabría que esa era la mejor manera para protegerte? Ella es una vampira después de todo. Ella hace lo mismo que yo hago.

Los ojos de Blaire cayeron al suelo. Ella no había considerado aquello en absoluto. Se sorprendió tanto cuando la mujer repitió casi palabra por palabra lo que James le había hecho, que no había considerado otra explicación.

—Tengo casi doscientos cincuenta años, Blaire.

Sus ojos se levantaron lentamente para encontrarse con los de él. Hasta ahora, no sabía realmente nada sobre él. ¿Doscientos cincuenta años? Santo cielo, las cosas que debe haber visto.

—No se puede esperar inocencia de un hombre que ha vivido tanto tiempo. ¿Me he acostado con otras mujeres? Sí ¿He tomado sangre de ellas? Sí. Eso es lo que soy; es cómo he sobrevivido. A diferencia de otros de mi tipo, no quiero que una mujer use mi marca en el cuello o algún otro pedazo de piel expuesta para que todos la vean. Si se me da la opción, prefiero el muslo de una mujer para preservar su reputación, y Sarah sabe eso sobre mí también. No marcaré a una mujer para que el mundo la vea a menos que ella sea mía —Él atrapó su mirada. —Y nunca lo he hecho. Tampoco he sentido un deseo abrumador de hacerlo. Hasta que llegaste tú.

Ella se sintió como la tonta más grande del mundo.

—Oh —su voz apenas salió, y fue todo lo que Blaire pudo hacer para no apartar la mirada.

—Oh, de hecho —se giró y se alejó de ella caminando por el pequeño pasillo, desapareciendo en una esquina.

Blaire lo siguió, incapaz de hablar. Incluso si ella tuviera la habilidad, no estaba segura de lo que podría decir. Casi había conseguido que lo mataran y luego había cuestionado su honor; si nunca volvía a hablar con ella, no podría culparlo.

Llamaron a la puerta de James. Ni siquiera levantó la cabeza de la almohada. Miró el asa, buscando el más mínimo movimiento, pero no dijo nada. No estaba de humor para una conversación amistosa.

—¿Cuánto tiempo te vas a enojar conmigo? —la voz de Matthew entró por la puerta.

—Te puedes ir directamente a las profundidades del infierno.

Una risa fue la respuesta de su amigo.

—Veo que tu encanto sigue intacto —entonces, el hombre tuvo el descaro de abrir la puerta de James de todos modos. —El papel de noble pensativo no te queda.

—Entonces, tendrás que regresar cuando me sienta más jovial.

Por supuesto, Matthew no le hizo caso y cruzó el umbral.

—La pobre Miss Lindsay ha estado tan mal como tú —cerró la puerta suavemente.

James gruñó bajo, en su garganta. Si su creador no giraba sobre sus talones y se marchaba hacia afuera...

—Afortunadamente, ese pequeño y encantador muchacho fue capaz de sacarla de su estancamiento.

—Que puñeteramente maravilloso por ella.

Matthew sonrió, lo cual era más que molesto.

—Entonces ella cometió un error —comenzó el conde. —¿Quién no lo ha hecho alguna vez en su vida?

—Incluso después de que Sarah intentó matarla, Blaire creyó más en su palabra que en la mía.

–Algo de lo que estoy seguro, lamenta mucho. Y tú, mi querido amigo, arriesgaste tu propia vida para salvar a tu hermosa bruja esta misma mañana.

Cuál era exactamente su punto.

–Y, sin embargo, ella todavía creyó en Sarah.

Matthew se encogió de hombros como si ese detalle no significara nada.

–Y estás dejando que Sarah gane en su juego.

–No estoy haciendo nada por el estilo.

–Sigues olvidando que sé lo que sientes por Miss Lindsay.

Algo que James preferiría olvidar en este momento. Maldito Matthew por restregárselo todo, de nuevo.

–No creo haberte invitado a mis aposentos.

El conde de Blodswell se rió.

–No, me mandaste al diablo, casi nada delicadamente –Se sentó en el borde de la cama de James. –Dime que realmente no vas a dejar que un error de juicio se interponga en tu felicidad.

–Ella no tiene fe en mí, Matt.

–Sarah la manipuló.

–Pensé que teníamos un vínculo, algo... mágico.

Matthew suspiró.

–Tus ojos estaban cerrados cuando volvimos esta mañana, James. Entonces no viste el alivio y la alegría que irradiaba Miss Lindsay cuando te vio. Fue la mirada más hermosa que he visto en mi vida; incluso después de escuchar la lengua venenosa de Sarah, incluso creyendo lo peor de ti, todavía no podía evitar correr hacia tus brazos.

Él no había pensado en aquello con esos términos. Aun así, él no estaba listo para ceder.

–¿Entonces, estás diciendo que es tonta?

Matthew lo golpeó en la cabeza.

–No, estoy diciendo que tú lo eres si renuncias a Blaire Lindsay.

Siempre había odiado cuando Matthew tenía razón. Y James sabía, por la sabiduría de su alma, que su amigo también tenía razón esta vez.

–¿Dónde está ella?

–Participando en el juego más extraño que he visto, con sus hermanos.

Si su curiosidad no se hubiera despertado ya, esa vaga declaración lo hubiera hecho. James se levantó sobre sus codos y le frunció el ceño a su amigo más viejo del mundo.

–Correcto. ¡Tú ganas!

Matthew le guiñó un ojo.

–Oh, no, mi amigo. En esto, creo que eres el ganador.

James siguió a Matthew hasta el piso principal del castillo y directamente al gran salón. Una vez que llegó allí, no podía creer lo que le esperaba. La sala recién renovada estaba impecablemente limpia, las cortinas habían sido reemplazadas y nuevas alfombras cubrían los pisos. Se veía exactamente como uno pensaría encontrar a cualquier castillo de Highlands, excepto por una cosa. En medio de la habitación, el capitán Lindsay y Blaire estaban enredados en una masa de brazos y piernas, luchando por posicionarse. Matthew hizo una mueca a su lado cuando el capitán se llevó un codo a la cintura y se dobló.

–No juegas justamente, Blaire –gimió el capitán.

–Nadie dijo que tuviera que jugar de forma justa –se rió, mientras lo soltaba de su abrazo. Blaire se levantó rápidamente como si sintiera la presencia de James. –¡James! –El sonido parecía arrancado de su garganta. –Quiero decir, Lord Kettering –corrigió.

Sus mejillas se tiñeron graciosamente cuando se dio cuenta de que todos los ojos de los hombres estaban puestos en ella. James no podía apartar su mirada de ella. Las heridas de la mañana todavía estaban frescas en su memoria, pero al ver la emoción en sus ojos, le fue imposible permanecer enojado con ella. ¿Quién sabía que fuera tan tonto?

El capitán Lindsay se puso de pie, y luego se puso en cuclillas rodeándola, mientras esperaba a que ella se preparara para su próximo movimiento.

—Deja de mirar al barón, Blaire, y prepárate para que te aplaste.

—En tus sueños —se burló Blaire, y retomó su postura de juego.

—¿Hacen esto a menudo? —preguntó Matthew en voz baja.

Sus cejas se levantaron con asombro, y James podía decir que Blaire tenía la admiración de Matthew. Ella no era como una dama promedio, su bruja, no lo era en absoluto. Él no podría estar más orgulloso acerca de ese hecho.

—Aparentemente lo hacen muy a menudo —dijo Alec MacQuarrie desde su asiento en el sofá. Sacudió la cabeza y sonrió, luego se frotó las manos. —Brannock sugirió, que incluso debería intentarlo después.

—Nunca serás mejor que yo, Alec —se burló Blaire con un gruñido, cuando se liberó del agarre del capitán Lindsay, sus movimientos eran rápidos y eficientes.

Un pequeño pedazo del corazón de James se contrajo ante la familiaridad entre los dos. MacQuarrie podría encontrar a su propia maldita bruja.

—¿Alguna vez gana él? —Matthew hizo un gesto al capitán, mientras se paraba detrás de la silla de Brannock.

—Solo cuando ella lo deja —el muchacho se rió ruidosamente.

Ella era una chica formidable, pero un oponente digno podría hacerla más fuerte y mejor. James sonrió para sí mismo, mientras imaginaba el entrenamiento en el que podrían participar juntos.

—Ella no me deja hacer nada —gruñó el capitán, obviamente prestando atención a su alrededor. Como el hombre inteligente que era.

—Sigue diciéndote eso, Aiden —se burló su bruja. James trató de reprimir una sonrisa, mientras Matthew se rió en voz alta por su audacia. —Por lo que he oído, te comiste un plato entero de galletas de melaza de Heather Fyfe. Te han hecho más lento de lo normal.

Eso estimuló al capitán a seguir. Hizo su movimiento, agarró una de las piernas de su hermana rápidamente y tiro de ella lo suficientemente fuerte, como para aterrizar

sobre su espalda con un silbido de aire escapando de sus labios. James dio un paso hacia ella, su gran necesidad de protegerla era casi inagotable.

Pero Matthew lo devolvió a sus sentidos.

—Estupendo deporte, ¿no es así, James?

Aiden Lindsay le sonrió a su hermana.

—¿Me dejaste hacer eso? —se burló de su posición sobre ella.

La tenía bastante bien clavada en el suelo, y ella no estaba muy feliz por eso. Algo le decía a James que ella podía hacer que se moviera de encima, pero la retenía su deseo por salvar el orgullo de su hermano. El capitán Lindsay gritó:

—Bran, ven y hazle cosquillas mientras la tengo abajo.

James se inclinó casualmente en la entrada. Eso debía ser algo que hacían con frecuencia, porque Brannock saltó a la refriega con entusiasmo. James no pudo luchar contra la risa que escapó de su garganta a causa de sus payasadas, o por las súplicas de Blaire para que se detuvieran. Ella era cosquillosa. Tendría que recordar eso.

—¡Suficiente! —Blaire finalmente gritó sobre su propia risa. —Déjenme levantarme.

El capitán se levantó y le tendió la mano, que ella tomó sin dudarlo.

Cuando se levantó, se arregló la falda y se quitó las peinetas sueltas del cabello, que ahora se rehusaban a hacer su trabajo. Sus trenzas de marta se derramaron sobre sus hombros.

—Hermoso —jadeó James.

—¿Perdone?

El capitán Lindsay se giró en su dirección, su respiración todavía dificultosa. Blaire no lucía peor por la batalla; ella ni siquiera estaba respirando con dificultad.

—Un hermano obediente, dije —James se encogió de hombros. Le tomó toda su fuerza apartar la mirada de Blaire.

—¿Es mi turno? —dijo Alec MacQuarrie desde el sofá.

Sobre su cadáver, ese hombre pondría sus manos en Blaire sobre el cadáver de James, aunque probablemente esa no era la mejor forma de decirlo. James dio un paso hacia él.

—En realidad, señor MacQuarrie —dijo Matthew, mientras caminaba junto a James, —Miss Lindsay se ve un poco sin aliento en este momento, y esperaba que pudiéramos discutir sus estudios sobre la Tercera Cruzada con más detalle.

Siempre el caballero heroico, salvando a la gente de sí mismos o del temperamento de James.

—¿Se refiere a Sir Matthew Halkett? —preguntó el escocés, arqueando las cejas con interés.

—El primer conde de Blodswell, sí —Matthew hizo un gesto hacia la puerta abierta. —Lo mencionó cuando nos conocimos, y he escuchado las leyendas de la familia, por supuesto, pero me encantaría escuchar su opinión sobre la historia.

Y ahí estaban, con qué precisión se retrataban sus heroicidades en este día y época. Narcisista incorregible, James reprimió una sonrisa a su creador. Era mejor no alentar al hombre, a pesar de que estaba ayudando a James en ese momento.

—¿Un caballero? —dijo efusivamente Brannock Lindsay —Oh, ¿puedo oír también, señor MacQuarrie?

Alec MacQuarrie miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Yo no veo por qué no.

—Oh, entonces retirémonos a la biblioteca —sugirió Matthew. —Siempre es el mejor lugar para escuchar viejas leyendas, ¿no está de acuerdo?

—Me encanta una buena biblioteca —coincidió MacQuarrie.

—Oh, entonces le encantará la de Briarcraig —dijo Matthew efusivamente. —Hay un tesoro completo de viejos tomos allí. No creo que hayan sido tocados durante siglos.

El capitán gruñó algo por lo bajo acerca de las malditas bibliotecas, pero James no pudo distinguir las palabras exactas.

—Echemos un vistazo, ¿de acuerdo? —sugirió MacQuarrie. —Ha despertado mi curiosidad.

Matthew dirigió a Brannock y al capitán Lindsay por el umbral y colocó su mano cordialmente sobre la espalda de Alec MacQuarrie, mientras salían de la habitación.

—Realmente no puedo esperar por escuchar su versión, señor MacQuarrie.

Una sonrisa divertida jugó en los bonitos labios de Blaire.

—¿Le gusta oír historias sobre sí mismo?

—Es su debilidad —James le devolvió la sonrisa.

Ella dio un paso hacia él, extendiendo su esbelto brazo.

—Siento mucho lo de esta mañana.

James levantó su mano para detenerla.

—Yo soy el que lo siente —le quitó un mechón de cabello de la frente, para mirarla.

—Siento todo lo que pasó con Sarah, pero por favor, créeme que nunca te he mentado.

Ella se mordió el labio, y él esperaba que más allá de toda razón le creyera. ¿Cómo podría probar su honor?

—Te he dicho tantas verdades, Blaire, que nunca le he contado a nadie —admitió. Era cierto, lo había hecho.

Algo que James no entendía bailó en la cara de Blaire, y sus ojos grises centellearon.

—Yo te creo.

Aunque no necesitaba respirar, James suspiró aliviado.

—¿Lo haces?

Ella asintió.

—¿Querías probar tu suerte conmigo?

James pensó que ya lo había hecho. Y era el hombre más afortunado.

—¿Probar mi suerte?

—En el ring, así que habla —aclaró. —Como con Aiden.

¿Un reto? Dios, él amaba su temple.

—No deberías permitirles ganar. Nunca apreciarán toda tu fuerza si lo haces.

—¿Cómo pudiste saber que le dejé ganar?

—Tienes más talento para pelear con el dedo meñique, que en todo el cuerpo.

Era un cumplido raro, uno que nunca le habría dicho a una dama. Pero algo le decía que a ella le gustaba más que los sofisticados piropos o los hombres que trataban de robarle besos. Ella sonrió bajo su alabanza como un faro en una noche tormentosa. Todavía sonriendo, se encogió de hombros.

—Ellos lo disfrutaban. Y saben lo cosquillosa que soy. Es divertido para ellos.

Él había tomado nota de ese hecho también.

—Cosquillosa, ¿no es así? —preguntó. Eso era algo que tendría que descubrir por sí mismo. —Sin embargo, vi un fallo en tu defensa.

—¡Imposible! —se quedó sin aliento, tan indignada como una chica normal estaría si dijera que su vestido era de un color espectral.

—Cuando él agarró tu pierna, podías haberle empujado la cabeza hacia abajo y tomado ventaja.

—¿Me quieres enseñar? —se burló ella. Él adoraba el brillo en sus ojos, y estaba tan feliz de que creyera en él que, por el momento, haría todo lo que ella quisiera.

—No puedes vencerme, Blaire —dijo en voz baja. —No es posible. Soy demasiado fuerte y fui entrenado por el muy humilde Sir Matthew Halkett, caballero de la leyenda y la tradición.

—Sí, lo sé. Pero muéstrame de qué hablabas —le sonrió ella. —A menos que tengas miedo, por supuesto.

Ella se apartó de él, con las faldas arremolinándose alrededor de sus tobillos. James arrojó su chaqueta por la habitación, aterrizando ésta en el sofá.

—Solo recuerda que fuiste tú quien lo pidió.

Ella rió en respuesta.

Podía escuchar ese sonido todo el día, pero prefería ponerle las manos encima, y ella le había dado la excusa perfecta para hacerlo.

—Prepárate, Blaire —advirtió rápidamente.

Repentinamente seria, ella se dejó caer en la misma postura que había tomado con el capitán. Luego, le mostró el movimiento a ella y cómo podía defenderse.

—Nada mal —admitió. —¿Una vez más? —ella hizo un movimiento con sus manos para que se acercara. —Esta vez, vienes a mí.

James abandonó la postura de combate y la rodeó, sus manos listas para agarrarla rápidamente, tan pronto como se presentará la oportunidad. Finalmente, ella parpadeó demasiado y él se abalanzó sobre ella. Un momento después, la hizo rodar debajo de él, con el dorso de las manos presionado contra el suelo.

—Tendrás que intentarlo con tus hermanos —sugirió, —no puedes ganar conmigo. Deberías haberme escuchado cuando te lo dije por primera vez —él se rió entre dientes por la forma en que apretó los labios.

—Tienes el ego un poco hinchado, ¿no es así? —le preguntó.

Ella ni siquiera luchó debajo de él. Simplemente se quedó allí y parpadeó con sus bonitos ojos grises puestos en él, sus largas pestañas barriendo sus mejillas como delicados abanicos. James instantáneamente se endureció.

—Más que un poco hinchado, Blaire —le aseguró.

Blaire balanceó sus caderas debajo de él, lo que le hizo gemir en voz alta.

—Aléjate de mí —ordenó ella en voz baja. Pero no había convicción en su voz.

—Si pensara que eso es lo que realmente quieres, estaría feliz de hacerlo, Blaire. Pero no creo que lo sea —le susurró a ella justo antes de dejar que sus labios rozaran los suyos, que se separaron por la sorpresa.

Nunca un hombre dejaba pasar una oportunidad, James inmediatamente profundizó el beso, persuadiéndola con su lengua para que respondiera. Y respondió. Ella se calentó más que el fuego en una fría noche de invierno. Lo que le faltaba de experiencia, lo compensaba con entusiasmo. La muchacha era fuego y seguramente sería quemado, como ella, si permitía que su pequeño juego continuara. Pero no podía, por alguna razón, alejarse de ella.

Blaire se movió ligeramente debajo de él, dándole suficiente espacio para deslizar una rodilla entre sus muslos, que inmediatamente se separaron.

James trazó con sus besos un camino hacia la línea de su mandíbula y luego se movió sobre el costado de su cuello, observando cómo su pulso latía frenéticamente bajo la frágil piel. Sus labios tocaron su garganta suavemente. Podía besarla suavemente allí sin poseerla, sin hundir sus dientes en su cuello, ¿o no?

Desafortunadamente, no tuvo chance para descubrirlo. Blaire se movió debajo de él, y él inmediatamente captó su movimiento. La pequeña y escurridiza zorra se movía para darle un rodillazo en la ingle.

—Oh, no, no quieres hacer eso —susurró al lado de su oreja.

Pero él apreciaba su espíritu. Incluso ahora, ella estaba planeando escapar de su agarre. Antes de que pudiera pensar en esquivar su golpe, Blaire lo golpeó con la palma de su mano y se la clavó en la nariz.

—Maldita sea —gruñó, mientras se movía encima de su cuerpo.

James movió su nariz con los dedos para ver cuánto daño había hecho, cuando ella lo empujó sobre su espalda y aterrizó sobre él.

—No se siente muy bien estar abajo, ¿verdad, James? —le preguntó.

En verdad, la muchacha lo había volteado con tanta fuerza, que un hombre normal habría quedado inconsciente. Él estaba feliz en ese momento de no ser un hombre normal.

Moviéndose tan rápido como pudo, James arrastró todo el cuerpo de la chica sobre él, le quitó las faldas de las piernas y la acercó a horcadas a donde estaba, sobre sus caderas con una rodilla en el suelo a cada lado de él, sus manos sosteniendo la parte posterior de sus muslos.

—Por el contrario, me gusta tenerte encima de mí —él arqueó las caderas y presionó contra el centro de ella, dejándola sentir lo duro que estaba. —Me duele por ti —gruñó. La cortina de su cabello colgaba alrededor de ambos, bloqueando al resto del mundo. Él levantó una mano y la colocó a un lado de su cara. —Quiero estar dentro de ti —admitió en voz baja.

La muchacha no retrocedió. De hecho, ella temblaba por encima de él; ella también lo deseaba.

–Quiero probar cada centímetro de ti –continuó, mientras tiraba de los cordones de su sostén.

Cuando casi había liberado la carne que temblaba con cada aliento de ella, Blaire se congeló bruscamente encima de él, atrapó su mano en la de ella y la sostuvo con fuerza.

–Alguien viene –susurró, mientras se levantaba encima de él y enderezaba la ropa.

–Ese es mi mayor deseo –suspiró, mientras apoyaba la cabeza contra el suelo en señal de derrota.

Una mirada burlona brilló en sus ojos, y James se dio cuenta de que no tenía idea de lo que estaba hablando. ¿Podría ella ser más encantadora? Él se movió para ayudarla a arreglar el escote de su vestido. El cordón que llevaba alrededor de su cuello estaba estirado. Deslizó un dedo debajo y lo tomó.

–¿Qué es esto que te pones en el cuello?

Él tiró, y desde su refugio seguro entre los pechos de la chica, tiró de su anillo. Su propio anillo. La bruja lo tuvo con ella todo ese tiempo, y ni siquiera se lo había contado.

–Maldito sea todo el infierno, Blaire –gruñó, antes de que él se lo quitara del cuello con un fuerte tirón.

Ella farfulló y alcanzó el cordón.

–Te iba a preguntar...

Pero lo que sea que quería decirle, murió en sus labios en el momento en que el capitán Lindsay llamó desde el corredor.

–¿Qué están haciendo aquí? MacQuarrie está contando algunas historias de heroísmo que no querrán perderse.

Capítulo 19

Blaire solo podía mirar a James. Los ojos negros de él se oscurecieron por la furia, mientras arrancaba el anillo del cordón y empujaba la reliquia familiar hacia su dedo.

—Miss Lindsay está por ir con usted —gruñó James, su mirada mordaz apenas la tocaba.

¿Por qué tenía que haber encontrado el maldito anillo de su madre? Tenía toda la intención de mostrárselo y preguntarle si era el que buscaba. Claramente lo era, o él pensaba que lo era. Después de pasar la mañana en absoluta miseria, Blaire no tenía intención de pasar el resto del día de la misma manera.

Ella miró a Aiden y le sonrió forzosamente.

—¿Te acordarás de los detalles y me contarás luego? Estoy teniendo una conversación con Lord Kettering.

Los ojos de Aiden se dispararon hacia James y luego hacia Blaire, la sospecha nublaba su expresión.

Blaire frunció el ceño al idiota.

—¿Recuerdas la charla que tuvimos, Aiden, en el camino a Strathcarron? ¿La conversación sobre Lord Kettering?

Ignoró el gruñido proveniente del lado de la habitación de James y vio iluminarse el rostro de su hermano. Blaire levantó su frente significativamente. ¿Cuántas pistas necesitaba Aiden?

—¿Esa conversación?

—Sí —dijo en voz baja, —¿puedes darnos un momento a solas?

—Uh... —Aiden retrocedió. —Por supuesto. Tómame tu tiempo —luego giró sobre sus talones y desapareció rápidamente.

—¿De qué iba todo eso? —gruñó James.

El calor se deslizó por las mejillas de Blaire. No iba a contarle a James sobre esa conversación tonta con Aiden. Ella meneó la cabeza.

—Nada, solo necesitaba deshacerme de él.

El vampiro de doscientos cincuenta años se burló.

—¿Crees que soy tan inepto? ¿Que puedes hipnotizarme con esos bonitos ojos grises y hacer que me olvide que ocultabas mi anillo? ¿Que tú y... —hizo un gesto despectivo hacia la puerta, —el capitán Lindsay han estado teniendo conversaciones misteriosas sobre mí?

¿Bonitos ojos grises? A Blaire le gustaría disfrutar del cumplido, pero todavía la miraba con odio.

—No es así.

—Oh, ¿no es así? ¿Tú y el Capitán Lindsay no han estado discutiendo qué hacer con el vampiro bajo su techo? ¿No han estado discutiendo cómo terminar con el trabajo que tu madre comenzó al encerrarme en este lugar olvidado por Dios, para empezar? —Él caminó por el piso, sin siquiera molestarse en mirarla. —¿No han estado discutiendo lo tonto que me has hecho? ¿No han estado...?

—¡No! —gritó ella. —Nada de eso.

James se detuvo en seco y entrecerró los ojos amenazadoramente.

—¿Entonces qué fue eso?

Nunca se había sentido tan mortificada en su vida.

—Le dije, que podrías estar interesado en mí —salió como un susurro, y no podía mirarlo a los ojos.

En un instante, se paró frente a ella.

—¿Qué dijiste?

¿Iba a hacerla repetir aquello? No en esta vida. Blaire sacudió la cabeza.

—Él quería echarte, y yo tenía que encontrar una manera de detenerlo. Fue lo único que se me ocurrió.

Con la curva de su dedo, James inclinó el mentón de la bruja hacia atrás, hasta que ella lo miró a los ojos.

—¿Estás diciendo que tu hermano le concedería su bendición a un vampiro?

¿Podría mortificarla más?

—Aiden no sabe que eres un vampiro. Y si él me creyera, estoy segura de que no podría importarle menos.

Una extraña mirada cruzó la cara de James, y Blaire no tenía idea de cómo interpretar su expresión.

—¿Crees que no le importaría a tu hermano si... te casaras con un vampiro? ¿Se preocupa tan poco por tu seguridad?

—No es eso —Blaire se liberó de su agarre y se alejó de James.

Estaba demasiado cerca, y las preguntas que estaba haciendo eran demasiado humillantes.

—Entonces dime —instó desde detrás de ella.

Blaire simplemente negó con la cabeza.

—Respóndeme, Blaire.

Ella no tenía que responder sus preguntas. Se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar, él estaba de pie frente a ella. Blaire lo fulminó con la mirada.

—Estás en mi camino.

—No irás a ningún lado hasta que me respondas.

¿Cómo se atrevía a comportarse como un bruto?

—Yo no te debo nada, Kettering. Ahora, sal de mi camino.

Él negó con la cabeza, y sus ojos oscuros se suavizaron.

—Dime que ese idiota no cree que no puedas encontrar un marido adecuado.

¡Lástima! Esa era la mirada que ella leyó en su expresión, y eso la enfureció. No importaba si él tenía razón en su estimación; ella no sería compadecida por nadie.

—Quítate de mi camino, Kettering, o te golpearé en tu asqueroso culo de vampiro.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió. De que se reía se le escapó por completo a Blaire, y ella pasó rozando al arrogante inglés, lista para escapar a la seguridad de su dormitorio. Pero él le tomó de la cintura con las manos y tiró de ella hacia él.

—En todos mis años, eres la criatura más encantadora que he encontrado.

Eso no podía ser cierto.

—Debes tener montones de hombres haciendo fila para cortejarte. He deseado arrancarle la cabeza a MacQuarrie desde que llegó solo por mirar en tu dirección.

El barón Kettering definitivamente había perdido el sentido común que antes poseía.

—No hay necesidad de que te burles de mí. He conocido a Alec MacQuarrie toda mi vida, y solo ha tenido ojos para Caitrin. Así que puedes guardar tu lastima para alguien más.

El hombre sonrió en respuesta.

—¿Lástima?! ¿Crees que me compadezco de ti?

Ella se encogió de hombros.

—Si le tengo lástima a alguien, Blaire, es a mí. Debería estar furioso contigo, y parte de mí todavía lo está, pero el resto de mí... —se rascó la mandíbula. —Bueno, el resto de mí quiere cosas que son imposibles. Ojalá respirara el mismo aire que tú. Desearía poder pedirle al capitán Lindsay su bendición para cortejarte. Desearía...

¿Realmente quería esas cosas?

—¿Qué cosas? —no pudo evitar preguntar. Por favor dime que hay en tu corazón

—Desearía —hizo una mueca James, —poder entender lo que me está pasando. No importa que deba estrangularte por mentirme y mantener mi anillo oculto, todo lo que quiero es consolarte, besarte y saborear cada pulgada de ti, y nunca dejarte salir de mi vista.

Todo el aire salió de Blaire. Ella no sabía qué decir.

—Oh.

Una sonrisa de autocrítica iluminó su rostro.

–¿Me estás compadeciendo?

–¿Realmente quieres decir todas esas cosas? –ella dio un ligero paso hacia atrás.

Él inclinó la cabeza una vez.

–Tonto de mí.

Blaire miró el anillo, que ahora adornaba el dedo del vampiro.

–¿De verdad es tuyo?

–¿Estás diciendo que no sabías?

Ella meneó la cabeza.

–Mamá dijo que pasó de una generación a la siguiente. Que nunca debía quitármelo. Que algún día podría salvarme la vida.

–Salvar tu vida manteniéndome dormido –murmuró James, pero ella lo escuchó de todos modos.

–¿Debo pedirte perdón?

James frunció el ceño.

–Dijeron algo esa noche.

–¿El aquelarre?

–Sí. Les pregunté por qué me habían rodeado y la rubia dijo algo acerca de mis futuras víctimas.

¿Futuras víctimas? ¿Qué había visto Fiona Macleod todos esos años atrás? ¿Ella había visto esto? ¿La conexión futura entre ella y James? Ciertamente no sería la primera vez que Fiona intentara evitar que un extraño ingresara en su círculo.

–Pero nunca te lastimaría, Blaire.

Y no dudaba de la sinceridad del vampiro ante ella. Quizás, él no era el único tonto en la habitación.

–Lo sé.

–No se puede decir lo mismo de Sarah Reese y Padrig Trevelyan. En lugar de discutir entre nosotros, deberíamos diseñar nuestro plan de batalla.

¡Plan de batalla! Por primera vez en ese día, Blaire se sintió útil.

—¡Qué idea tan maravillosa! Dime, James, ¿cómo se mata a un vampiro?

Si alguien le hubiera dicho a James que incluso consideraría enseñarle a una pequeña bruja cómo matar a uno de los de su clase, habría enviado a buscar un carruaje acolchado para llevar al idiota directo a Bedlam. Cómo han cambiado las cosas, estaba haciendo más que solo considerarlo ahora. El conocimiento podría, muy posiblemente, salvar la vida de Blaire. De hecho, apostaría su alma inmortal, si tuviera una, que necesitaría este conocimiento en un futuro muy cercano.

—De hecho, hay algunas maneras —dijo lentamente, viendo la atención absorta en el rostro de la chica, mientras estrechaba sus ojos y lo miraba con toda seriedad.

Sus cejas delicadas se levantaron juguetonamente cuando dudó.

—¿Planeas compartirlas conmigo? ¿O simplemente quieres que las adivine?

Su sonrisa descarada casi lo deshizo. Quería tomarla en sus brazos y descubrir todos los lugares donde ella tuviera cosquillas, en lugar de enseñarle el arte de la guerra contra los de su clase.

—Si te vas a estar callada por un momento, estaría encantado de decírtelas —dijo, mientras la arrastraba hacia abajo en el sofá junto a él. —Hay varias cosas que debes saber sobre los vampiros —Él tomó su mano y la puso sobre su pecho. La calidez de ella se filtraba a través de su camisa. Se obligó a concentrarse. —No tenemos corazón.

—No creo eso, James —suspiró ella, sus dedos se enroscaron para acariciarle el pecho ligeramente. Él sintió ese contacto hasta los pies. —Tienes un corazón; estoy segura de eso.

—Si lo tuviera, te lo daría —espetó.

Las mejillas de Blaire se enrojecieron, pero sonría. Dios, ella tenía la sonrisa más hermosa. James se aclaró la garganta.

—Quiero decir, tenemos corazón, pero ya no late, Blaire. Ahora deja de distraerme.

–No he hecho nada –protestó ella, parpadeando coquetamente con sus ojos grises.

Pasó una mano por su boca en un intento de defenderse de sus incisivos, que amenazaban con descender en su cercanía.

–Eso es casi tan probable como que tu hermano me dé permiso para cortejarte adecuadamente –se rió entre dientes. –Eres una descarada, y lo sabes.

–¿Planeas insultarme toda la noche? ¿O me enseñarás cómo matar a un vampiro? Continúa con eso, ya –sugirió ella.

James sonrió por su entusiasmo. ¿Cuántas mujeres estarían cautivadas por aprender el arte de la guerra contra los no-muertos? Ninguna que haya conocido. No, Blaire Lindsay era la única. Podía quedarse allí sentado toda la noche, simplemente para disfrutar de su presencia. Pero eso no la ayudaría a aprender cómo defenderse.

–No tenemos corazones palpitantes –repitió, para devolver su mente a la cuestión que tenía entre manos. –Entonces, no puedes matarnos deteniendo nuestro pulso. El mío dejó de latir hace mucho, mucho tiempo.

Ella asintió como si entendiera.

–También podemos autocurarnos, a menos que la herida sea grave.

Blaire arrugó su pequeña nariz.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Tendría que cortarte una parte del cuerpo para tener algún efecto en ti?

James se retorció en su silla. No le gustaba la idea de que su cuerpo fuera maltratado de esa manera. Había muchas mejores ideas sobre qué hacer con él.

–James –preguntó ella, interrumpiendo sus pensamientos.

La muchacha podía llamar su atención como nunca lo había hecho nadie.

–La cabeza –dijo finalmente. –Tendrías que cortarnos la cabeza.

El color se marchó de su rostro, mientras ella susurraba.

–¡Por el alma de todo lo creado!

–No, un vampiro no tiene alma –bromeó.

–Eso no es gracioso –Ella le dio un codazo en el estómago.

Él gruñó y se inclinó para frotar el área ofendida.

–¿Algo más? –ella se inclinó hacia él en el sofá, sus ojos grises brillaban con interés.

Si James seguía mirándola nunca terminaría con la lección.

–Uh, Sí.

–Estoy esperando, James.

¿Qué se suponía que le estaba diciendo a la chica?

–¿Qué más matará a un vampiro?

James se levantó de su lugar e intentó sacudirse el hechizo encantador que la bruja estaba tejiendo a su alrededor.

–Una estaca de madera en el corazón –luego frunció el ceño. Se suponía que debía enseñarle a protegerse por sí misma, no la forma de conseguir que la mataran. –Pero, lo que está en juego es peligroso, porque la mayoría de los vampiros podrían quitarte una y luego usarla para matarte antes de que te des cuenta del peligro.

–¿Podrían quitármela a mí? –ella sonrió, poniendo su pequeña y delicada mano sobre el pecho.

Todavía no se daba cuenta de con quién y con qué estaban tratando.

–Te maté hace un momento –le recordó. –Me temo que podrían hacer lo mismo contigo.

Su sonrisa se amplió y se puso de pie, cerrando la distancia entre ellos.

–Obviamente, tú y yo estamos recordando los eventos recientes de manera muy diferente.

–Recuerdo tenerte encima de mí –se rió entre dientes, sabiendo que no debería alentarla, pero que no podía hacer otra cosa. –Pero mi recuerdo del resto del encuentro ahora me evade por alguna razón.

Blaire apartó su cabello de la frente con la punta de los dedos, su boca tan cerca de él que podía oler el dulce aroma de su aliento. Sus cejas se juntaron con preocupación.

—¿Cuándo fue la última vez que te alimentaste, James? Te ves un poco pálido.

Él se encogió de hombros.

—Cuando estaba contigo.

Un rubor ardiente se deslizó por las mejillas de la bruja, haciendo que quisiera echar la cabeza hacia atrás y reírse de su nerviosismo. Tan inocente. Podía aprender ansiosamente el arte de destruir a los de su especie, pero un simple recordatorio de lo que habían hecho juntos la dejaba aturdida y muda. Él atrapó su mirada y la sostuvo, y luego lentamente se inclinó hacia delante.

—Cuando te atravesé la carne y te bebí —susurró al lado de su oreja.

Ella se estremeció delicadamente, recordando su pasión compartida tan afectuosamente con él. Un puñetazo en el hombro recibió en respuesta, justo antes de que ella metiera la cabeza en su pecho para ocultar el rostro. James inclinó el rostro de la bruja hacia arriba, con un dedo envuelto bajo su barbilla.

—¿De repente tímida? —Bromeó.

—Mortificada —dijo en voz baja, mientras apoyaba su mejilla contra el pecho del vampiro y se acurrucaba más cerca, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura.

Podría mantenerla así por siempre y más que eso.

—Pero ¿quieres hacerlo de nuevo? —preguntó en voz baja, esperando su reacción.

Ella se tensó ligeramente en sus brazos, pero luego asintió contra su pecho y exhaló en voz alta. Se inclinó hacia atrás para mirarlo a la cara.

—¿Con qué frecuencia necesitas comida? Nunca hemos discutido los detalles.

—Depende —admitió.

—¿De qué?

—De las actividades en que estemos involucrados. Si no tenemos gran carga, no agotamos lo que hemos consumido con la misma rapidez. He sido bastante flojo últimamente, aunque la exposición al sol no me ayudó mucho.

—¿Por eso estás pálido? —preguntó ella, sus ojos plateados nublados por la preocupación, de repente.

—Sí.

Iría y buscaría un animal si llegara a ser necesario, aunque le encantaría hundir sus dientes en la deliciosa Blaire Lindsay otra vez. Ya la había poseído para protegerla, para eliminar el atractivo que resultaba ser su inocencia en los ojos de Sarah y Trevelyan. ¿Pero una segunda vez? No estaba seguro de que ella estuviera dispuesta a ser su cena otra vez, incluso si él traía su dicha durante el transcurso del acto. Se sentía como el peor tipo de canalla, por siquiera pensar en ello.

Blaire quitó su pelo del hombro y ladeó el cuello hacia un lado.

—Puedes tomar sangre de mí. Toma toda la que necesites.

Él tocó la zona suavemente con sus labios. Un temblor recorrió el cuerpo de ella.

—No me desearía otra cosa. Pero no aquí, y no es necesario que te ofrezcas para mis comidas, ya sabes; hay otras fuentes.

—¿Otras mujeres? —preguntó ella, mientras se alejaba de él.

¿Otras mujeres? ¿De eso estaba preocupada? Qué extraña criatura era ella. Tan fuerte, pero aún sujeta a las emociones más básicas como los celos. Él besó la punta de su nariz.

—No iría a otra chica, Blaire.

—¿No lo harías?

Sacudió la cabeza.

Ella cruzó sus brazos sobre su pecho como si no le creyera del todo. Honestamente, él mismo no se creía. Pero desde que lo había despertado, no deseaba conocer a otras mujeres, y mucho menos disfrutar de la esencia vital de alguien más.

—Antes de conocerte —explicó, —probablemente hubiera encantado a una muchacha dispuesta que no recordaría el acto al día siguiente. Pero no ahora, no ahora que te he conocido —él la alejó de sí, sintiendo de repente la pérdida. —Y te he probado —agregó, por último. El sonrojo subió por las mejillas de ella. —Eres todo en lo que puedo pensar.

–Si yo no estuviera aquí, ¿qué harías?

Él probablemente moriría de hambre.

–Ovejas, ganado. Hay muchas opciones.

–¿Y esas opciones son tan buenas como yo?

Él se rió entre dientes.

–Nada sabe tan dulce como tú, Blaire –y nada nunca lo haría.

–Entonces necesitarás venir a verme más tarde –dijo en voz baja.

Se oyó un ruido en el pasillo cuando Matthew gritó:

–Digo, Kettering, ¿todavía estás allí con Miss Lindsay? –gracias a Dios por la advertencia de Matthew.

–Vendré a ti más tarde esta noche, si es lo que quieres –susurró rápidamente a Blaire.

–Por favor –respondió, y luego se alejó de él.

–Estaba exaltando tu conocimiento celestial al joven maestro Brannock –Matthew entró al gran salón con MacQuarrie, y los hermanos de Blaire detrás de él. –Le gustaría que le señalaras los dos perros de caza de Orión, James.

Esa no parecía una buena idea, con dos vampiros renegados sueltos. James se acercó a la ventana y miró hacia afuera. La oscuridad acababa de caer.

–Parece un poco nublado –le lanzó una mirada a Matthew.

–No están cerca –dijo Matthew, en voz tan baja que solo James podía oírlo. –Sentiría a Sarah si lo estuvieran.

–¡¡Disparates!! –anunció Alec MacQuarrie, mientras miraba por una ventana diferente. –Todo parece despejado para mí.

Aunque estaban buscando cosas diferentes, ¿verdad? James miró de nuevo a su creador buscando consuelo, y Matthew asintió.

–Miss Lindsay no parece del tipo que querría pasar sus días escondiéndose, James –la voz del conde solo llegó a sus oídos.

El hombre tenía un buen punto. No podía dejar que Sarah y Trevelyan dictaran cada uno de sus movimientos por el resto de la eternidad. James le sonrió a Brannock Lindsay.

—¿Los perros de caza de Orión? ¿Sabías que persiguen por siempre a un conejo en el cielo nocturno?

Los ojos del niño se iluminaron.

—No sabía que tuviera perros para ser honesto, milord.

—Oh, de hecho —James dio un paso hacia el muchacho, —estaré feliz de enseñártelos; pero hace frío afuera. Entonces, necesitarás tu abrigo más cálido.

Antes incluso de que terminara la oración, Brannock salió disparado de la habitación y James podía imaginar que el chico estaría buscando desesperadamente su abrigo y su bufanda. Blaire cruzó el piso al lado de James con el ceño fruncido. No podía culparla por el susto que había tenido esa mañana.

—Pero... —ella comenzó.

—No están cerca —James tomó su mano y la acarició, dibujando círculos sobre su suave piel. —Blodswell los sentiría... bueno, sentiría a Sarah. Además, estaré con él.

Aiden Lindsay se aclaró la garganta, y James dejó caer la mano de Blaire. ¿Cómo había olvidado que tenían una audiencia? Bueno, eso era simple, ¿no? Blaire le hacía olvidar todo pensamiento racional.

—Erudito astronómico, ¿eh? —preguntó el capitán, mientras se dejaba caer en el sofá.

Bueno, James había visto más cielos nocturnos que la mayoría de las personas vivas.

—"Erudito" puede ser un poco excesivo. Solo aprecio el cielo y las estrellas dentro de él.

—Yo, por mi parte, estoy esperando la lección —MacQuarrie se apoyó casualmente contra el marco de la ventana. —Hay algo en las noches estrelladas que siempre han traído paz a mi alma.

Aiden Lindsay se rió.

—Entonces tal vez lo pruebe yo mismo. Muéstreme algo que impresione a una chica de Highlands, ¿quiere?

—Lo que sea que desee, Capitán —James volvió su atención a Blaire, y no pudo evitar sonreírle. —¿Y usted, Miss Lindsay? ¿Me permite impresionarla con mi conocimiento de las estrellas y otros cuerpos celestes?

Ella puso los ojos en blanco, pero una sonrisa permaneció en sus labios.

—No tengo ningún deseo de ver a los perros de Orión perseguir a un conejo por el cielo, milord —luego bajó la voz para que solo él pudiera oír. —Además, si estás fuera, me dará un poco de tiempo para mí. Y tengo una cita por la que estoy ansiosa.

La boca de James se secó. ¿Cómo se suponía que iba a señalarles las constelaciones a sus hermanos y a MacQuarrie, mientras los pensamientos sobre su preparación para la cita danzaban en su cabeza?

—¿Estás segura?

Sus ojos grises brillaban.

—¿Pondrá un ojo en las estrellas, y otro sobre mis hermanos y el señor MacQuarrie?

—Solo tengo dos ojos —bromeó. —¿Está bien si Blodswell comparte la tarea?

Blaire se rió.

—Siempre y cuando, todo el mundo regrese ileso.

James le ofreció media reverencia.

—Tiene mi palabra, madame.

—Entonces, pasa un tiempo maravilloso. Asegúrate de contarme toda vuestra aventura más tarde —Luego, ella se paseó desde el gran salón, dejando a James para mirar su exquisita forma de partida.

—Ilesos —Aiden Lindsay refunfuñó. —¿En qué clase de problema cree que vamos a tropezar, de todos modos?

—¿Que caerás de cabeza en el helado lago? —sugirió MacQuarrie con una sonrisa apenas disimulada.

El capitán resopló.

—Oh, sí, de alguna manera pude marchar por el continente y regresar, pero soy incapaz de caminar por mi propiedad sin caer muerto.

James negó con la cabeza. Con un poco de suerte, los dos caballeros nunca conocerían los peligros que acechaban más allá de las paredes del castillo. La idea de dejar a Blaire desprotegida le molestaba en el fondo de su mente, pero se deshizo del sentimiento. Al primer indicio de Sarah en las cercanías, él estaría de vuelta dentro del castillo en un abrir y cerrar de ojos. Blaire no estaba en ningún peligro real. Él nunca la abandonaría si lo estuviera.

En muy poco tiempo, Brannock Lindsay regresó al grupo, todo envuelto de la cabeza a los pies. Claramente, Blaire había tenido algo que ver.

—¿Estamos listos? —Él rebotó de puntillas.

—Tan pronto como el resto de nosotros juntemos nuestros propios abrigo —respondió James.

Pronto, todos salieron por la puerta lateral del jardín hacia el frío aire de Highland. El capitán Lindsay le dio una palmada a James en la espalda y dijo:

—Lidere el camino, Kettering. Encuentre el mejor lugar para ver esos perros cazadores.

James asintió.

—Por supuesto.

Miró por encima de su hombro hacia el castillo. Una vela solitaria parpadeó en la ventana de la habitación de Blaire. Él contaría los segundos hasta que pudiera ir con ella.

Capítulo 20

Teniendo en cuenta todo, Brannock Lindsay era un niño encantador, y el solo hecho de estar cerca de él hacía que James deseara cosas que no podría tener. Ni una esposa ni una familia estaban en su futuro inmediato; sin embargo, cómo deseaba que lo estuvieran. Daría su inmortalidad y su propia vida por cinco minutos con su propia familia, por sentir la vida creciendo dentro de Blaire; por sostener a su hijo, el producto de su unión, en sus brazos.

—¿Soñando despierto, James? —preguntó Matthew en voz baja desde donde estaba, sentado a su lado en una gran roca.

El capitán, MacQuarrie y Brannock miraban ávidamente al cielo. Este último casi había agotado el conocimiento de James en el ámbito de las constelaciones.

—En realidad no es un sueño —dijo James. —Solo deseo cosas que no puedo tener.

—He oído decir, que uno puede pedir un deseo a una estrella fugaz —comenzó Matthew.

Sí, él había escuchado lo mismo. Qué montón de basura.

—Con mi mala suerte, la estrella caería sobre mi cabeza antes de que pudiera concederme el deseo —gruñó James.

—¿Cuál es la causa de esta repentina melancolía? ¿Debo asumir que tiene que ver con Miss Lindsay?

—¿Qué más podría ser? —James tomó una piedra y la arrojó al lago, donde aterrizó en un golpe.

—Creo que ya hemos establecido que Miss Lindsay está enamorada de ti —Matt ciertamente tenía una forma especial para expresarse.

Podía ser cierto, pero no tenía nada que ofrecerle a cambio, aparte de placer. Nunca se realizaría con un hombre como él, alguien que no envejecía y no podía darle la familia que tan legítimamente merecía.

—Deberías permitir que *ella* decidiera lo que puede y no puede soportar, en lugar de tomar la decisión por ella. Ella podría sorprenderte.

Matthew de repente se tensó a su lado.

—¿Qué sucede? —preguntó James, mientras se ponía de pie. Sarah Reese y Padrig Trevelyan entraron en el claro. —Así como el detectarlos —le dijo James a Matthew sarcásticamente y con algo más, que un poco de ira.

Sus ojos buscaron la mano de Sarah. Ella se había quitado el anillo, lo único que la conectaba con ellos. ¿Por qué demonios no habían considerado aquello? Dios Santísimo, ¿Blair estaba a salvo? James miró a la pareja. No había sangre que él pudiera ver, y ni una pizca de esta flotaba en el aire. Si la hubieran buscado primero, habría alguna evidencia de ello.

—Buenas noches —dijo Sarah en voz baja. Trevelyan no dijo nada, pero asintió con la cabeza.

—Buenas noches —regresó el capitán Lindsay. —No creo que haya tenido el placer.

En el mismo momento, Brannock se acercó a su hermano mayor, agarrando el abrigo de Aiden con su mano con mitones. El capitán Lindsay podía no haber tenido el honor, pero James dudaba de que el pobre Brannock olvidara los incisivos de Sarah. La tentadora vampira asintió en dirección a los Lindsay.

—Oh, somos viejos conocidos de Kettering y Blodswell.

El capitán Lindsay negó con la cabeza.

—Para un hombre que terminó en mi castillo como parte de una broma de fiesta, ciertamente tiene bastantes seguidores en el área.

James ignoró al hombre. Mantener a todos a salvo superaba con creces los pensamientos que atravesaran la mente del Lindsay.

—¿Por qué estáis aquí? —James miró a la mujer, que lo había dejado por muerto esa misma mañana.

Una lenta sonrisa se formó entre las comisuras de los labios de Sarah.

—¿Qué tipo de saludo es ese, Jamie? —ronroneó ella hacia él.

Quería borrar esa lamentable excusa por una sonrisa de sus labios. No había encanto detrás de eso. Solo malicia y odio.

—Del único tipo que vas a obtener —respondió, mientras avanzaba hacia ella.

Si él pudiera ponerle las manos encima, la tendría incapacitada antes de que pudiera pestañear dos veces, estaba tan enojado. Pero, fue demasiado tarde, cuando se dio cuenta Trevelyan rodeaba a MacQuarrie, al capitán y a Brannock.

–Detente –gritó el malvado vampiro, –o te arrepentirás.

–Solo hay una cosa de la que me arrepiento. Y esa es, el haberte permitido vivir tanto tiempo.

Todo quedó en silencio, salvo por el suave chapoteo del lago a pocos metros de distancia. El capitán debió haber notado finalmente la amenaza que traían los recién llegados, apretaba más a Brannock y le rodeaba los hombros con los brazos. Incluso MacQuarrie estaba alerta.

–¿Qué es todo esto? –preguntó el capitán cautelosamente.

Sarah sonrió con su sonrisa sedosa, y dijo:

–Oh, no es la gran cosa. James simplemente se está preguntando, cómo salvarlos a todos.

–¿Cómo dice? –Aiden Lindsay se acercó más a la pareja.

–En realidad, me preguntaba qué tan fuerte sonará el chasquido de tu cuello rompiéndose –dijo James lentamente, mirándola a la cara.

–Aiden, tengo miedo –gimió Brannock detrás de su hermano.

Por supuesto que lo tenía. Pero solo el alertar al capitán sobre el peligro, podría infundir la cantidad adecuada de miedo en el hombre, suficiente para hacerlo reaccionar. Rápido.

–¿Por qué no lleva a Brannock de regreso a la casa, Capitán? –sugirió James.

–¿Qué tal si todos nos quedamos aquí? –propuso Sarah dulcemente.

Lo que sucedió después fue confuso. Trevelyan se movió para agarrar al niño, pero James fue más rápido. Tiró de Brannock sobre su espalda y tiró del capitán hacia él. Vio que Matthew trataba de alcanzar a Sarah justo cuando agarraba al señor MacQuarrie. Pero James no se atrevió a esperar para ver el resto. La única forma de salvar a los hermanos Lindsay era llevarlos de vuelta al castillo y orar para que Matthew pudiera manejar a los otros dos vampiros, mientras él no estaba. Tiró del capitán Lindsay en su abrazo y corrió hacia Briarcraig.

Rápido como un rayo, irrumpió por la puerta principal y depositó a Brannock y Aiden en el suelo de piedra. Blaire estaba en el pasillo frente a ellos, su boca se abrió al verlos. Una taza de té cayó de las manos de la chica y se rompió en el suelo, cuando una bola de fuego ardió en su mano. Algo peligroso brilló en los ojos de Blaire cuando la comprensión de lo que estaba aconteciendo llegó a su mente.

—Dijiste que no estaban cerca. Dijiste que era seguro.

—Sé lo que dije —Y él le había fallado. Pero Matthew estaba esperando su ayuda.
—Tengo que rescatar a MacQuarrie —James se volvió hacia la puerta.

—¡Entonces ve! —Su bola de fuego llameó aún más brillante.

—No me sigas. Si dejas a tus hermanos sin protección, Trevelyan y Sarah los matarán.

— ¡Vete! —gritó ella de nuevo.

Metió la mano en su bota y sacó su cuchillo, lanzándolo en el aire hacia él, donde aterrizó en el marco de madera de la puerta, justo al lado de su cabeza. Él lo tomó de la pared y voló por la puerta lo más rápido que pudo, hacia el lago.

Blaire miró el espacio vacío donde James había estado parado. La furia corría por sus venas. ¿Cómo se atrevían Sarah Reese y el señor Trevelyan a atacar a su familia? Ella tuvo el impulso de perseguir a James, para terminar con esto de una vez por todas. Pero el lloriqueo de Brannock la mantuvo enraizada en el suelo. Su hermano pequeño corrió hacia ella y le agarró la falda, como si el material pudiera protegerlo de todo lo que era malvado y temible en el mundo. Ella se inclinó para calmarlo, acariciando su cabello. El sombrero que ella le había puesto hace mucho tiempo que se había ido.

—Todo estará bien, Bran.

Aiden se alzó sobre ellos. Se formaron nubes de tormenta en sus furiosos ojos grises.

—¿Qué está pasando, Blaire Garia Lindsay?

—No creo que sea el momento —comenzó, acariciando con la palma de la mano la cabeza de Brannock.

—¡Oh no! —se burló Aiden. —Ahora definitivamente es el momento. Me gustaría saber cómo Kettering puede correr más rápido que el viento; saber cómo él tiene más conocidos en Highlands que cualquiera de nosotros; también me gustaría saber quiénes son esas personas, te importaría explicarme. ¡Y sería bueno, saberlo todo ahora mismo!

Blaire tragó saliva.

–Sé tanto como tú, Aiden.

–Nunca supe que me mintieras, hasta ahora, Blaire.

¿Qué podría decir ella? Él podría creerle, pero eso no era lo que importaba ahora. James se había ido; Alec no había regresado, y su mundo estaba completamente fuera de control. Blaire se encogió de hombros, esperando que la dejara en paz. Al menos por el momento.

Suspiró dramáticamente.

–Muy bien –él caminó por el pasillo. –No quiero verte, Blaire, no hasta que puedas ser honesta conmigo –Luego desapareció en una esquina.

Blaire miró dentro de los ojos afligidos de Brannock.

–Era esa mujer, Blaire. La mala con los dientes puntiagudos.

–Estás a salvo conmigo, Bran –y ella oró porque fuera verdad.

Lo que James encontró, cuando llegó a la orilla del lago, no era lo que esperaba encontrar en absoluto. Sarah yacía boca abajo en el suelo, su cuerpo retorcido en un ángulo grotesco, su cabeza cortada y tirada a unos pocos metros de su cuerpo; sus pies y dedos todavía se crispaban en agonía, de una segunda muerte.

Alec MacQuarrie estaba cerca del lago, jadeando mientras Matthew se cernía sobre él. Trevelyan no estaba a la vista.

–Oh, Dios –gimió James, mientras se inclinaba sobre MacQuarrie.

Tomó la mano del hombre cuando la alcanzó. La sangre de MacQuarrie se filtraba por la herida en su cuello, mucho más rápido de lo que debería.

–Ayúdalo –instó James a su creador.

–Tiene que hacer la elección –dijo Matthew. –Sabes que no lo convertiré a menos que él lo quiera.

Matthew sonaba torturado, como si las palabras hubieran sido arrancadas de su alma. La sangre de MacQuarrie seguía derramándose.

–¿Quieres vivir? –James le ladró al moribundo.

Un débil asentimiento fue la única respuesta. James se encontró con la mirada de Matthew.

—Me ocuparé de él —dijo Matthew. —Vuelve con los demás.

—¿Estás seguro? Lo harás, ¿verdad? Por favor, no cambies de opinión.

Probablemente sonaba como un muchacho adolescente, suplicando a su creador de esa manera, pero algo dentro de él le decía que Blaire nunca lo perdonaría si su amigo moría. Aquello lo perseguiría. Había prometido mantenerlos a todos a salvo, y había fallado miserablemente.

—¿Alguna vez me has conocido por no cumplir mi palabra? Lo haré.

Eso fue un pequeño consuelo teniendo en cuenta todo lo que había sucedido últimamente. James asintió con fuerza.

—Tendré que llevarlo a Calista.

Habían pasado décadas desde que James había visto a la taumaturga vampira.

—¿Todavía en Londres? —le preguntó a Matthew.

—De hecho, sí.

Lo que significaba, que proteger a los Lindsay de Padrig Trevelyan recaía directamente sobre los hombros de James.

—Buena suerte, entonces —Matthew tendría sus propios problemas tratando de llevar a MacQuarrie a la puerta de Calista.

James huyó de vuelta al castillo. Blaire se encontró con él en la puerta, donde había trazado un camino en la alfombra de tanto ir y venir. Por no mencionar el miedo evidente que la envolvía.

Su voz tembló.

—¿D- De quién es esa sangre? —preguntó ella, mientras señalaba su ropa —. ¿Es de Alec?

Estaba cubierto de sangre de MacQuarrie, y tenía que sacarla de su persona lo más rápido posible. Él no estaba lo suficientemente fuerte como para olerla, para usarla en su piel. Subió corriendo las escaleras hasta su dormitorio, donde llenó el lavabo con agua. James frotó frenéticamente la sangre que cubría sus manos. El olor cobrizo asaltaba sus sentidos, empujándolo hacia un lugar donde no quería ir. Blaire estaría con él en cualquier momento. Él estaba seguro de eso. Ella había visto la sangre en su ropa.

Su cercanía al líquido vital de MacQuarrie hizo que la sangre dentro de las venas de Blaire lo llamara, casi como si pudiera saborear el pulso frenético de su preocupación. James se quitó la chaqueta y la camisa, obligándose a no respirar. No necesitaba exhalar e inhalar; simplemente lo hacía porque le permitía parecer más humano. El olor de la sangre de MacQuarrie era pesado dentro de él, atrayéndolo como nadie más lo había hecho, aparte de Blaire.

Blaire. Escuchó sus pequeños y rápidos pasos, mientras se ponía una camisa limpia sobre la cabeza y se la metía en los pantalones. La puerta de su habitación se abrió de golpe con un estallido cuando Blaire entró por la abertura.

—¡Cómo te atreves a pasar junto a mí así!

—No ahora, amor.

Con el aroma de la sangre de MacQuarrie flotando en el aire, James necesitaba toda su fuerza para evitar que sus incisivos descendieran.

Ella lo miró furiosa.

—No pienses disuadirme, James Maitland. ¿De dónde viene la sangre? ¿Dónde está Alec? —exigió Blaire, su respiración elevaba su cuerpo, como fuelles que avivaban el fuego.

Una bola de fuego se cernió sobre su palma abierta.

—Está con Blodswell —dijo James lentamente.

La bola de fuego cayó al suelo, la llama no fue apagada por la caída. James dio un paso adelante y la pisoteó.

—No necesitas quemar el castillo, Blaire —gruñó.

Blaire se quedó sin aliento y apoyó una mano en su pecho.

—Alec está muerto, ¿no es así?

Por así decirlo, aunque James optó por no expresar ese pensamiento. Su mirada se movió sobre él y hacia la cama, donde había tirado su ropa manchada de sangre. Maldición. Debía haberla metido debajo de la cama. Por supuesto, ella la vio. Ella era Blaire, después de todo.

James se agachó cuando una bola de fuego voló directamente hacia su cabeza.

—Blaire —advirtió.

—No intentes suavizar las cosas —cortó. —No me has respondido. ¿Alec está muerto?

—No más que yo —alegó.

Sus ojos se estrecharon mientras lo evaluaba.

—¿Y qué significa eso? Por Dios, ayúdame James. Si no me cuentas lo que sucedió... —su voz se quebró al final, y parecía incapaz de terminar la idea.

El corazón de James se hubiese roto si todavía tuviera uno. Ver el dolor y el pánico envolverla era doloroso para su alma. Él abrió sus brazos hacia ella, queriendo nada más ofrecerle cualquier consuelo que pudiera quitarle tanto pesar.

Blaire sacudió su dedo hacia él.

—No —gimió ella.

James no esperó a que ella viniera a él. Avanzó hacia ella y no prestó atención a la lucha por zafarse de su agarre.

—Déjame abrazarte —le ordenó en voz baja, cuando ella dejó de luchar contra él y se relajó en sus brazos. —MacQuarrie está... a salvo —si tan solo ella lo dejara así por ahora.

—¿A salvo? ¿Dónde está él, James? ¿Qué le pasó?

Más de lo que deseaba explicar.

—Está con Blodswell por el momento. Se asegurará de que tu amigo reciba toda la ayuda que necesita.

—¿No está muerto? —Ella inclinó su cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Estaba casi muerto cuando volví por él, Sarah y Trevelyan hicieron su mejor esfuerzo.

—¡No estás respondiendo mis preguntas! —ella le gritó.

—Créeme, no quieres saberlo, Blaire —respondió con calma.

Él también quería gritarle. Acababa de salvar a sus hermanos; lo había hecho por ella. Sin embargo, todavía sentía una gran culpa por haber tenido que dejar atrás a MacQuarrie. La expresión de asombro en el rostro de ella fue casi su perdición. Si él le decía que MacQuarrie se convertiría en uno de los de su clase, nunca lo perdonaría. Si él no se lo contaba, ella tampoco lo perdonaría por eso. Casi podía sentir el corazón de Blaire romperse en sus brazos. La salud de su amigo estaba sobre sus hombros. Pero él no le permitiría llevar esa carga, era suya; solo él la soportaría.

—Júralo, James —ella lo miró, tirando ferozmente de la fina tela de su camisa. —Prométeme que él estará bien, y te creeré.

–Lo prometo –dijo. Él solo pidió por que fuera verdad, después de todo MacQuarrie había sobrevivido de una forma u otra. Pero James sabía que, sin importar qué, el escocés ya no sería el hombre que una vez había conocido. –Pero por ahora, mi lady, tenemos otros problemas.

Blaire sacudió la cabeza.

–¿Otros problemas?

–Tenemos que tratar con tus hermanos, y Trevelyan todavía está por ahí.

–¿Y la mujer?

–Ya no es un problema –gruñó.

–¿Quieres decir...?

James asintió.

–Sarah se ha ido, y no puede lastimar a nadie más.

Pero el hombre todavía era algo de qué preocuparse. Y si Blaire leía la expresión de James, Trevelyan era el más peligroso de los dos. Quedarse en Briarcraig ya no era una opción.

Blaire se acercó a su ventana para mirar el cielo nocturno.

–Tengo que llevar a mi familia lejos de aquí, James, tengo que. Tengo que llevarlos de vuelta a Edimburgo, mi aquelarre puede mantenerlos a salvo. Las cinco estaremos allí y los mantendremos a salvo. Cait ya está en casa, y Elspeth debería estar ahora.

Ella estaba divagando, estaba segura de eso; pero no sabía cómo lidiar con esos vampiros. Ella no sabía cómo ayudar a Alec, con lo que sea que estuviese mal con él. Ella no sabía qué más hacer. Sus hermanas del aquelarre la harían sentir más centrada, más alerta, más segura; menos desviada.

James la hizo girar suavemente para enfrentarlo.

–Blaire, te lo dije. Él los seguirá. Aquí, puedo mantenerlos a salvo.

Pero él no había hecho eso esa noche, ¿o sí? Estaba a salvo y sus hermanos también, pero el pobre Alec... Ella negó con la cabeza.

–Tengo que irme a casa, James –susurró, mientras pasaba una mano por un lado de su rostro.

Suspiró, y sus ojos oscuros se clavaron en los de ella.

–Correcto. Mañana, Blaire, mañana iremos. Juntos.

Pero esa era una idea realmente horrible.

–No, James. No puedes venir con nosotros –su mandíbula se estremeció, a pesar de su resolución.

–No te dejaré ir sola, sin protección.

Si tan solo ella tuviera fe en su habilidad para mantenerlos a salvo, pero expresar tales pensamientos solo resultaría en él hinchando su pecho con orgullo y valentía masculina.

–Aiden no lo permitirá –dijo en cambio. –Está bastante furioso de que no respondiera a sus preguntas sobre lo que pasó esta noche.

–¿Eso es todo? –Los ojos oscuros de James brillaron un poco.

–Puede ser que no sea mágico, pero sí tiene control sobre mi futuro. No creo que antagonizar con él sea la mejor manera de hacer cualquier cosa.

–Haré que se olvide de todo –juró.

Blaire no pudo evitar burlarse.

–Creo que puedes haber sobreestimado tus poderes de persuasión.

–Puedo encantarlo, hacer que se olvide de todo lo que vio.

¿Eran sus poderes verdaderamente tan fuertes? No es que ella pudiera cambiar de opinión. Cualquiera que fuera la contienda entre James y el señor Trevelyan no tenía nada que ver con sus hermanos, y ella no podía arriesgar su seguridad. Si algo le sucedía a Brannock o Aiden, nunca se lo perdonaría.

–Eso no soluciona el problema, James. Mis hermanos están en peligro por tu culpa. ¿No lo ves? No puedes venir con nosotros a Edimburgo.

Sus ojos oscuros brillaban con... ¿Ira? ¿Dolor? Ella no podía decir qué era.

–No te dejaré ir sola. La respuesta es no, Blaire.

Arrogante vampiro, inglés.

–No tienes que tomar decisiones por mí, James. No eres mi padre. No eres mi esposo.

Ella le dio la espalda y cruzó la habitación para escapar de él. Si miraba su expresión herida por un momento más, ella cedería. Y no podía permitirse hacer eso.

—Podría serlo —susurró. —Si lo quisieras, podría ser tu esposo.

—¿Realmente quieres casarte conmigo? —Blair se quedó sin aliento, levantó una mano para cubrir su corazón que latía locamente.

Nunca en sus sueños más locos había esperado recibir una propuesta de ningún hombre. Pero de James... Deseó más allá de lo razonable poder aceptarlo.

—Lo deseo —fue todo lo que dijo.

Avanzó hacia ella lentamente, sus pasos casi depredadores. Ella no quería nada más que correr hacia él, arrojarse en sus brazos, y comérselo a besos.

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo arrojando bolas de fuego a mi cabeza.

Ese, de verdad, no era el mejor momento para esa conversación. Brannock y Aiden estaban en peligro; apenas había conseguido meter a Brannock en la cama con la ayuda de un potente calmante para dormir, y Aiden todavía no le hablaba. Luego estaba Alec. Y ella no tenía idea de lo que le había sucedido.

—Necesito tiempo para pensar —dijo Blair, mientras se alejaba de él, presionando las yemas de sus dedos contra sus sienes.

Sus manos aterrizaron sobre sus hombros, y él apretó suavemente.

—Tómate todo el tiempo que necesites, siempre y cuando me tengas a mí.

Ella se volvió hacia él.

—Quieres casarte conmigo. ¿Estás diciendo que me amas, James? —Daría cualquier cosa por escucharlo decir esas palabras.

La emoción que había sido evidente hasta ese momento abandonó el rostro de James. Él la miró estoicamente.

—Me preocupo por ti, Blair, pero no creo que criaturas como yo podamos amar.

Ella no pudo evitar el suspiro de tristeza que se le escapó. James frunció el ceño.

—¿Estás decepcionada, Blair? Pensé que eras más práctica respecto al amor.

¿Práctica? ¿Así era como la veía?

—L-Lo soy —tartamudeó. —Y no, no estoy decepcionada.

Ella no tenía ninguna razón para estarlo, ¿verdad? Después de todo, nunca pensó que encontraría a un hombre que la amara. Aun así, dado que él era el dueño de su corazón, dolía un poco.

—No necesito que me ames.

Luego ella abandonó su habitación tan rápido como había entrado. Tuvo que irse antes de que él viera las lágrimas en sus mejillas. Podía oírlo llamarla por su nombre, detrás de ella, seguido de una rápida maldición cuando vio a Aiden acercándose. Dios no permitiera que su hermano la atrapara escapando de la habitación del barón.

Aiden entrecerró los ojos cuando la vio.

—¿Ha regresado Kettering?

Al menos estaba hablando con ella. Blaire sacudió la cabeza.

—Solo estaba buscándolo.

Aiden gruñó y pasó de ella, pero esta tontería había durado lo suficiente. Además, ella necesitaba que él escuchara la razón, incluso si ella no le confiaba todo a él.

—Aiden, necesito hablarte.

Él cruzó sus brazos sobre el pecho.

—¿En serio? ¿Y me vas a decir la verdad esta vez?

Tan poco como fuera necesario. Ella asintió con la cabeza.

—Sí —entonces Blaire enganchó su brazo con el de Aiden e inclinó la cabeza hacia él, teniendo en cuenta la sensible audición de James. —¿Podemos hablar en tu recámara? —susurró ella.

Además, la ubicación les daría una ventaja al empacar sus cosas al mismo tiempo. Aiden miró por encima de su hombro como si pensara que alguien los estaba mirando, y Blaire miró en esa dirección. Lo más probable es que él tuviera razón, y ella no creía poder ver a James Maitland en este momento. Tan pronto como entraron a la recámara de Aiden, toda la historia cayó de los labios de Blaire. Ella no había tenido la intención de contarle todo, pero una vez que comenzó a hablar, no había forma de detenerse.

Bueno, ella no mencionó que James la había poseído. Vampiro o no vampiro, James habría encontrado a Aiden irrumpiendo en su habitación y haciendo tontas demandas masculinas para calmar su orgullo y el honor de Blaire. Y eso no ayudaría en absoluto a su situación actual.

Aiden estaba desplomado en una silla de respaldo alto junto a su cama, con la boca abierta, como lo había estado en los últimos diez minutos.

—¿Vampiros? —finalmente murmuró.

Blaire logró asentir.

—Así que ya ves por qué tenemos que irnos con la primera luz. Alec dijo que Cait estaba en casa y que Elspeth ya debería estar de vuelta. Con el aquelarre completo, podemos proteger a todos.

—Alec —murmuró en voz baja, aparentemente recordando a su amigo a raíz de la extraña historia que había compartido con él.

El corazón de Blaire dolió al pensar en el noble Alec MacQuarrie, preguntándose qué había sido de él, y esperando que su fe en James no se perdiera.

—Está gravemente herido. Eso es todo lo que sé. James-er-Kettering dijo que Lord Blodswell estaba cuidando de él. La leyenda dice que ningún hombre es más noble que Blodswell; todo lo que podemos hacer es esperar que él pueda salvar a Alec.

—Confiar en que un hombre moribundo y herido este a salvo en manos de un vampiro, parece tonto, Blaire.

Aiden se inclinó hacia adelante en su asiento y se frotó la frente, como si toda la noche lo hubiera dejado con dolor de cabeza. Cuando lo dijo de esa manera, Blaire tuvo que estar de acuerdo.

—No hay nada que podamos hacer, Aiden. Nada que pueda hacer —aclaró. —Si Elspeth estuviera aquí, tal vez; pero estoy tristemente mal preparada para sanar a alguien.

—Así que estamos poniendo nuestra fe en Blodswell.

—No tenemos muchas opciones —Blaire se dejó caer al borde de la cama de Aiden, frente a él para poder mirarlo a los ojos. —¿Puedes asegurarte de que podamos irnos al amanecer?

Sin decir palabra, él asintió.

—Lo amo —su voz se quebró.

—Me temo que no hay pociones que te ayuden con eso, Blaire —dijo Aiden en voz baja. —ero estoy seguro de que sabes lo que es mejor. ¿Kettering te dejará ir tan fácilmente?

Él inclinó la cabeza hacia ella y la miró en silencio.

–Está durmiendo, por el momento al menos. Es por eso por lo que es imperativo que nos vayamos inmediatamente.

Sus cejas se levantaron en cuestión.

–¿Y qué impedirá que el vampiro nos escuche? No es fácil empacar todas las cosas de la familia y escabullirse como ladrones en la noche.

–Puedo poner un amortiguador de ruido mágico. Él dormirá a pesar del ruido, por lo menos el tiempo suficiente para que podamos estar en camino a Edimburgo, antes de que se despierte.

–Dudo que esto lo haga feliz.

Ella estaba segura de que no lo haría, pero no lo podía evitar. Se volvió para caminar hacia su habitación, con el peso del mundo sobre sus hombros. Besó la mejilla de Aiden y luego se deslizó silenciosamente de la habitación, para que no viera las lágrimas que amenazaban con derramarse por sus mejillas. Ella corrió a su habitación, escribiendo el hechizo para amortiguar el ruido en su mente.

Se quitó la ropa, se colocó su bata y bajó por el pasillo con sus medias. James sería suyo. Por esa noche, al menos.

Capítulo 21

Cuando Blaire se deslizó en su habitación, James estaba seguro de que finalmente había muerto y se había ido al cielo. Había paseado por su habitación durante una hora, esperando que la casa se calmara para poder ir hacia ella. Él la necesitaba, necesitaba abrazarla para consolarla. Para amarla. Pero el sonido de la casa empacando y arrastrando baúles por los corredores le había impedido ir hacia ella.

Ella suavemente cerró la puerta detrás de sí, el aroma suave a lavanda lo alcanzó desde el otro lado de la habitación. Ella no disminuyó la velocidad mientras caminaba hacia él, sino que se encogió de hombros quitándose la bata y la dejó caer al suelo. Él se congeló. Su cabello negro como la noche colgaba como una cortina en su espalda, sus ojos plateados brillaban con algo que él deseaba entender. ¿Deseo? ¿Miedo? ¿Amor? Ella se sentó en el borde de su cama e inclinó su cabeza hacia él.

—Iba a ir a buscarte —dijo débilmente.

Él debía sonar como el peor tipo de tonto. Pero el solo pensar en ella en su habitación, en su vida, no tenía idea de qué hacer. Todo lo que quería hacer era apretarla contra sí mismo y hacerle el amor; quería asegurarse de que estuviera a salvo, verificar cada centímetro de su cuerpo. Ella ni siquiera había estado involucrada en el altercado. Sin embargo, él se preocupaba por ella como un... hombre enamorado. Aunque eso no podía ser; él la quería a ella, confiaba en ella, la necesitaba. ¿Pero amor? Él no era capaz de sentir tal cosa. No sin un corazón.

—Ahora ya no tienes que venir a mí. He venido yo, ¿verdad? —ella extendió sus manos ampliamente, como si se ofreciera a él.

—¿Pensaste más en mi propuesta?

—Todavía estoy pensando en eso —dijo con una sonrisa lenta.

—¿Qué quieres, Blaire? —preguntó, de repente inseguro de lo que ella estaba haciendo allí.

Inseguro de lo que él estaba haciendo allí. La deseaba con un deseo devorador. Los latidos de su corazón le tarareaban, llevándolo a su lado. James tiró de ella gentilmente sobre sus pies, mientras comenzaba a despojarla de su camisón. Tiró de

este rápidamente sobre su cabeza, dejándola en nada más que sus medias y ligas. Ella extendió la mano hacia él, sus manos temblaron solo un poco cuando comenzó a quitarle la camisa de los pantalones.

—Tenemos que hablar, Blaire —murmuró contra su hombro desnudo.

—Lo haremos —le aseguró. —Hablairemos de todo.

Él oyó el tácito "más tarde" al final de eso. Presionó sus labios en su clavícula y la mordió suavemente. Ella jadeó cuando sus manos se deslizaron alrededor de su trasero desnudo, y James levantó su pecho hacia su boca, lamiendo su pezón. Él apretó su labio superior hacia abajo chocando con el inferior, cuando sus colmillos se extendieron. Ese no era el momento para asustar a la muchacha.

Blaire lo empujó hacia atrás no muy gentilmente.

—¿Qué tengo que hacer para desnudarte, vampiro? —preguntó ella con una sonrisa.

Blaire se sentó en el borde de la cama, obviamente sin vergüenza de su desnudez a la luz de la vela, y lentamente rodó sus medias por sus delgados muslos, hasta las pantorrillas. James temió gastar su tiempo en la ropa de cama, antes de que pudiera poner sus manos en la bruja. Habían pasado veinte años desde que había tocado a una mujer. Pero más que eso, habían pasado varias vidas esperando por Blaire. Le dolía sentir que su placer lo inundaba como lo había hecho antes, solo que esta vez planeaba estar dentro de ella, convencerla de que se quedara con él, de ser su esposa. La mirada de Blaire no titubeó cuando él se quitó los pantalones y todo lo demás, y se paró frente a ella, orgulloso y desnudo.

Blaire se puso de pie sobre sus piernas temblorosas y dio un paso adelante para presionar su cuerpo contra el suyo, poniéndose de puntillas para tocar sus labios con los de ella. Había visto el movimiento cuando él había apretado sus labios para cubrir sus colmillos. Pero ella los amaba, tanto como lo amaba a él.

—Déjame entrar —susurró, mientras deslizaba su lengua entre sus labios y lamía suavemente su incisivo distendido.

Él gimió y la agarró aún más fuerte atrayendo su cuerpo desnudo hacia sí, tan ferozmente como ella había esperado. Blaire sabía que James no era un hombre de

pasión reservada, así como ella comenzaba a aprender de sí misma. Blaire quería que él estuviera tan sin aliento y fuera de control como ella.

No pudo contener un chillido cuando él la tomó en sus brazos y la llevó a la cama. Ella se deslizó para descansar sobre las almohadas y mantuvo sus brazos abiertos hacia él. Pero en lugar de caer en sus brazos como había previsto, tomó sus manos entre las suyas y las presionó contra el colchón.

—No creas que tendrás el control, aquí, Blaire —se burló, mientras inclinaba su cabeza para tomar su pezón con la boca, donde lo atrajo fuertemente entre sus labios.

—Quiero tocarte —estaba casi consternada por el sonido jadeante de su propia voz.

—Si me tocas, no podré controlarme —sus palabras salieron en un gruñido bajo.

—¿Quién dijo que tenías que controlarte?

—No quiero hacerte daño —explicó, mientras levantaba la cabeza y la miraba a los ojos.

Sus colmillos ya no estaban ocultos, pero la dulzura de su mirada desmentía la ferocidad de ellos. Suavemente besó el camino por su mandíbula, lamiendo y mordisqueando suavemente mientras cruzaba su hombro y luego bajaba por sus pechos.

—No me hagas esperar, James —suplicó, la necesidad dentro de ella iba en aumento.

James se acomodó entre sus muslos, mientras su mano bajaba para frotar su calor. Metió un dedo en la sedosa esencia de su deseo y luego lo levantó para frotar su centro, rodeándolo lentamente hasta que ella se convirtió en una masa retorcida de deseo incumplido debajo de él.

—Por favor —suplicó. —Por favor, James.

Su dureza presionaba su suavidad, mientras la miraba a los ojos su propia mirada oscura la observaba más cálidamente de lo que nunca la había visto.

—¿Qué es lo que quieres, Blaire?

—A ti —suplicó, odiando la debilidad en su propia voz, mientras amaba que él la provocara lo suficiente como para hacer que lo deseara tanto.

Solo James. Siempre James.

—¿Te casarás conmigo, Blaire? ¿Te casarás conmigo lo antes posible?

Ella se congeló en sus brazos.

—¿Blaire?

Su maldito honor. Él no la haría suya porque su honor no se lo permitiría. Ella cerró los ojos con fuerza.

—¿Blaire? —preguntó, su voz cada vez más preocupada.

—Sí —chilló, mientras él buscaba su centro, —sí —susurró ella, mientras le tomaba la cara con las manos y lo miraba a los ojos. —Te amo.

Él la penetró de un golpe, que llenó completamente su cuerpo, corazón y alma. Se calmó dentro de ella cuando vio que ella reaccionaba al pequeño dolor, al ser poseída por él. Su voz era temblorosa cuando preguntó:

—¿Estás bien, Blaire? No quise herirte.

—No podrías lastimarme, aunque lo intentaras, James —ella jaló su cabeza para verlo de frente, y tocó sus labios con los suyos ávidamente, esperando eliminar el miedo que descansaba en él.

Si él temía algo, quizás era ella. Tal vez era sobre el destino que les esperaba. Tal vez eran los sentimientos que ella había creado dentro de él. Si los sentimientos de él eran comparables a lo que sentía ella al tenerlo dentro de sí, podía entender su ferocidad.

Ella ajustó sus caderas ligeramente, haciendo que un gemido saliera de sus labios. Él comenzó a moverse dentro de ella lentamente, retirándose de ella, solo para sumergirse de nuevo, pesado y duro.

—Más —lo alentó, arqueándose debajo de él.

Llamó a su nombre mientras se movía dentro de ella, su voz caliente, sus brazos fuertes mientras la abrazaban. Cuando finalmente la llevó sobre ese precipicio de placer, él no la siguió. Él se calmó dentro de ella y respiró profundamente contra su oreja.

—Eso es todo, Blaire. Lo quiero todo de ti —gruñó.

Ella tembló alrededor de su longitud, el placer iba en espiral, mientras ella revoloteaba a su alrededor.

—¡James! —gritó, temiendo que el placer la partiera en dos. Cuando finalmente se calmó, descubrió que todavía estaba completamente debajo de él.

Él apretó los dientes sobre ella, sin moverse.

—James —ella alcanzó un lado de su rostro.

—Varias vidas te he esperado, Blaire —salió de sus profundidades, todavía ardiente y duro, con la sedosa humedad que era evidencia del placer, deslizándose contra su pierna.

Él le dio vuelta y metió una almohada debajo de sus caderas.

—Nunca pensé que encontraría a alguien como tú —gruñó, mientras la penetraba de nuevo.

Su mano se deslizó debajo de su vientre para enredarse en sus rizos mientras se mecía dentro de ella, tocando lugares que no sabía que existían. Su pecho desnudo se frotó contra su espalda con cada empuje, cada uno empujándola más y más alto.

—No puedo contenerme, Blaire —gruñó, sus labios presionaron su hombro.

James se colocó detrás y le apartó el pelo del cuello, dejando al descubierto la vena de su pulso. Ella arqueó su espalda, presionando su cuello más cerca de su boca.

—No te detengas —lo persuadió. —Toma todo de mí, James. Por favor.

Él lamió su hombro y luego lo mordió suavemente.

—Hazlo, James —ordenó ella. —Márcame. Hazme tuya.

Finalmente, justo cuando sus dedos y sus embestidas dentro de ella estaban a punto de devolverla al precipicio, sus colmillos perforaron la tierna piel de su cuello. Su placer se vertió en ella, mientras se alimentaba. James estalló dentro de la bruja al mismo tiempo que la poseía, su boca sellada sobre su piel, mientras la bebía y le devolvía todo lo que tenía que darle.

Redujo la velocidad y tiró de la almohada debajo de sus caderas, su cuerpo cubrió el de ella por completo mientras lo presionaba contra el colchón. Sintió una sensación de pérdida inexplicable cuando le quitó los colmillos de la garganta, y lamió suavemente las heridas para cerrarlas.

El vampiro rodó sobre su espalda y la atrajo sobre sí, permitiéndole colgarse sobre él. Ella anhelaba la cercanía, anhelaba su amor. Porque ella ya sabía que él tenía todo el de ella y siempre lo haría. Ella se acurrucó en sus brazos y dejó que la abrazara de cerca. Fingió dormir, disfrutando del sabor de un amor completamente diferente a todo lo que había conocido, ya que nunca podría volver a experimentarlo.

Cuando su respiración regular le dijo que él dormía, levantó el brazo que la sostenía con tanta ternura y se levantó de la cama. Dejó caer su camisón sobre la cabeza y se volvió hacia él.

—Lo siento, James —dijo en voz baja, aunque probablemente ni siquiera podía escucharla. —Yo te amo. Te amo más que a mi vida, pero tengo que proteger a mi familia.

Ella partiría a Edimburgo lo antes posible; habrían desaparecido antes de que saliera el sol. La odiaría por eso cuando despertara, pero tenía que sacar a su familia del peligro y volver a la seguridad de su aquelarre.

Blaire vio como James dormía pesadamente, parecía tan tranquilo, y ella esperaba tener siempre ese recuerdo en su mente. Miró una vez el anillo en su dedo, entonces decidió dejarlo a su cuidado. El anillo era suyo, después de todo. Volvió a ponerse la ropa y se deslizó silenciosamente por el pasillo. Mientras Aiden y Brannock aún descansaban, ella tenía una tarea más que cumplir antes de irse. Años atrás, su madre y las demás habían evitado que James dejara Briarcraig, pero nunca volvería a hacerle algo tan horrible. Debía poder moverse libremente, no enjaulado como una bestia rebelde. Pero ahora, para mantenerlo a salvo, tenía que evitar que alguien más entrara al castillo, especialmente mientras dormía. Estaba segura de que Trevelyan perseguiría a James hasta el final de los tiempos, y de que Blaire no tenía control sobre eso, pero podía asegurarse de que el peligroso vampiro nunca entrara al castillo. Podría asegurarse de que Briarcraig siempre fuera un refugio seguro para James.

Blaire caminó de habitación en habitación, de un extremo del castillo al otro, repitiendo un hechizo que evitaría que el malvado vampiro cruzara el umbral de Briarcraig. Una vez que cada habitación había sido rociada con magia, se detuvo frente a la entrada principal. Ella señaló con el dedo a la gran e imponente puerta de roble. Con un fuego ardiente en la punta de sus dedos, grabó el emblema del Còig, una estrella de cinco puntas, en la madera.

—Ya está —se sacudió las manos por las faldas. Trevelyan nunca podría cruzar el umbral.

Luego subió las escaleras hacia su habitación para terminar de empacar sus cosas. Arrojó su ropa en un baúl, empacó los frascos y el caldero que había usado la noche anterior, e incluso arrojó a su bolsa las cinco figuritas de bruja que Brannock había encontrado. Eran de ella, después de todo. ¿Por qué no debería tomarlas? Un trozo

de papel en su baúl se mofo de ella. Le debía una explicación a James, y rezaba para que no la odiara una vez que la tuviera.

Capítulo 22

James se despertó justo cuando el sol rompía en el horizonte. Gruñó ruidosamente y presionó sus manos en sus ojos, apretándolos ferozmente. Algo le hizo cosquillas en la barbilla. James levantó la cabeza para mirar a su alrededor, pero el movimiento solo hizo que la habitación girara un poco. Sentado en su pecho y mirándolo como si estuviera loco, estaba el gato salvaje de Brannock Lindsay.

—Bueno, buenos días —él rascó a la bestia entre sus orejas. —Escondiéndote del joven maestro Brannock otra vez, ¿verdad?

Miró lentamente alrededor de la habitación, pero Blaire no estaba a la vista. El gato maulló.

—Él puede ser un poco exagerado —James estuvo de acuerdo, —pero te ha tomado cariño, y tú eres todo piel y huesos. Apuesto a que, si te mantienes cerca del muchacho, él te engordará en poco tiempo.

James se quitó al gato del pecho, y luego luchó por sentarse. La colcha cayó para revelar su pecho desnudo. ¿Qué demonios le había pasado? Entonces, los acontecimientos de la noche anterior volvieron a su memoria, golpeándolo como una ola arrastrada por la tormenta. Blaire había aceptado su propuesta y le había permitido hacerle el amor. Para marcarla como suya, para morder su carne y dejar su marca, para que el mundo lo viera. Entonces, ¿dónde estaba ella?

Un crujido llamó su atención, y miró a Bruce, el gato, royendo un trozo de papel. ¿Una nota? La arrebató de la cama, y sus ojos volaron sobre las palabras.

Mi queridísimo James:

Mientras escribo esto, estoy segura de que estarás furioso conmigo cuando te despiertes, y por eso lo siento. Espero que puedas perdonarme, trata de entenderlo: Nunca había planeado casarme. Nunca había soñado con encontrar a un hombre al que pudiera amar, un hombre con el que quisiera pasar el resto de mi vida. Ten en cuenta que tu propuesta significó más para mí de lo que puedas imaginar; me tentó como nunca lo había hecho cualquier otra cosa. Desearía de todo corazón haber podido aceptarla, pero no es posible.

Te dije que era demasiado práctica para creer en el amor. Te mentí. Sé que existe el amor porque lo he visto con mis propios ojos. Nunca pensé que me encontraría. Es tonto, supongo, si consideras mis circunstancias, rechazar tu oferta, pero realmente no tengo otra opción. Me hice una promesa a mí misma, ya ves, hace mucho tiempo. Mi padre nunca amó a mi madre, y juré como una niña pequeña que nunca viviría su vida. Fue muy doloroso verla; no puedo imaginar vivirla. Por mucho que te quiera, no me condenaré a un matrimonio sin amor. He visto lo que pasa y no deseo volver a verlo.

El asunto más apremiante es el señor Trevelyan. No te culpo por cualquier desgracia que le haya ocurrido a mi querido amigo, el señor MacQuarrie. Realmente creo que todo lo sucedido estaba fuera de tu control y que te sientes terriblemente mal; sin embargo, no puedo arriesgarme a que ocurra un percance similar en uno de mis hermanos. Siento que puedo proteger mejor a mi familia dentro del círculo de mi aquelarre. Para cuando leas esto, ya debería estar camino a casa. No estoy segura del porqué de la disputa entre tú y el señor Trevelyan, pero te pido que no la traigas a mi puerta. Si realmente te preocupas por mí, como has profesado, entonces mantendrás esta batalla lejos de mí y mi familia.

Sé que nunca te olvidaré. El tiempo que pasamos juntos fue el más increíble de mi vida, y no lo cambiaría por nada en el mundo. He colocado un hechizo de protección en Briarcraig para asegurarme de que Trevelyan no pueda entrar al castillo. Eres libre de entrar y salir cuando quieras; Briarcraig puede ser tu refugio de esa terrible criatura, si así lo deseas.

Espero que tengas muchos años maravillosos por delante, y que me recuerdes con cariño.

Tuya siempre,

Blair.

El dolor se encendió dentro del pecho de James, un dolor tan fuerte que lo hizo doblarse. Ella lo había dejado. El dolor no se parecía a nada que James hubiera sentido alguna vez. Había resultado herido más veces de las que podía contar. De hecho, le dispararon cuando murió la primera vez, y eso no se comparaba con ese dolor cegador y abrasador.

Se agarró a la colcha para mantener el equilibrio. Luego tuvo la repentina necesidad de respirar. Inhaló, y el aire llenó sus pulmones una vez dormidos, hasta

que un latido se escuchó dentro de su pecho. El ritmo de su propio pulso llegó a sus oídos.

—¿Qué diablos? —murmuró. —¿Cómo es esto posible?

Bruce el gato maulló a su lado. James estaba lo suficientemente preocupado por los dos. Él balanceó sus piernas sobre un lado de la cama y se puso de pie. La sangre bombeaba en sus miembros, hormigueaba como loca, movida por su corazón palpitante. Se dirigió al espejo y dejó salir su aliento. Se empañó.

—¿Puedes verlo? —le preguntó al gato.

Bruce se frotó la cabeza contra el tobillo de James, ronroneando ruidosamente.

James miró su reflejo. Eso no tenía ningún sentido. Recordaba claramente la noche en que murió en el camino a Londres. Detenido por bandoleros, le dispararon, cayó al suelo y vio la sangre filtrarse en la tierra. Entonces, Matthew apareció en la niebla, acabó con sus atacantes y le ofreció la salvación a James. Nunca olvidaría el momento en que su corazón dejó de latir. La sensación había sido inexplicable, como nada que hubiera sentido antes o después de aquello. Había vivido doscientos veinticinco años sin sentir que la sangre corriera por sus venas, pero ahora, su corazón latía fuertemente en su pecho.

En todos sus años con Matthew, James nunca había oído hablar de tal cosa; ningún rumor; ninguna leyenda. Nada. No parecía factible. Sin embargo, no había dudas de que su corazón latía ahora tan fuertemente como lo había hecho cuando estaba vivo y aún respiraba, dos siglos atrás.

Solo una cosa tenía sentido, si es que había alguna. Él siempre había estado en posesión de su corazón, había permanecido inactivo durante doscientos veinticinco años hasta que Blaire Lindsay entró en su vida. James había pensado que no tenía un corazón para ofrecerle, ningún sentimiento que lo acompañara; pero aparentemente estaba insensatamente equivocado. Él tenía un corazón después de todo, y ella podría estar en Edimburgo, el vital órgano golpeaba en su pecho llamando a Blaire Lindsay.

James tomó la carta de la cama y volvió a leerla. Niña tonta. ¿Cómo podía ella largarse así? ¿Cómo podía ponerse en peligro? ¿Acaso no le había dicho que Padrig Trevelyan iría tras ella, con el simple propósito de torturar a James al hacerlo?

El pánico se apoderó de él. Ahora que su corazón latía, ¿había perdido toda posibilidad de salvarla? ¿Se habían desvanecido sus poderes con el resurgimiento de su corazón? Solo había una forma de averiguarlo. Corrió de un extremo a otro de la

habitación; su carrera fue un poco más que correr. Él había perdido su velocidad. Maldita sea, ¿cómo podría alcanzar rápidamente a Blaire sin su habilidad para moverse a toda velocidad? Y su fuerza ¿Todavía era fuerte? James miró alrededor de la habitación. ¿Con qué podría probarla? Sus ojos aterrizaron en la cama con dosel, y se precipitó al pie de esta. Se dobló por la cintura e intentó levantar el borde con el dedo meñique. Todo lo que obtuvo a cambio fue a su dígito adolorido. Lo levantó con su mano. ¡Gracias a Dios! Dudaba que pudiera mover rocas, pero él todavía era un hombre fuerte.

¿Era un hombre? ¿De verdad? Dejó caer la cama al suelo e ignoró el gruñido del gato ante el ruido inesperado. Fuerza y velocidad. Las había perdido a las dos o la mayor parte de éstas, al menos. Pero podía hacer algo; podía llegar a ella, aunque por medios normales y no a través de trucos vampíricos, y rezar todo el viaje para que Trevelyan no lo hubiese hecho antes.

Volvió a mirar al gato, que se había dejado caer al lado del armario y maullaba. Si esa escuálida criatura aún vivía, su dueño no se habría ido hace mucho tiempo. Aun así, podía haber sido suficiente para que Trevelyan hubiese encontrado a Blaire.

—Bueno —le dijo al gato, —no hay tiempo que perder, ¿verdad?

Después de todo, una bruja bonita que lo amaba estaba en algún lugar camino a Edimburgo. El gato bostezó. James no pudo evitar reír.

—Puedes descansar en el camino. Tengo la sensación de que un muchacho en Edimburgo te extraña terriblemente —levantó al gato en sus brazos y se dirigió a la recámara abandonada de Matthew.

Debía de haber una valija o algo en lo que pudiera mantener a la pequeña criatura hasta que llegara a su destino. Además, el pobre estaría aterrorizado a menos que pudiera ver a dónde iban. Y James no tenía ningún deseo de aparecer en la puerta de Blaire cubierto de marcas de pies a cabeza. Podía sangrar, después de todo, ahora que tenía una fuente de vida propia moviéndose por sus venas.

James tiró de la campanilla en la esquina de la habitación. Después de los eventos de la noche anterior, bañarse y comenzar el día fresco sería buena idea, pero no había tiempo. No si quería alcanzar a su bruja. Un golpe vino de la puerta. James miró de dónde provenía el sonido.

—Adelante.

Una nerviosa doncella de Highland abrió la puerta de par en par.

—¿Llamó, señor?

James asintió.

—El carruaje de Lord Blodswell está en los establos, ¿no es así?

—Sí, milord.

Perfecto. Matthew ya debería estar en Londres; con suerte MacQuarrie había hecho el viaje sin expirar.

—Ve a ver que esté listo, muchacha. Lo necesito.

—Por supuesto, milord.

El viaje de dos días a Edimburgo había sido una pesadilla, por decir lo menos. El sueño de Blaire estaba cargado de pesadillas, del tipo que generalmente haría que alguien saliese de la cama y no pegara ojo por el resto de la noche. Sin embargo, no podía escapar de la neblina llena de depresión que la había llevado más abajo de lo que había estado alguna vez. Cuando estaba despierta, tenía los nervios tan sensibles que Blaire casi saltaba de pie ante cada bache en el camino, cierto, James habría despertado a pesar del hechizo de amortiguación y estaría totalmente decidido a vengarse por su engaño.

Al caer la noche, sus nervios solo se acentuaron más. ¿Trevelyan los estaría persiguiendo? ¿Él finalmente los habría alcanzado? Y de ser así, ¿tendría ella el poder para detenerlo, sin que sus hermanas del aquelarre le ayudaran? Aquello era una tontería, ella lo sabía muy bien. La enemistad de Trevelyan era con James, no con ella, Trevelyan no tenía motivos para seguirla a Edimburgo.

El conductor del carruaje, que habían pedido prestado a los Ferguson, no había estado muy feliz cuando Aiden lo había despertado de la cálida cama de una viuda del pueblo, en plena noche. El punto de vista del hombre no había cambiado durante todo el viaje. Sumándose a su miseria, Brannock se había enfurruñado desde que salieron de Briarcraig, no porque echara de menos el lúgubre lugar, sino porque no había podido localizar al gato Bruce antes de su partida.

Afortunadamente, Aiden se apiadó de ella. Solo lamentó la pérdida de Heather Fyfe media docena de veces durante el viaje, pero él le había pasado el brazo por los

hombros, apretado las manos cuando ella se inquietaba y prometido que todo saldría bien. Deseaba tanto que su hermano tuviera el poder de clarividencia de Cait, que pudiese decir esas cosas con absoluta certeza. Pero realmente no se sentiría en paz hasta que se reuniera con Caitrin, Elspeth, Rhiannon y Sorch, hasta que pudiera sentir el poder que surgía cuando estaban juntas, y proteger a aquellos que amaba.

Cuando la luz del día se desvaneció, Blaire finalmente pudo distinguir Edimburgo en la distancia. Ella lanzó un suspiro de alivio. Solo un poco más de tiempo, y podrían regresar a sus propias vidas. Su corazón se contrajo de solo pensarlo. Aiden y Brannock estarían a salvo, pero nunca dejaría de extrañar a James y de desear una vida que no podría ser la suya. ¿Era esto lo que Fiona había visto tantos años atrás? ¿Qué James rompería su corazón y la dejaría solo como un caparazón de la bruja que una vez había sido? ¿Es por eso por lo que el aquelarre trató de protegerla de él?

—Casi allí —dijo Aiden, tranquilamente a su lado.

Blaire asintió.

—Tan pronto como arreglemos las cosas, necesito ver a las demás.

Su hermano mayor asintió.

—Sí, me lo suponía. Dale mis felicitaciones a Caitrin.

—Alec.

El nombre brincó en los labios de Blaire. ¿Qué le diría a Cait sobre Alec? Aiden le apretó el brazo.

—Una cosa a la vez, chica. Y con un poco de suerte, MacQuarrie estará completo y a salvo antes de que tengas que contarles todo a las demás.

Pero eso no era cierto. Tendría que decirle la verdad a Cait. Tendría que decirles la verdad a todas. Ella nunca podría mantener algo de esa magnitud en secreto, no a su aquelarre; sin embargo, no tenía sentido discutir eso con Aiden, así que asintió con la cabeza.

—¿Qué hay de Alec? ¿Me refiero al señor MacQuarrie? ¿Le pasó algo? —Brannock habló después de haber mantenido silencio durante tanto tiempo.

Sin embargo, con Brannock, Blaire no estaba lista para divulgar la verdad. De hecho, ella tal vez nunca lo estuviera. El pobre chico todavía tenía pesadillas con los dientes puntiagudos de Sarah Reese; lo último que Blaire haría sería aumentar sus temores.

–Nada. Simplemente no quería regresar con nosotros, eso es todo.

–No después del matrimonio de Miss Macleod –proveyó Aiden amablemente.
–Supongo que debería decir Lady Brimsworth, sin embargo...

La excusa pareció aplacar a Brannock, que volvió su atención hacia afuera, mientras Edimburgo se hacía más grande por la ventana. Blaire y Aiden intercambiaron una mirada, acordando silenciosamente mantener todos los rumores sobre vampiros y otras criaturas terribles lejos de Brannock, el mayor tiempo posible.

–No esperes a que nos instalemos, Blaire; haré que el conductor te lleve primero a los Ferguson. No hay necesidad de descargar y desempacar. Los hombres fuertes de la familia Lindsay podemos manejar eso.

Blaire se inclinó hacia adelante y besó la mejilla de Aiden. Él realmente era un hermano muy querido.

Blaire subió los escalones de la majestuosa casa Georgiana de Sorch Ferguson y golpeó ruidosamente la puerta. Un momento después, el anciano mayordomo de cabello gris estaba de pie ante ella.

–Miss Lindsay –la saludó, –no me di cuenta de que estaba en casa.

Casa. En el sentido más extraño, se sentía como en casa en el Castillo de Briarcraig, al lado de James Maitland. Ella alejó tal pensamiento melancólico de su mente y forzó una sonrisa en su rostro, mientras cruzaba el umbral.

–En realidad acabo de regresar. Por favor, dígame que Miss Ferguson está en casa.

Las palabras apenas salieron de su boca cuando la puerta se cerró detrás de ella, antes de que un chillido agudo asaltara sus oídos. Entonces Sorch, con toda su gracia natural, apareció de la nada y se lanzó a los brazos de Blaire.

–Oh, te hemos extrañado mucho. No podía esperar más por escuchar sobre el castillo de Aiden. ¿Es tan horrible como temiste? Oh, y no creerás lo que ha sucedido con Cait.

Sorcha deslizó sus dedos contra el pulgar de Blaire lentamente, y sonrió cuando un capullo de rosa se abrió en su palma. Blaire meneó la cabeza y lo tomó de la bruja más joven.

–Se casó con un señor inglés, escuché.

La sonrisa de Sorcha desapareció.

–¡Augh! Esperaba poder decírtelo –se quejó. –Ojalá hubieras estado aquí, Blaire. Lord Brimsworth es tan apuesto como Benjamín Westfield.

Blaire no pudo evitar sonreír a su hermana del aquelarre. Sorcha siempre era la más exuberante del grupo.

–Puedes decirme todos los detalles. MacQuarrie fue escaso con eso.

Sorcha unió su brazo con el de Blaire y tiró de ella hacia un alegre salón amarillo.

–Pobre señor MacQuarrie. No lo vi antes de irse. ¿Estaba muy desconsolado?

Su corazón era la menor de sus preocupaciones ahora, pero Blaire no se atrevería a contar la historia más de una vez. Ella meneó la cabeza.

–Wallace estaba fuera de sí –Sorcha soltó una risita. –Creo que en realidad amenazó a Lord Brimsworth.

A Blaire no le importaba lo que el medio hermano de Sorcha había hecho.

–Escucha, Sorcha, algo ha sucedido. Algo terrible. Necesitamos reunir a las demás. Vamos a necesitar todos nuestros poderes combinados.

Sorcha dejó caer el brazo de Blaire, y el miedo se extendió por sus rasgos.

–Eso no es posible.

–¿No está Elspeth de vuelta? –La cabeza de Blaire punzaba, mientras se hundía en una silla acolchada de chintz. –¿Cuánto tiempo más estará afuera?

–No es Elspeth –Sorcha frunció el ceño. –Ella y Benjamín volvieron ayer, pero Caitrin se fue.

–¡Se fue! –Blaire rugió. –Pero ella acababa de regresar.

–Bueno, ella tenía una visión del padre de lord Brimsworth, y partieron con el conde hacia Kent sin más demora. Podrían pasar meses antes de que vuelva a Edimburgo. ¿Qué está pasando? ¿Por qué nos necesitas a todas?

El corazón de Blaire se hundió. Sin los cinco, ¿qué harían? Sin Cait en su grupo, era temerario despertar a todas esa noche. Tendrían el mismo problema preocupándolas en la mañana.

—Más de lo que puedo explicarles en esta noche. Envía una nota a las demás por mí, ¿quieres?

—Por supuesto.

—¿Podemos encontrarnos en tu invernadero mañana para el almuerzo?

Los ojos marrones suaves de Sorchá brillaron.

—Oh, qué maravillosa idea. Puedo mostrarte mis nuevas orquídeas.

Las orquídeas eran lo último en la mente de Blaire.

Capítulo 23

Blaire se paseaba por el invernadero de Sorch, desde un extremo de la habitación con ventanas, hacia el otro. Ella estaba siendo tonta, lo sabía. Había llegado desde muy temprano; no es que las otras llegaran tarde. Pero ella no podía evitarlo. Durante toda la mañana había sentido como si alguien la estuviera mirando, y se le erizaron los pelos de la nuca.

—¡*Cielos!* —La voz de lady Elspeth Westfield detuvo a Blaire a mitad de camino.

Blaire giró sobre sus talones y corrió hacia su amiga. Le pareció toda una vida desde la última vez que la vio, aunque en realidad solo habían pasado unos meses. Blaire echó sus brazos alrededor del cuello de la bruja sanadora y la abrazó con fuerza, aunque tuvo cuidado con el vientre protuberante de Elspeth. Aun así, sintió que el niño la pateaba.

Elspeth se rió y se sacudió el salvaje cabello rojo de la cara.

—Ella es muy particular sobre su espacio —se pasó una mano cariñosamente por el estómago. Pero sus ojos verdes, siempre sabios, permanecieron enfocados en Blaire. —Has estado llorando.

Eso era algo que las brujas guerreras simplemente no hacían. Blaire se encogió de hombros y caminó hacia uno de los rosales de Sorch.

—Debe ser algo en mis ojos, estoy segura.

Detrás de ella, Elspeth se burló.

—Puedes intentar hilar ese hilo con alguien que no te conozca de toda la vida —Caminó detrás de Blaire y colocó una delicada mano sobre su hombro. —Cait estaba aterrorizada porque algo te había sucedido. ¿Tenía razón?

Blaire se inclinó hacia delante. Con Aiden y los demás, ella podía fingir, pero Elspeth siempre podía ver a través de ella.

—Mi vida es un desastre y no sé qué hacer con eso —ella se secó una lágrima traidora.

—Cuéntame, Blaire. Haré lo que pueda para ayudarte.

Ella giró para mirar a su amiga.

—¿Sabías que nuestras madres, todas ellas, atraparon a un hombre y lo mantuvieron encerrado en un castillo de Highlands?

La boca de Elspeth se abrió.

—Debo pedirte perdón

Blaire sacudió la cabeza.

—Pero él no es realmente un hombre. Un hombre no podría haber sobrevivido tal castigo.

—Entonces, ¿qué es él? —casarse con un licántropo había hecho que Elspeth aceptara más que otros a las criaturas fantásticas.

—¿Crees en vampiros?

Una extraña mirada se posó en la cara de Elspeth, y frunció el ceño como si tratara de recordar algo.

—¿Un vampiro? —luego miró a Blaire directamente a los ojos. —Creo recordar algunas conversaciones sobre un vampiro, pero era muy joven en ese momento. No puedo recordar mucho.

Blaire asintió.

—Si recuerdas algo sobre este vampiro, solo habrían sido dos contigo.

Los ojos verdes de Elspeth se abrieron de par en par.

—¡DOS! ¿Quieres decir que el hombre, el vampiro, estuvo encerrado durante veinte años?

Blaire suspiró.

—James recordó que dijeron algo acerca de sus futuras víctimas, pero no puedo imaginar que haya herido a alguien —aparte de ella, claro está. Y realmente no podía culparlo por no amarla, ¿o sí?

—¿James? —Elspeth se abalanzó sobre ese resbalón de lengua que había cometido.
—¿El vampiro se llama James?

No podía volver atrás en ese punto.

—James Maitland, Barón Kettering.

Su amiga sonrió.

—¿Y este James sería la razón por la que tu vida es un desastre?

Los ojos de Blaire cayeron al suelo.

—Solo yo sería tan tonta como para perder la razón por un hombre que no tiene un corazón para darme a cambio.

Elsbeth tocó suavemente su mejilla.

—Oh, Blaire cariño, no puede ser tan terrible. Los hombres son criaturas tontas sin importar si son humanos o algo así. Puedes confiar en mí en eso. Amo a Benjamín con todo mi corazón, pero no estoy ciega de sus fallos. Dicen las cosas de manera diferente a como las escuchamos y viceversa. Es un milagro que podamos llevar a cabo conversaciones con hombres.

Blaire sonrió ante la amabilidad de su amiga. Elspeth nunca podía soportar ver a alguien sufrir, ya sea físicamente o de otra manera. Pero no había suavizado las palabras que James le había dicho. Él se preocupaba por ella, pero nunca podría amarla. Eso es lo que había dicho él mismo. No había mucho espacio para malentendidos con tal declaración.

—¡Oh! —la voz melódica de Sorchá llegó desde la puerta. —Ya están aquí las dos. ¿Han visto a Rhi?

—No todavía —respondió Elspeth, y luego se preparó para uno de los abrazos de Sorchá. —No muy fuerte, el niño...

Sorchá la liberó instantáneamente.

—Lo siento, me olvidé de eso —luego las dirigió a una mesa, casi rebosante de vinos, y un servicio de té plateado. —Siéntense, siéntense... Anoche, Blaire dijo que algo terrible había sucedido, y no pude dormir toda la noche, me preocupé por eso.

Blaire miró hacia la puerta vacía.

—¿Creen que deberíamos esperar a Rhi?

Sorchá negó con la cabeza, y sus perfectos rizos marrones se balancearon de un lado a otro.

—Si ella quiere escuchar las cosas, primero debería tratar de llegar a tiempo.

Se deslizó grácilmente en una de las sillas con respaldo de listones y levantó la barbilla, desafiando a cualquiera de las otras para contradecirla. Esta era la corte de Sorchá después de todo.

—¿Té? —hizo un gesto hacia la olla que tenía delante.

Blaire sacudió la cabeza. El té no resolvería sus problemas, pero se sentó a la mesa de todos modos.

—¿Qué es eso tan terrible? ¿Qué sucedió? ¿Podemos hacer algo al respecto?

Blaire suspiró.

—Esperaba que las cinco pudiéramos hacer algo juntas, pero con Cait fuera, no sé si podremos. Pero pienso que todas deberían saber lo que ocurrió, de todos modos.

Elsbeth se deslizó en un asiento vacío alrededor de la mesa, sus ojos buscando los de Blaire.

—Continúa.

Entonces ella les dijo. Les contó sobre sus madres atrapando a James décadas antes. Ella les contó sobre el anillo de su madre y cómo realmente le pertenecía a James. Les contó sobre Sarah Reese y cómo había dominado a Blaire. Les contó sobre Padrig Trevelyan y cómo la mirada del hombre la aterró. Ella les contó que James había regresado al castillo con la ropa ensangrentada por las heridas de Alec, aunque todavía no tenía ningún detalle sobre esa situación. Y les contó sobre su escape con Aiden y Brannock de Briarcraig, y la sensación de aprensión que la había seguido desde entonces.

—¡Todavía no puedo creer que nuestras madres hicieron tal cosa! —Sorcha se reclinó en su asiento como si estuviera ofendida. —¡Y no nos digas más!

Elsbeth negó con la cabeza.

—Siento que la respuesta está en lo más recóndito de mi mente, pero no puedo recordarla —Ella volvió su mirada hacia Sorcha. —¿Crees que Wallace podría recordar algo?

El hermano de Sorcha estaba más cerca de los treinta que de los veinte.

—No lo sé, pero puedo preguntarle.

No es que Blaire tuviera muchas esperanzas. Incluso si Wallace Ferguson supiera por qué sus madres habían hecho algo tan horrible, eso realmente no resolvería su situación actual, ¿verdad?

Sorcha se inclinó hacia delante en su asiento, sus suaves ojos marrones se centraron en Blaire.

—Hay una cosa que no entiendo de tu historia.

—Y eso es...

–Bueno, no puedo creer que el barón te dejara salir de Briarcraig.

Por supuesto, ella no les había contado todos los detalles, ni planeaba hacerlo.

–Tuve un poco de suerte de mi parte –ella lo había desgastado, dejando que él le diera todo su dichoso amor y luego, había escapado mientras dormía. Blaire evitó sus miradas más interesadas. –¿Qué creen que hará que se retrase Rhiannon?

Ella no era la más puntual de las brujas, pero incluso eso era extraño. Uno podría pensar que después de recibir una citación, habría llegado ya.

En ese momento, la puerta del invernadero se abrió de golpe, aparentemente casi por voluntad propia. Rhiannon, seguida por una gran ráfaga de viento que levantó el cabello de Blaire, cruzó la puerta. El aire casi crepitaba con su impaciencia.

–Oh, Dios mío, ella misma está en una especie de torbellino –murmuró Sorch.

–Parece que sí –susurró Elspeth dramáticamente.

Rhiannon no perdió el tiempo, mientras se quitaba los guantes de los dedos.

–Algo no está bien –dijo rápidamente, mientras meneaba la cabeza con asombro. –No sé qué es, pero algo está apagado.

–¿Apagado? –cuestionó Blaire. –¿Qué quieres decir?

–No tengo idea –dijo Rhiannon, –pero puedo sentirlo en el viento.

–¿Qué sientes? –preguntó Elspeth, mientras se sentaba hacia adelante y apoyaba la barbilla en el talón de su mano.

Rhiannon siempre había sido capaz de sentir problemas en su entorno. Era inexplicable, pero sus poderes estaban lo suficientemente maduros para sentir cualquier perturbación emocional, que no afectaba a las demás tan duramente como a ella.

Rhiannon cerró los ojos y abrió la puerta con un fuerte aliento, a través de sus labios fruncidos. El aire del exterior se precipitó al invernadero. Se estremeció.

–He estado intentando descifrarlo todo por la mañana. Es un fastidio, este regalo mío. No me dice una maldita cosa, aparte del hecho de que algo está mal.

–Me siguió a casa –confesó Blaire. –Lo siento mucho. Pero no podía pensar otra manera de enfrentarlo. Una lágrima se le escapó. Las brujas nacidas en batalla no lloraban.

Una gota de agua cayó sobre la cabeza de Blaire. Fantástico. Si lloraba, por supuesto que Rhiannon simpatizaría y entonces, todas serían un maldito lío.

—Alguien que cuente un chiste, ¿quieren? —dijo Blaire, su voz se llenó de emoción. —O todas nos ahogaremos aquí, y me resulta muy difícil correr con las faldas mojadas.

La pequeña nube de lluvia se evaporó.

—Creo que te extrañé —gruñó Rhiannon.

—Sí, también te extrañé —admitió Blaire. Las había extrañado mucho a todas. Pero no de la misma forma en que echaba de menos a James.

La historia se derramó de los labios de Blaire por tercera vez. Cuando Blaire llegó a la parte sobre Sarah Reese y su deseo por Brannock, un relámpago parpadeó dentro de la habitación, un breve destello de audaz color.

—¡No lastimes mis plantas! —Sorcha le gritó a Rhiannon.

—Mis disculpas —murmuró Rhiannon. Luego respiró profundamente. —Eso es lo que estoy sintiendo. Él está aquí. Ese hombre que está tras de ti, está en Edimburgo.

—¿Cómo lo sabes? —esa era una pregunta ridícula. Sin embargo, Blaire descubrió que escapaba de sus labios de todos modos.

—Simplemente lo sé —Rhiannon se encogió de hombros. —Hay una perturbación en el aire. Su odio alimenta su búsqueda de ti. Y puedo sentir cuánto le desagrada que sigas con vida.

Blaire se puso de pie.

—Tendré que irme. Tendré que llevarme a mi familia e ir a un lugar seguro.

Elsbeth negó con la cabeza lentamente.

—¿Y dejar a la gente de Edimburgo enfrentar su ira? ¿Con solo tres de nosotras luchando contra él? ¿Y sin ninguna bruja nacida en batalla entre nosotras, una vez que te hayas ido? Has perdido la cabeza cuando perdiste el corazón. Cuando lo perdiste todo.

La mirada de Elspeth se movió hacia el cuello de Blaire. Blaire sintió un rubor moverse por sus mejillas. Ciertamente, ella no podía saber...

—¿Necesitas una ráfaga de aire frío? —preguntó Rhiannon rápidamente, al notar el calor que cubría la cara de Blaire.

—Eso no será necesario —murmuró Blaire. Respiró profundo. —Necesitamos una estrategia. Lo mejor que podemos hacer es atrapar al vampiro y deshacernos de él.

–Deshacernos de él ¿cómo? –preguntó Sorchá. Por supuesto, la bruja más joven se sentiría mareada ante la idea de matar. Pero a Blaire no le molestaba ni un poco.

–Tenemos que encontrarlo primero –les recordó Elspeth a todas.

–No nosotras –dijo Rhiannon rápidamente. –Tú pasas, por tener un niño en tu vientre, y no lo pondremos en peligro.

Una voz masculina irrumpió desde la puerta del invernadero.

–¿Peligro? –preguntó Lord Benjamín Westfield, su habitual sonrisa lobuna desapareció de su hermoso rostro ante la sola idea de que Elspeth y su bebé estuvieran en peligro. –¿Quién está en peligro? –ladró.

–Nadie –tranquilizó Elspeth, mientras se ponía de pie y se dirigía hacia su marido.

Uno de los brazos de él serpenteó alrededor de su cintura y la acercó a su lado, mientras la otra mano aterrizaba sobre su vientre. Eran tan felices, que era nauseabundo. Sin embargo, Blaire deseaba poder tener lo que compartían. Con James. El esposo de Elspeth la miró a los ojos.

–No me mientas

–No voy a contar esa historia otra vez –espetó Blaire, mientras se levantaba también. –Si tu esposo quiere ser entrometido, él puede hacerte todas las preguntas que le plazcan. Debo ir a cazar.

Elspeth la llamó mientras se retiraba.

–No te vayas, Blaire. Necesito preguntarte algo –Su mirada una vez más se posó en el cuello de Blaire.

–No necesito que me cures –dijo Blaire rápidamente. Después de todo, no había forma de recuperarse de la pérdida de James.

–No es mi curación lo que necesitas –dijo Elspeth suavemente. –Estoy al tanto. Solo quiero estar segura de que estás bien.

–Hablares más tarde entonces –Blaire comenzó a moverse hacia la salida.

–¿A dónde vas? –Sorchá quería saber. –¿Puedo ir, también?

Blaire asintió rápidamente, y Sorchá y Rhiannon se pusieron en marcha detrás de ella. Sin duda, Elspeth se uniría a ellas tan pronto como le contara toda la historia a esa bestia suya. O tal vez no. No había otro hombre en la Tierra que fuera más protector que Benjamín Westfield. Y eso podría ser una bendición disfrazada. Elspeth sacaría cada secreto que Blaire le hubiese escondido cerca del pecho, y los

derramaría por todo el piso. Blaire no tenía prisa por divulgar tales secretos a nadie, ni siquiera a la generosa Elspeth.

Tan pronto como James llegó a Edimburgo, el Trono de Arturo lo llamó como si de un faro se tratara. No estaba seguro de cómo encontraría a su bruja en la ciudad, pero ella cazaba como un hombre, disparaba como un hombre y luchaba como un hombre. El pico principal de las colinas, en el extremo sur de la ciudad, parecía un lugar en el que ella podría pasar el tiempo. Verlo definitivamente era una pérdida de tiempo, pero no sabía por dónde más empezar. Devolvió a Bruce, el gato, a la maleta de viaje y los dos dejaron al cochero de Matthew en la base de la colina, prometiendo regresar pronto.

El fresco aire escocés se filtró en los pulmones de James, mientras escalaba, una experiencia que todavía lo asombraba después de siglos de no respirar. Finalmente, se paró en la parte superior del Trono de Arturo y miró hacia abajo, a la pintoresca Edimburgo. El sol calentaba su cabello, y el viento bailaba sobre su cuello. Su corazón latía a un ritmo rápido dentro de su pecho, ligeramente agitado por la escalada a la colina. Pero era una sensación gloriosa escuchar su sangre bombeando dentro de sus venas.

Un gemido quejumbroso se extendió hacia él desde la maleta a su lado. Su pequeño compañero felino no era un viajero feliz. Más de una vez durante el viaje, el gato había berreado lo suficientemente fuerte, que James había tenido que echarle una ojeada por curiosidad. Estaría feliz cuando pudiera devolverle el gato a Brannock Lindsay. Sin lugar a duda, la fea criatura también estaría feliz de estar libre del balanceo del carruaje, James estaba seguro de eso.

Libertad. Era algo que James nunca había esperado sentir. Siempre había asumido, desde el momento de su primera muerte, que estaría atado a la necesidad de una fuente vital no proporcionada por sí mismo, que nunca llevaría una vida *normal*. Era simplemente insondable que su corazón ahora latiera; que él fuera humano; que fuera libre para amar como quisiera; envejecer, para tener una familia. Y se lo debía todo a Blaire.

No podía esperar para verla, para abrazarla. Para castigarla por haberlo dejado atrás. Aunque, ahora estaba seguro, su partida era la causa de que su corazón latiera

una vez más. Después de todo, uno primero debe tener un corazón para que puedan romperlo. De hecho, no fue hasta que ella se largó, que se dio cuenta de cuánto la amaba.

Un gruñido inhumano emanó de la maleta, y tembló en su mano. James se rió entre dientes.

—Lo siento, Bruce. Sé que es un poco estrecho. Pero Matthew me matará de nuevo si te dejo destrozar el interior de su carruaje. Además, no pasará mucho tiempo antes de que encontremos a tu amo y luego podrás correr todo lo que te plazca, o excavar en los sofás, o comer snacks de pescado, o lo que sea que te mueras por hacer.

En ese momento, un sonido llamó su atención. Voces femeninas viniendo en su dirección desde un camino abajo. Y una de ellas no era solo una voz femenina. El corazón de James se disparó. Por una vez, la suerte había estado de su parte.

—¡Blaire! —llamó él, y se lanzó por ese particular camino.

Él debía ser el hombre más afortunado de la Tierra. Pensó que le llevaría horas encontrarla en una ciudad del tamaño de Edimburgo. Tal vez incluso días. Qué increíblemente fortuito el que ella tropezara en su camino. Por supuesto, últimamente, se había convertido en un creyente completo del destino.

Un momento después, la vio, trepando por la colina envuelta en un abrigo andrajoso, con la manta de los Lindsay sobre los hombros. La boca de Blaire se abrió cuando sus ojos se posaron en él, y las dos mujeres jóvenes que la rodeaban jadearon.

—Ja-Lord Kettering —Blaire finalmente encontró su voz, aunque todavía no se movía ni una pulgada hacia él. —¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Ese es Lord Kettering? —murmuró la delicada morena a su lado, antes de que James pudiera responder. —No puedo creer que lo hayas dejado atrás. ¿Estás loca?

—Shush, Sorcha —siseó la otra mujer.

Blaire miró por encima del hombro a la pequeña morena y frunció el ceño.

—¿Puedes comportarte?

Sorcha, al menos James supuso que ese era su nombre, se encogió de hombros. Una pequeña sonrisa se formó sobre sus labios, y sus cálidos ojos marrones centellearon cuando se posaron sobre él.

–¿Te encerraron, milord, para evitar que rompas corazones?

Ella ciertamente era una cosita descarada. James casi se rió, pero mantuvo sus ojos en Blaire y levantó una ceja.

–¿Les dijiste quién soy? ¿Lo qué me pasó?

No es que estuviera sorprendido. ¿Cuántas veces le había dicho que confiaba en su aquelarre por encima de todo, incluido él?

Blaire tragó saliva bajo su mirada.

–Tenían derecho a saberlo. Sus madres también estuvieron involucradas.

James miró a las tres muchachas escocesas ante él. Los recuerdos de la venganza que una vez había querido llevar a cabo con sus madres, por atraparlo en ese castillo en ruinas y mantenerlo encerrado lejos del resto del mundo, pasaron por su mente. Todo eso no significaba nada ahora. Si ese aquelarre no lo hubiera capturado hace mucho tiempo, tal vez nunca hubiera cruzado camino con Blaire. Habría sido posible que nunca se hubiera enamorado de ella, que nunca hubiera vuelto a ser humano de nuevo. No, no era venganza. Le debía a ese aquelarre y a sus hijas su vida y mucho más.

–Es un placer conocerlas, mis ladies –y realmente lo decía en serio.

La morena suspiró, y una expresión soñadora se posó en su rostro. Blaire miró con recelo a James.

–Te pedí que no vinieras aquí.

–Lo hiciste –estuvo de acuerdo, y luego cerró la distancia entre ellos, dejó caer la maleta a sus pies y tomó su mano con la suya. –Pero también aceptaste ser mi esposa, y en mi forma de ver las cosas, no hay otro lugar en el que yo deba estar más que a tu lado.

Los labios de Blaire temblaron, y James sintió en ese momento el impulso de besarla aun con sus amigas mirándolos, y maldita sea, sin importar las consecuencias.

–Te dije que no podía casarme contigo.

La morena se quedó sin aliento detrás de ellos, como si la idea fuera una pena para ella, personalmente. Blaire miró por encima de su hombro y se encontró con la mirada de su compañera más seria.

–Rhi, ¿puedes hacer algo con ella?

La mujer colocó un brazo alrededor del hombro de la morena y comenzó a arrastrarla fuera de escena.

–Pero ella no nos contó esa parte de la historia, Rhi –gruñó la menor, mientras desaparecían en una curva. –¡Y creo que esa era la parte más importante!

–Estoy de acuerdo con tú pequeña y exuberante amiga.

James no pudo evitar sonreír ante los comentarios que la bruja más pequeña arrojaba tras de sí.

–Ella es una plaga.

–Debería estar furioso contigo por haberme dejado como lo hiciste.

Blaire sacudió la cabeza.

–No había otro camino. Eres tan terco...

–Como lo eres tú, mi amor. Y tienes razón, nunca te habría dejado ir.

–Tenía que proteger a mis hermanos, James. No espero que lo entiendas.

Él suspiró.

–Eres tú peor enemigo, Blaire. ¿Sabes eso?

Ella frunció el ceño y cruzó los brazos sobre su pecho.

–Yo, ciertamente, no lo soy.

–Oh, sí lo eres –Él asintió con la cabeza para enfatizar su punto. –Saliste corriendo sin pensar en la situación.

–¡Lo pensé bien! –Ella insistió y lo apuñaló en el pecho con un dedo.

No pudo evitar reír, a pesar de que la situación estaba lejos de ser graciosa. Él estaba tan feliz de haberla encontrado. ¿Aliviado? Tanto que podría flotar hasta los cielos. Aún tenían un pequeño asunto que atender primero.

–¿De verdad? ¿Recuerdas que te dije que Trevelyan te haría daño, solo para vengarse de mí?

–Solo porque piensa que te preocupabas por mí.

–Me preocupo por ti

–Ojos que no ven, corazón que no siente.

Aquello estaba llegando al límite de lo que podía aguantar. ¿Tenía tan poca fe en sus sentimientos?

–Dame tu mano.

–¿Perdón?

–Dame. Tu. Mano. –cortó él.

Ella ocultó su mano detrás de la espalda.

–¿Qué quieres con ella?

–Blaire –James suspiró, mientras jalaba su mano oculta, le quitaba el guante de la muñeca, y luego liberaba cada uno de sus dedos. –Hermosa –murmuró, apretando su mano antes de deslizarla dentro de su abrigo, chaqueta. La sostuvo contra la fina tela de su camisa y la presionó contra su pecho. –Ahí. ¿Lo sientes?

Ella lo fulminó con la mirada, como si fuera el hombre más inepto que existiera.

–¿Qué se supone que debo sentir, exactamente? –Ella jadeó y apartó la mano de su pecho, como si hubiera tocado una estufa caliente.

James sonrió. Ella lo había sentido, él lo sabía.

–Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿eh?

–¿Es ese tu... corazón? –Las palabras parecían arrancadas de su alma.

–Te tocó dejarme para hacerlo latir de nuevo, Blaire. Uno debe tener un corazón para que puedan romperlo. Evidentemente, el mío estuvo allí todo este tiempo, esperándote.

Blaire se atragantó con un sollozo. Había estado esforzándose tanto por no llorar, y, sin embargo, no pudo evitar el torrente de lágrimas que ahora corrían por sus mejillas.

–Oh, mi amor –canturreó James, y le secó las mejillas con un pañuelo. –Nunca te había visto tan alterada.

Pero nada de eso tenía sentido en absoluto.

–No lo entiendo.

–No estoy seguro de entenderlo mejor que tú. Desperté solo –Echó un vistazo a la maleta a sus pies, –o casi. Luego leí tu nota, que rompió mi corazón, por cierto, y

corrí aquí tan rápido como pude. Estaba un poco desconcertado sin mi velocidad y fuerza, así que tuve que viajar en carruaje. No has visto a Trevelyan, ¿verdad?

La mente de Blaire aún se tambaleaba con todo lo que estaba diciendo.

—¿Qué significa esto? ¿Cómo es que tu corazón está latiendo?

James se alejó un paso de ella y tiró del anillo con cresta, de su dedo. El corazón de Blaire saltó hasta su garganta.

—¡No!

¿Estaba loco? Sería quemado vivo. Él estaba... riéndose de ella. Ella no podía creerlo, se estaba riendo de ella.

James arrojó el anillo al aire y luego lo atrapó.

—No lo necesito más, amor. Mi corazón ahora late. Soy tan humano como el próximo hombre que pase por la calle —él sonrió. —Bueno, soy un poco más fuerte que cualquier hombre normal que veas. Pero esa, es probablemente la respuesta de mi cuerpo al ser tan fuerte por tanto tiempo. Se adaptó —él se encogió de hombros. —Algunos rasgos no me han dejado del todo.

Era mucho para asimilar. Blaire solo podía pestañear.

—¿Cómo?

—No cómo. Quién —él hizo hincapié en la última palabra. —Tú, Blaire. Me hiciste esto a mí, y nunca podré agradecértelo lo suficiente.

¿Gracias a ella? Meneó la cabeza. Ella nunca había querido su agradecimiento. Fue culpa de su madre que él estuviera encerrado por tantos años. Por su culpa, le habían robado la vida.

—¿Qué pasa? —él la agarró del codo y tiró de ella hacia él. —No me digas que ahora que soy humano, ya no me amas.

Una risa burbujeante escapó de su garganta, lo cual fue ligeramente embarazoso.

—Yo no sé qué decir.

—Digamos que me tendrás a mí, Blaire.

Un horrible gruñido salió de la maleta a sus pies, y Blaire dio un salto sorprendida hacia atrás.

—¿Qué diablos es eso?

James sonrió.

–Dejasteis Briarcraig con tanta prisa, que el pobre Bruce se quedó atrás.

Los ojos de Blaire se fijaron una vez más en la bolsa.

–¿Trajiste a esa miserable criatura? Pensé que nos habíamos librado de eso.

–Oh, vamos –James tomó su mano. –Él no es tan malo, y sé cuánto le encanta a Brannock.

James sería el héroe de su hermano desde ahora hasta el final de los tiempos.

–¿Ese era tu plan? ¿Engatusar a Brannock y pedirle que defendiera tu caso?

Él se rió, y el rico sonido abarcó el corazón de Blaire. Parecía tan diferente ahora, mucho más a gusto. Más alegre. Blaire parpadeó hacia él. No era solo su imaginación; él estaba diferente.

–Tus ojos –susurró.

La sonrisa se fue de su rostro.

–¿Qué pasa con ellos?

Ella negó con la cabeza, sin creerlo realmente.

–Son azules.

–¿Lo son? –él parecía tan sorprendido por ese hecho, como ella.

Blaire se alejó un paso de él. Ella necesitaba tiempo para pensar, era tiempo de aclarar sus ideas.

–No puedo hacer esto ahora.

–¿Hacer qué?

Hizo un gesto salvajemente entre los dos.

–Esto. Nosotros

–Blaire –Él extendió la mano hacia ella, pero la bruja se alejó un paso.

–Solo un poco más de tiempo, James.

Él frunció el ceño.

–Trevelyan está por ahí, Blaire.

Ella miró hacia el cielo y el sol brillando sobre ellos.

–Tal vez, pero estaré lo suficientemente segura hasta el atardecer.

–Muy bien –suspiró él. –Pero no te demores demasiado.

Capítulo 24

El corazón de James se encogió cuando Blaire escapó por un camino lateral. TIEMPO. Ella necesitaba tiempo. ¿Para qué? Él pensaba que ella lo amaba, aunque ahora no estaba seguro de si ella alguna vez había pronunciado esas palabras. ¿Estaba arrepintiéndose de lo que habían sido el uno para el otro en Briarcraig? ¿Ya no lo quería más ahora que él no era un vampiro sin corazón?

Él lanzó un suspiro. Sería el cruel castigo de Dios, devolverle su corazón después de casi doscientos veinticinco años solo para que la mujer amada se vengara de él.

—Puedes parar ahora, Rhi —un susurro irritado llegó a sus oídos. —¿Se ha ido?

James se volvió hacia la voz y vio a la hermana exuberante y morena de Blaire asomando la cabeza desde detrás de un árbol.

—¿Estuviste escuchando todo el tiempo? —preguntó

Ella ni siquiera tenía la decencia de parecer avergonzada. En cambio, resopló indignada.

—No —ella refunfuñó, mientras caminaba lentamente por el camino hacia él. —Rhiannon azotó el aire a mi alrededor, tan fuerte que no pude oír nada.

Como si fuera una señal, la esbelta bruja salió de detrás de los arbustos y suspiró.

—Si los roles se hubieran invertido, no querías que nadie escuchara tu conversación.

La morena puso los ojos en blanco.

—¡Ha! En primer lugar, no aguantaría a ninguna de ustedes.

Aunque el corazón de James todavía dolía, la bruja más joven le hizo sonreír. Sería imposible no simpatizar con la muchacha.

—De todos modos —dijo, cuando finalmente se dio cuenta que la observaba el hombre, —no fuimos presentados correctamente. Soy Sorch Ferguson, y esta es —hizo un gesto con la cabeza. —Rhiannon Sinclair.

James inclinó su cabeza a modo de saludo.

—James Maitland, Barón Kettering.

—Lo sé —Sorcha Ferguson le sonrió. —Y estoy tan feliz de haberte conocido.

—¿En serio?

Si las amigas de Blaire estaban honestamente tan felices de conocerlo, quizás no todo estaba perdido. Ella debía haberles dicho cosas buenas sobre él, por lo menos.

—¡Oh, sí! —Sorcha asintió con entusiasmo. —Nunca había conocido a un vampiro.

¿Eso era todo? ¿Todas estas brujas preferían a los no-muertos que a los hombres normales con un corazón? ¿Sorcha se daría la vuelta y huiría de él también, si supiera la verdad, que ahora solo era un hombre?

—Realmente no soy tan especial.

Pero ella negó con la cabeza, como si aquello fuera una tontería.

—Los vampiros son nuevos para mí. Aprendí todo sobre Lycans de Lord Benjamín, pero...

—¡Sorcha! —la otra bruja siseó justo cuando una brisa rápida golpeó el cabello castaño de la más joven.

Con un suspiro de exasperación, Sorcha se volvió hacia su hermana bruja, y alisó su cabello en su lugar.

—Eso fue un error, Rhi. ¿Sabes cuánto tiempo trabajó Maggie en mis rizos hoy?

—Algunos secretos no son 'nuestros secretos' —respondió Rhiannon Sinclair.

Sorcha resopló.

—¿Ahora te preocupa Lord Benjamín? Cuando vino por primera vez, yo era la única amable con él.

—Bueno, no creo que apreciaría que le dijeras a un extraño y desconocido vampiro, todos sus secretos.

Sorcha volvió su mirada hacia James.

—Pero tú no eres ningún extraño vampiro, ¿verdad? ¿Realmente le has pedido a Blaire que se case contigo?

Él asintió una vez.

—¿Ves? —Sorcha se echó sobre su hombro. —Él es como de la familia.

James tomó su primer suspiro de alivio en bastante tiempo. Sorch Ferguson podía ser más habladora de lo que era sabia, pero ella era lo más parecido a una aliada, que tenía en esas partes. Echó un vistazo a la valija que gruñía a sus pies.

—¿Les importaría dirigir a mi conductor a la casa de los Lindsay? Tengo algo que necesito devolverle desesperadamente al joven maestro Brannock.

El sol apenas empezaba a ponerse cuando Blaire cruzó la puerta principal de la casa de los Lindsay. Ella cruzó el umbral hacia el salón y se quejó en voz alta. Allí, sentado en su raída silla de respaldo recto, James Maitland parecía ser el centro de atención. Concurridos a su alrededor estaban... todos los demás.

En el sofá junto a Elspeth, Sorch parloteaba interminablemente sobre algo estúpido; Lord Benjamín se apoyaba despreocupadamente contra el marco de la ventana, tomando un vaso de Whisky; Brannock estaba sentado en el suelo, en la esquina jugando con ese maldito gato y una pelota de cuerda; y Rhiannon se paseaba ansiosamente al otro extremo de la habitación, dejando una leve brisa a su paso.

En verdad, no debería sorprenderse por nada de eso. Sorch debía haber regresado en busca de James en la encima del Trono de Arturo, tan pronto como se dio cuenta de que Blaire se había ido. ¿Pero qué más iba a hacer ella? Había estado tan sorprendida de verlo que sus confusas emociones burbujeaban; necesitaba un poco de tiempo para recuperar el aliento, para ordenar sus pensamientos. Después de todo, no todos los días conocías a un vampiro y le permitías tomar de tu sangre, luego tu inocencia, luego tu corazón, tal vez no en ese orden.

Casi se había resignado a perderlo por el resto de su vida; se convenció de que era mejor vivir sola que con él, sin su amor. Y luego... luego él aparecía de la nada y decía que era humano. Un poco de tiempo para aclarar su mente no era demasiado pedir.

James la vio en la puerta y rápidamente se puso de pie con una sonrisa. Un suave estallido de viento rozó su mejilla. Sí, Rhiannon. Ella estaba bien. No tenía de que preocuparse. Sin embargo, la bruja que controlaba el clima no podía dejar de ser guiada por sus emociones. Era parte de ella. Evidentemente, también era parte de Blaire. Emociones. Ella soltó un bufido indecoroso. ¿Quién hubiera pensado que tuviera alguna?

Sorcha se giró para mirar en su dirección, cuando escuchó ese resuello poco femenino de su nariz.

—Oh, ahí estás —dijo efusivamente, mientras se inclinaba hacia adelante, colocaba su té sobre la mesa y luego se ponía de pie. Ella deslizó una mano esbelta en el hueco del brazo de James, y él le sonrió. —Mira a quién encontramos mientras descendía de la cima del Trono.

—¿Has encontrado a Lord Kettering? —preguntó Blaire, consciente de que la entrometida duende de su hermana nunca permitiría que un hombre sin ataduras anduviera sin rumbo fijo. Particularmente no uno tan guapo como James Maitland.

—Sí, él estaba buscando tu casa —Sorcha sonrió, —pero lo rescatamos.

—Estoy segura de que aprecia tu ayuda —dijo Blaire desconcertada.

A pesar de que había caminado por más de dos horas tratando de frenar los pensamientos en su mente, ahora descubría que estaba tan desconcertada como lo había estado cuando vio a James esa tarde. Y a sus ojos color azul claro.

—Estoy muy agradecido —dijo James, mientras caminaba hacia Blaire. Sorcha dejó caer su brazo cuando sintió la intención de James, con una sonrisa satisfecha en el rostro.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Blaire directamente.

La espalda de James se enderezó un poco.

—Quería devolver la mascota de Brannock y hablar con el capitán, por supuesto.

—¿Dónde está Aiden? —Echó un vistazo a la habitación.

Si James le hubiera confesado sobre su propuesta a su hermano, Aiden estaría allí esperando su regreso, listo para hostigarla. Era extraño que fuera el único ausente en esa reunión improbable.

—Fue a ver al señor MacDonald —le informó Brannock, sin levantar la vista del desaseado gato. —Para discutir su nueva fortuna y obtener la opinión del hombre sobre inversiones sólidas.

¿Cómo podía ella haberlo olvidado?

—Bueno, será mejor que te vayas antes de que regrese.

James entrecerró sus ojos azul claro sobre ella. Ella no creía acostumbrarse alguna vez al color.

—No me voy, Blaire. Trevelyan está por ahí en algún lado. Además, el capitán Lindsay y yo tenemos que llegar a un acuerdo.

Arrogante como siempre. A diferencia de su color de ojos, eso ciertamente no había cambiado.

—Bueno, entonces espero que disfrutes de tu discusión con Aiden no más regrese —dijo con un lento asentimiento. —Por ahora, voy a ir a la cama.

—¡Blaire! —Sorcha se quedó sin aliento.

El viento de Rhiannon rozó su mejilla una vez más. Esas brujas eran, los extremos opuestos del espectro. Si ella no estuviera tan confundida, podría estar histérica.

—Duerme bien, amor —dijo James en voz baja, su voz retumbaba en su piel como una caricia.

Ella reprimió un escalofrío; sin embargo, se obligó a sí misma a no mirar hacia su dirección.

—Todavía estaré aquí en la mañana —agregó él, justo antes de que ella desapareciera de su vista.

—¿No planeas salir? —le preguntó.

Ella sonaba como una idiota, lo sabía. Pero era tortuoso tenerlo cerca sin poder tocarlo, amarlo.

—No con Trevelyan por ahí.

—Tal vez has olvidado que puedo cuidar de mí misma.

Una sonrisa seductora adornó sus labios.

—Entonces quizás necesite que me protejas de su ira.

Blaire puso los ojos en blanco. Él podría encantar a las estrellas desde el cielo nocturno. No era de extrañar que Sorcha pareciera tan hipnotizada.

—Además —continuó, mirándola directamente. Su intención inequívoca, —necesito tener esa conversación con tu hermano.

Se refería a pedir su mano. Ella estaba segura de eso. ¿Qué haría ella si Aiden dijera que sí? Lo más probable es que saltaría de alegría, y entonces, ella se odiaría después.

Dio media vuelta hacia la escalera y no se detuvo hasta que llegó a su habitación; entonces tiró una patada al aire y se arrojó sobre la cama. Ella quería hacerse un

ovillo y morir. No, quería acurrucarse al lado de James y decirle que lo amaba; pero lo que más quería, era escuchar que él le dijera lo mismo.

Ella sufrió en silencio por unos momentos antes de que un golpe rápido en su puerta la sacara de su miseria. Antes de que pudiera dar una respuesta la puerta se abrió y Elspeth se deslizó adentro. Cruzó la habitación sin decir una palabra, tomó una silla junto a la cabeza de Blaire y le tendió la mano. Sin decir palabra, Blaire la aferró con la suya. Se sentaron en silencio por un momento, mientras Blaire intentaba reinar en sus emociones.

Finalmente, Elspeth soltó una pequeña risita.

—No puedo creer que Brannock esté en el piso de abajo con esa cosa horrible, sin pelo y sin orejas para ser un felino.

—Ese es Bruce —murmuró Blaire en su almohada. —Brannock lo encontró en Briarcraig, y pensé que estábamos bien librados de la bestia hasta que James nos lo trajo de vuelta.

—Me recuerda a una colcha de retazos. Una muy vieja.

—Él es muy viejo, alrededor de doscientos cincuenta años.

Elspeth cubrió su corazón con su mano libre y jadeó.

—¡Cielos! Ahora sé que has perdido la cabeza cuando perdiste el corazón. ¡Nunca había oído hablar de un gato tan viejo! ¿Ha sido encantado?

Blaire murmuró en la almohada de nuevo.

—No el gato, El. El hombre. Kettering tiene doscientos cincuenta años.

—Oh, Dios mío —respiró Elspeth. —Tal vez es por eso por lo que se ve guapo. Ha tardado mucho tiempo en ponerse en forma.

Blaire se sentó y balanceó sus piernas sobre la cama para enfrentar a su amiga.

—No, creo que eso es parte de lo que es. ¿O era? Los vampiros tienden a ser bastante perfectos, físicamente.

Elspeth levantó una ceja.

—¿Ya has visto a varios de ellos para saberlo?

—A más de los que me hubiera gustado. Son bastante bestiales por derecho propio.

—Las bestias realmente no son tan malas —le recordó Elspeth, mientras se reclinaba y acomodaba las piernas en la silla para ponerse cómoda. —Me encanta el mío, incluso cuando se sacude el barro en mí, bajo la luz de la luna —Su cara adquirió una cualidad soñadora. —Por supuesto, entonces él me limpia —Soltó una risita.

El calor cubrió la cara de Blaire.

—Hay algunas cosas que no deberían discutirse tan abiertamente, El —refunfuñó.

—Normalmente, mantendría mi dicha marital fuera de tu vida, particularmente en las partes románticas de la misma. Pero tengo la sensación de que ya la has probado por ti misma —su mirada bailó sobre los dos pequeños pinchazos en la base del cuello de Blaire. —O él fue quien la probó. No estoy segura de qué descripción es más precisa.

—No tienes idea de lo que estás hablando —suspiró Blaire.

Aunque ella deseaba contarle. Ella necesitaba decirle a alguien.

—Nunca podría habértelo dicho, viendo cómo eras de soltera y Ben era un Lycan y todo, pero sé lo que estás sintiendo.

Ella desnudó su hombro y le mostró a Blaire las dos impresiones bucales en forma de luna creciente, una superior y otra inferior, que daban la impresión de la boca de un hombre.

—Los licántropos reclaman a sus parejas.

Blaire había oído hablar de "reclamar", pero no había sabido lo que significaba hasta este momento.

—¿Él te mordió? —ella casi chilló mientras evaluaba la marca.

—Oh, ciertamente lo hizo. Y fue maravilloso —Elspeth inclinó la cabeza hacia Blaire y la miró con curiosidad. —¿Cómo estuvo lo tuyo?

—Fabuloso —gimió Blaire, mientras dejaba caer la cara en sus manos. Luego levantó la vista con una pequeña sonrisa que no podía ocultar, sin importar la situación. —Asombroso. Vigorizante. Era como... —Ni siquiera podía pensar en las palabras correctas.

—¿Cómo convertirse en uno? ¿En más formas que solo las físicas?

—Eso es exactamente —Blaire asintió.

—Debes amarlo, o no le hubieras dado tu inocencia.

Blaire asintió de nuevo, lentamente, contemplando lo que Elspeth acababa de declarar. Ella lo amaba.

—Pero él no me ama.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Le pregunté —dijo Blaire con un pequeño bufido.

—¿Y él dijo que no te ama? Yo no lo creo —ella negó con la cabeza vehementemente. —No con la forma en que te mira; no con la forma en que corrió hacia ti. Puede que no sea un Lycan, pero él te reclamó, Blaire.

—Ha mordido a cientos de mujeres a lo largo de los años, probablemente miles. Ha estado vivo durante doscientos cincuenta años, no lo olvides. No soy nada especial.

Elspeth sopló violentamente, un sonido muy poco femenino.

—Oh, abre tus ojos. Tú eres la razón por la cual el hombre los ha perseguido todo el camino desde Briarcraig —dijo sarcásticamente. —No fue para devolver ese maldito gato, Blaire. Fue por ti.

—Ni siquiera sabes toda la historia.

—Oh, ciertamente, lo sé. Nuestra Sorchá puede obtener cualquier información de un nabo cuando se lo propone. Ella obtuvo toda la historia de tu vampiro —Hizo un gesto hacia el cuello de Blaire otra vez. —Por supuesto, él no quiso hablar sobre tu inocencia perdida. Pero él le contó cómo su corazón comenzó a latir cuando lo dejaste.

—¿Por qué haría él tal cosa? ¿Contárselo a Sorchá? —gritó ella.

¿Para qué contárselo a Sorchá, por el amor de Dios?

—Probablemente estaba esperando contar con una aliada o dos. Porque ciertamente no tiene uno en Benjamín, y dudo que lo tenga con tu hermano.

—¿Benjamín no lo aprueba? —la boca de Blaire se abrió.

Elspeth se encogió de hombros.

—Él es un poco protector con todas ustedes. Considera que son sus hermanas pequeñas. Pensé que iba a quitarle la cabeza a Brimsworth cuando descubriera lo de Cait.

Blaire se rió, sin poder imaginar tal ocurrencia. Para un Lycan, Benjamín Westfield era generalmente afable y le gustaban todos. De alguna manera le recordaba a un perro faldero.

—Está preocupado por este tipo Trevelyan, Blaire. ¿Cuál es la naturaleza de esta disputa entre Kettering y el otro vampiro?

Blaire no tenía idea. No era algo que hubieran discutido alguna vez. Antes de que pudiera decir lo suficiente un ruido fuerte y ensordecedor, que casi sacudió las paredes de la casa, llamó la atención de las brujas.

—¡Cielos! —Elspeth se puso de pie.

—¿Qué diablos fue eso? —Blaire corrió hacia la puerta. Si ese gato estaba destruyendo su casa...

James no había sentido un dolor tan cegador en doscientos cincuenta años. Había recibido muchos golpes durante ese tiempo, pero los vampiros se curaban a sí mismos. Evidentemente, había perdido esa habilidad junto con su velocidad y algo de su fuerza. Era bastante evidente por el hecho de que su ojo latía como el diablo. Levantó la vista del suelo hacia el más que furioso Aiden Lindsay, quien estaba siendo retenido, pero solo ligeramente, por el descomunal Benjamín Westfield. Incluso si Sorchia no le hubiera contado todo sobre el Lycan, James lo habría conocido al instante por lo que era. El brillo lobuno en su mirada le decía claramente su clase.

—Será mejor que te levantes, Kettering, antes de que tenga que soltarlo —dijo Westfield. —Necesitas una oportunidad para defenderte. Ahora tienes una. Deja de asistirte ese ojo y levántate, hombre. —En ese instante, el Lycan parecía tener casi compasión por él.

James se puso de pie. El dolor era una sorpresa. Todavía podía retar al capitán a una pelea justa, al menos él pensaba que podía; pero avergonzar al hombre era lo último que quería, especialmente porque lo que realmente quería era la bendición de Aiden Lindsay.

Westfield soltó al capitán justo cuando Blaire dobló la esquina.

—¿Qué es ese ruido? —gritó ella. Se detuvo de repente al notar la sangre que goteaba desde la esquina del ojo de James. —¿Qué te pasó? —ella extendió la mano para tocar su herida.

Él hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Bueno, ahora mismo, tengo a una bruja examinando tiernamente una herida de batalla.

—Eso no fue una batalla, sanguijuela —le gruñó el capitán, por encima del hombro de Westfield. —Voy a mostrarte lo que es estar en una —dijo, mientras empujaba de nuevo contra la espalda del Lycan. —Blair, no lo toques. No tienes idea de dónde ha estado.

Oh, ella tenía una muy buena idea de dónde había estado. James estaba seguro de que ella recordaba cuando él había estado dentro de ella. La sola idea hizo que su cuerpo reaccionara. Ese no era el momento.

—No es un animal salvaje, Aiden —le regañó su bruja. —Y no deberías insultarlo.

—¿Debemos hablar de animales salvajes? —Westfield preguntó, como si estuviera ofendido.

—Dios mío —murmuró Blair. —¿Quién hubiera pensado que fueras tan delicado?

—Siga así, Miss Lindsay, y lo soltaré —respondió Westfield, mientras asentía con la cabeza hacia Aiden, que todavía estaba tratando de liberarse de su agarre.

—¡Benjamín! —regañó la bruja pelirroja. Pero una sonrisa permaneció en sus labios.

—Adelante, déjalo libre —dijo Blair, —puedo con él.

—Eso no es gracioso —gruñó el capitán.

—Sin embargo, es la verdad —se burló Blair.

James tuvo que apreciar el feroz instinto protector del hombre hacia su hermana. Si tuviera una hija o una hermana, él sentiría lo mismo, estaba seguro.

—¿Por qué sigues aquí? —le preguntó Blair, mientras se frotaba la frente.

—Te dije que no te voy a dejar.

El capitán gruñó ante el anuncio, y Blair frunció el ceño ante su reacción.

—Si le cuentas sobre nosotros... —le advirtió en voz baja, para que solo él pudiera oír.

Pero las orejas de Westfield se animaron ante esas palabras. Había oído. Querido Dios, ahora tendría que lidiar con un Lycan enojado y un hermano airado. Pero la gravedad del momento se rompió cuando el estómago de James retumbó fuertemente. Las cejas de Blaire se dispararon rápidamente. Elspeth Westfield soltó una risita, al igual que la bruja más pequeña.

–Mis disculpas –gruñó James, –todavía no me he acostumbrado a esta cosa del hambre.

–Si planeas hacer de mi hermana tu comida, ¡te mataré aquí mismo! –gritó el capitán, una vez más luchando contra la espalda de Westfield.

A James le encantaría prepararse un banquete con su bruja, pero no uno que implicara perforar su carne con sus incisivos, ya no.

–En realidad, la mera idea de la sangre me revuelve el estómago.

Reflexionó sobre eso. A pesar de que había sido su fuente de vida durante tanto tiempo, la idea de consumir tal líquido ahora lo hacía sentir un poco incómodo

–Sin embargo, podría disfrutar algo de verdadera comida.

El capitán parecía tan perplejo como James.

Capítulo 25

Desde el umbral, Blaire observó a James sorprendida, mientras él consumía una olla entera de sopa de langosta, varias raciones de puré de papa, media docena de galletas de avena y un gallo asado entero. Nunca en su vida había visto a alguien comer tanta comida. Aparentemente, nadie lo había hecho ya que todos se pararon en varios lugares alrededor del comedor mirando boquiabiertos al que una vez había sido un vampiro, mientras él terminaba un festín que podría haber alimentado a una familia de seis.

–¡Cielos! –Elspeth murmuró en voz baja.

El sentimiento era unánime entre todos los presentes.

–Pensé que –susurró Aiden en el oído de Blaire, –dijiste que era un vampiro.

–Lo es, quiero decir, lo era –respondió ella.

–¿Qué quieres decir con que "lo era"?

Blaire apartó sus ojos de James el tiempo suficiente para mirar a su hermano mayor a su lado.

–No sé cómo explicarlo, Aiden.

Él entrecerró sus ojos grises sobre ella.

–Comienza por el principio.

Las patas de la silla de James rasparon el suelo mientras se apartaba de la mesa.

–Comenzó... Yo, um, cambié, después de que tu hermana me dejó.

Blaire tragó saliva y luego volvió su mirada hacia James.

–No creo que sea eso a lo que él se refiere, Lord Kettering.

Vampiro o no vampiro, ella lo mataría si soltaba una palabra a Aiden de su tiempo juntos.

–¿Qué quieres decir con, cuando Blaire te dejó? –la voz de Aiden sonó fuerte y clara.

–Bueno –Elspeth estuvo a punto de cantar desde su rincón, –este niño me está haciendo sentir bastante cansada. Rhi, Sorch, Benjamín, ¿por qué no esperan conmigo en el salón por un tiempo? Me gustaría ponerme en pie.

Después de un éxodo masivo del comedor, Blaire se encontró completamente sola. Bueno, no completamente. James y Aiden aún se miraban amenazantemente el uno al otro, desde lados opuestos de la habitación.

–Correcto. Quiero respuestas –se quejó Aiden.

James soltó un suspiro.

–Antes de que los tres huyeran de Briarcraig, su hermana aceptó mi propuesta de matrimonio.

–¿Es eso cierto? –su hermano ladró.

Blaire se encogió de hombros.

–Sí, pero...

–Luego de celebrar, me desperté solo en mi cama y descubrí que todos me habían abandonado en el castillo.

Blaire sintió que los ojos de Aiden se estrechaban sobre ella, pero no podía mirarlo a los ojos. Él sabría la verdad con certeza si ella lo miraba.

–Y fue entonces cuando supe que había cambiado –continuó James. –Mi corazón late una vez más, Capitán. Ya no soy lo que era, y todo se debe al amor de su hermana.

–¿El amor de mi hermana? –repitió Aiden.

James asintió.

–Sin lugar a duda, señor.

Blaire no pudo encontrar su voz para decir algo. Solo podía ver a los dos hombres mirarse el uno al otro mientras la lucha se esfumaba lentamente de Aiden.

–Realmente, debió haber pedido mi bendición antes de proponerle algo a mi hermana.

James demostró estar de acuerdo con una inclinación de la cabeza.

–Usted está, por supuesto, en lo correcto Capitán. Pero, se lo pido ahora.

–¡Aiden, espera! –Blaire suplicó. –No sé lo que quiero.

Su hermano se pasó una mano por la mandíbula.

—Creo que amas al hombre, Blaire. Me lo dijiste tú misma. Y él dice que fue tu... amor, que lo transformó. Diría que sabes muy bien lo que quieres, y tomaste esa decisión en el castillo de Briarcraig.

Y ella amaba a James, tanto que dolía; pero no estaba segura de que fuera suficiente. De hecho, ella sabía que no era así. Sin el amor de James a cambio, ella se marchitaría y moriría.

—Pero no puedo hacerlo. No soy de las que se casan. Yo...

—Si eres de las que aman, entonces eres de las que se casan, Blaire. No quiero oír otra palabra al respecto. Mañana hablaré con el señor Crawford sobre la lectura de las amonestaciones.

Lo que significaba que tenía tres semanas para hablarle a James de esta locura. Tres semanas para convencer a Aiden de que pasar sus años como solterona era preferible a pasar sus años sin amor. Tres semanas eran, para ser honesta, no mucho tiempo.

—Ahora, si me disculpan, tenemos invitados en el salón —con eso, Aiden salió de la habitación sin mirar atrás.

Blaire cruzó sus brazos sobre su pecho y miró al arrogante inglés al otro lado de la habitación.

—Bueno, espero que estés feliz.

James levantó una ceja con sorpresa.

—¿Por qué serás mía para siempre? No podría estar más emocionado.

—Eres un tonto, James Maitland.

—¿Lo soy? —una risa profunda brotó de él.

Ella resopló.

—Te han dado la oportunidad de vivir una vida normal. Una vida natural, ¿y quieres casarte conmigo? ¿Habéis perdido la cabeza?

—Perdí mi corazón por ti.

¿Cómo se atrevía a decir tal cosa? Blaire lo señaló con un dedo.

—Si te burlas de mí, te juro que te envolveré en una bola de llamas. Y si tu ojo negro es una indicación de tu estado debilitado, no sobrevivirás a la experiencia.

James frunció el ceño ante ella.

–¿Qué demonios te pasa, Blaire? ¿Ya no me amas?

Si solo ella pudiera mentir bien. Pero no tenía sentido.

–Sí –ella suspiró, deseando que no fuera la verdad. –Te amo lo suficiente, James, que quiero que disfrutes de la oportunidad que te han dado para empezar de nuevo.

–Esta vida solo vale la pena si estás a mi lado, amor.

Su corazón casi se derritió, lo que no serviría para nada. Se suponía que debía estar hablando de esta tontería, no permitiéndole convencerla. Un cambio de táctica era muy necesario.

–Dime algo. Si no estuvieras tan seguro de que el señor Trevelyan está por ahí, ¿me hubieras seguido a Edimburgo? ¿Es simplemente tu naturaleza noble la que no te permitió dejarme en peligro?

–Hubiera venido por ti, con o sin Trevelyan por ahí.

Bueno, eso no funcionó. Blaire se dejó caer en la mesa del comedor.

–¿Por qué te odia tanto, James? ¿Cuál es la historia entre ustedes?

–Tenemos diferentes filosofías de vida –se sentó en la mesa frente a ella y se reclinó en su silla. –Y a lo largo de los siglos, te encuentras con las mismas personas una y otra vez. Nuestros caminos se cruzaron muchas veces, y ninguno de los encuentros fue particularmente agradable.

–¿Entonces todo esto es porque ustedes dos tienen filosofías diferentes? ¿Eso es todo?

Pasó una mano por su cabello como si la conversación hubiera tomado un giro incómodo.

–No me puedo casar con un hombre que no sea honesto conmigo, James. Entonces...

–¿Vas a ser tan difícil una vez que estemos casados?

Ella no pudo evitar la sonrisa que se extendió por su rostro.

–Si insistes en esta farsa, Kettering, haré de tu vida una existencia miserable. Realmente deberías reconsiderar, y huir antes de que Aiden pueda hablarle al vicario mañana.

En eso, él se rió. Tuvo la audacia de echar la cabeza hacia atrás y reír.

–Tendrás que hacer algo mucho mejor que eso, Blaire Lindsay. He esperado un cuarto de milenio por ti y nada me hará renunciar.

Lo maldecía por estar tan presente en ella. Blaire lo miró con recelo.

–Creo que has evadido mi pregunta, James. Quiero saber sobre esta disputa entre tú y Trevelyan.

–Y si te digo, ¿dejarás de ser tan difícil y te casarás conmigo?

Ella se burló.

–Deseas que sea así de simple.

Sacudió la cabeza.

–No, amor, yo no. Te amo tal como eres, y si alguna vez me lo hicieras fácil, pensaría que estás enferma.

Todo el aire en los pulmones de Blaire se escapó de su cuerpo. ¿Había dicho que la amaba?

–¿Está todo bien?

Él se escapó de su asiento, y en un abrir y cerrar de ojos estuvo parado atrás de ella. Blaire inclinó su cabeza hacia atrás para mirarlo.

–Aún eres rápido –qué cosa completamente inepta para decir.

De todas las preguntas que quería hacerle. Todas las cosas que ella quería decirle, y ¿qué había salido de su boca? "Todavía eres rápido".

Una sonrisa seductora apareció en las comisuras de los labios de James.

–Sé cómo ser lento y tomarme mi tiempo cuando sea necesario, muchacha.

Sintió que un rubor subía por su cuello, y estaba segura de que su cara era tan roja como el cabello encendido de Elspeth. El aliento de James rozó su oreja, mientras se inclinaba para susurrarle en voz baja:

–Recuerdas lo que era estar en mi cama, ¿verdad, Blaire? –sus labios tocaron la mejilla de la bruja suavemente.

Blaire era incapaz de hablar. Ella era casi incapaz de respirar. ¿Cómo diablos podría hablar? Ella tragó saliva en su lugar. James se rió entre dientes, ligeramente, y luego se levantó.

–Regresaré en la mañana, Blaire.

—¿Te estás yendo? —ella se puso de pie y se giró para mirarlo. —Pero dijiste que te quedarías aquí.

Él se encogió de hombros, casi fingiendo indiferencia. Pero ella lo conocía demasiado bien.

—Tengo algunos recados. Y dudo que tu hermano quiera que yo regrese en una hora impía. Pero no te preocupes, estaré cerca.

Definitivamente estaba ocultando algo.

—¿Qué tipo de diligencias puedes tener a esta hora de la noche en Edimburgo? —dejarlo tratar de mentirle. Eso sería fantástico.

—Del tipo que involucra atrapar vampiros rebeldes —ella abrió la boca para hablar, pero él la hizo callar. ¿Él la había callado? ¿Cómo se atrevía? James continuó: —Como sea, no involucra a brujas entrometidas. Entonces, espero que te quedes aquí y protejas a tus hermanos, por si acaso Trevelyan me sobrepasa.

Oh, pensó que la engañaría con la idea de "proteger a tus hermanos". Ella cruzó sus brazos sobre su pecho.

—Oh, tú no crees, honestamente, que me enamoraras con eso, ¿verdad?

Él caminó cerca, hasta que se paró un paso delante de ella, con una mano tomando su mejilla ligeramente.

—Espero que te quedes aquí.

Ella dijo con una voz cantarina:

—Nunca podrías encantarme, James Maitland. Y ciertamente, no puedes ahora. No, ahora que eres casi humano, o lo que sea que seas.

Sus ojos se estrecharon para verla.

—No estaba tratando de encantarte. Te estoy diciendo lo que espero de ti —su voz era firme y... molesta como el diablo. —Necesito que confíes en que puedo cuidar de ti.

—¿En ti?

Dio un paso hacia atrás, obviamente irritado.

—Sí, en mí. Después de todo, seré tu esposo.

Quizás o quizás no. Eso no se había solucionado realmente, pero estaba fuera de lugar en ese momento.

–¿Has olvidado que eres humano, James? ¡Puedes morir, tonto!

Él inclinó su cabeza hacia ella.

–¿Y eso te molestaría, Blaire?

Ella tartamudeó.

–P-p-por supuesto, que lo haría –ella nunca superaría tal ocurrencia.

–¿Por qué? –cruzó sus brazos sobre su pecho.

No tenía sentido negarlo. Él lo sabía de todos modos.

–Porque te amo, arrogante inglés –dijo después de un momento de indecisión.

–Yo también te amo a ti –dijo en voz baja, sus labios se levantaron en una pequeña sonrisa, antes de salir de la habitación.

James salió a la fría noche y buscó en la oscuridad signos de Trevelyan. Él estaba allí. James estaba seguro de eso. Estaba en Edimburgo y estaba empeñado en vengarse. James casi le había contado a Blaire de qué se trataba Trevelyan, y que todo era culpa de él, pero prefería no tener que explicar esas cosas. Si pudiera rastrear a su viejo enemigo y prescindir del villano, podría dejar todo eso atrás y comenzar de cero.

Sus botas crujieron a lo largo del camino de adoquines mientras se alejaba de la casa de los Lindsay. Pero giró rápidamente cuando escuchó un ruido que sacudía los arbustos a su lado.

–¿Quién está ahí? –preguntó

–Puedes relajarte, Kettering. Solo soy yo –Benjamín Westfield salió a la luz de la luna, su cabello oscuro colgando sobre su frente. Lo apartó con una mano impaciente. –Quería hablar contigo.

James quería poner los ojos en blanco, pero se obligó a quedarse quieto por la caída de Westfield. Trató de mantener el sarcasmo en su voz cuando dijo:

–Soy muy consciente de que tendré que tratar con el Capitán Lindsay, simplemente porque estoy enamorado de su hermana. ¿Tengo que enfrentarme a toda la raza Lycan también?

—¿Raza Lycan? —Westfield se rió entre dientes. —Creo que el término correcto es raza humana, Kettering. Con algunas excentricidades.

—Esa es una forma de decirlo.

—Dejando a un lado las excentricidades, tú y yo tenemos algo en común. Y debido a eso en común, quiero darte un consejo —Westfield esperó pacientemente su respuesta.

—Eres un hombre lobo —comenzó James, pero el otro hombre lo interrumpió.

—Lycan, en realidad. "Hombre lobo" es un término despectivo —Westfield asintió una vez, indicando que debería continuar. —Pero adelante.

—Espera —James no podía dejar pasar a esa persona. —¿Es un término despectivo? ¿Un insulto? ¿En serio?

—Es un poco parecido a Aiden Lindsay llamándote sanguijuela. Estoy seguro de que no apreciaste la referencia.

—Si el zapato te queda... —James se encogió de hombros.

Siempre había sido capaz de entrar y salir de una sociedad educada. Sin embargo, si realmente pensaba en ello, la referencia con una sanguijuela era un poco ofensiva.

—Pero veo tu punto —finalmente gruñó.

—De vuelta a la raza humana —dijo Westfield, con una sonrisa cómplice en las comisuras de sus labios. —Amo a mi esposa.

James evaluó la altura de la luna en el cielo.

—Westfield, odio parecer impaciente, pero tengo un lugar donde estar.

—Exactamente de eso necesito hablar contigo —Westfield estalló en frustración. —Quieres decir que tienes a alguien a quien cazar.

—Mis citas no son de tu incumbencia —espetó James, finalmente perdió la paciencia.

Westfield se burló. Alto.

—Me permito diferir en ese punto. ¿Estarás callado el tiempo suficiente para que te diga cómo ganar con estas brujas?

—No tuve la impresión de que me hayas aprobado, Westfield. ¿Por qué me darías algún consejo?

El hombre se encogió de hombros.

–Bueno, he estado donde estás. Específicamente, en el exterior de este Aquelarre, y por lo que entiendo –se tocó la oreja, –una excelente audición, por cierto, si tú y Blaire sobreviven a la próxima pelea, el Capitán Lindsay te verá encadenado a su ardiente hermana. Entonces estás a punto de ingresar a nuestro círculo. Eso te hace como de la familia, independientemente de lo que pienso sobre cómo has llegado hasta aquí.

A James no le importó ni un ápice lo que Benjamín Westfield pensara acerca de cómo había llegado hasta ese punto. El regio Lycan no sabía nada de su vida.

–Qué generoso de tu parte. Yo solo estaré en mi camino.

–Entonces, ¿no quieres saber cómo seguir con este aquelarre? ¿Cómo obtener lo que quieres? Estas bellas brujas son una fuerza formidable. Estoy casado con una y estoy esperando otra en pocos meses.

–Dios te bendiga –murmuró James.

Aunque una imagen de Blaire acunando a su hija, una pequeña niña de pelo negro que podría arrojar bolas de fuego brilló en su mente. Daría cualquier cosa por ver esa visión hecha realidad.

–Gracias. Lo necesitaré. Estas mujeres están conectadas, muy unidas en todos los sentidos. Hacen todo juntas y recurren a la fuerza de las demás –comenzó a explicar Westfield.

–Ahora Blaire me tiene a mí, y ella puede aprovechar mi fuerza.

Él se dio vuelta para alejarse.

–Bastante ingenuo para un hombre que ha vivido tanto tiempo como tú. O idiota. Todavía estoy tratando de decidir cuál –un pequeño gruñido salió de la garganta del hombre.

James se sorprendió cuando sus incisivos no descendieron en defensa propia ya que esa había sido su reacción natural durante tanto tiempo. Se frotó el labio superior con consternación. Westfield enarcó las cejas un poco en la oscuridad. Lo molesto era que la gente supiera sobre su cambio y su incomodidad con él. Estaba seguro de poder defenderse en una pelea justa, pero no con dientes penetrantes y una mordida amenazante.

–Muy bien, tienes la palabra –James asintió.

Dejaría que el hombre sacara todo lo que llevaba consigo, y luego podría seguir con lo que tenía que hacer.

–Si quieres encontrar al vampiro, quédate con las brujas. Quédate con Blaire.

–Absolutamente no –Blaire ya estaba en peligro por su culpa, por lo que llevar a Trevelyan a ella estaba fuera de discusión. –Puedo ir a cazar al hombre yo solo. Lo conozco bastante bien. Puedo localizarlo, matarlo y terminar con esto.

–No me estás escuchando para nada.

–Suenas como Blaire –resopló James. Nunca había conocido a un Lycan, pero siempre había oído que eran una raza feroz. Este espécimen carecía bastante de eso. –¿Eres un Lycan en faldas de mujer?

–Alégrate de tener dos hermanos mayores, Kettering –Westfield gruñó en ese momento, –o te golpearía en tu culo humano.

–Podrías intentarlo –devolvió James.

–Y yo ganaría. Si Aiden Lindsay puede hacerte caer al suelo, con seguridad puedo quitarte la expresión petulante de tu cara.

Había sido tomado por sorpresa, eso era todo. Bastante poco caballeroso de Westfield por mencionarlo.

–¿Te importaría intentarlo?

–Tengo mejores cosas que hacer que mostrártelo, Kettering; como, por ejemplo, mantener a mi esposa y a los demás a salvo –luego Westfield bajó la voz y habló con James como si fuera un niño pequeño. –Estas brujas no tienen que encontrar problemas. Estos las encuentran a ellas. Este vampiro, amigo tuyo, las encontrará también. Si te vas, siguiendo tu propia misión para encontrar a la sanguiuela, te puedo prometer que una o más de estas encantadoras brujas harán lo mismo.

Blaire. Ella había hecho eso mismo en el castillo de Briarcraig.

–Entonces será demasiado tarde –continuó Westfield. –Su círculo es solo de cuatro en este momento. No tienen el beneficio de las cinco juntas. Solas, ninguna de ellas tiene una oportunidad.

Pero Blaire no sería tan tonta de nuevo. No después de su encuentro con Sarah. James comenzó a decir tanto, pero el Lycan levantó su mano y gruñó de nuevo.

–Amo a mi esposa demasiado, y sé que ella encontrará una manera de participar en esta pelea sin importar qué. Entonces, solo estando aquí con ella, con todos juntos, puedo asegurarle su seguridad. Y la de sus hermanas del aquelarre –su mano

se estrelló contra el hombro de James. –Podría usar tu ayuda. Si tienes ganas de renunciar a tu búsqueda en solitario y formar parte de la familia.

El corazón de James saltó ante la oferta. Convertirse en parte de la familia. Formar parte de algo más grande que él mismo. Westfield realmente lo estaba recibiendo en el círculo del aquelarre. Ofrecerle ayuda con este problema en lugar de hacer que James lo enfrentara solo o amonestarlo por traer este problema a su medio.

–Por la historia que le dijiste a Sorchá antes, no tengo ninguna duda de que Trevelyan vendrá a buscarlos. Él sabe que al llegar a Blaire podría matarte o al menos torturarte, sabiendo que la lastimó, por el resto de tus días. Cuando llegue, debemos estar aquí. Prepararnos. Yo sé que lo estaré.

Y con eso, Westfield dio media vuelta y caminó hacia la casa de los Lindsay.

James tenía dos opciones. Podía ir por su cuenta y encontrar a Trevelyan en su estado debilitado. O podría seguir el consejo de Benjamín Westfield y esperar a que Trevelyan encontrara a Blaire. Lo último le asustó, pero tal vez el Lycan tenía razón. Con un suspiro, James se volvió y siguió la iniciativa de Westfield.

Capítulo 26

Blaire no podía creer que James Maitland fuera un increíble idiota. ¿Cómo se atrevía a ir por su cuenta con ese arrogante pavoneo suyo? Ella no tenía ninguna duda de que alguna vez podría haberse enfrentado a Trevelyan solo, pero ahora tenía un ojo morado debido a su hermano, muy humano, a decir verdad. ¿Había sido James un vampiro por tanto tiempo, que no podía imaginar no serlo más? ¿Estaba tan acostumbrado a vivir, sin importar qué, que no podía imaginar no hacerlo ahora?

"Espero que te quedes aquí". Sus palabras hicieron eco en su mente, y ella frunció el ceño en respuesta. Él debería saber mejor que nadie, que no podía dictarle nada. Si tuvieran que casarse, ella ciertamente no toleraría tales tonterías. Pero si se iban a casar, entonces su vampiro tendría que estar todavía respirando.

Arrogante o no, necesitaba su ayuda, incluso si no se daba cuenta. Pero ella se había enfrentado a un vampiro solo una vez, y su arrogancia casi le había costado la vida. Necesitaba a alguien en quien pudiera confiar. Elspeth sería la mejor opción, ya que podía curar cualquier lesión que Blaire pudiera recibir a manos de Trevelyan; pero Benjamín nunca dejaría a su esposa fuera de su vista, especialmente en su delicada condición. Irritante, enfermo de amor y sobreprotector perro callejero. Entonces, dejaría a la bruja curativa cuidando a Aiden y Brannock en su ausencia. Esa decisión le dio algo de consuelo.

Rhiannon. Blaire asintió con la cabeza ante la opción. En realidad, Rhi era una buena opción. Su viento y sus rayos podían ser muy útiles en esa batalla. Inconscientemente, Blaire se dirigió al salón, pero encontró a las tres hermanas de su aquelarre esperándola en el pasillo.

—Yo también voy —insistió Sorch, antes de que Blaire siquiera dijera una palabra.

—¿Podrías bajar la voz? —Elspeth siseó. —¿Cuántas veces te he dicho que Ben no te puede oír si susurras?

Sorch se encogió de hombros, pero bajó la voz.

—Entonces, ¿a dónde vamos?

Blaire negó con la cabeza.

–Te quedas aquí. Rhiannon vendrá conmigo.

Rhiannon asintió con la cabeza, mientras Sorchá le hacía un puchero.

–Yo también puedo ayudar, Blaire. Y por todo lo que Lord Kettering dijo sobre este tipo Trevelyan, no quiero que esté aquí, no menos que tú.

–Las orquídeas marchitas no servirán de nada, Sorchá. Quédate aquí con El y asegúrate de que Aiden y Brannock estén a salvo.

Sorchá cruzó sus brazos sobre su pecho.

–¡Lord Benjamín puede ayudar aquí! –aparentemente, en su temperamento, la bruja más joven olvidó todo acerca de susurrar. –¡Y soy una bruja como tú! ¡Solo porque no tengo bolas de fuego en la punta de los dedos significa que no sea de ayuda!

Blaire agarró el brazo de Sorchá y la arrastró hacia la puerta trasera. O la llevaba consigo, o tendría a Benjamín Westfield metiendo su hocico donde no lo quería.

–¿Quieres callarte? –le ordenó, mientras Rhiannon la seguía en silencio.

Salieron corriendo por la puerta, y casi al instante, el aire frío casi las congeló hasta los huesos. Si Sorchá no hubiera sido tan ruidosa, podrían haberse puesto sus abrigo y estar medianamente preparadas para esa salida.

–¡Está súper helado! –Sorchá se quejó.

–Bueno, no es culpa de nadie, sino tuya –replicó Blaire, mientras avanzaba entre los oscuros tejados.

De la nada, una brisa cálida las envolvió a todas, y Blaire estaba una vez más agradecida por la tímida y considerada Rhiannon.

–¿A dónde nos dirigimos? –preguntó Rhiannon. Su voz suave detuvo a Blaire en seco.

Se volvió para mirar a sus hermanas brujas que la seguían en ese empeño. Rhiannon y Sorchá tenían una idea de lo que estaban enfrentando, pero Blaire les debía más que eso.

–Por encima de todo, Trevelyan es un hombre y piensa como un hombre. ¿A dónde va Benjamín cuando sale sin El?

–No sé a dónde va, pero por lo general tiene un vaso de Whisky –dijo Sorchá.

–Sí. O una botella entera –estuvo de acuerdo Blaire. –Y Aiden se dirige a una taberna cada vez que puede. Si Trevelyan busca comida, iría a donde convergen otros hombres, especialmente por la noche.

–¿Sabes cuántas tabernas hay en Edimburgo? –Sorcha frunció el ceño. –¿Es eso lo mejor que tienes?

–No puede salir durante la luz del día, por lo que también necesitaría una posada o un lugar donde tumbarse.

–Así que estamos buscando una posada con una taberna de buen tamaño –dijo Rhiannon, –para obtener más opciones en su menú. ¿Es eso, Blaire?

Ella asintió.

–Cada vez que lo he visto, iba bien vestido, como si el dinero no fuera un problema para él. Estaba pensando en comenzar con "Thistle and Thorn". Después de todo, es la posada más bonita de la zona y una incluso, donde Benjamín se ha alojado una o dos veces en el pasado.

–Parece un buen lugar para empezar –Estuvo de acuerdo Rhiannon.

Blaire miró a ambas brujas. Todavía había mucho que no sabían sobre vampiros, y ella no tenía mucho tiempo para enseñarles.

–Vamos hacia allá, y les explicaré más en el camino.

James cruzó el umbral de la casa de los Lindsay, un poco animado por su decisión de seguir el consejo de Benjamín Westfield. Mantener a Blaire segura con otras personas que tenían la misma motivación era un alivio. Antes de ese día, nunca había considerado asociarse con un aquelarre de brujas, o con un Lycan, para cualquier cuestión. Para lograr cualquier objetivo.

Tomaría un tiempo acostumbrarse a ser parte de ese círculo. Eran como una gran familia, y él nunca había tenido eso ni siquiera en su primera vida. De niño, él había tenido a su padre y como vampiro, siempre había tenido a Matthew; pero eso era diferente de un grupo de personas que se amaban y se cuidaban como lo hacían estas brujas y sus familias. Y muy pronto él sería parte de todo. No, según Westfield,

él era parte de ellos ahora simplemente porque amaba a Blaire. Le sorprendía, la aceptación ciega y sin prejuicios de ese grupo.

Volvió al comedor, listo para decirle a Blaire que había cambiado de opinión y que tratarían esta amenaza juntos. Pero ella se había ido. Debía haberse unido a las demás en el salón. James frunció el ceño. Él había querido decirle esto en privado para robarle un beso o dos en el proceso, pero eso no iba a ser. Oh, bueno, él era parte de esta gran familia ahora. Bien podría decirles a todos. James suspiró y rápidamente se dirigió a los demás en el salón.

Había menos personas presentes que cuando se había ido. Aiden Lindsay sostenía un trago de whisky en el rincón más alejado, y Brannock soltaba una risita mientras rascaba la barbilla de Bruce. Pero lo que le oprimió el corazón fue la disputa silenciosa entre Benjamín y Elspeth Westfield en el sofá. No había señales de las otras tres brujas. Y si una vena sobresalía cerca del ojo izquierdo de Westfield era una indicación, algo no estaba bien en la casa.

—¿Dónde está Blaire? —preguntó a la habitación en general, cuando la advertencia anterior de Westfield hizo eco en sus oídos.

Seguramente ella no había hecho algo tan tonto. El Lycan dio un suspiro y se levantó de su lugar al lado de su esposa.

—Desearía saberlo, Kettering. Regresé aquí para encontrar que las tres se habían marchado.

Miró a la bruja pelirroja a su lado. Ella lo sabía. James podía sentirlo en sus huesos.

—¿Dónde están, Lady Elspeth?

Desde la esquina, el capitán Lindsay levantó su vaso en señal de saludo.

—Blaire puede cuidarse sola, Kettering. Como su futuro esposo, debería entender ese hecho.

Maldito idiota. Blaire podría cuidarse en la mayoría de las situaciones, pero no en contra de un peligroso vampiro empeñado en vengarse.

—¿Dónde está ella? —insistió, mirando a la única bruja que quedaba.

—Sugiero que midas tu tono con mi esposa —gruñó Westfield.

James dirigió su mirada al Lycan.

—Entonces haz que ella me diga.

Westfield negó con la cabeza.

—Ella no lo sabe. No dijeron nada antes de irse.

El corazón de James se desplomó. ¿Cómo diablos iban a encontrarlas?

—Dijiste que conocías a Trevelyan —Westfield interrumpió sus pensamientos.

—Entonces, ¿dónde sugieres que comencemos?

—Blair quería que te quedaras conmigo, Ben —suplicó su esposa. —Por si acaso

Por si acaso el vampiro se atrevía a venir ahí. Entonces Brannock tendría más que un hermano borracho y una bruja expectante para protegerlo. Y si Sarah todavía estuviera viva, ese no hubiera sido un mal plan. Pero Trevelyan no deseaba vengarse de James a través de alguien que no fuera Blair. Culpaba a James por la pérdida de su propia esposa. Culpaba a James por hacer que viviera una eternidad sin la mujer que amaba, y ahora que Trevelyan sabía que James se preocupaba por Blair, ella sería la única sobre la que se vengaría.

—A Trevelyan no le importan los demás —jadeó James. Dios bendito, ¿cómo la encontraría ahora? Se sintió tan mareado que la habitación casi giraba alrededor.

—¿Qué quieres decir? —Westfield entrecerró los ojos.

—Todo lo que le importa es Blair.

Maldita sea, no conocía Edimburgo en absoluto. ¿Dónde iría a buscar a Trevelyan?

—Pero él los atacó a todos ustedes en Briarcraig —Elspeth intentaba explicarse—. Y Blair ni siquiera estaba contigo en ese momento.

—Esa había sido idea de Sarah —explicó, mirando hacia la puerta. —¿Cuánto tiempo llevan afuera?

—¿La idea de Sarah? —Elspeth presionó. —¿La mujer que murió?

—Tenía los dientes puntiagudos —dijo Brannock, sosteniendo su gato escuálido cerca del pecho. —Ella daba miedo.

—Créeme. Trevelyan solo quiere a Blair.

—Puedo encontrarlas —Benjamín Westfield se dirigió hacia la puerta. —Puedo seguir su rastro.

Qué maravilloso don poseía.

—¿Brannock y el Capitán Lindsay están a salvo? —Elspeth siguió a su marido.

—Apostaría mi vida en eso —James fue rápido tras de Westfield, siguiéndolo por un pasillo hacia la puerta trasera.

—Bueno, entonces yo también voy —Elsbeth deslizó sus brazos en un largo abrigo que ondeaba alrededor de sus tobillos.

—Ellie, regresa —su marido la miró por encima del hombro.

—Tú no me das órdenes, Benjamín. Si Blaire me necesita para sanarla, no voy a pasar el tiempo sentada en el salón de los Lindsay mordiéndome las uñas.

—Bruja testaruda —se quejó su marido.

—Hasta el final —confirmó.

Si el corazón de James no doliera ante la idea de perder a Blaire, podría haber sonreído ante el diálogo de esos dos. Su propia bruja era testaruda. Si debía luchar con Blaire para toda la vida, no había ninguna razón por la cual Westfield tuviera que librarse fácilmente.

—Entonces, ¿no lo miras a los ojos? —preguntó Sorchá, mientras salían del carruaje de alquiler. —Eso lo hace sonar un poco como Medusa.

—Si haces contacto visual —explicó Blaire una vez más, —él puede encantarte. Dominar tu voluntad.

—Oh, qué poder tan maravilloso poseen los vampiros —dijo Sorchá efusivamente. —No dijiste si... ¿es guapo?

La boca de Blaire se abrió, Rhiannon sofocó una sonrisa y le dio unas monedas al conductor por las molestias.

—Honestamente, Sorchá Ferguson, eres la bruja más fantasiosa que existe —se quejó Blaire, mientras el conductor conducía su caballo hacia la carretera principal.

Y Sorchá verdaderamente era la bruja más sentimentalmente romántica, que hubiese nacido. Ella definitivamente necesitaba su propia historia de amor, pronto. Blaire había pasado todo el viaje detallando lo peligroso que era Padrig Trevelyan. Él podría encantarlas. Era más rápido que un destello. Podía perforar su carne con los dientes, más rápido de lo que podían pestañear. Era tan fuerte como un Lycan, tal vez incluso más fuerte. Blaire no estaba segura ya que nunca había visto una batalla

entre las dos razas, y, sin embargo, lo único que le preocupaba a Sorchá era si el hombre era guapo o no.

—Yo no creo que sea fantasiosa en absoluto. El y Cait tienen Lycans, y ahora tú tienes un vampiro. ¿Por qué no debería desear un marido apuesto que sea fuerte y tenga poderes maravillosos?

Rhiannon trató de contener una risita, pero esta salió como un bufido. Por eso no debían haber traído a la bruja más pequeña a lo largo de esa excursión. Blaire cruzó sus brazos sobre el pecho y miró a Sorchá.

—Creo que estás mal de la cabeza. Hemos venido aquí para encontrar una criatura peligrosa y acabar con ella, y tú estás cazando marido.

Sorchá puso los ojos en blanco.

—Solo te pregunté si era guapo. No tienes que ser tan hosca, Blaire.

Hosca. A ella le hubiera encantado maldecir a Sorchá una vez más y enviarla a su casa al otro lado de la ciudad.

—¿Puedes callarte? No puedo pensar con tu parloteo.

Rhiannon hizo un gesto hacia la oscura puerta de la taberna, y una suave brisa sacudió el cartel con bisagras de "Thistle and Thorn", que estaba afuera de la entrada de la posada.

—¿Vas a ver si lo encuentras?

Bueno, ciertamente no podía ir ninguna de las otras dos. Nunca habían visto al vampiro antes.

—Sí —ella recuperó una daga escondida por su pantorrilla y se la entregó a Rhiannon. —No puedo imaginar que él cause una escena con la habitación llena de clientes allí. Él me seguirá afuera. Tendrás que usar tu viento para evitar que avance demasiado rápido.

—¿No necesitas esto? —Rhiannon hizo rebotar la daga en su mano como si estuviera probando su peso.

Blaire sacudió la cabeza.

—Tengo otra. Pero si pasa por mi lado, recuerda, ve por sus principales extremidades. James dijo que eso lo retrasaría. Si podemos retrasarlo lo suficiente, podré quitarle la cabeza y terminar con esto.

—¿Y qué tal si no puedes?

Sorcha abrió la boca como si acabara de darse cuenta de la peligrosa situación en la que estaban a punto de meterse.

—Entonces tendrás que golpearle con tus bonitos ojos marrones y esperar que se sienta halagado por tu interés.

Sorcha la miró con recelo.

—Solo ten cuidado, ¿quieres?

Blaire asintió y luego fue directamente a la entrada de la taberna. Podía escuchar la risa de los hombres con sus tazas, y hasta uno que cantaba una vieja canción de amor gaélico, en algún lugar en el interior de la posada. Respiró profundamente, abrió la puerta y entró. Ella fue asaltada de inmediato por el olor a cerveza y demasiados cuerpos.

Uno pensaría que los hombres de Edimburgo se darían cuenta de que una mujer alta y sin abrigo a mediados de febrero estaba parada en medio de ellos, pero ninguno levantó la vista de sus jarras. Blaire escaneó la habitación buscando a su presa, pero fue en vano. No vio la cabeza oscura de Trevelyan entre todos los miembros del grupo.

Sin embargo, ella descubrió al hermano de Sorcha, Wallace Ferguson, en el otro extremo de la habitación arrastrando las palabras mientras le pedía a la camarera otro trago. Durante medio segundo consideró la posibilidad de cambiar a Sorcha por su hermano atolondrado, pero lidiar con Wallace Ferguson solo la desaceleraría al final.

Ella suspiró por su propia tontería. ¿Realmente había esperado localizar a Trevelyan tan rápido? Como Sorcha había dicho, había numerosas tabernas en todo Edimburgo. Encontrarlo en su primera parada era muy poco probable. Ojalá no hubieran declinado a ese cochero tan rápido. Lo harían mejor en la próxima parada.

Bueno, no había necesidad de estar aquí toda la noche. Blaire dio media vuelta para escapar del ruido y el olor de la taberna "Thistle and Thorn". Ella volvió a salir al frío glacial, y la visión que encontró fue la más aterradora que jamás había visto.

De pie a la luz de la luna, Padrig Trevelyan sostenía las manos de Rhiannon detrás de su espalda. Se encontró con la mirada de Blaire, y una sonrisa malvada apareció en las comisuras de sus labios.

—Ah, Miss Lindsay, nos encontramos nuevamente. Entiendo que me has estado buscando. Es una lástima que tus amigas no hayan escuchado tus advertencias.

Capítulo 27

Cada pequeño conocimiento que Blaire tenía sobre los vampiros, inundó su mente. No lo mires a los ojos, se recordó a sí misma. Mantuvo su mirada fija en el cabello de Padrig Trevelyan y se obligó a ignorar el sonido tranquilo de su voz.

—¡Suéltela en este instante!

—Como mande milady —Trevelyan se apartó suavemente de Rhiannon, con las manos hacia arriba como si no fuera una amenaza en absoluto.

Pero Rhiannon no se movió ni una pulgada hacia la seguridad. Ninguna tormenta de lluvia tronó sobre sus cabezas; ningún viento azotó violentamente para defenderlas del vampiro. Blaire miró a su hermana del aquelarre que controlaba el clima, y su corazón se desplomó cuando notó la expresión vacía en la cara de Rhiannon.

—La encantó —acusó.

—Bueno, todos usamos los poderes que nos dan, ¿no?

Los ojos de Blaire recorrieron la pequeña plaza. ¿Dónde diablos estaba Sorchá?

—¿Buscando a tu otra pequeña amiguita? Ni siquiera tuvo la oportunidad de... ¿Qué fue lo que dijiste, "de golpearme con sus bonitos ojos marrones y esperar que me halagara su atención?"

Él había escuchado todo lo que ella había dicho. Blaire casi gime en voz alta. ¿Cuánto tiempo llevaba él allí? ¿Las había seguido al "Thistle and Thorn"?

—¿Qué ha hecho con ella?

Trevelyan se encogió de hombros.

—Ella está a salvo —su voz sedosa bañó a Blaire, pero ella todavía se negaba a mirarlo a los ojos, incluso cuando él se acercó a ella. —Y ella se mantendrá segura siempre y cuando hagas lo que te diga.

Blaire negó con la cabeza y se apartó de él hacia la puerta del "Thistle and Thorn".

–¡Sorcha! –gritó ella. La luz de la luna destellaba algo en la mano de Trevelyan, y Blaire reconoció el anillo de James, o uno muy parecido.

Trevelyan se rió.

–No puede oírte ahora, Miss Lindsay. Y no deseo lastimarla, así que puedes estar tranquila.

Estar tranquilamente. El vampiro había puesto a Rhiannon en trance y había escondido a Sorcha, ¿y él quería que estuviera tranquila? ¡Ha! Si pudiera llegar más lejos en la oscuridad y atraerlo más cerca, ella le clavaría la daga en el cuello.

–Solo quiero a mi amiga.

Trevelyan sonrió mientras avanzaba hacia ella.

–Y yo solo quiero a Kettering. Entonces, ¿por qué no hacemos un intercambio?

Nuevamente Blaire negó con la cabeza, moviéndose más hacia las sombras de la posada. ¿De dónde venía ese anillo? No era el de James. Cuando lo vio por última vez, la vieja reliquia había estado en su mano; y si Trevelyan se había encontrado con James para tomar su anillo no estaría jugando este juego, con ella ahora. No, debía ser el que le había pertenecido a Sarah Reese.

–Lo que sea que haya entre usted y Kettering no tiene nada que ver con mis amigas o mi familia.

–Ah, pero tiene mucho que ver contigo, querida, con lo que representas. Y he estado esperando esta oportunidad durante más de dos siglos.

–¿Y qué posibilidad podría ser esa? –le preguntó. Si ella pudiera entablar una conversación informal con él, podría distraerlo y ganar la partida.

–La oportunidad de devolver el favor –se burló de esa palabra, –por lo que Kettering hizo años atrás.

–No entiendo lo que quiere decir.

Trevelyan resopló.

–Por supuesto que no. ¿Crees que admitiría algo que empañaría su buen nombre? ¿Su honor irrefutable?

¡Madre mía! ¿Qué había hecho James?

–No –Trevelyan negó con la cabeza, respondiendo a su propia pregunta. –Pero él es responsable de todos modos. Y ahora finalmente tengo la oportunidad de agradecerle adecuadamente por hacerme sufrir esta existencia miserable.

Cerca de la hilera de árboles, Blaire notó un trozo de blanco y reconoció el vestido de Sorchá. La bruja más joven yacía sin vida en el suelo frío, a pocos metros de distancia. Blaire no pudo contener el jadeo que se le escapó. ¿Qué le había hecho Trevelyan a la pequeña ninfa del bosque?

El hombre miró por encima del hombro y una sonrisa melancólica se posó en sus labios.

—Una chica dulce.

Una bola de fuego se encendió en la mano de Blaire, y un nudo se formó en su garganta.

—¿Cómo se atreve a hacerle daño?

Su mirada se oscureció en Blaire.

—Te dije que estaba a salvo.

—No parece muy segura —gruñó en respuesta.

Ante eso, Trevelyan inclinó la cabeza hacia atrás y se rió, por lo que Blaire agradeció, ya que le dio la oportunidad de recuperar la daga de su manga sin que el vampiro se diera cuenta.

—Para alguien que se relaciona con los de mi raza, Miss Lindsay, realmente no estás preparada.

—¿Porque no me preocupo por las criaturas que les hacen daño a los inocentes? Ella nunca podría haberle lastimado. No está en su naturaleza.

Blaire colocó una mano contra su falda, usando la tela para proteger la daga de su vista. Trevelyan negó con la cabeza como si ella fuera la muchacha más tonta del mundo.

—Tu amiga simplemente está durmiendo. No toqué ni un cabello de su bella cabecita. He venido aquí por ti, Miss Lindsay, y no por nadie más, no en este momento de todas formas.

—¿Por Kettering?

—Por Kettering —estuvo de acuerdo. —No tienes idea de cuánto tiempo he esperado a que caiga el buen barón, tal como lo hizo contigo. Las cosas se han invertido en un juego limpio, y si tengo que vivir el resto de esta vida olvidada por Dios sin mi Anwen, entonces Kettering debería sufrir el mismo destino —Había dolor debajo de sus palabras. Blaire casi podía escuchar su agonía.

—¿Anwen?

¿Qué había hecho James para causar tanta agitación?

—Mi esposa —dijo en voz baja y luego volteó su cabeza hacia la forma sin vida de Sorch. —Tu amiga se parece a ella. Piel de porcelana, ojos inocentes y confiados. Toda su alegre vida frente a ella.

La expresión de Padrig Trevelyan se suavizó, como si estuviera perdido en el pasado. Blaire extinguió la bola de fuego en su palma. Si se pudiera razonar con el hombre, todo sería mucho más fácil. Nadie tenía que salir lastimado o asesinado.

El viento azotaba delicadamente las faldas de Blaire. Aparentemente, profundizar en el pasado lo había obligado a soltar a su hermana bruja. La suave caricia de Rhiannon fue una señal de aquello. Blaire quería regocijarse.

—Ella sonaba encantadora —la angustia se instaló en su rostro. —Ella existió hasta que Kettering la mató.

Blaire no podía imaginar a James haciendo algo así, fuese vampiro o no. Él no tenía ninguna razón para matar mujeres, ni siquiera cuando estas compartían su sangre con él.

Una voz resonó detrás de ella.

—Sabes tan bien como yo, Trevelyan, que el destino la llevó a su final, no yo.

Blaire no necesitaba mirar por encima del hombro. Ella sabría de quién era esa voz en cualquier lado. James había llegado. No estaba segura de si debería celebrar o llorar. Entonces James entró en el claro, con Benjamín siguiéndolo. Los ojos de Trevelyan se fijaron en ambos.

—Sé que esa es la historia que has estado contando durante casi dos siglos. También sé que es mentira.

Por el rabillo del ojo, Blaire pudo ver el llamativo pelo rojo de Elspeth asomarse entre los arboles cercanos. ¿Por qué no vigilaba Elspeth a Brannock y Aiden? ¿Qué hubiera pasado si Trevelyan hubiese ido detrás de sus hermanos? Entonces un escalofrío se filtró en sus huesos. Pero él no habría hecho eso, ¿o sí? Trevelyan ni siquiera había lastimado a Rhiannon o Sorch cuando tuvo la oportunidad. Él había anunciado abiertamente que venía por ella, nada más que por ella.

—¿Realmente quiere decir, matarme? —Blaire se reenfocó en el peligroso vampiro, justo fuera de su alcance.

Elsbeth se arrodilló silenciosamente junto a Sorch, lo que le dio un poco de consuelo a Blaire. Si la bruja más pequeña había sufrido algún daño, Elspeth no descansaría hasta que Sorch volviera a su yo irritante y exuberante. Trevelyan no parecía notar nada que no fuera Blaire, como si sus ojos negros miraran el alma de la chica.

—Piensa en ello como liberarte de una vida llena de angustia, Miss Lindsay, ¿de verdad quieres envejecer y morir, mientras él se mantiene joven y viril? O peor, ¿quieres convertirte en uno de nosotros para permanecer con él? Esta existencia está lejos de ser agradable. Puedes tomar mi palabra como mera verdad.

—Blaire —bramó James, —aléjate de él. ¡Ahora!

Pero ella no podía retroceder. Esta pelea era de ella. Él la había perseguido con la intención de matarla. Retroceder era imposible.

—¡Blaire! —James llamó de nuevo.

—Quédate donde estás, James —ordenó. Solo faltaba que Trevelyan atacara a James en su lugar. Él era humano ahora, después de todo. Podía morir a sus pies y dejarla con nada más que el mismo dolor que Padrig Trevelyan había soportado todos esos años. —Solo estamos hablando.

Trevelyan se rió.

—¿Crees que puedes hechizarme, Miss Lindsay? ¿Cambiar mi rumbo? Te puedo prometer que soy inmune a los encantos de las mujeres.

El maldito vampiro no estaba ayudando en absoluto a la situación. Ella lo miró furiosa.

—No quiero hechizarle, señor Trevelyan. Pero me ha buscado, ¿no? Eso ha permitido esta conversación, solo estamos hablando.

Él sonrió.

—Bueno, entonces odio fastidiar tu diversión, Miss Lindsay, en cualquier medida en que te estés divirtiendo. ¿De qué deberíamos hablar?

Ella miró su mano y el anillo en su meñique.

—Pensé que iba a contarme sobre Anwen.

La sonrisa del vampiro se desvaneció y suspiró con cansancio, aunque Blaire sabía que no tenía necesidad de respirar en absoluto.

—Ella estaba llena de energía. Era tan jovial. No podías negarle nada —Incluso después de todos estos años sin Anwen, el amor de Trevelyan por ella era evidente en su voz. —Debimos haber pasado juntos el resto de nuestras vidas. Tener niños. Nietos. Pero al final, nos casamos solo unos meses antes de que ella muriera.

¿Por qué insistía en culpar a James?

—¿Cómo murió?

Desde el rabillo del ojo, Blaire vio hiedra crecer a los pies de Sorch y luego comenzar a extenderse hacia donde ella estaba con Trevelyan. Solo esperaba que el vampiro no lo notara también.

—La Gran Peste —respondió Trevelyan, —no es que lo supiéramos en ese momento. Viajamos a Londres para ayudar a cuidar al tío de Anwen que se había enfermado. Para cuando llegamos, el anciano había muerto, así como la mitad de Londres. Y en poco tiempo, Anwen y yo estábamos luchando por conservar la vida de nosotros mismos.

A James no se le podía culpar por la Peste, aunque Blaire mantuvo ese pensamiento para ella misma. La hiedra de Sorch casi los había alcanzado, y no había ninguna razón para enemistarse con el hombre hasta que se estableciera una trampa.

—¡Blaire! —James una vez más la llamó, el dolor envolvía su voz.

Ella deseaba poder consolarlo, pero quería mantener cerrada su maldita boca para que Trevelyan no se concentrara en él.

—Es su historia, James. Deja que nos la cuente

—Y entonces él apareció —el vampiro casi escupió lo último en dirección a James. —Prometió salvarnos del dolor.

—Solo pregunté si querías mi ayuda —dijo James.

Trevelyan asintió, manteniendo sus ojos en Blaire.

—Y la deseaba. Pero quería que nos salvaras a los dos. Vivir sin Anwen ha sido una tortura que no le desearía a nadie más que a él —resopló. —Y allí estaba, década tras década. Conquistando a una chica bonita a diestra y siniestra, cualquier cosa por obtener una gota de sangre. Él nunca se preocupó por ninguna de ellas. No hasta que llegaste tú. He esperado varias vidas para vengarme; incluso seguí a esa maldita Sarah Reese como un cachorro para poder estar al tanto de sus acciones. Ella

siempre sabía su paradero. Ella siempre sabía dónde estaba. Hasta el día en que él desapareció, se desvaneció, durante veinte años.

Blaire vio a Benjamín Westfield moverse un poco hacia la izquierda y a Rhiannon colocándose a la derecha, ambos ayudando a cerrar el círculo alrededor de Trevelyan. Pero el vampiro estaba tan perdido en su propio tormento, que ni se daba cuenta ni se preocupaba por su proximidad con Blaire.

James comenzó a acercarse a ellos, lo que hizo que el corazón de Blaire se tambaleara. ¿Por qué el maldito hombre no podía quedarse donde estaba a salvo?

—No pude salvar a Anwen. Lo intenté, pero ya era demasiado tarde, te lo dije en innumerables ocasiones. Y nada de esto tiene algo que ver con Miss Lindsay. Entonces, si soy yo lo que quieres...

Tonto, necio hombre mortal. Blaire quería gritarle a James. ¿Por qué insistía en ponerse en peligro? La boca de Trevelyan se abrió, mientras finalmente dejaba que sus ojos se desviaran hacia James.

—¿Eso es un morete sobre tu ojo?

Blaire podía ver al hombre tratar de darle sentido a la situación. Después de todo, un vampiro no debería lucir un ojo morado. Y aunque dudaba que el villano entendiera las circunstancias por completo, porque ella todavía no las entendía, James parecía más vulnerable en su condición actual. Aparentemente eso fue suficiente para hacer que Trevelyan cambiara de objetivo.

Todo sucedió tan rápido que apenas hubo tiempo para respirar. Un relámpago se arqueó en el cielo, aterrizando frente a James como para protegerlo. La liana de Sorchá agarró la bota de Trevelyan, enraizándolo en su lugar, pero no era lo suficientemente fuerte como para mantener a una criatura con su fuerza, no por mucho tiempo. Los incisivos del vampiro descendieron, y se abalanzó sobre James.

El corazón de Blaire se contrajo, siguió al vampiro con su daga extendida. En la prisa, Trevelyan se empaló con su arma. Se tambaleó hacia atrás con la sorpresa en la cara, pero Blaire sabía que la herida no sería suficiente. Él todavía tenía su cabeza, todavía tenía sus extremidades. Todo lo que tenía que hacer era quitarse la daga y curarse a sí mismo, y luego avanzaría para atacar una vez más. Ella necesitaba un arma más poderosa, una diseñada para matar vampiros.

—¡Sorchá! Necesito una estaca de madera. La pequeña duende siempre podía convencer a la naturaleza de cumplir sus órdenes, incluso en pleno invierno.

Los ojos de Trevelyan se abrieron de par en par, y dirigió una mirada acusadora hacia James.

—¿Le dijiste cómo vencer a tu propia especie?

—¿Debía él dejarme indefensa? —preguntó Blaire, cuando una ráfaga de viento colocó una estaca afilada a sus pies. Ella la tomó. —No tiene que hacer esto, señor Trevelyan. Puede voltearse, seguir su camino, y dejarnos en paz.

Trevelyan tiró de la daga de su pecho y la arrojó al suelo.

—Nunca pude haberlo derrotado antes por mi cuenta. Él era mayor y más fuerte. Él no estaba a punto de darse por vencido. No había dicho esas palabras, pero Blaire podía oírlas en su voz.

Que así fuese. Ella había nacido para pelear. Trevelyan retrocedió, sus ojos recorriendo el bosque, la posada, la plaza, como si armara un plan de batalla en su mente. James estaba bien protegido, con Benjamín flanqueando un lado y Rhiannon el otro. Un trueno retumbó sobre sus cabezas como una advertencia. Luego, más rápido que un abrir y cerrar de ojos, Trevelyan cruzó la plaza. Extendió la mano y atrapó a Rhiannon, atrayéndola hacia él.

—Calma tu temperamento mujer —le dijo, tomo de su cabello en un agarre cruel que hizo a la bruja del clima jadear del dolor, y se pasó la lengua por los labios antes de decir. —Nunca he probado una bruja.

—Déjela ir —exigió Blaire.

Los ojos oscuros de Trevelyan observaron a todos antes de incluirlos en su siguiente comentario.

—Mataré a cada uno de ustedes si se interponen en mi objetivo, de finalmente causarle el dolor que él me ha causado a mí. Comenzaré con esta. Sugiero que vuelvan a la seguridad de sus hogares.

James se acercó al vampiro.

—No es necesario esconderse detrás de las faldas de la muchacha, Trevelyan. Estoy aquí, y no me estoy escondiendo.

Un brillo malvado iluminó la mirada del vampiro. Empujó a Rhiannon fuera de su camino y se dirigió hacia James.

—¿Por qué está tu ojo morado?

James se encogió de hombros.

—Porque soy humano una vez más. Mi corazón late por Blaire Lindsay.

La respuesta sorprendió a Trevelyan profundamente, y su expresión era una indicación de ello. Se había dado cuenta de que James era más débil, pero no podía entender que fuera humano. Aquello le dio a Blaire el tiempo suficiente para correr hacia adelante con su estaca, pero James la tomó del brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Humano? —el vampiro negó con la cabeza. —No es posible.

—Pero sí lo es. Deja ir tu amargura, Padrig. Deja ir tu odio. La salvación aún es posible si la abrazas. Tal vez alguna muchacha pueda hacerte sentir de nuevo.

—No hay salvación sin Anwen —susurró Trevelyan. —Nadie más que ella, y hace tiempo que se fue.

—Estoy segura —Blaire trató de racionalizar, —que ella no querría verle así, empeñado en la venganza por su causa.

Algo brilló en los ojos de Trevelyan, algo que Blaire no pudo interpretar. Antes de que ella pudiera tratar de descifrarlo, le arrebató la estaca de madera de la mano y la clavó en su propio pecho.

Sorcha jadeó ruidosamente, y todos los presentes hicieron eco del sentimiento. Una mirada de paz se posó en la cara de Trevelyan mientras caía al suelo. Todos los demás se precipitaron hacia adelante, creando un círculo alrededor del vampiro que yacía muerto a sus pies.

—¡Por Dios! —murmuró Benjamín Westfield.

Elsbeth pasó una mano sobre el pelo revuelto de Rhiannon.

—¿Estás bien? ¿Te lastimó?

Rhiannon negó con la cabeza y se enjugó una lágrima de la mejilla.

—Me asusté, eso es todo.

—Esa fue la historia más triste que he escuchado —Sorcha olfateó. —Él sabía que no era posible. Sabía que su corazón solo latía por una mujer y no había ninguna posibilidad sin ella.

—Odio ser el portador de malas noticias —dijo Benjamín, —pero el cuerpo —hizo un gesto hacia el suelo.

Una bola de fuego se activó en la mano de Blaire. No había otro camino.

—Anwen, espero que aún estés esperando por él —ella arrojó la llamarada al suelo.

Las llamas lamieron la ropa del vampiro.

—El anillo —dijo James, y extendió la mano hacia las llamas.

—No lo hagas —dijo Blaire, deteniéndolo. —Deja que arda con él.

Pero la pequeña Sorchá envió una vid a través de las llamas, la envolvió alrededor del dedo de ese hombre, y tiró del anillo suavemente. La liana se acercó a ella, las llamas volvieron a crepitar alrededor de Trevelyan, y Sorchá y Rhiannon tuvieron que apartarse para evitar ver lo que ocurría. Sin embargo, Blaire observó. Ella no podía mirar hacia otro lado. No podía evitar orar por el alma de aquel vampiro, para que encontrara su salvación en la muerte. No podía evitar desear que el amor de Anwen lo esperara para envolverlo en la otra vida.

James la abrazó por detrás.

—No mires —dijo en voz baja antes de presionar los labios contra su sien. Si pudiera atraerlo a ella, lo haría.

—Merece que alguien vea su destino. Que alguien lllore por él. Esa persona seré yo —dijo Blaire.

—Y yo también —declaró James.

—Y nosotros —dijo Elspeth desde los brazos de Benjamín.

—Bueno, yo no voy a mirar —Sorchá gimió desde su lugar al lado de Rhiannon, donde la bruja se había alejado del fuego ardiente. Si Rhiannon no tenía cuidado, apagaría las llamas con la nube de lluvia que se derramaba sobre su cabeza a causa de la tristeza. —No puedo ver, pero puedo ayudar a llorar por su pobre alma.

En cuestión de segundos, no quedó nada de Trevelyan, ninguna evidencia de que alguna vez hubiese existido. Sorchá tendió el anillo de Trevelyan para James.

—¿Querías esto?

Él asintió y se guardó el anillo que era idéntico al suyo; Blaire tuvo la sensación de que había dejado algo sin decir.

—¡Sorchá! —salió un bramido arrastrado desde la puerta de la taberna. —¿Eres tú, muchacha? ¿Qué estás haciendo aquí?

Wallace Ferguson. Blaire casi gime en voz alta. Fue una suerte que el hermano - del tamaño de un ogro- de Sorchá no hubiera partido del "Thistle and Thorn" unos momentos antes, o seguramente habría preguntado por el fuego que había

desaparecido, incluso en su estado de ebriedad. Sorchá corrió por el patio hacia los brazos de su hermano. Él la abrazó, mientras ella sollozaba incontrolablemente.

—¿Qué sucede, muchacha? —los ojos de Wallace se movieron rápidamente por el claro a los demás presentes, y una expresión seria se posó en su rostro. —¿Ella está bien?

Sorchá se apartó de su hermano y asintió con la cabeza.

—Lo siento por llorar a cada rato. Yo sé cómo lo odias.

Wallace negó con la cabeza.

—No, Sorchá, estoy preocupado por ti.

De repente, parecía mucho más sobrio que hace unos momentos. Por otra parte, Wallace solía ser amable con Sorchá. Si algo tenía el poder de desembriagar al hombre, era la angustia de su hermana pequeña. Un nuevo diluvio de lágrimas se derramó por las mejillas de Sorchá.

—Fue tan triste. El pobre vampiro nunca dejó de amar a su esposa, y se podía ver la tortura en sus ojos.

—¡Sorchá! —ladró Blaire. ¿Qué demonios le pasaba? Decirle algo así a Wallace.

El escocés volvió a mirar a los demás presentes.

—¿Qué es eso de un vampiro?

Blaire miró a Sorchá. Ahora, ¿qué dirían? ¿Por qué no podía haber mantenido su maldita boca cerrada? Ella era la que había suplicado venir en esta excursión.

—En realidad, Wallace —comenzó Elspeth, mientras cerraba el espacio entre ella y el mamut en ropa de escocés. —Iba a preguntártelo por mí misma, pero en un lugar menos público —lanzó un suspiro. —Parece que recuerdo algo sobre nuestras madres y un vampiro cuando era muy joven, pero no puedo recordar exactamente qué era. Esperaba que recordaras algo más que yo.

Wallace frunció el ceño, sus espesas cejas se encontraron en medio de su frente.

—Sí, lo recuerdo, El. Probablemente todos deberíamos dirigirnos a mi casa —echó un vistazo alrededor de la plaza. —No queremos provocar al resto de Edimburgo un ataque de pánico, ¿verdad?

Capítulo 28

Nadie discutió o habló mientras se dirigían a la elegante casa de los Ferguson, que estaba muy lejos de la casa de los Lindsay. James notó al sombrío mayordomo, los elegantes revestimientos de las paredes y a cada habitación -una tras otra- inmaculada; mientras él y los demás seguían a Wallace a un salón de buen tamaño.

—Siéntense, siéntense —el escocés se dirigió a la habitación en general. —Necesito encontrar lo que estoy buscando. Podría tomarme un tiempo.

Entonces él rápidamente salió de la habitación. La mayoría escuchó el consejo de Wallace, pero James no podía sentarse. ¿Qué sabía exactamente Ferguson? ¿Qué podría estar buscando?

Blaire tocó la manga de James y lo trajo de vuelta al presente.

—¿Qué no me estás diciendo?

—¡Dios mío, mujer! —él la miró boquiabierto. —¿Qué puedes estar pensando que te oculto?

¿No se había desnudado el alma ante ella? Le había contado todo desde el principio. Ella no se inmutó ante su tono. Confiada bruja guerrera.

—¿Por qué querías el anillo de Sarah Reese? ¿Por razones sentimentales?

Le hubiera gustado reírse de esa ridícula pregunta, pero la maldijo por dentro por encontrar la única cosa que él no le había dicho. Bueno, él se lo había dicho, pero no con tantas palabras; y odiaba la idea de hacerlo en ese momento, en cualquier caso.

—Tengo el presentimiento de que alguien lo necesitará, eso es todo.

Blaire miró hacia el suelo con el ceño fruncido, como tratando de descubrir a qué se refería con eso. Entonces sus ojos se elevaron lentamente para encontrarse con los de él, y James supo que ella podía ver a través de él.

—Alec.

Ella fue perspicaz. James asintió una vez.

—Blodswell le enseñará, de la misma manera que hizo conmigo.

La mano de Blaire voló hacia su corazón.

—¡Dios mío!

—Lo siento —presionó James. —Esperaba que se pudiera salvar, pero no había otra manera.

—Él no ha sido salvado, James. Él ha sido condenado.

No era tan malo. James había vivido esa vida por sí mismo durante dos siglos y medio.

—Blodswell verá que sepa cuidarse.

—No lo entiendes —Blaire se secó una lágrima. —Alec perdió a la única mujer que ha amado. Él no será mejor que Trevelyan.

James negó con la cabeza.

—Ni siquiera pienses de esa manera. Le pidió a Blodswell que lo salvara, él quería vivir.

Pero Blaire no parecía convencida. Entonces, James notó a Benjamín Westfield mirando en su dirección, el Lycan tenía el ceño fruncido.

—¿Qué le sucede? —hizo un gesto con la cabeza hacia el sofá, donde Westfield estaba sentado con su esposa.

Blaire miró al hombre e intercambió una mirada de remordimiento con él.

—Alec era su amigo más querido. Asistieron a Harrow juntos cuando eran niños. Está tan preocupado como yo.

Bien, maldijo a ese hombre y su audición de Lycan. Algunas conversaciones debían ser privadas. James pasó una mano por su cabello, justo cuando Wallace Ferguson se reunió con ellos. El alto escocés tenía una caja de filigrana dorada en la mano, y se la ofreció a Sorchá antes de sentarse en una silla de cuero mullida.

—Era de tu madre.

—¿De dónde la sacaste? —exclamó Sorchá.

—¿Podemos hablar de eso más tarde, Sorchá? —frunció el ceño, el hombre claramente estaba ocultando algo. —Pensé que querías saber sobre el vampiro.

—Yo, por mi parte, quiero escuchar todo al respecto.

James dio un paso adelante. Tenía una idea bastante clara de que el vampiro en cuestión era él mismo, y aunque nunca hubiera encontrado a Blaire si el aquelarre

anterior no lo hubiera encerrado para siempre, todavía sentía curiosidad por saber las razones que habían llevado a las antiguas brujas a hacer tal cosa.

Wallace miró de Elspeth a Rhiannon, y de ésta a Sorchá.

—Ustedes saben cómo era Fiona Macleod.

—Desafortunadamente —murmuró Elspeth.

—Bueno, ella y Bonnie rara vez se miraban a los ojos. Peleaban más que cualquiera de las otras.

Blaire asintió con la cabeza.

—Se llevaban como gatos y perros.

—¿Es eso importante? —James no pudo evitar preguntar.

¿Qué tenía que ver la dinámica del aquelarre con esta situación? Cinco brujas lo habían capturado, y todas estaban de acuerdo.

—Sí —Wallace Ferguson lo miró como si fuera un imbécil. —Porque no fue siempre así, no al principio. Recuerdo cuando mi padre se casó con Bonnie. En aquellos días, ella y Fiona eran amigas muy cercanas.

—Ni siquiera recuerdo eso —susurró Elspeth Westfield.

—¿Entonces qué pasó? —Sorchá se inclinó hacia adelante en su asiento, apretando la caja de filigrana con más fuerza.

—Esa es una larga historia —Wallace se rascó la cabeza, —y no estoy seguro de cuánto de eso es importante.

—El vampiro —James le recordó al escocés, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Por supuesto, el vampiro —Wallace suspiró. —Bueno, Fiona hizo que Alpina Lindsay se levantara en armas contra un vampiro que iba a matar a su bebé por nacer.

Todos los ojos se volvieron hacia James. Él levantó las manos.

—Nunca le hice daño a nadie.

Wallace negó con la cabeza.

—Eres él, ¿eh? Supongo que debí suponerlo.

—Por el amor de Dios, Wallace —se quejó Blaire. —¿Podrías contar la historia de una maldita vez?

El escocés, demasiado alto y robusto, frunció el ceño y se reclinó en su silla con un bufido.

—No quise decir que el vampiro le haría daño al bebé. Fiona dijo que se introduciría en el Còig cuando la bruja nacida en batalla estuviera en posesión de todos sus poderes, y que él la mataría entonces.

Por el amor de Dios. Nuevamente todas las miradas se enfocaron en James, y él negó con la cabeza.

—Eso no es cierto.

—No, tienes razón —acordó Wallace afablemente. —Pero las otras no sabían eso. Ellas siguieron ciegamente la iniciativa de Fiona. Estaban decididas a evitar de una buena vez que el monstruo perjudicara al bebé, que sería Blaire. Estaban entregadas a esa tarea, como nunca las había visto desde ese momento.

Que era lo que la mujer había querido decir cuando mencionó a las futuras víctimas de James.

—Pero pensé que esta vidente vuestra siempre estaba en lo correcto.

Elsbeth resopló.

—Fiona Macleod estaba más preocupada por preservar la pureza del aquelarre, que en ser honesta.

—¿Cómo dices? —James frunció el ceño a la pelirroja. —¿Qué quieres decir con eso?

—También es una larga historia, y tendrás que escucharla otro día. Solo basta decir, esta no sería la primera vez que Fiona no fuese honesta acerca de una visión —luego volvió su atención a Wallace. —¿Bonnie descubrió que Fiona mentía?

Wallace asintió.

—Si. Bonnie estaba mortificada. Tuvieron una gran discusión, y su amistad nunca se recuperó —los ojos de Wallace brillaron. —¿Encontraste el cofre?

—¿Qué cofre? —preguntó James, recorriendo al grupo con la mirada.

—El baúl lleno de dinero —el escocés se volvió a centrar en Blaire. —Se suponía que iba a ser vuestro legado en Briarcraig. Bonnie estaba convencida de que lo necesitarías algún día, y de que no dejaría que tu padre lo derrochase antes. Cuando estuvieras lista para encontrar al vampiro encerrado en la bodega, también encontrarías el cofre.

—¿Cómo sabes todo esto? —Rhiannon finalmente habló. James casi había olvidado que la bruja que controlaba el clima todavía estaba allí.

Un rubor manchó la cara de Wallace Ferguson, y se encogió de hombros.

—¡Wallace! —presionó Sorchá.

Finalmente, el escocés alzó la vista para mirar a su hermana.

—Bonnie era tan dulce, tan bonita. Solía pensar que ella era un ángel y que mi padre de alguna manera la había convencido de vivir con nosotros.

—¿Has escuchado a escondidas? —Sorchá se quedó sin aliento.

—¡No todo el tiempo! —su hermano insistió. Luego hizo un gesto hacia la caja de oro en las manos de Sorchá. —Ella solía decirme que cuando algo me molestara, debía escribirlo, sacarlo de mi pecho. Ella me dijo que eso era lo que hacía cuando estaba preocupada.

Blaire dio un paso adelante.

—¿Estás diciendo que Bonnie escribió todo eso?

—Ella mantuvo su diario en esa caja.

—¿De dónde sacaste la caja? —exigió Sorchá.

—De su habitación secreta.

Por el soplo de aire que Sorchá aspiró, James apostó que esa era la primera vez que la muchacha sabía que su madre incluso tenía una habitación secreta.

James cruzó el umbral de la casa de los Lindsay y se sorprendió al descubrir que el capitán Lindsay estaba haciendo una maravillosa impresión de una gran roca, cuya única tarea era mantener la silla en el lugar donde se reclinaba. Qué bueno que fuera su único trabajo, porque incluso eso parecía ser un desafío para él, como el esfuerzo con que luchaba por enfocarse en su estado severamente ebrio.

—Oh, Dios mío —murmuró Westfield, mientras observaba la escena.

El capitán Lindsay se tambaleó mientras se ponía de pie lentamente y tomaba su jarra de whisky.

—No esperaba volver a verlos esta noche, caballeros —dijo lentamente, como si concentrarse en las palabras fuera difícil. Aiden echó un vistazo detrás de ellos. —¿Dónde está Blaire? No me diga que la perdió —señaló con un dedo tembloroso a James. —Porque si me dice eso, no tendré más remedio que patearle el trasero.

Bajó la vista hacia su bota, como si se moviera en ese punto, y flexionó el pie. Luego sacudió la cabeza, colapsó en su asiento suspirando.

—Blaire está donde los Ferguson. La bruja más joven las necesitaba y pidieron que las dejáramos solas un momento.

Lo habían exigido, en realidad. Y Blaire incluso había amenazado su hombría para que se fuera. Pero no había necesidad de informar al capitán Lindsay de todos los detalles.

—¿Dónde está el joven maestro Brannock?

El hombre había quedado a cargo del muchacho. Y no había sirvientes para cuidar del niño.

—Envié al muchacho a la cama hace bastante tiempo —dijo Lindsay con un gesto de su mano, que parecía bastante perdido en todos los sentidos. —Ven y únete a mí para tomar un trago, Westfield —sus ojos miraron con recelo a James. —¿Puede beber whisky, Kettering? ¿O es mi hermana la única bebida que puede tolerar?

James se pasó una mano por la cara y se detuvo para tomarse el tiempo de quitarse lentamente el abrigo.

—Se los dije. Ya no necesito sangre —no podía estrangular al hermano de la muchacha con la que pretendía casarse, ¿verdad? Bueno, él podría, pero eso podía perjudicarlo. Sería una muy mala manera de hacer las cosas.

—No te preocupes —dijo Westfield en voz baja. —Es inofensivo cuando bebe.

James alzó las cejas hacia el Lycan.

—Él no lo hace a menudo. Su padre era un borracho, por lo que tiende a evitarlo la mayor parte del tiempo. Debe estar bastante mal para tener ese aspecto, particularmente en esta noche.

James tomó el vaso que sostenía el capitán. No había bebido en mucho, mucho tiempo, apenas podía recordar a qué sabía el licor. Miró directamente al Capitán Lindsay.

—No puedo cambiar lo que una vez fui. Lo único que puedo controlar ahora es mi futuro, y mi futuro es con Blaire; incluso si no puede aceptar mi pasado, su hermana sí puede. Y la tendré todo el tiempo que ella me quiera. Me encantaría hacerlo con su bendición.

Westfield tosió en su mano.

—Lo que quiere decir, Aiden, es que no planea tener a tu hermana para cenar, pero sí planea tenerla como su esposa.

—Con su bendición, por supuesto —agregó James. La bendición realmente no importaba; pero sonaba sincero y podría apaciguar al hombre.

—Buen final —murmuró Westfield a James.

James inclinó su cabeza hacia el Lycan. Le agradaba más y más a medida que avanzaba la noche. Se llevó el whisky a los labios y dejó que el sabor ahumado de este se deslizara sobre su lengua. Había pasado mucho, mucho tiempo desde que había disfrutado tal indulgencia.

—Cuidado con eso, o estarás más borracho que Aiden, amigo mío —advirtió Westfield, mientras arrojaba un vaso y buscaba la botella.

—Nunca tuve problemas para aguantar un trago. Tú, por otro lado... —hizo un movimiento para señalar el segundo trago de Westfield.

—Westfield tiene una mayor tolerancia a los licores.

El Lycan se encogió de hombros. Notó que el hombre no había dicho Lycan; entonces, el capitán no sabía lo que era. ¡Interesante! Había algunos secretos dentro de ese círculo después de todo.

El capitán Lindsay se rió entre dientes.

—¿O podría ser que los bebas como agua y por eso tu cuerpo ya está acostumbrado?

—Puede ser —admitió Westfield con una sonrisa lobuna.

—Así que, ¿qué pasó esta noche? ¿Por qué tengo la sensación de que tienen una historia que contar? Probablemente una que no me gustará —el capitán se ajustó ligeramente en la silla, pero incluso eso parecía ser demasiado para él.

Westfield miró a James y murmuró:

—Procede bajo tu propio riesgo.

James se tomó el tiempo para dejar su vaso de whisky en la mesa, hacer una mueca, verter otro poco del licor y pensar en la situación.

—Honestamente, Capitán, nos encontramos con un vampiro deshonesto con una deuda por resolver. Desafortunadamente, era conmigo su deuda y Blaire fue arrastrada en medio de ella.

—¿Pero Blaire y las demás están bien? —preguntó el capitán.

Se veía ligeramente más sobrio. Pero solo ligeramente. Y su mirada se había ido tan rápido que James podría haber jurado que se le había perdido. James no estaba de humor para comentar sobre los acontecimientos de esa noche, pero el capitán sí, evidentemente.

Luchador, Lindsay devoró los detalles de la batalla tan rápido como James y Benjamín Westfield consumieron el whisky del hombre. James se encontró desnudando su alma para aquel hombre, algo que nunca hubiera hecho normalmente. Pronto el capitán supo todo lo que había de saber sobre los sentimientos de James por Blaire. El Lycan escuchaba, pero James sospechó que ya había sido atrapado por su propia bruja, por lo que no le molestó demasiado.

En poco tiempo, James levantó la mano para indicarle algo al capitán, y descubrió que sus propios movimientos no estaban tan bien coordinados como antes. Se sacó el reloj del bolsillo y abrió la tapa. Se estaba haciendo terriblemente tarde.

—Me pregunto dónde está Blaire, pensé que ya estaría en casa. Tal vez no era seguro dejarlas viajar solas.

—No te preocupes —dijo Westfield, mientras cruzaba un pie sobre su rodilla, —Sorcha hará que las envíen a casa en su carruaje —él se encogió de hombros

Un suave chasquido sonó en la puerta principal.

—Me imagino que son las que vienen ahí —dijo Westfield, mientras se ponía de pie. Incluso el Lycan estaba tan profundamente ebrio que se movía como si el piso se sacudiera debajo de él.

James sabía que cualquier esfuerzo de su parte por resistir sería en vano. Así que, permaneció sentado en silencio, y esperaba que Blaire no se diera cuenta de lo pasado en copas que estaba. Tenía la sensación de que nunca viviría para contarle si eso sucedía. James sonrió ante el amor de su vida y a la bruja de cabello ardiente que pertenecía a su nuevo amigo, cuando entraron por la puerta.

—Estábamos a punto de enviar a alguien en vuestra búsqueda para encontrarlas —dijo Westfield lentamente.

Ambas brujas se detuvieron en la entrada. La pelirroja cruzó sus brazos sobre el pecho, mientras su pie comenzaba a golpear impacientemente contra el suelo.

—¿Qué han estado haciendo mientras estábamos afuera? —preguntó ella, mirando a su esposo. —Creo tener una idea bastante buena.

Westfield simplemente se encogió de hombros sin pedir disculpas.

Blaire cruzó sus brazos sobre su pecho, su mirada taladrando a James.

—Hablando —contestó James, aunque parecía tener la boca llena de algodón. —Estaba conociendo a tu hermano, aquí.

Blaire cruzó la habitación y tomó la jarra de whisky vacía.

—¿Lo estabas conociendo? —le preguntó. —¿Es así como llamas a esto?

El capitán se inclinó hacia adelante y se apartó el pelo de la frente. Maldita sea, el hombre había pasado en un segundo de ser un idiota torpe, a sobrio como un vicario al siguiente.

—En realidad, Blaire, acabo de tener una agradable conversación con tu prometido. El hombre no puede soportar el licor, pero valió la pena.

—¿Estás ebrio, James? —preguntó Blaire, mientras colocaba una mano sobre su hombro.

James trató de luchar contra la sonrisa insana que sabía que se extendía por su rostro. Fracasó terriblemente.

—Bastante ebrio, amor —gruñó.

Westfield intervino.

—Parece que el buen capitán estaba en una misión de investigación y nos engañó a los dos.

Gracias a Dios, Westfield tampoco estaba sobrio. De lo contrario, James habría estado tan enojado que no habría podido controlarse. Pero el Lycan parecía ser nada más que otro peón en el juego de Lindsay.

—Aiden, no puedo creer que lo hayas dejado así solo para sacarle información —se quejó Blaire.

El hombre sonrió.

—Bueno, ¿qué se supone que iba hacer? Estuviste ocultándome cosas, Blaire, y eso no me gusta. Todavía sigue sin gustarme. Pero al menos ahora sé lo que está pasando con mi propia hermana —él se inclinó rápidamente y la besó en la mejilla. —Me voy a la cama. Mañana será un gran día.

Blaire lo pensó por un momento.

—Espera —llamó a su espalda antes de que se retirara. Él se detuvo y giró lentamente hacia ella. —¿Qué pasará mañana?

—Mañana te casas con Kettering. El hombre no puede soportar el licor, pero valió la pena. Si alguna vez quieres saber lo que está pasando por su cabeza solo prepárale un Whisky. Funcionó para mí —dirigió a Blaire una mirada reveladora que la hizo sonrojar. —No vamos a estar esperando las amonestaciones, no después de la historia que escuché esta noche. Entonces te casarás mañana, y Kettering puede pagar la multa por el matrimonio irregular. Está bastante bien en los bolsillos, o al menos eso escuche.

James gruñó ruidosamente. Pero salió más como un eructo.

—Disculpen —murmuró. —Todavía no estoy acostumbrado a este cuerpo humano.

Westfield se rió a carcajadas. El hombre encontraba todo gracioso cuando estaba borracho, evidentemente.

—¿Qué le dijiste? —exigió Blaire, con sus manos en las caderas.

Él quería reemplazarlas por las suyas. Extendió las manos hacia ella, pero se agarró al aire cuando se apartó de él.

—Maldita sea, Blaire. ¿Te estarías quieta? —gruñó.

Eso se ganó otra risa de Westfield. Maldito hombre.

—Planea tu día de mañana alrededor de una boda, Blaire. El buen Barón te llevará como a su esposa. Lo veremos completada antes de que el sol se ponga —el capitán Lindsay se volvió y silbó una pequeña melodía mientras desaparecía por el pasillo.

—¡Pero dijiste que llamaríamos primero para las amonestaciones! —chilló Blaire. —Se suponía que tenía tres semanas.

—¡Mañana, Blaire! —gritó Aiden. Ella podía deducir, por su tono, que no aceptaría un no por respuesta.

–Hablando de bodas –James llamó al Capitán. –Me topé con cierta señorita Fyfe, cuando estaba huyendo de Strathcarron. La muchacha parecía bastante angustiada por tu repentina partida.

Aiden Lindsay en realidad se sonrojó.

–Yo, uh, tengo planes de regresar a Briarcraig con la mayor brevedad posible. Bueno, tan pronto como vea a mi hermana bien, y verdaderamente unida en matrimonio, Kettering.

–Estoy seguro de que la muchacha estará contenta de escuchar sobre su regreso. La bruja de Westfield cruzó la habitación y lo puso en pie.

–Vámonos a casa, bestia feroz –bromeó mientras él se inclinaba sobre ella.

–Maldita sea, Kettering –le murmuró el Lycan. Pero siguió a su esposa al carruaje que los esperaba, sin mirar atrás.

Si James no se equivocaba, el hombre estaba observando el balanceo del trasero de su esposa, mientras ella caminaba frente a él. Un hombre inteligente.

–Pensando en traseros –murmuró James, extendió la mano lo más rápido que pudo y agarró un puñado de las faldas de Blaire, –trae el tuyo aquí –la tiró a su regazo y le rodeó la cintura con los brazos.

–¿Quién estaba pensando en traseros? –preguntó su bruja.

–Todo buen hombre piensa en traseros, Blaire. ¿No lo sabías? –sonrió, sabiendo que eso provocaría una sonrisa tonta en ella.

–Ahora lo sé –ella puso los ojos en blanco. Luego suspiró profundamente y se arrojó en sus brazos. –¿Casarnos mañana? –le preguntó. –¿Cómo pudiste dejar que Aiden te engañara así?

–Parecía tan sincero –admitió James.

–Puede que él no sea una bruja nacida en batalla, pero fue criado por una y es bastante astuto. Debiste haber sabido que estaba tramando algo –golpeó ligeramente a James en el hombro. Todavía sostenía el reloj abierto en su regazo. –¿Por qué tienes esto afuera? –le preguntó.

Le mostraría la inscripción dentro de su reloj de bolsillo después de casarse, y no antes. Él se lo metió en el bolsillo antes de que pudiera sentir curiosidad.

–Llegaste terriblemente tarde. ¿Has solucionado todo con Sorchia? –la muchacha había estado bastante angustiada cuando él las dejó.

–Eso podría tomar algo de tiempo –se cubrió Blaire.

–¿La habitación secreta? –presionó.

–Sí, existe –Ella se inclinó y reclamó sus labios.

–¿Y por qué me encerraron? ¿Estaba en los diarios?

Ella podía ser terriblemente distractora cuando quería.

–Estuviste preso en las entrañas de Briarcraig porque eras mi destino, tonto –ella lo besó de nuevo, muy suavemente, y él la envolvió con sus brazos.

Pero luego un bramido sonó desde el pasillo.

–¡Ve a la cama, Blaire! –gritó Aiden.

James suspiró y apoyó la frente contra la de ella.

–Mañana, serás mía.

–Y tú serás mío –le recordó.

–¡Cama, Blaire! –el bramido sonó de nuevo.

–Diablos, ¡Ya voy! –gritó, mientras besaba a James rápidamente y se escabullía de su regazo.

Él miró a su lindo y pequeño trasero hasta que ella giró en el corredor. Mañana, sería el día.

Capítulo 29

¿Qué estaba tomando tanto tiempo? Blaire estaría paseando por el pasillo de la iglesia si Rhiannon y Sorchá no la hubieran forzado a sentarse en un banco, y luego se hubieran sentado una a cada lado para mantenerla quieta. Su presencia, su apoyo, no podían hacer nada para calmar la ansiedad que se agitaba profundamente dentro de ella. Los ojos de Blaire se desviaron hacia la puerta, al final de la capilla que conducía a la oficina del señor Crawford.

—¿De qué pueden estar hablando? —gruñó ella en voz baja.

Una cálida mano se posó en su hombro, y Blaire miró a Benjamín Westfield parado detrás de ella.

—¿De verdad quieres saber?

¡Él podía oírlos! ¡Gracias al cielo! Ella silenciosamente prometió abstenerse de cualquier broma sobre perros que hiciera a sus espaldas, durante al menos una quincena.

—Sí —susurró.

Rhiannon y Sorchá se inclinaron más cerca, y Elspeth cruzó desde el otro lado de la iglesia para pararse junto a su marido. Ninguna de sus hermanas brujas quería perderse una palabra, ella tampoco.

—Bien —comenzó Benjamín, y colocó el brazo de su esposa por el hueco de su brazo, —el buen vicario no está contento con la cantidad de matrimonios irregulares que ha realizado este año. Él dice que no se verá bien para él ante sus superiores.

—¿Él no quiere decir que se niega?

Blaire se quedó sin aliento, ahora que se había resignado a su destino, de convertirse en la Baronesa Kettering. Ahora que lo había aceptado, quería continuar con ello. Después de todo, nunca había sido la bruja más paciente para empezar, pero... Bueno, ahora no podía esperar para decir ante Dios y sus amigos cuánto amaba a James Maitland, y quería con todo su corazón ser su esposa.

–Hay otras maneras. Podemos hacer nuestras propias declaraciones si Crawford no va a realizar la ceremonia.

Benjamín se rió entre dientes.

–Ansiosa, ¿verdad?

–Ben –le reprendió su esposa.

Suspiró como si toda su diversión acabara de desaparecer.

–No, Blaire, él no se negará. Pero les está haciendo pasar un mal momento a Aiden y a Kettering. Él no entiende por qué no pueden esperar a que se lean las amonestaciones.

–Bueno, ¿y qué dijeron? –Blaire tragó saliva.

Benjamín le guiñó un ojo.

–Kettering le suplicó apasionadamente. Dijo que cuando has esperado toda tu vida para que venga la mujer adecuada, esperar tres semanas más para convertirla en tu esposa es un tipo especial de tortura.

El corazón de Blaire saltó. Qué hermosas palabras.

–¿De verdad dijo eso?

En ese momento, la puerta de la oficina se abrió. Aiden y el vicario, el señor Crawford, entraron a la capilla, pero ella no les prestó atención ya que podía ver el alto cuerpo de James detrás de ellos. Él se paró en el umbral, con su imagen de confianza y arrogancia. Ella no lo tendría de otra manera. Sus ojos azul claro centellearon, mientras seguía a los otros dos hombres a la capilla.

–Bien –el señor Crawford se aclaró la garganta. –Supongo que todo está en orden. Miss Lindsay, si puede unirse a nosotros –hizo un gesto hacia el altar en frente de la habitación.

Ella estuvo en su lugar en un solo latido de su corazón, más que dispuesta a abrazar su futuro. Entonces los ojos del vicario se concentraron en sus amigas, todavía sentadas en el banco.

–Pero, mientras tenga el resto de vuestra atención, déjenme decirles algo. Aunque no sé exactamente qué está pasando en mi parroquia ya he tenido suficiente. Miss Sinclair, Miss Ferguson, si alguna de ustedes viene a pedirme un matrimonio irregular les haré darse la vuelta, y no escucharé ni una palabra. ¿Me oyen?

—Y luego pueden hacer sus declaraciones propias o tener la siempre popular boda del yunque en la frontera —bromeó Benjamín Westfield.

El rostro del señor Crawford se puso rojo como un tomate demasiado maduro.

—¡Lord Benjamín! —farfulló el vicario. —Cómo fue usted quien comenzó esta desafortunada tendencia, ¡le pediré que se calle la lengua en mi iglesia!

—¡Lo siento, señor! —respondió Benjamín, aunque no parecía lamentarlo en lo más mínimo.

—Bueno, entonces... —el señor Crawford abrió su Biblia. —Avancemos, ¿verdad? Miss Lindsay, Lord Kettering.

Pronto estaban de pie ante el vicario, y James tomó las manos de Blaire entre las suyas. El resto fue confuso. Blaire no escuchó ni una palabra del señor Crawford, y no se dio cuenta de que incluso, tenía que decir: "Acepto", hasta que vio el pánico en los ojos de James.

—Blaire —urgió.

¿Cómo pudo haber perdido su señal?

—Si, por supuesto. Acepto —y aceptaba, más de lo que alguna vez podría haber imaginado.

La expresión de James se relajó, y le apretó la mano.

—¿Tiene un anillo, milord? —preguntó el vicario.

—Lo he tenido toda mi vida —James metió la mano dentro del bolsillo de su chaqueta y recuperó su anillo, el que su madre le había robado todos esos años atrás. Un nudo se formó en la garganta de Blaire.

—¿Estás seguro?

—Sin él, nunca te habría encontrado, mi amor —luego deslizó el anillo en el dedo de Blaire. Era tan grande y pesado que casi se resbaló. James dobló su mano para mantener la reliquia en su lugar. —Lo arreglaremos.

Todo lo que Blaire pudo hacer fue un asentimiento.

—Lord Kettering, ahora puede besar a su novia.

Aun sosteniendo sus manos, James tiró de Blaire más cerca de él, muy lentamente bajó su cabeza, y rozó sus cálidos labios sobre los de ella.

De todos los días que James había vivido, ninguno había parecido tan largo o agotador como el día de su boda. Después de la ceremonia de matrimonio, él y Blaire habían sido llevados rápidamente a un desayuno de bodas en la opulenta finca de Benjamín Westfield fuera de la ciudad, al parecer, junto con todos los demás en Edimburgo. James nunca había visto tantos escoceses. Habían llenado casi todos los rincones de la mansión, y no parecían dispuestos a irse. Nunca más.

Era tarde esa noche cuando finalmente pudo retirarse a la habitación que Westfield había ofrecido gentilmente para su noche de bodas. Ahora si solo su novia se uniera a él.

Se derrumbó en una silla de respaldo alto, que era más elegante que cómoda, y no se movió de ella. Esperaría hasta tener una razón para levantarse. Esperaría por Blaire. ¿Cuánto tiempo le tomaría a ella librarse de sus hermanas brujas? James abrió el reloj de bolsillo. Había querido verificar la hora, pero la luz de la lámpara captó su inscripción, y sus ojos volvieron a las palabras que había leído durante más de dos siglos.

"Sabemos lo que somos, pero no lo que podríamos ser".

Sonrió para sí mismo, dándose cuenta de que el sentimiento significaba mucho más ahora de lo que lo había significado antes. Nunca imaginó que podía ser algo diferente de lo que era. Nunca había imaginado que una niña bonita, que podía sostener bolas de fuego en la palma de su mano, podría cambiarlo; hacerlo una mejor persona de lo que jamás había soñado.

—¿Fantaseando otra vez? —la voz de su esposa desde el umbral interrumpió sus pensamientos.

James negó con la cabeza y se reclinó en la silla. Ésta se estaba volviendo más cómoda a cada minuto.

—Solo estaba esperándote, mi amor.

Una sonrisa deslumbrante iluminó sus labios mientras cerraba la puerta detrás de ella, antes de cruzar la habitación y caer sobre su regazo. James se rió entre dientes. Él podría llegar a acostumbrarse a eso.

—Fue tan agradable que Benjamín nos ofreciera un lugar para pasar la noche.

–Un buen detalle –estuvo de acuerdo James. Luego besó la punta de su nariz.
–Estaré siempre en deuda con él.

–Mi casa tampoco estaría mal –ella frunció el ceño.

–Oh, me gustaría diferir, mi querida bruja. Tu casa tiene a tus dos hermanos en la residencia. Uno de ellos me dijo una vez que podía disparar mejor que yo. Entonces, cuando haga el amor con mi esposa esta noche, preferiría no tener al buen capitán dentro de la audiencia o al menos no tan cerca del perímetro a punto de dispararme.

–Si quisiera disparate, lo habría hecho anoche cuando le confesaste todos tus pecados.

Ella podría tener razón. Aun así, preferiría no correr ningún riesgo por el momento. Su corazón latía una vez más, y no tenía prisa para que se detuviera de nuevo.

–¿Estás mirando tu reloj otra vez? –preguntó Blaire. –Pareces un nene obsesionado con eso.

–Solo estoy obsesionado contigo.

Ella puso los ojos en blanco de una manera que él encontró entrañable.

–¿Puedo verlo?

–¿Vas a robarlo de nuevo?

Ella golpeó su pecho ligeramente.

–Nunca te robé tu reloj.

James resopló.

–Está bien, lo robé. Lo usé para un hechizo, cuando estaba tratando de descubrir qué eras.

–¿Y ahora sabes lo que soy?

–Mi esposo, ahora y para siempre.

–Ahora y para siempre –él rozó sus labios contra los de ella. Luego se recostó contra el asiento y le entregó su reloj.

Ella hizo clic para abrirlo y poder leer la inscripción.

–*“Sabemos lo que somos, pero no lo que podríamos ser”* –Blaire miró a su esposo.
–¡Shakespeare!

Él negó con la cabeza.

–¿Por qué siempre tratas de atribuir dichos a William Shakespeare?

Blaire apartó un mechón de cabello de su ojo como si fuera la criatura más problemática conocida por el hombre.

–Conozco la línea, James Maitland. Es de *Hamlet*.

–Lo es –estuvo de acuerdo. –Pero a Shakespeare no se le ocurrió.

–¿Qué quieres decir?

–Blodswell trató de meterme ese pensamiento en la cabeza. Finalmente, tomó mi reloj, que es un regalo de la Reina, por cierto, y grabó esta frase en su interior. Dijo que si lo miraba el tiempo suficiente podría algún día filtrarse en mí.

Una expresión de pura alegría se instaló en el rostro de Blaire.

–¿Y el señor Shakespeare?

–Una noche en la taberna me preguntó por la hora. Abrí el reloj para mostrársela, y el muy canalla terminó robando mi línea, o la línea de Matthew, realmente. ¿Puedes creerlo?

Blaire soltó una risita.

–Me parece, mi amor, que cuando estás involucrado debería creer casi todo lo que dices.